3 1761 09545069 8

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/coleccindeobrasc01lenr

CASTA DE HIDALGOS

LS
L5795

RICARDO LEON
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COLECCION DE OBRAS COMPLETAS

I

CASTA DE HIDALGOS

NOVELA ESCRITA EN LAS ASTURIAS DE SANTILLANA

15V-8V-
31/8/20

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1920

OBRAS DE RICARDO LEÓN

CASTA DE HIDALGOS. (Novela.) (7.ª edición.)
LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS. (Diálogos.) (5.ª ídem.)
COMEDIA SENTIMENTAL. (Novela.) (5.ª ídem.)
ALCALA DE LOS ZEGRÍES. (Novela.) (6.ª ídem.)
EL AMOR DE LOS AMORES. (Novela premiada por la Real Academia Española.) (8.ª ídem.)
ALIVIO DE CAMINANTES. (Poesías.) (4.ª ídem.)
LOS CENTAUROS. (Novela.) (3.ª ídem.)
LOS CABALLEROS DE LA CRUZ. (3.ª ídem.)
EUROPA TRÁGICA. (Tres tomos, 3.ª ídem.)

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid.

PORTADA

En un apacible rincón de la Montaña, apartado del bullicioso comercio de las gentes, hay una villa singular, famosa en los anales de la historia y de la fábula, reliquia venerable de la España vieja, lugar de poesía y de silencio, que se llama Santillana del Mar.

Yace esta villa peregrina como entregada a un sueño de siglos, semejante a esas estatuas que, en los sepulcros de las capillas misteriosas, nos atraen con la mística expresión de sus semblantes de piedra, cual si a contarnos fuesen los graves secretos de la eternidad. El tráfago moderno huye de este rincón solitario hacia lugares de más fácil placer, donde más alegres suenan las voces de los mercados y los tamboriles de las romerías. Aun no se ha atrevido el pico del minero a abrir las entrañas de esta tierra madre, ni el telégrafo a tender sus vibrantes hilos sobre esta triste calzada, ni la locomotora a surcar, bebiendo los vientos, esta campiña austera.

Por aquí ha pasado la vida española desde los tiempos romancescos de las costumbres monásticas y feudales, hasta el ocaso del siglo XVIII, con sus postreras lumbres de vida

hidalga; libro magnífico de piedra, del que cada página es un pedazo de historia, un capítulo de leyenda, una anécdota peregrina.

Aquí están diez siglos contemplándonos; aquí están, en materia y en espíritu, mirándonos con sus cuencas vacías, como las órbitas de las calaveras; aquí están, hablándonos de la vida y de la muerte, de la leyenda y de la historia, de la belleza y la verdad, de las cosas más altas y graves que el pensamiento humano puede concebir. Aquí está la Edad Media, hecha poema y símbolo en la imagen esbelta, soñadora, espiritual, de Santa Illana, encarnación del misticismo heroico, aventurero, apasionado, en la edad de hierro del cristianismo. Aquí perdurá la Edad Media, con las huellas de sus artífices y monjes, retratada en la fisonomía románica de la Colegiata y en los sepulcros y maravillosos capiteles de su claustro. Aquí amanecen los primeros albores del Renacimiento, dando gloria y nimbo a la gallarda figura de don Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, flor y espejo de la bizarría caballeresca, de la cultura literaria, del espíritu castellano en el siglo XV. Aquel gran señor, de hermoso semblante y marcial continente; «agudo, discreto e de gran corazón»; afortunado en las lides de las armas y de las letras, bien como quien dijo «que no embota la ciencia el fierro de la lanza»; prudente, valeroso, de alegre humor y graciosa liberalidad; aquel prototipo, en fin, del héroe *y del* discreto, *guarda la villa con el viejo prestigio de su nombre.*

Aquí está también la huella amable de aquella alegría pagana del Renacimiento, que lanzó un rayo de sol al pasar por Santillana. Los refinamientos de la vida, el gusto del arte, de la belleza plástica, de los muebles y trajes suntuosos, de las

viviendas con aires de palacio, aun se adivina en la traza y majestad de esas torronas, *que debieron de ser moradas llenas de lujo y esplendor.*

Después, el ocaso del siglo de oro; la decadencia de la raza descubridora de mundos y conquistadora de imperios. Tras la edad de hierro, tras la edad de plata, sopla un aire de pobreza alegre y bufonesca, el castizo realismo de la novela de aventuras con sus escuderos y bohemios, sus hidalgos pobres y sus dueñas licenciosas, toda la festiva algazara de la vida estudiantil y soldadesca. El alma de Santillana del Mar se torna entonces pícara y socarrona. La doncella mártir, el marqués guerrero y poeta, los caballeros de los cuatro linajes: santiaguistas y calatravos, abades y capitanes; los de los pomposos escudos, los de las cruces, las mazas, las sierpes, los calderones, las águilas y los penachos, no son ya símbolos de la vieja villa. Un pícaro plebeyo, nacido en la fantasía de un novelador, sigue el hilo de la peregrina historia de Santillana. Gil Blas el aventurero llega, por virtud del Arte, a tener en nuestras imaginaciones la misma realidad que la Santa y el Marqués, la misma vida humana e inmortal que tuvieron los Tagles y los Ceballos, los Velardes y los Barredas, todos esos singulares montañeses que pasearon sus cotas de armas, sus tizonas y sus chambergos por los campos de la leyenda y de la historia. Gil Blas representa la efervescencia de la vida popular, la olla podrida de clases, ideas, costumbres y sentimientos del siglo XVII en España, cuando las ideas caballerescas y las ideas positivistas juntaban en cada momento y en cada encrucijada al señor Don Quijote y al bueno de Sancho Panza.

El siglo XVIII trajo a la villa, ya en sus tiempos de deca-

dencia, los últimos resplandores de la vida hidalga y señorial refugiada en las casonas solariegas, esas que aun se ve en la calle soñadora del Cantón con sus runflantes escudos y sus divisas orgullosas. Las revoluciones transformaron la tierra; tocaron a muerto las campanas de la Colegiata, y la villa, cerrando la última página de su historia, se acostó a dormir el sueño eterno, a la sombra de sus torres viejas y melancólicas. Murió Santillana; pero de sus piedras venerables brota todavía una densa y profunda vida espiritual, el aroma inextinguible y sutil de diez siglos de vida humana, de arte, de belleza, de pensamiento...

Para quienes amen la poesía de la historia y amen también la de la leyenda, más filosófica ésta, a veces, que la misma historia; para los que sientan la noble tristeza de lo arcaico, la mansedumbre del recuerdo, las dulzuras inefables del silencio y del reposo; para los que tengan devoción a las tradiciones del arte patrio, pocos lugares de meditación y de ensueño habrá más bellos, originales, íntegros y deleitosos que esta amable y castiza Santillana del Mar.

Un torpe afán de prosaicos y vulgares reformadores va borrando poco a poco la fisonomía de las villas y ciudades de España donde mejor se saborea la poesía de lo pretérito. Granada, Toledo, Salamanca, esos relicarios de nuestro arte y de nuestro espíritu, van perdiendo todo su carácter por un absurdo concepto de la civilización, como si ésta consistiese en la línea recta y en las casas colmenas de cinco pisos y en extrañas novedades, y no cupiera un sano y artístico progreso en la evolución natural de la vieja casa española. Gani-

vet, uno de los espíritus más modernos e independientes que en España han sido, indignábase, en libros donosos, por ese afán urbanizador de las gentes; llorando la decadencia de las ciudades ilustres profanadas por modernos bárbaros sin sentido alguno de la historia, del arte ni del progreso.

Por tales razones, es caso original el de esta villa montañesa que conserva íntegro el cuño de lo pasado, como una medalla conservada en la vitrina de un Museo. Y es cosa singular y deliciosa la de hallar a pocas ballestas del ferrocarril y del telégrafo, no lejos de una ciudad industrial y de los puertos de Santander y Comillas, un tan auténtico ensueño arqueológico, una villa arcaica en cuyas calles silenciosas y desiertas, de maravillosos perfiles, se escucha la pulsación del tiempo, como un remanso de la eternidad.

Pocas cosas pueden compararse a la impresión profunda que produce el descubrir, yendo camino de Santillana, en lo hondo del valle, aquel bermejo caserío asomando entre los claros de árboles y yedras, con ese color inefable de las piedras carcomidas y empañadas por el tiempo. Sólo excede a esa impresión la de penetrar en la villa, después de bajar el recuesto del camino y atravesar el atrio deleitoso de ella, el campo de Revolgo, sitio insigne en los anales caballerescos, lugar codiciadero para el cansado caminante, donde halla sosiego y frescura, sombra de árboles y rumor de fontanas.

Lector: si te place esta villa y, después de sosegar el ánimo en el campo de Revolgo, quieres penetrar en ella fiado en mi compañía, te suplico que sigas adelante por el camino de mi novela. Nació ésta en Santillana del Mar; cúpola en suerte

famosa cuna, pero menguado cronista. Mas sirva de disculpa a mi audacia la bondad de la intención.

No te doy en este libro historias aderezadas con la sal del ingenio ni con el calor de la fantasía, sino historia verdadera, almas dolientes, cosas vivas, mojadas de humanas y tibias lágrimas.

Con esta advertencia que te hago al oído, vuelvo la página y me encomiendo a tu merced.

JORNADA PRIMERA

LA CASA Y EL CAMINO

I

Compatriota de Gil Blas, soñador, rebelde, poeta y enamorado, era Jesús de Ceballos un mozo de gallarda estampa, alto de estatura, enjuto de miembros, grave de expresión. Tenía la tez morena y pálida, los ojos grandes y ardientes, la nariz aguileña, la boca húmeda y sensual y una altiva cabeza de melenas románticas. Era hijo de un hidalgo montañés—uno de esos mayorazgos que aun quedan, tallados en viejo pedernal, en los rincones de Cantabria—, el cual hidalgo vivía, de luengos años, en su casa solariega de Santillana, olvidado del mundo. Nacido y educado Jesús en aquella villa silenciosa, nutrido el pensamiento de antiguas memorias y excitada la fantasía con libros de aventuras, fué poco a poco cultivando el deseo de ver cosas nuevas, de echar el alma a volar, como una alondra, y huir de aquel sepulcro de muertos y vivos en que moraba ocioso. Aquella noche había puesto en práctica su pensamiento, saliendo hurtadamente de la villa y dejando el blando sosiego de su casa para cabalgar a su gusto, tierras adelante.

Era la noche templada y apacible, noche de verano en las

Asturias de Santillana. Jinete en menguado rocín iba Jesús, espoleando su corazón por el ansia de ver realizadas sus soñadas aventuras. Aunque iba solo por la desierta carretera, sin más armas que una vieja pistola, ni más dineros que treinta duros mal contados, bastaban para ahuyentar toda zozobra sus pocos años y aquella brava locura juvenil que le lanzaba a ignorados caminos, dejando el blando y ocioso lecho para correr por trochas y veredas. Lleno el exaltado cerebro de las fantasías que en los libros había leído, figurábase que era el propio Gil Blas, su famoso compatriota, cuando al salir de Oviedo, camino de Peñaflor, hallábase en medio de los campos, dueño de su persona, caballero en una mula y contando dentro del sombrero los cuarenta ducados y los reales que a su bonísimo tío había hurtado. Para no ser menos que Gil Blas, comenzó Jesús a contar sus treinta duros, y aunque no sabía a punto fijo qué clase de moneda fuese el ducado, hallóse menos rico que su ilustre antecesor. Pero, en cambio, consideraba con orgullo que él no montaba mula, sino caballo; juzgando con ello que llevaba ventaja, a más de su linaje, pues era hijo de hidalgo y no de escudero.

Alzó en esto la cabeza el rocín, como espantado, y acordándose Jesús de la aventura del mendigo que pedía limosna con escopeta, sintióse medrosico, pensando que hubiese por allí también mendigos con trazas de bandoleros y aun pudiese topar con la cueva de Rolando.

Era ya pasada la media noche y había corrido unas cuantas leguas de camino. Atrás habían quedado la villa de Cabezón, las piedras viejas y legendarias de Treceño, Roiz, la cuna de Juan de Herrera—el soldado artista—, Udías y San Vicente, próxima ya la frontera de ambas Asturias; poco

después divisábase Pesués y zumbaban airadas en el silencio de la noche las aguas del Nansa.

A quien no tuviera tan perdido el seso como Jesús hubiérale encogido el corazón aquella travesía a deshora por caminos mal conocidos, por ásperos desfiladeros y calladas cumbres, oyendo en el fondo de los barrancos el ronco murmullo del río. Capaz era aquella caminata de poner cuidado a un mozo de apenas veinte años y poco curtido en riesgos y aventuras; pero Jesús iba harto embebido en sus pensamientos para dar pábulo al temor; halagado por la húmeda frescura de la noche y por la grandeza del paisaje, bañado de luna, sentíase superior a sí mismo, como si un destino profético le guiara. Pasaban algunos aldeanos por el camino y saludaban grave y cortésmente a aquel joven caballero tan bien parecido, sin que nadie pudiese sospechar el motivo de caminar por allí tan a deshora. Tal vez creyeran que iba a escalar, pintor o viajero, aquellos imponentes Picos de Europa, corona de hielo de Cantabria, que, a la luz diáfana de la luna, a lo lejos blanqueaba.

Presto apareció Hunquera y la mansa corriente del río histórico—el Deva—, encaramándose el camino, cauce arriba, hasta penetrar en las Asturias de Oviedo. Tocaba ya la frontera de ambas regiones, y sentía Jesús la impaciencia de lograr el primer término de su jornada, cuando oyó a lo lejos, sonando en lo cóncavo de las montañas, un alarido extraño y espantable, un gemido monstruoso que le hizo estremecerse. Detuvo el caballo, apartóse a un recodo del camino y allí se estuvo hasta que vió pasar, ¡oh cielos!, el objeto de sus terrores: unas viejas e inocentes carretas asturianas, cuyos pesados ejes chillaban desaforadamente en el silencio de la

noche. A punto estuvo Jesús de emprenderla a tiros con los boyeros, corrido de tan ridícula aventura, semejante a aquella quijotesca de los batanes; mas pensó cuerdamente que él solo tenía la culpa, que no había conocido aquel *cantar* o gemido de las carretas, oído más de una vez en los caminos de su tierra. Tan cierto es que las circunstancias parece como que cambian la naturaleza de las cosas y nos ponen una venda en los sentidos y en el entendimiento.

Malhumorado de tan vergonzoso lance, montó de nuevo a caballo y espoleándole con furia pasó como un relámpago camino de la costa, avizorando el blanco caserío de Colombres cuando rayaba el horizonte la pálida luz del alba.

Sonaba, ronco, el mar enfrente, desperezándose en la soñolienta luz de la aurora, cuando Jesús, fatigado del largo caminar, entró a reparar sus fuerzas en una venta que cerca del pueblo se aparecía. Sentóse al lado de un grupo de aldeanos y pescadores, que curiosamente le miraban, y dió refrigerio a su estómago con unos cuencos de sabrosa leche recién ordeñada.

Sin dar más descanso a su fatiga, montó de nuevo a caballo, impaciente por llegar a Llanes, primer término de su viaje y lugar en donde había de ver cumplido su deseo. Cerca ya de la villa, le asaltó la zozobra de lo que había hecho; pensó en su padre, en su hogar, en los riesgos que le aguardaban, y sintió flaquear el ánimo, quizás por el efecto del grande cansancio que sentía. Como el niño que, atrevido, se lanza a audaces correrías y al cabo de ellas siente la nostalgia del blando lecho y maternal cuidado, así Jesús hallábase arrepentido de sus ímpetus y pensaba lo bien que sería reposar de nuevo en el paterno hogar. A dos dedos se sintió

de volver grupa y terminar en aquel punto sus aventuras, cuando escuchó a sus espaldas trote de caballos y sonido de cascabeles, y el rodar de una diligencia que a toda prisa se acercaba. Pasó el coche por delante de él, y al pasar, un lindo rostro se asomó a la ventanilla y una voz dulce y mimosa le saludó graciosamente. Desapareció el carruaje a lo lejos, y antes de perderse de vista, vió Jesús tremolar, fuera de la ventanilla, un pañuelo blanco.

II

—Tengo el honor de presentaros al señor hidalgo Jesús de Ceballos, natural de Santillana, y aun creo que descendiente de Gil Blas; mal estudiante, poeta, holgazán y enamorado, aspirante a cómico y aficionado a la aventura; el cual desde este punto y hora ingresa en nuestra honrada compañía. Yo, Pedro de Rojas, primer actor de España y de sus Indias, venido a menos por mudanza de la fortuna y envidia de mis émulos, le armo caballero de la orden de la bohemia, poniéndoos a vosotros por testigos y dándole el correspondiente espaldarazo...—Y al decir esto don Pedro de Rojas dióle con su bastón en la espalda al mozo, quitándose el sombrero con cómica gravedad.

Era en el patio de una posada; junto al brocal de un pozo agrupábase la farándula, una de esas farándulas modernas, indigencia del arte, que continúan, a despecho de los siglos, la tradición andariega de nuestro teatro. Reían los cómicos

a mandíbula batiente, cuando se adelantó del grupo una dama, bizca y entrada en años, y dijo con voz ronquilla y ademán solemne:

—¡Bien venido sea el galán a esta ilustre compañía! ¡Viva muchos años con nosotros, para lustre de la escena y regocijo de las Musas!

—He aquí, joven, la primera actriz dramática—dijo don Pedro de Rojas señalando a la que había hablado—. Doña Dolores Chacón, o la *Chacona*, como la decimos nosotros, a la vieja usanza. Noble matrona, que fué en sus mocedades *estrella* del Español, y que hoy arrastra su gloria por estos vericuetos. Siente la tragedia como una Raquel, y, a pesar de su mal genio, es tierna como un corderillo.

Lanzó la *Chacona* una mirada furibunda al comediante, e iba a protestar airada, cuando don Pedro la atajó diciendo:

—Esta otra—señalando a una jovencita de lindo parecer—es la dama joven, la *ingenua* de la compañía. No hay necesidad de presentarla. Es la *Camelia*. Por su amor abandonas la casa paterna y haces profesión de comediante.

Miró Jesús a la *Camelia* amorosamente, y la muchacha, haciendo un mohín de coquetería, se tapó la cara con el abanico. Fué presentando don Pedro a los demás comediantes; adelantábanse éstos haciendo burlonas reverencias, y dijo después, con voz campanuda y clásica entonación, el director de la farándula:

—Tengo para mí, joven amigo, que esta vida libre del arte a campo traviesa ha de sentarte a maravilla. Un mozo de tus prendas no está bien metido en un triste rincón sin conocer el mundo. Aquí me ves a mí, que desde que tuve uso de razón no supe lo que era reposar. Yo he derrochado mi vida,

mi juventud, mi gloria y mi fortuna por todos los caminos, a la manera de los comediantes de antaño, sin envidiar la comodidad y holganza que otros tienen. He nacido en tiempos desastrosos, donde el brío, la gallardía y la libre originalidad son pecados que nunca se perdonan; mas a pesar de ello, he vivido a mis anchas, y aunque me rebelo a veces contra el mundo, no me arrepiento de lo que fuí ni de lo que hice. Yo soy el último clásico de la escena española, el último comediante del Corral del Príncipe, y nadie me quitará la gloria de lo que soy. Vana y fugaz es la gloria del teatro; pero tengo a orgullo grandísimo ser el último donde fué el primero don Agustín de Rojas, mi ilustre antecesor, el *Caballero del Milagro*. Si te place imitar mi ejemplo, joven hidalguillo; si sientes como yo esta poesía del vivir aventurero; si no te asusta mi gloriosa pobreza, ven en buen hora y serás, como dijo la *Chacona*, lustre del arte y regocijo de las Musas. Y ahora, queridos amigos míos, demos paz a la lengua y busquemos en esta humilde posada un lugar decoroso donde almorzar...

Ardía Llanes en fiestas a la sazón. La linda villa asturiana se componía y acicalaba, como mozuela en día de bodas, para celebrar la romería de la Virgen. En los alrededores del paseo de San Pedro estaba el apogeo del holgorio popular. Una multitud de aldeanos y marineros bailaban las clásicas danzas del país a compás de gaita y tamboril. Sobre la hierba de una pradera había colocadas largas mesas con botellas y viandas; alrededor comían varios campesinos en mangas de camisa; más allá bailaba un grupo de mozas, vestidas de claro, coloradotas como manzanas, con los ojos bajos, frente a los mozos, que reían y bailaban, puesta una flor so-

bre la oreja; a la sombra de los altos árboles jugaban a los bolos los más afamados jugadores de ambas Asturias, y en la orilla del mar sonaban canciones con acompañamiento de guitarras y panderetas. Sobre el fondo verde intenso de la campiña blanqueaban unas sombrillas como mariposas; las damas llaniscas y las de los pueblos cercanos mezclábanse al holgorio popular, y aun no se desdeñaban de bailar, «a lo alto y a lo bajo», con los mozos campesinos y pescadores, según usanza democrática de estos pueblos, que las costumbres modernas, ¡oh paradoja!, van desterrando...

El cuadro, de colores chillones, de sana alegría y de sol resplandeciente, parecía una *kermesse* de los viejos maestros flamencos, uno de esos regocijos populares de Teniers o Van Ostade.

Jesús, después de comer, paseaba por la feria del brazo de don Pedro de Rojas, cada vez más encantado el mozo del ingenio y humor del truhán. Era don Pedro, como le llamaban todos con grande respeto, un hombre moreno, de cuerpo mediano, tuerto y barrigudo. Tenía cerca de setenta años, y aunque no representaba tanta edad, por el vigoroso temperamento, harto mostraba su rostro rapado y marchito que había corrido muchos años y muchos temporales. Tenía un ojo de cristal y la nariz muy colorada. Había sido un actor de los mejores de España; su gloria, brillante y popular en otro tiempo, fué declinando hasta rodar, olvidada y maltrecha, por villas y lugares, arrastrando su desventura y su decadencia por caminos y mesones en compañía de cómicos de la legua. Era don Pedro andaluz, y, como tal, gracioso y pródigo; no aprendió jamás el arte de la hormiga, y vivió, mientras fué joven, derrochando caudales, ingenio y salud

en lances de amor y fortuna. Cogióle desprevenido la vejez, y después de rodar por los teatros de provincias, descendió a aquella vida errante de farándula con ribetes de picardía.

—Sólo me resta ya, ¡vive Dios!—clamaba el pobre comediante, sin perder ante los golpes adversos de la fortuna su peregrino humor—, sólo me resta ya parar en mendigo o ladrón de caminos. Yo que fuí espejo de galanes, terror de doncellas y maridos, árbitro de la gloria, monstruo de vanidades, he venido a ser lo que llaman un cómico de la legua. Mas si bien se mira, por donde acabo yo comenzaron los padres gloriosos de nuestro teatro, los más celebrados ingenios: Lope de Rueda, Alonso de la Vega, Ríos, Cisneros y aquel donoso poeta y farsante don Agustín de Rojas, mi ilustre homónimo. ¡Bien dicen que la vejez pára de nuevo en la infancia! Mirad cómo el teatro, cuando muere, se parece al teatro cuando nace. Mezcla de pícaro y de histrión, yo que fuí amigo de príncipes y favorito de nobles damas, soy semejante ahora a los clásicos en pobreza y pesadumbre y aun pudiera escribir, si escribir supiera, mi *Viaje entretenido*...

... Después de muchos trabajos,
después de muchas miserias,
después de algunas bonanzas,
después de muchas tormentas,
después que de mis desdichas
vi mi suerte, mala o buena,
y de quien llaman fortuna
tuve un pie sobre la rueda...

como decía aquel peregrino ingenio.

Cantaba don Pedro los versos a la vieja usanza, marcando el metro y el ritmo, y dándoles una sonora afectación heroi-

ca. En sus labios el verso clásico adquiría de nuevo todo el énfasis, el donaire castellano, la conceptuosa elegancia, la grave ampulosidad caballeresca. Tenía el cómico, a pesar de sus años, achaques y decadencias, una voz melodiosa y vibrante, que ni el abuso del vino logró empañar; vocalizaba con pureza, y hasta en los desplantes y latiguillos, que pródigamente usaba, mostrábanse su nobleza y gallardía. Era un gran declamador de versos, que no comprendía en la escena más que el lirismo y los caracteres extraordinarios. Nada ignorante, al revés de como suelen ser los cómicos; misoneísta y orgulloso, aborrecía lo nuevo y adoraba con fanatismo los clásicos: *El Alcalde de Zalamea*, *Las Mocedades del Cid*, *García del Castañar*, *El burlador de Sevilla*, *Los siete infantes de Lara*, y otras que de memoria sabía, formaban *su teatro*. Y era de ver cómo en las viejas villas castellanas, en esos pueblos dormidos sobre la tradición castiza, donde aun parece que vive lo pasado y suena el habla antigua con su acento y su sintaxis; era de ver cómo don Pedro de Rojas cantaba los versos de Lope, Tirso y Calderón, o, viniendo a lo *moderno*, ponía espanto en el ánimo de los sencillos espectadores gritando aquellos versos:

¡Muerte y exterminio! ¡Muerte
para los dos! Yo matarme
sabré en teniendo el consuelo
de beber tu inicua sangreee...

Y aún, cuando la ocasión lo pedía—digámoslo en secreto, que no se entere la posteridad—, lanzábase a todo trapo en el melodrama, en brazos de *Diego Corrientes o El bandido generoso*...

No hubiera faltado a don Pedro, sin la bellaquería de sus

cofrades y su propia condición maldiciente y esquiva, aparte su afición a la embriaguez, puesto decoroso en escuela o teatro; mas era su ánimo independiente y altivo, capaz de arrostrar toda la miseria y todo el dolor de este mundo por no abatirse a nadie; prefería ser el primero en una bojiganga de la legua, y pasar hambres y fatigas, antes que ser el último y confesarse viejo y trasnochado.

—Me han acorralado, me han vencido esos viles—decía con tono dramático, cual si declamase—. Les estorbaba mi nombre, era necesario enterrarme en vida para vencerme... Dicen que soy viejo, que estoy *anticuado*. ¿Quién hace el teatro clásico y el teatro romántico como yo?... El templo del arte se ha convertido en cátedra de charlatanes... Que si la verdad psicológica... Que si el sentido humano... Que si el *verismo*... Y así, con estas palabras misteriosas traducidas del francés o del chino, engañan al vulgo imbécil... ¡Como si mi señor don Agustín de Rojas, ni el propio Lope de Vega, hubieran necesitado tales requilorios ni necedades para llegar a la inmortalidad!... ¿Cuándo se ha visto *decir* los versos como prosa, destruyendo el soberano artificio poético y convirtiendo el teatro en una academia de pedantes? Pues ¿qué decir del lujo y decoraciones y bambolla de esos tales? ¡Cuatro tablas y cuatro lienzos mal pintados bastaban a Shakespeare y a Calderón para mostrar al mundo su Otelo y su Alcalde de Zalamea! Cuando no hay genio ni hermosura, todo se vuelve afeites y espejuelos y endiabladas coqueterías...

Era éste un tema que hacía perder los estribos a don Pedro, pues en él se contenían toda la historia de su vida y la amargura de su decadencia.

El resto de la compañía lo componían la *Chacona*, que consagraba a don Pedro sus postreros y *románticos* amores; la *Camelia* y media docena de desgraciados más, de cuyos nombres, si nombres tenían, no hay por qué acordarse.

La *Camelia*, llamada así desde niña, era una pobre muchacha de Málaga, en donde aprendió a danzar con palillos y a hacer papeles de comedia; después de rodar por toda Andalucía haciendo melodramas, cantando coplas o bailando soleares, según era necesario, vino a dar, en la feria de Mairena, con don Pedro de Rojas, quien la llevó consigo. Era la *Camelia* de aquella casta de bravas malagueñas que no tienen escrúpulos, cuando llega el caso y la necesidad apura, de irse a Persia en clase de barbianas, o a las islas Hawai en guisa de cantineras; bonita y graciosa, viva de entendimiento y sensible de corazón, fué siempre, aunque enfermiza y débil, más festiva que unas castañuelas. Ponía a mal tiempo buena cara, sabía mil donaires, que prodigaba discretamente, y cantaba y bailaba como los propios ángeles.

Tal era la mozuela que sacó de sus casillas a Jesús y le empujó a salir de aventuras por esos mundos de Dios, pensando ella que podría conquistar con el tiempo al mozo para hacer vida más tranquila y regalada que aquella vida perra de ventas y caminos. Conociéronse en la ilustre Torrelavega, teatro en el cual *actuaba* con honroso provecho la farándula. Muy dado al teatro el hidalguillo, y no menos dado a las mozas bonitas, enamoróse perdidamente de aquella andariega Musa. Poco acostumbrado a las artes y galanterías de bastidores, cayó en la red que la pícara le tendía, y cuanto dinero pudo hallar y con ardides sacar a sus deudos fué a parar a manos de los comediantes.

No pusieron reparo don Pedro ni la *Chacona* a tales amoríos, antes bien, les dieron pábulo, y, cada vez más perdido el seso, el hidalguillo determinó hacerse cómico y acompañar a su dama hasta el fin del mundo. Bien presente tenía en su memoria el ejemplo de aquella ejemplar novela donde el caballero enamorado de la gitanilla se hace gitano para merecer su amor; pareciéndole a Jesús que era menos arriesgado y más lícito meterse a comediante que a gitano, y más propio de su hidalgo linaje.

No bien había llegado a Llanes, púsose en manos de un barbero, que le dejó la cara como la palma de la mano; vendió el caballo en la feria, con lo que acrecentó su caudal; hizo donación de éste a don Pedro, para ayuda de gastos y pago de las lecciones que había de recibir; empleóse parte del dinero en una comilona en la romería, y quedó en la función de aquella noche, en el teatro de la insigne villa de Llanes, armado el mozo caballero de los Milagros, como si hubiese sido farandulero toda su vida.

Tan bien había aprovechado las primeras lecciones de don Pedro, que, según el propio maestro, juntamente con la opinión de la *Camelia* y la *Chacona*, no existía galán que mejor hiciera el *Manfredo* de *En el seno de la muerte*, en doscientas leguas a la redonda.

Las fiestas de Llanes eran una mina para la farándula. Don Pedro de Rojas no cabía en sí de gozo, ganando aplausos y dineros, y Jesús miraba como buen augurio aquel feliz comienzo de sus aventuras. Sin temor a que nadie pudiera reconocerle bajo sus hábitos de farsante, recorría campo y playa, feria y romería, del brazo de la *Camelia*, hasta dar en los umbrales del mesón. Una batahola de todos los diablos

había dentro. Sentados delante de anchas mesas, los mozos, la pipa en la boca y el jarro de cerveza en la mano, hablaban y disputaban con agrias voces, inflando los carrillos, rojos y sudorosos, llenos de salud. Un viejo alto y atlético daba terribles puñetazos sobre una mesa; otro, con la blusa desabrochada, mostrando el cuello de toro, la boina echada hacia atrás, accionando con las manazas curtidas, reía a grandes carcajadas, enseñando la blanquísima dentadura y entornando los ojos; una moza de robustas ancas y abultado pecho engullía una *olla podrida* al lado de un cerril mocetón con cara de bobo; unos chicuelos de linda estampa retozaban entre las mesas; el posadero, tras un mostrador, con su cara gruesa y colorada, blanco y lampiño como una mujer, miraba a sus parroquianos con aire satisfecho. Por encima de las voces y las risotadas se oía el rumor del baile, el redoble del tamboril.

Afuera, bajo la parra, Jesús y la *Camelia* hablaban como dos novios románticos, forjando sueños para lo porvenir, bebiendo sidra y comiendo unas avellanas.

—Me repugnan —decía la *Camelia* mirando al interior de la hostería—esos villanos ahitos de carne y cerveza, gruesos y glotones como cerdos. Yo, que cómo menos que un pájaro .. A mí me basta con unas lasquitas de jamón y un sorbo de manzanilla. Los campesinos andaluces y castellanos son más sobrios y espirituales que éstos. El gazpacho, las *cachorreñas*, unas *aseitunitas*, una caña. El caso no es comer, sino saborear... tener un pretexto para hablar, para cantar, para querer...

Y al decir esto se desperezaba como una gatita mimosa y clavaba en Jesús los ojos gitanos.

—Pues a mí—contestábale Jesús—no deja de agradarme el espectáculo de esta vida animal, llena de fuerte salud y de robusta alegría. Estos bebedores de sidra y de cerveza, groseros y coloradotes; estos aldeanos de caras reposadas y bonachonas, con sus trajes limpios y la boina echada sobre los ojos, tienen cierta belleza. Se ve un pueblo enriquecido por el oro de América, que, harto ya de borona, se atraca de magras de cerdo y jarros de sidra. Es la vida recia y sensual, estallando en carcajadas y voces, desbordando en sangre y músculos. Mas, como tú, prefiero esa raza mística de Castilla, esas figuras sarmentosas, envueltas en la capa, con noble señorío, en medio de la llanura austera...

Acabadas que fueron las fiestas de la villa, marcharon los comediantes a Villaviciosa. De allí pasaron a otros pueblos y ciudades de Castilla. Largo fuera contar las aventuras y desventuras que a la compañía acontecieron; rodando por ventas y caminos, por trenes y diligencias, por teatros y corrales, expuestos a la ignorancia del vulgo, a las burlas de los aldeanos, a vuelcos de diligencias, asaltos de ladrones y mil especies más de fieros desaguisados, empujábales y sostenía sus fatigas ese buen humor, ese estoicismo, ese ánimo suelto y temerario que a la gente española sostuvo y empujó en todo tiempo. A pesar de los donosos lances y cínicas desvergüenzas de esta vida nómada que iba curtiendo poco a poco la delicada epidermis de Jesús, advertíase siempre en su carácter un fondo de melancolía, que llegó a chocar a la *Camelia* cuando muchas veces sorprendió a su amante con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Chuchito!—le decía ella, arrullándole como una nodriza—. Eres un niño... ¿sabes?.. Eres un niño... ¿Por qué llo-

ras?... ¿Sientes haber dejado tu casa?... ¡Los hombres no lloran!... ¿Es que ya no me quieres?... No pienses en cosas tristes... ¿Por qué no nos marchamos los dos?... ¡Tengo unas ganas de dejar esta vida!... Vámonos a Madrid... los dos solos. Trabajaremos para vivir. Tengo miedo de morirme un día en uno de estos pueblos, en medio del campo, en medio de un camino... como un perro...

Y después de estos instantes de hondas ternuras, los dos amantes lloraban como quienes eran, como dos niños...

La *Camelia* estaba cada vez más pálida. Iba perdiendo la alegría de antaño y tenía que embadurnarse la cara de colorete para no parecer una muerta. Habíase quedado en los huesos. A Jesús, al estrecharla en sus brazos, dábale honda compasión de aquella pobre niña tan bonita, tan buena y tan desgraciada. Ingenua como un pájaro, el vicio en ella era epidérmico y tenía lleno de tristeza el corazón. La *Camelia* estaba tísica. Un día echó sangre por la boca, y aquella noche trabajó con fiebre, pálida y quejumbrosa. Hacía el papel de *La Dama de las Camelias;* el público creyó que era arte su dolorosa angustia y la colmó de aplausos. La *Chacona* habló con don Pedro y acordaron llevar a la muchacha a un hospital, temiendo que se les quedara entre las manos por el camino.

Hallábanse a la sazón en Toledo. La *Camelia* tosía y lloraba, resistiéndose a ir al hospital. Ella no quería morirse; quería ir a Madrid con su amante; allí se pondría buena y serían felices los dos... Furioso don Pedro, veía deshacerse su compañía y abandonarle aquel galán, que era la perla de

los galanes jóvenes, poeta y comediante, como no los había en los teatros de Madrid, y que trabajaba sin más sueldo que la pitanza y el amor. Aquel *Cherubini* de la comedia resignábase a soportar la tísica a su lado, con tal de no perder al galán.

Una noche, cuando los dos amantes preparaban su fuga soñando con vivir como dos tórtolos en Madrid, quedó muerta la *Camelia* en los brazos de Jesús. El grave misterio de la muerte cayó sobre aquel amor vagabundo que tan adentro había penetrado en el alma del hijo pródigo. Contemplando aquel cadáver, frágil despojo de la vida, en cuyo rostro de cera hallábanse retratados el hambre, el dolor y la miseria, pensó Jesús cuán triste era aquella existencia a que se había lanzado, y cuán distinta de las regocijadas aventuras de los libros. Solo, ante la niña muerta, en aquella vieja Toledo, que le traía el recuerdo de la triste Santillana, evocó el panorama de sus primeros años, haciendo examen de corazón y de conciencia.

III

Recordaba el alba de su niñez, arrullada por oraciones; veía, como en sueños, una estancia muy grande, un lecho muy blanco, una ventana mirando a un huerto, un árbol cargado de áureas manzanas, unas ruinas vestidas de hiedra. Después los recuerdos se hacían más precisos: desfilaban por su memoria los interiores de la casa paterna, amplias estan-

cias silenciosas, muebles antiguos, turbios espejos, cuadros sombríos; la vieja Santillana con sus calles desiertas, sus palacios señoriales, balconajes y escudos; el valle hondo y sosegado, el cielo gris. Oía, como si sonaran a lo lejos, el tintineo de las esquilas, el mugir de las vacas en los establos, el tañer de las campanas, la salmodia de los rosarios...

Nació Jesús en una casa inmensa y silenciosa como un monasterio, en aquella peregrina calle del Cantón, poblada de blasones. Desde que tuvo uso de razón aplicáronle con piadoso afincamiento los bálsamos y los óleos de la fe, procurando incrustar el dogma fuertemente en aquel cerebro infantil, blando y dócil como cera. Enseñáronle en cuanto supo hablar dulces plegarias, cuyos rumores le acariciaban como blanda música. Muchas noches, casi dormido, con los ojos cerrados y las manos juntas, balbucía aquellas viejas imploraciones, luchando con el sueño, obediente a la imperiosa voz de su padre, que vibraba recia en las sonoras estancias de la casona. Y rezando, rezando, solía quedarse dormido...

El pobre niño temblaba como la hoja de un árbol cada vez que le reñían. Su almita naciente, empañada por un fondo de timidez, asustábase y recogía sus pétalos igual que una sensitiva. Era su padre hombre de gran corazón y amaba a los suyos tiernamente; pero en su carácter de hierro, endurecido por amarguras y reveses, andaba la ternura muy adentro. Su natural adusto y sus maneras graves eran como diques donde se contenía toda emoción: era al modo de aquellos hombres duros de antaño, almas de pedernal, que necesitaban el choque del hierro para dar un chispazo de luz. Rara vez asomaba en su palabra una efusión. Jesús no recordaba que su padre le hubiese dado un beso jamás. En

cambio, tocábale el corazón el cariño materno, la inefable dulzura con que su madre le miraba, acariciándole con sus ojos garzos, melosos y clementes.

Aquella niñez monótona y contemplativa, sin risas ni bullicios, dejó en su carácter para siempre una melancolía incurable. Acostumbróse a pasar horas enteras en la inacción, mirando correr el río del tiempo con un vago deseo de reposo y de infinito, lo que puso en su espíritu el amor a los espacios mudos, a los paisajes sosegados, a los silencios y las penumbras. Su carácter grave admiraba a todos.—Es un niño que no sabe reir—decían las gentes, y esta tremenda observación hacianla en son de exquisita alabanza. Gustábale estar sentado en un viejo cofre de rica estofa y góticos herrajes, escuchando en el vacío de las grandes estancias el tic-tac del reloj o el roer de la carcoma en los obscuros artesonados. Otras veces íbase a la vetusta Colegiata y contemplaba, curioso y medroso, las figuras extrañas de los capiteles en el claustro, y las calaveras que asomaban entre la hierba y las sepulturas. Soñaba con vivir siempre en aquella paz amable de claustros, ruinas y monasterios, enamorado precozmente del silencio y la soledad, gustándole sobremanera sentarse en los rincones plácidos de las capillas, en los tallados sitiales del coro, en las habitaciones lejanas, donde más a su sabor se bañaba en aquel reposo monacal. Huyendo de los rapaces de su edad metíase en un rincón, jugando con piedrecillas, botones y pajaritas de papel, extasiándose en el campo al contemplar un hormiguero, al atisbar la vida humilde de los insectos, al sorprender los secretos de un árbol, de un vellón de hierba, de un surco, de un hilillo de agua. Lector precoz, hojeaba los libros de su padre y encan-

tábanle las letras menuditas y las viñetas, los libros pequeños como devocionarios y los renglones armoniosos de los versos. Su padre trataba de infundirle instintos patrióticos, religiosos y guerreros, sus ideas ardientes de autoridad y de tradición, los ensueños arcaicos de su casta; pero el pobre niño dirigía a su padre una mirada tímida y medrosa, y, en cuanto le era dado, volvía a sus libros, a sus insectos, a sus botones y a sus pajaritas de papel.

Un tío suyo, hermano de su madre, don Rodrigo Villa, causábale singular terror. Era el tal don Rodrigo un hombre de elevada estatura y grandes barbas bíblicas, varón maduro, docto, rico, misógino y avaro. Contábanse de él cosas extraordinarias de paces y de guerras; peleó con duro valor en sus mocedades y dióse después a los libros con insaciable afán, colmando su antigua sed de aventuras y hazañas en las fuentes inagotables de la historia. Vivía solo con sus libros y sus dineros, muy pagado de su linaje y de su villa, sin poderse resistir a sí mismo de puro nervioso y extravagante. Tenía una elocuencia impetuosa y áspera en el tono, pero de una castiza elegancia en su estilo y pensamientos. Empeñado en tomar por su cuenta la educación de su sobrino, sentábale en sus rodillas de hierro, y, metiendo la colorada nariz entre los ojos asustados del pobre infante, referíale con voz de trueno historias del pasado, y otras veces llevábale ante los retratos que en el salón había—retratos del Greco, de Coello y de Pantoja, que parecían vivir en las penumbras una vida inmortal—y contábale la leyenda de su linaje, historias fabulosas de fieros castellanos abrasados por la calentura de la fe y de la ambición. Tornábase imponente don Rodrigo al hablar de tales cosas; sus manos temblaban, su busto se er-

guía, su voz hacíase opaca y los ojos verdes le ardían con fuego extraño. El pobre niño, muerto de miedo, viendo cobrar vida, al conjuro de aquella apasionada palabra, todo el mundo heroico y fabuloso escrito en las piedras de la villa, agarrábase a las rodillas del terrible mentor, soldado injerto en letrado, que en asuntos de educación tenía un criterio completamente marcial.

—Hay que endurecer al hombre desde niño—replicaba a su piadosa hermana cuando ésta se dolía de tales procedimientos—. ¿Es que crías a tu hijo para el claustro? Antes lo quiero muerto que cobarde. Hoy se da una educación perniciosa, más propia de doncellicas sensibles que de mayorazgos. Como decía el gran don Iñigo, «la vida es acto militar o de guerra, y es menester cultivar hombres de corazón y no afeminados muñecos...»

Tenía seis años el muchacho cuando murió su madre, dejándole una hermanita. Con la dulce señora, que pasó en tranquila locura los años postreros de su vida, se fué la única ternura que en aquella casa moraba. Jesús vió sustituir al cariño de su madre, que, aun demente, velaba por él, la fría tutela del ama de llaves: una pasiega sencilla y hosca.

Más triste el huérfano que nunca, recatábase en la soledad, como celando su presencia en la casona. El padre, ensimismado, con el carácter cada vez más agrio y adusto, encerrábase en sus habitaciones, dejando los niños al cuidado ajeno. Perdía Jesús la noción del tiempo en sus largas perezas infantiles; más indolente y melancólico de día en día, acurrucábase en el huerto, viendo correr el agua de los manantiales y aprendiendo a saborear el maravilloso silencio de aque-

lla encantada villa, de aquel gran sepulcro de glorias y memorias.

Cuando Jesús tuvo ocho años cambió de claustro; de la casa paterna fué a un colegio, antiguo monasterio escondido en lo más abrupto de la montaña. En aquel nuevo convento, bajo un régimen de seminario; en aquellos patios fríos, en aquellas aulas grandes, sintióse más abandonado que nunca. Viendo pasar sobre su timidez y su pereza el yugo de la disciplina, diéronle ganas de huir. Pero jamás se encontraba solo, siempre tenía encima una mirada severa o burlona; levantábase al amanecer, y muerto de frío y de sueño, iba a la capilla; y durante el día alternaban las clases y los *recreos*, todo a toque de campana.

Cuando salió del colegio tenía catorce años: era un adolescente pálido y grave, de ojos soñadores y vivo entendimiento. Al volver a la casa paterna había vencido grandemente su innata timidez; pero los recuerdos tristes de su infancia, la educación austera, la novatada implacable, los años de claustro y violencia, dejaron profundas huellas en su corazón.

Seguía amando el campo con religioso ardor: pasaba las horas muertas tumbado en tierra, aspirando el húmedo vaho de los prados, escondiéndose en los bosques, dando carreras locas por las montañas; accesos de alegría física que terminaban en lágrimas y hondas melancolías. Los libros eran la válvula de su imaginación ardiente, desarrollada sin freno en aquel medio histórico y legendario; leía con voracidad obras de piedad y de fantasía, historias y novelas, recatándose de

su padre y sintiendo desarrollarse en su alma un impulso extraño, una curiosidad insaciable. En la explosión de sus nacientes entusiasmos buscaba a su hermana Casilda y a su prima Juliana, una morenica de su edad; leíales versos con tono grandilocuente y les contaba, enternecido, sus sueños. Otras veces se sumergía en profundas meditaciones, releía el devocionario de su madre, un libro de vitelas gruesas y amarillas que hablaban con honda elocuencia de la muerte, páginas de ascética filosofía donde flotaba la tristeza de vivir. Pensaba Jesús en todo ello con terror y curiosidad, pareciéndole la vida una cosa llena de misterios, peligros y prohibiciones, que no podía mirarse frente a frente sin riesgo de ruborizarse. Algo así como los encantos ocultos de una mujer muy hermosa y muy pecadora.

Sin darse cuenta, había ya sentido Jesús los primeros fuegos del amor; una agridulce sensación voluptuosa, un indefinible resquemor en el pecho, un deseo vago que le acometía hasta en sus exaltaciones religiosas. Un día, aquellos sentimientos indecisos que eran los primeros impulsos del sexo, tomaron una deliciosa forma de mujer. Juliana, su prima, niña precoz y ardiente, le inspiró un amor romántico y triste. Era la niña hija de un pariente próximo de los Ceballos, castizo hidalgo también, don Fernando Pérez de Orcasitas. La morenuca dióse al cabo cuenta de la afición de su primo y aun advirtió en sí misma el propio sentimiento. Fué aquél un casto idilio que guardaron ambos como una reliquia en lo secreto de sus corazones, temerosos de que, al salir afuera, perdiese el religioso misterio que tan dulcemente les torturaba.

Al cumplir Jesús los diez y siete años envióle su padre a

la Universidad para que siguiese la carrera de Leyes, por la cual habíanse decidido entrambos. Imaginad el contraste de la vieja Santillana, de aquella villa muerta, donde los siglos petrificados duermen piadosamente el sueño eterno, y la ciudad populosa y audaz, lanzada a todas las fiebres modernas, llena de oro y de lujo, adonde fué a parar Jesús. Imaginad aquí la licencia escolar, el trato de alegres mozos, hijos de una burguesía opulenta, almas modernas llenas de aspiraciones, de ideas revolucionarias y sentimientos precoces; la revelación de una vida más libre, en la que se hablaba de modas, de literatura, de mujeres, de vicios aristocráticos y rencores plebeyos...

Cuando el joven estudiante fué a pasar las vacaciones a la casa paterna, había experimentado una considerable mudanza. El adolescente tímido y misántropo, de torpes maneras y pocas palabras, era ahora un joven resuelto y desdeñoso, vestido con elegancia afectada, ostentando ademanes de orgullo y fatuidad. Mostraba el mozo petulancia y desdén hacia los suyos, ironías crueles, ambiciones desmesuradas, excesivo gusto por las cosas modernas y repugnancia de las antiguas, y, sobre todo ello, un arte refinado para fingir. Dábase a discutir con su padre en cosas de arte y de historia, y aun hacía gala de un escepticismo de «buen tono» en materia de religión. En cambio hablaba con apasionada elocuencia de ideas nuevas, de audaces apostolados, mostrando un amor bravío a la vida moderna y a la *santa* libertad. Ganas le dieron al hidalgo, al ver estas cosas y sospechar otras muchas, de mandar al diablo la carrera de su hijo y encerrarle en la vieja casona, donde ni un soplo del mundo pudiera llegarle; pero su vanidad de padre venció entonces

a su firmeza de convicciones, y le dejó marchar de nuevo.

No pasó mucho tiempo sin que recibiera tristes nuevas del estudiante. Quejábanse los maestros de la conducta del mozo, de su orgullo, su pereza, su obstinación, su tendencia a la rebeldía, y amenazaban con expulsarle de la Universidad, como elemento indisciplinado y perturbador. Poco después amotinó a los escolares, armó la de San Quintín en las aulas, cometió fechorías sin cuento y anduvo errante, metido a pícaro, hasta que el padre, lleno de dolor y de cólera, le volvió a su hogar con ánimo de no apartarle más de su vigilancia. Jesús, que ya tenía cerca de veinte años y era un gentil calavera, acogió la decisión de su padre con desdén, dedicóse al amor y a la caza, recorriendo los contornos, persiguiendo mozas y asombrando a aquellas sencillas gentes con su audacia y bizarría.

Tratábale su padre con aspereza, castigándole con mano dura cada vez que de alguno de estos desaguisados se enteraba, y el hijo, sumiso, pero grave; callado, pero orgulloso, usaba con el padre una obediencia fría, alimentando en el fondo del corazón el deseo impetuoso de huir para siempre de aquel rincón de estériles ruinas donde miraba su j uventud prisionera. Dolíase el hidalgo de todo ello, sin alcanzar la causa y sin comprender cómo aquel muchacho fervoroso y tímido había cambiado tanto.

Juliana, la prima de Jesús, era ya una gallardísima mujer, esbelta, hermosa, de hidalgo señorío, digna por sus prendas de un más juicioso galán. Enamorada, con el ímpetu de su juventud y de su temperamento, sufría calladamente las locuras del amado. Formalizáronse aquellos amores, pues creían los deudos de ambos redimir al rebelde mozo por me-

dio del casamiento. Dábase prisa el hidalgo en concertar las bodas que habían de traer a su casa un poco de alegría juvenil, amén de un considerable caudal, para remedio de su ruina. Pero la demencia de su hijo dispuso las cosas de otra manera.

Había a la sazón, en la cercana ciudad, una farándula, aquella farándula pintoresca de don Pedro de Rojas. Varias veces vieron a Jesús, muy dado a las cosas del teatro, con la *Camelia*, la linda y pícara comedianta; y aun muchas noches atrevióse a salir el mozo a las tablas representando farsas, con gran escándalo de cuantos le conocían. De la noche a la mañana desapareció Jesús de Santillana y nada se pudo saber de él en muchos años, mientras anduvo en faz de comediante por los caminos de Castilla.

IV

Lleno Jesús de repugnancia y pena, pensó morir también —a tal punto se le había metido en el corazón aquella pobre comedianta—; pero su mocedad y algunos amigos llevároule a Madrid, haciéndole saborear las dulces primicias de la alegre vida de la corte.

Pasado algún tiempo, su alma voluble, que tornaba presto de los dolores más hondos a las más insensatas alegrías, hallóse bien con su libertad, y pensó que debía alborozarse de haber dejado aquella vida miserable de cómico de la legua. Asaltábale a veces el remordimiento de lo que había hecho con su padre; pero le causaba terror la idea de tornar a aquella

tumba de ásperos recuerdos. Lanzóse al cabo a nuevas aventuras, pasó hambre y dolor; mas sostúvole el orgullo, ese orgullo que, por huir de honrada subordinación, nos somete a las humillaciones más fieras; desempeñó oficios varios, no todos de recta condición, y cayó, por último, en la redacción de un periódico, una especie de casa de refugio de pícaros y desvalidos con talento. Soltóse allí en el manejo de la pluma y conocimiento del mundo, prendiéndole aquella nueva y codiciada profesión con un nuevo estímulo: el deseo de la gloria literaria, más penosa y esquilmada que cualquiera de las otras fugaces glorias de este mundo. Frecuentó el trato de los hombres de letras, alcanzó cierto nombre entre los del oficio y llegó a satisfacer un tanto su vanidad.

Pero faltábanle al iluso esas cualidades de estudio y de voluntad, sin las cuales el talento es estéril. Impaciente, romántico, impulsivo, Jesús quería lograr las cosas apenas las tocaba; no contento con doradas medianías, sentía la ambición de fabulosas cumbres. Niño sentimental y desordenado, fácil de palabra, agudo de entendimiento, excesivo de fantasía, sus obras no correspondían a sus imaginaciones. Las lecturas atropelladas, las ideas mal digeridas, los excitantes de aquella vida nocturna y emocional, llegaron a trastornar sus pensamientos y a enconar el fondo de sus heredados histerismos. Desesperábase mirando alzarse sobre él hombres obscuros e intrigantes; sentía rencores sordos y agudas crisis intelectuales que le llenaban de zozobra, dolido de verse pobre y esclavo, forzado a un trabajo sin alegrías. Despechado y rebelde, dábase a la extravagancia, adoptaba aires de genio no comprendido y llevaba su voz vehemente al coro de burlas y paradojas de los cenáculos juveniles.

Volvía después de sus fracasos a la antigua timidez de la infancia; experimentaba a veces una cobardía de vivir, una depresión, una acidia abrumadoras. Los libros le ponían triste, la vida le parecía insoportable; notaba una sensación de vacío, de nihilismo espiritual, como si el alma se le escapara poco a poco.

Incapaz de sujetarse a un método, acostumbrado a seguir el vagabundeo de la fantasía, ganado por la pereza, hubiérase dejado morir de hambre y de tedio si una nueva pasión no le hubiera fuertemente sacudido.

En circunstancias romancescas, hallándose en un pueblo de Andalucía, conoció a una mujer singular, Rosa Luna, hembra varonil y andariega, de novelesca vida y famosos hechos. Rosa Luna era cubana, de padres españoles; huérfana desde muy niña, la adoptaron unos parientes que vivían en París y que se establecieron más tarde en Barcelona. Había recibido Rosa educación libre y universitaria; su alma se exaltó con los libros, dióse a la literatura y a la enseñanza, se casó con un hombre vulgar, atraído por la fascinación de su talento, y desgraciada en su hogar, separóse de su marido y fué oradora, revolucionaria y heroína, con el desenfado de toda mujer que rompe las trabas de su sexo en una sociedad rígida. Tenía Rosa Luna grande corazón y elocuente palabra; era una mujer morena y menudita, toda nervios, impetuosa y brava, capaz de las mayores locuras. Perseguida en todas partes con el odio y el ridículo, despertando a su paso tempestades, iba por las grandes comarcas agrarias echando simientes de rebeldía, poniendo su vida en riesgo, fulminando profecías y anatemas, anunciando la *buena nueva* por campos y ciudades. En sus épocas de reposo retirábase a Barce-

lona, y allí, atendiendo a su escuela y su periódico, ganaba penosamente para vivir, con una sencillez y una frugalidad admirables. En aquel corazón de mujer ardía el fuego del sacrificio; los que la calumniaban sin conocerla jamás imaginaron la buena fe que la guiaba por tales vericuetos.

Conocióla Jesús en un momento propicio, cuando la heroína, ante una muchedumbre de campesinos, lanzaba impetuosa arenga. Era un atardecer en las orillas del Guadalquivir; caía la tarde mansamente, y el sol, trasponiendo los vastos olivares, se encendía a lo lejos en rojas llamaradas. En un silencio sagrado, Rosa Luna, en la paz de la tarde, extendía sus manos, pequeñitas y temblorosas, acompañando con ademanes enérgicos su romántica oración. La presencia de unos esbirros, acompañados de un iracundo monterilla, que aparecieron allí, cortó la interesante escena. Requirieron sus estacas los labriegos, y hubiera ocurrido un desaguisado sin la oportuna presencia de la Guardia civil. Hubo, sin embargo, protestas y algunos palos, dando con sus asendereados cuerpos en la cárcel Rosa Luna, un viejo republicano que la acompañaba y Jesús, que, movido a cólera por tal suceso, defendió a la dama con caballeresco arranque.

Aquel amor, nacido en una cárcel, unió a los dos ilusos largo tiempo. Apasionado Jesús de aquella mujer tan vehemente y varonil, que en circunstancias tan novelescas se le había aparecido, sintióse dominado por ella. Flaco de voluntad y de carácter, halló en Rosa Luna su complemento. Acostumbrada la profetisa al trato de hombres egoístas y rapaces, vulgares y prácticos para la vida y el amor, le encantó el encuentro de aquel mozo galante y poeta, capaz de arriesgarse por una dama y por un ideal; halló en su alma las

semillas de aquel heroísmo que ella profesaba, y, necesitando la compañía y la defensa de un hombre de corazón, se entregó a él con exaltado ardimiento. Juntos los dos, peregrinaron por tierras de Andalucía, compartiendo los riesgos y aventuras de aquella vida singular.

El amor de Rosa Luna fué un momento decisivo en la vida de Jesús. Preparado como estaba para recibir toda nueva comunión, lanzóse con frenesí a aquella ola revolucionaria, sentimental, religiosa en el fondo, que en las entrañas de nuestro siglo se prepara. Habíanse recogido al cabo los dos amantes, después de una época de románticas peregrinaciones, a la paz de una humilde casa en Barcelona, dedicados a escribir y a enseñar, cultivando sus ideas y sus amores sin grandes sobresaltos. En aquella temporada serena entregóse Jesús a un reposado estudio, y parecíale que los tumultos de su vida se habían calmado para siempre. La blanda influencia del amor había ido apagando los ímpetus de Rosa Luna. De sus amores había nacido un niño, y la maternidad acabó de amansar aquel carácter, admirándose cuantos la conocían de cambio tan profundo. La infatigable revolucionaria vivía ahora como una sencilla burguesa amamantando a su hijo; su corazón, su palabra y su pluma perdieron la violencia de antaño, y aquel amor ambicioso, que quería abarcar la humanidad entera, vino a estrecharse y concentrarse en un niño

El idilio duró poco. El fruto de aquellos amores andariegos arrastró una vida corta y precaria, y murió al cabo, exangüe, como un pajarito. Volvieron los amantes a la lucha para calmar aquel gran dolor, y envueltos de nuevo en procesos, perseguidos, con el corazón destrozado, tuvieron que huir de su hogar y de su patria.

Refugiáronse en un rincón de París, al amparo de amigos leales, ganando penosamente el sustento y sintiendo a veces flaquear el grande ánimo que hasta entonces les había sostenido.

Conocieron en aquella época a un músico polaco, Demetrio Sobieski, violinista, compositor extravagante y genial, que arrastraba su pobreza y su humor desordenado por los rincones de París. Como era el polaco sentimental y vehemente, cobró un impetuoso afecto a aquellos dos emigrados españoles. Eran vecinos en un zaquizamí del Barrio Latino, donde vivían unos cuantos tipos originales en alegre fraternidad.

Reuníanse por las noches en la estancia del polaco todos aquellos amigos, entre ellos una escritora rusa desterrada, dos estudiantes alemanes y un poeta francés. Catalina se llamaba la rusa, y era una dama alta, rubia y pálida, un tipo esbelto y aristocrático; redactaba en Riga un periódico revolucionario, con vistas al nihilismo, y tuvo que expatriarse, perseguida por las autoridades rusas. Vivía en París dando lecciones de idiomas, piano y literatura; era amante del polaco y discutía con vehemencia asuntos de política y de arte, «haciendo música» y entregándose a los excesos de un amor exaltado y enfermizo. La semejanza de sus destinos le hizo simpatizar con Rosa Luna, a quien proporcionó algunas lecciones y el consuelo de una afectuosa amistad. Hans Keller, otro de los contertulios, era un estudiante de filosofía, un mocetón enorme, de rubias melenas y grave entendimiento, gran bebedor de cerveza, pesimista y melancólico. El otro estudiante alemán apenas desplegaba los labios; tímido y entusiasta, todas sus exaltaciones le relumbraban en los ojos,

unos ojos grandes, dulces y obscuros. El poeta francés llamábase Juan Jacobo Robin; tenía el talento de la palabra, una elocuencia singular, sencilla y elegante. Robin era casi un inédito, pero el fuego de su palabra reveladora, alumbrando entendimientos y corazones juveniles, habíale llegado a dar cierta popularidad. Fué combatido con burlas y sátiras en la época de enconadas luchas estéticas; pero su actitud imperturbable y su palabra magistral acabaron por vencer, y llegó a ser respetado hasta de sus propios enemigos. Sus estudios de Arte y Literatura, publicados en pequeñas dosis en algunas revistas, eran modelos de crítica y de estilo, de finura intelectual. Solían ir también a aquella peregrina tertulia un viejo príncipe nihilista, amigo de Catalina, y algunos pintores impresionistas protegidos de Robin.

Había en aquel cenáculo una fraternidad y un entusiasmo conmovedores. Hablábase de todo lo humano y lo divino, de la Filosofía, del Arte, de la Política, de la Humanidad, de todos los ensueños, exaltaciones, verdades o extravagancias que han apasionado el alma de los hombres, desde que hubo mártires y verdugos, desde que hubo artistas, locos, enamorados y soñadores. Pasaba todas las noches por aquella pobre estancia, refugio de bohemios y revolucionarios, una ráfaga de encendida elocuencia, un entusiasmo desbordante que arrebolaba los rostros y hacía palpitar los corazones. Hablaba pausadamente Robin, con voz insinuante y dulce, dibujando las ideas y las cosas, con su talento galo, tan lógico y armonioso, que concretaba y hacía precisas y tangibles las más áridas atracciones, las más frías generalidades. Keller, el pesado tudesco, alzaba castillos enormes en el aire, sistemas apocalípticos de filosofía transcendente,

derrochando un caudal de palabras, terminando con arranques sentimentales y lágrimas en los ojos. Entonces Robin, cuando Keller enmudecía, apoderábase de aquella fantástica fortaleza hegeliana, asía las ideas esenciales con sus manos plásticas y *traducía*, interpretaba, transformaba aquella maraña en una docena de ideas definitivas, engarzadas en frases de oro. Cuando aquel soberano artista de la palabra concluía su sencillo discurso rompían los oyentes en aplausos, y el alma latina, vencedora, se estremecía de orgullo y de placer. Al poco rato, Catalina, pasando sus manos delgadas por la rubia y copiosa cabellera, echando luz por sus ojos verdes, temblándole de impaciencia los bermejos labios, reclamaba un puesto en aquella asamblea de entusiasmos y hablaba también con nerviosa elocuencia, lanzando con su voz de contralto, cuyos ecos parecían arrullos de enamorada paloma, rebeliones y cóleras, todo el amargo fondo del alma rusa, tan grande y tan desgraciada. Enardecíase Rosa Luna al oirla; su cuerpo menudito y nervioso temblaba de emoción y contaba sus aventuras en tierras de España, mientras Jesús, tocado también de aquella fiebre heroica, recordaba los tiempos de estudiante, de cómico, periodista y revolucionario; poniendo al desnudo el alma ingenua y sentimental, abrasada en antiguos rescoldos. Y cuando todos callaban, Demetrio Sobieski apuraba su vaso de ajenjo, echaba atrás su áspera melena, y pasando el arco tembloroso por las cuerdas del violín, arrancaba al sensible instrumento una melodía larga, quejumbrosa, como una voz humana y doliente.

Catalina entonces se sentaba al piano y acompañaba uno de esos lamentos de Tchaikowski, donde parece que llora

el alma rusa, los ensueños de Tolstoi, las visiones atormentadas de Dostoiewski, la épica grandeza de Gogol, la bohemia de Gorki, la ternura delicada de Turgueneff.

El ídolo de Jesús era Chopin, por su deliciosa mezcla de fantasía eslava, riqueza germana y elegancia latina. Jesús, enamorado de la música, había aprendido a tocar el violín. Demetrio era su maestro y Chopin su devoción. La sensibilidad enfermiza, la exquisita ternura y el patético dolor de sus obras producíanle impresión profunda. Sus *Baladas*, sus *Scherzos*, *Improvisaciones* y *Nocturnos* eran como la expresión musical del alma de Jesús, un alma insaciable, tierna, romántica, eternamente soñadora...

Catalina interpretaba a Chopin con nervio y delicadeza, sabiendo imprimirle esa ansiedad y esa elegancia que muy pocos *virtuosos* llegan a sentir y expresar.

Había también noches enteras dedicadas a Schumann; Catalina, con su pastosa voz de contralto, cantaba algunos *lieder*, líricos suspiros de una de las almas más hermosas y desesperadas que han sufrido en este mundo; Robin recitaba versos, y Keller, henchido de cerveza, lloraba en un rincón...

Algunas veces sorprendíales el alba en aquella traza; salían llenos de emoción, embriagados de palabras y de ajenjo, vacilando por las desiertas calles, mirando temblar en el sereno cielo las últimas estrellas, como lágrimas piadosas cuajadas en el firmamento.

V.

La música, el amor, el vino, las aventuras, los libros y los sueños exaltaron el alma de Jesús y le condujeron a nuevas locuras. Encendido en aquella viva llama del "apostolado" de Rosa Luna y sus amigos, se lanzó con romántico ardor a lides revolucionarias. Fué perseguido, puesto en prisiones, y su nombre rodó envuelto en obscuras complicidades.

Un día hizo examen de conciencia y lloró sus errores. Pensó ser hombre *práctico*, intentó negocios fabulosos, creó proyectos audaces, se asoció con pobres diablos que, como él, tenían más ilusiones que dinero, y acabó también enredado en las sutiles mallas de la *justicia*. ¡Tampoco servía para *hacer fortuna!*

Otro día, leyendo a Horacio, juzgó que la felicidad estaba en una *dorada medianía*, y que todas las luchas y ambiciones eran vanidad de vanidades. Ofrecióse a dar lecciones: los antiguos ímpetus de propagandista y de revolucionario se tornaron en un deseo febril de enseñar, de educar, de cultivar... ¡él, que no había sabido educarse ni cultivarse a sí mismo! La fama de su talento y su palabra le atrajo algunos discípulos; pero pronto le alcanzó en esto también el fracaso que a todas sus cosas acompañaba. Las personas graves le acusaron de sofista, de embaucador, de charlatán. Había él soñado una escuela al modo socrático, sin reglas, sin métodos, al aire libre, dialogando entre burlas y veras sobre todas las cosas...

En medio de sus ridículos fracasos había un grande y puro deseo de conocer la verdad; mas algo que no acertaba a comprender hacía estériles sus sacrificios. Su alma era un vaso de confusiones: la fiebre, la paradoja, la tristeza, luchaban en él perpetuamente. En sus tiempos de fracasado magisterio tuvo conflictos extraordinarios: no se sentía con valor para afirmar ni negar nada; contradecíase a cada momento, y como en el fondo era honrado, temía engañar a las almas jóvenes confiadas a su dirección.

Parecíase a aquel catedrático de Filosofía que, después de estar todo un curso explicando Metafísica, dijo con voz solemne, el último día, al hacer el resumen: «Señores: la Metafísica, si es que existe...» Aquel profesor sigue todavía explicando Metafísica... Jesús, más sincero, despidió a los pocos discípulos que le quedaban, porque, según él mismo decía, no les quería seguir engañando...

Una brusca nostalgia le atrajo de nuevo a España. La vida de París se le hizo insoportable. Rosa Luna había muerto de una enfermedad extraña, que la llevó al sepulcro en plena juventud todavía. Cuando su hijo murió, la pobre soñadora sintió que algo se había roto en su alma; desde entonces vivió de milagro, sostenida por sus nervios, vibrando y muriendo...

Jesús volvió a Madrid, perdido ya todo estímulo. La ruina de su juventud le llenaba de terror. Ya había pasado las fronteras de ella y caminaba por la segunda mitad de su vida, como un viejo. Estaba solo, sin un humor grande, sin una noble compañía, sin haber saciado sus ansias de felicidad y de gloria. ¡El tiempo no había cumplido sus doradas promesas!

Nombre claro, natural despejo, desenfado, bizarría, elo-

cuencia, don de gentes: pocos hombres mejor equipados se habían lanzado a los caminos y aventuras del vivir. Apuró el vino en todas las copas, gustó el sabor de la vida en todas sus fuentes, derrochó el caudal generoso de la juventud; pero no sacó de ello sino desengaños precoces. Llena el alma de extrañas hieles, rotos los resortes de la voluntad, sin salud, sin ideales, sembrando al pasar despechos e ironías, arrastraba ahora su orgullo, su tedio y su pobreza por los rincones de Madrid nocturno, con la dignidad y la tristeza grave de un gran señor venido a menos...

Una luz se encendió de pronto en su entendimiento y en su corazón. De lo más hondo del alma brotó un deseo violento, raudo como un águila, noble deseo de paz, de reposo, de renunciamiento, de suprema quietud. La vida contemplativa parecíale un bálsamo capaz de curarle. Tarde había comprendido su error: era un sentimental, un alma de crepúsculo nacida entre ruinas y decadencias. Su cuna había sido arrullada por la mansa locura de la madre y por la tristeza del padre; hijo del atavismo y del fracaso, pretendió, como tantos otros españoles, renegar de su destino y de su casta, en vez de abrazarse a su enmienda y reformación y henchir el árbol viejo con la savia de la juventud.

Pensando en estas cosas, recordaba de nuevo su lejana niñez, aquel peregrino rincón de la Montaña en donde había nacido, y al contemplarse envejecido y cansado, salpicada de temprana nieve la hidalga melena, sentía bañados de lágrimas los ojos.

Fortalecido en su propósito de buscar la paz, paseaba una noche por ancho paraje, dónde, a la luz de los arcos voltaicos, se ostentaba el espectáculo de la vida cortesana: muje-

res llenas de artificios, con aire de meretrices, adornadas de ociosas plumas; mancebos de rostros femeninos, gesticulando con viciosas muecas; ancianos de cabello teñido, viejos sin majestad, en cuya carne flácida aun muerde la víbora de la lujuria; aristócratas degenerados que arrastran por calles y burdeles el honor del apellido; burgueses endiosados, embrutecidos por el oro, encanecidos en el agio; políticos venales, entronizados por una Prensa vocinglera, vacíos de corazón y de entendimiento; hembras sin espíritu, *medio vírgenes*, educadas en todas las profanaciones del amor, y todos ellos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, taifa de hipócritas y mercaderes, bullían en una atmósfera cargada de zozobras y pesados perfumes. Aquel cuadro, que tan deslumbrador había parecido a Jesús en otro tiempo, ardiente luz donde había quemado sus alas, antojábasele ahora, al través de su despecho, una alegoría de cuantas cosas le habían arrancado juventud, salud y corazón. A la luz de las bombas eléctricas, aquellas gentes adquirían colores espectrales. Parecíale a Jesús que por todos los rostros había pasado una impura ráfaga epidémica, un hálito de hospital o de sepulcro. Los estigmas fisiológicos, las zozobras interiores, los tedios lúgubres, los instintos brutales que a la luz del sol se esconden tras el antifaz de una sonrisa, hacían su aparición en la fatiga de la noche, en las líneas de los semblantes ajados, en las muecas de los rostros híbridos. Y bajo la luz cruda y fosfórica, toda aquella muchedumbre elegante semejaba una lúgubre mascarada.

¡Oh la serenidad de la vida dichosa, la salud del cuerpo, el reposo del alma; quietud de campiñas, tranquilidad de cielos azules, silencio de cumbres nevadas, brisa de mares dor-

midos, claustro sosegado de Santillana! ¿Por qué el corazón huye de su natural morada, que es la paz, la contemplación, el amor sin sobresaltos ni impurezas?

Diciendo así, Jesús sentía en su pecho una voz dulcísima que le llamaba a la tierra, a las cosas, a la sencillez de su origen; voz mansa y grave, que venía de muy lejos, como al través de muchos siglos y de muchas gentes...

Escribió a su padre una carta breve y sincera, con el alma puesta en la pluma. A vuelta de correo recibió la respuesta, sincera y breve también. Enviábale consejos y algunos dineros, exhortándole a marchar sin pérdida de tiempo. Al leer la carta, donde se transparentaba una emoción contenida, Jesús no pudo reprimir las lágrimas. Tras la austera imagen de su padre, en el fondo de su maciza rigidez, vió asomar una ternura, un corazón blando y dolorido.

Al día siguiente preparó Jesús su humilde equipaje, su ropa, sus libros, y sin despedirse de nadie fuése a la estación. Con la sana alegría de un colegial metióse en el tren, escapándose de Madrid como un pajarillo prisionero al que abren la puerta de la jaula.

Salía de la corte en una tarde tibia y dorada; cuando el tren se lanzó, vía adelante, sobre los páramos de Castilla, parecióle al fugitivo cosa nueva aquella de viajar; ¡a él, que había corrido tanto mundo! Agarrado a la ventanilla del vagón, fingíale el caminar con la velocidad del tren una escapada a tierras de promisión. Veinte años de su vida comenzaban a borrarse de la memoria; todo le parecía ahora hermoso y nuevo, como si lo mirara con ojos de niño. Su ánimo inconstante le fingía ahora esperanzas, mientras recibía en el marchito rostro los aletazos del aire, y echaba los pensamien-

tos, como golondrinas, en busca del viejo nido de Santillana.

Cansado de la monotonía del paisaje, se apartó de la ventanilla y acomodóse para pasar la noche. Solo en el departamento, sin un compañero de viaje a quien pudiera comunicar sus emociones, entretúvose en leer, con delicada unción, un viejo libro de Escalante, aquel claro y peregrino poeta de la Montaña. La blanda música de los versos se le entraba por el alma, impregnándola de un lirismo sano y robusto, bien diferente de aquella enfermiza poesía que estaba acostumbrado a saborear y componer.

Fué el libro del donoso hidalgo montañés otra voz amiga, elocuente y grave, que le entonó a maravilla y le dispuso a entrar con firme espíritu por las puertas de su patria. Halagado por los versos y por las propias meditaciones, pasó un gran rato, y cerrado que hubo la noche, acomodóse en los almohadones, y con el manso traqueteo presto quedó dormido.

Despertó a media noche, se incorporó soñoliento, y aprovechando la parada del tren en una estación, bajó al andén a respirar el fresco viento de la madrugada. La noche era profunda y apacible; bajo el cielo cargado de estrellas, la tierra silenciosa parecía muerta. Vió a lo lejos un informe montón de casas bajas y obscuras, un pueblo donde sólo el canto de los gallos anunciaba la vida. La estepa de Castilla se extendía plana, escueta, rígida, como un mar de parduscas aguas. Vibró el silbato, volvió Jesús al coche, sonó la campana, y el convoy, dando un gran gemido, siguió su marcha, perdiéndose la estación a lo lejos, con sus luces tembladoras, en medio de la noche. Y volvió Jesús a dormirse mecido por el traqueteo del tren...

VI

El viento sutil del amanecer le despertó. Tras el cristal de la ventanilla, bañado por la pálida luz del alba, aparecieron los campos mullidos de la Montaña, los húmedos paisajes, los frondosos montes, los valles sosegados. Atrás habían quedado las últimas llanuras palentinas, muertas de sed, y las cumbres de Reinosa, pórtico magnífico de la patria; ante la locomotora se abrían los campos de Bárcena regados de rocío, soñolientos aún bajo el frescor de la alborada.

Una alegría impetuosa ensanchó el alma de Jesús; de su pecho brotó, como un hosanna, un tropel de sentimientos, alegres como alondras matinales. Tornaba a vivir con extraña fuerza, como si jamás hubiese estado triste ni enfermo, sintiendo en el corazón la actividad dulce y armoniosa de la sangre, y en la frente el viento húmedo y tónico de la aurora. Lo pasado, aun los hechos recientes de la víspera, aparecían como lejanos, disminuídos, evaporados ya. La serenidad de los horizontes, el hondo silencio de los valles, el rumor de las aguas, el cielo claro, vaporoso, de sol cardado y tamizado por las neblinas, ponían en el espíritu una calma deliciosa. Tornaba a ser niño; su alma tormentosa se pacificaba, como un río espumoso, mugiente en las peñas, que se duerme después en un remanso.

Turbando el gran silencio de la comarca, lanzábase el tren silbando y rugiendo por las angostas hoces y las floridas mesetas, asomándose al sonoro hueco de las cañadas, deleitán-

dose en la frondosidad de las repuestas vegas, deteniéndose en las estaciones, donde los aldeanos, el paraguas azul bajo el brazo, charlaban con su puro y meloso acento montañés, en el que parecía escucharse un dejo de antigua fabla.

Oíase el rumor de los ríos bajo los túneles frescos de la enramada, el traqueteo de los molinos, las esquilas de las vacas. El viento matinal venía impregnado de aromas campestres, olores de resina, efluvios de menta, manzanilla y retama, esencias de heno y de rosas silvestres, grato tufillo de establos y graneros...

La vieja casa solariega con sus anchos tejados y su orgullosa portalada; las gallardas puentes, tendidas sobre los frondosos cauces; la pesada carreta con sus oscilantes balumbas de hierba y el melancólico gemir de sus ejes; las pacíficas aldeas salpicadas junto a los ríos, desgranando en las márgenes el rosario de sus blancos molinos; la torre señorial de agudas almenas y escudos de piedra, *carcomidos por la luna;* la fuente de traza rústica, adonde se encaminaban las aldeanas con la herrada en la cabeza y las manos en la cintura, como figuras de un episodio bíblico: palacios y cabañas, sotos y veredas, montes y prados, peñas y bosques, todo pasaba rápidamente, como un paisaje de ensueño, al través de la ventanilla. Alguna canción gemidora, con arranques de jota y cadencias de praviana, sonaba al pasar como una melancolía errante que prendía su enamorada flecha en el alma del viajero.

Bien entrada la mañana llegó el tren al ilustre solar de la Vega. Ya en el término de su ruta ferroviaria, encaminóse Jesús a una posada cercana que al comienzo de la carretera

se descubría. Una ancha puerta, «partida por gala en dos», daba acceso a un zaguán espacioso en donde una muchacha de encarnados carrillos y glaucos ojos humildes cargaba un cuévano lleno de manzanas. Dos aldeanos con azules boinas sobre los ojos comían silenciosamente más allá. La vista del cuévano, el sano cariz de las viandas con que los aldeanos se regodeaban, aquel olorcillo penetrante de manzanas maduras, diéronle en los ojos y en la nariz al viajero, trayéndole a la memoria cosas pasadas, agridulces recuerdos, amadas prendas que fueron «dulces y alegres cuando Dios quería», como aquellas tobosescas tinajas que en el ancho portal del Caballero de Miranda renovaron al hidalgo manchego las memorias de su Dulcinea.

Y a la vez que añoranzas, trajéronle todas aquellas cosas a Jesús un muy singular apetito; y como no había comido nada desde la víspera, pidió un refuerzo a la posadera, que apareció a la sazón: una viejecita arrugada y enjuta.

Pasaron adentro huésped y hostelera, y mientras la vieja ponía mantel y cubierto sobre la mesa, aventuróse a hacer algunas preguntas al forastero, con su vocecilla cascada:

—¿Va usted muy lejos, señor?

—Sí, muy lejos—respondió Jesús con acento fosco.

—Preguntábale, señor, por si hacía falta coche.

—Sí; necesito un coche para ir a Santillana.

—¿Es usted de Santillana *quizaes?*—dijo la hostelera con curiosidad.

—Sí.

—¡Ah, señor! En Santillana nací yo también, y allí estuve largos años, de moza y de casada... Y la cara del señorito me recuerda en el mirar de los ojos, en no sé qué de la fren-

te y la nariz y la boca... a mi antiguo amo don Juan Manuel de Ceballos...

—Mi padre—dijo Jesús sonriendo.

—¡La Virgen me valga!—chilló, alborozada, la vieja—¿Es posible? ¿Es usted el señorito Jesús? ¡Tan viejo...! No, quise decir... así, tan hombre... ¡Yo que dejé de verle cuando tenía poco menos de veinte años! ¿Pues no creí morirme sin volverle a ver?—Y diciendo esto, se agarraba a Jesús con sus descarnados brazos, lloriqueando y besándole las manos con efusión—. Pero, ¿el señorito no se acuerda de mí?... ¿No se acuerda de Quica, la que le tuvo en pañales sobre las rodillas, la que luego le enseñó a hacer pajaritas de papel, y a silbar y a coger truchas... y más luego le llevaba recaditos a la señorita Liana, su novia, y...

—Sí, recuerdo, Quica, sí recuerdo; y no sabes cuánto te agradezco tus extremados cariños. Mi madre te quería mucho...

—¡Ah, mi pobre señora!—Y la buena Quica se pasó la punta del delantal por los ojos.

—Pero, ¿cómo estás aquí en Torrelavega?—preguntó Jesús.

—Un hijo mío, Nardo, aquel que acompañaba al señorito a cazas y romerías, ¿no le recuerda?, está empleado en la estación, y yo he puesto con mis ahorros esta posada... Pero, ¡calle!, aquí me estoy sin avisar a mi marido... Debe de andar en la huerta. Voy a llamarle... ¡Sindo, Sindo! ¡Está aquí don Jesús, el hijo de don Juan Manuel, de Santillana!...

Sindo llegó con toda la ligereza que le permitían sus piernas. Era un viejo chiquito y astuto, de hocico felino. Avanzó con las manos extendidas y apretó con fuerza las de Jesús,

recordando de paso sus largos servicios en casa de don Juan Manuel.

—¡El señorito Jesús!—continuaba diciendo Quica—. ¡Dios le bendiga! ¡Miren qué buen mozo está hecho! Si no estuviese tan delgaduco... y tan cano... Pero, hijo de mi vida... tan joven... *aticuenta* que aun no tiene los cuarenta, como quien dice.

Y la viejecita, temblorosa, trastornada, iba y venía, acercaba las sillas, abría las ventanas, en tanto envolvía Jesús con una mirada afectuosa a aquellos dos grotescos viejecillos...

—¡Dios mío!—seguía murmurando Quica—. ¡Virgen la mi madre!... El tiempo que pasó, y parece que fué ayer de mañana... Pero, ¡calle! ¿Qué hacemos aquí embobados sin darle de comer al señorito? ¡Anda, Sindo, tráete una botella del añejo!... Hay además un pollo asado que da gloria verle... Ni que hubiera yo adivinado la llegada del señorito.

—Gracias, Quica. Tráeme cualquier cosa. Comida de aldea. No ando con remilgos.

En un santiamén acabó ella de poner la mesa. Un cubierto de plata antigua sacado del arca, un ramo de flores, una cesta de frutas, una fuente de compota... En el centro, humeando, el pollo asado, y como guardia de honor dos botellas de vino y una jarra de leche.

Jesús, encantado, protestaba de tales honores; pero la buena Quica le interrumpía vivamente, yendo y viniendo del comedor a la cocina, de la mesa al aparador, con viveza ratonil, con la agilidad de una muchachita de quince años.

—¡Pues no faltaba más! ¡Pues si era menester que hasta las campanas de la iglesia nueva se echaran a vuelo! ¡Al

cabo de tantos años que el señorito entraba por las puertas de la casa de Quica, como un rey que entra por la choza de un pastor, le iba a tratar como a aquellos pelagatos que estaban comiendo en el zaguán! Había que echar la casa por la ventana, que el caso no era para menos...

Lo que mejor supo a Jesús de todos aquellos manjares fué una enorme taza de leche recién ordeñada; al gustar el delicioso sabor de aquella leche tibia, aromática y pastosa, donde dejaron su jugosa esencia las hierbas de las montañas, experimentó una sensación profunda, un tónico bienestar.

El campo, que por ancha ventana se descubría; el sol pálido del Norte, que bañaba los cristales; la emoción y la fatiga del camino; aquella serenidad aldeana; el inesperado encuentro y la jugosa refacción, hiciéronle sentir una sorda alegría física, una impresión de alivio y de paz.

Terminado que hubo de comer, hizo sentar a su lado a la cariñosa Quica, y pidióle noticias de su padre, de su casa, de su villa.

—Hace tiempo que no sé de ellos —dijo él con voz triste—. Mis viajes... mis dolencias...

—Dijéronme que andaba el señorito fuera de España...

—Sí, sí, es cierto... Pero, cuéntame. ¿Qué sabes de mi padre?

—Mi señor don Juan está bueno y sano; algo tristón y alicaído, pero fuerte como un roble... Dícenme que apenas sale de su casa... Allí se está como un monje... ¿Silda? ¡Una real moza! ¡Da gusto verla de arrogantona y bien lucida...! ¿Su prima Liana? ¡Miren el pícaro cómo se acuerda de ella!... Pues... muy hermosa... pero... se ha quedado como

una espátula... no parece la misma... Dicen que quería meterse monja; pero como el padre está ciego...

—¿Don Fernando?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabía?.. De la noche a la mañana... de gota serena. Amaneció, dió un grito... estaba ciego. Pero Dios le ha dado tal resignación.. ¿Don Rodrigo? Tan terne y tan gruñón como siempre... Andrea, todavía sigue en la casa, como antaño... En fin, señorito, no me acuerdo que haya más novedades que relatarle...

Sindo salió en busca de un coche que condujera a Jesús a Santillana. Sentóse el joven a la puerta, con Quica, mientras llegaba el vehículo. Un rosario de carretas desfilaba por el camino; los carreteros iban delante, con la larga percha sobre el hombro, robustos y graves; grupos de aldeanas volvían del mercado con sus cuévanos a la espalda; unas vacas rojas desfilaban detrás, moviendo las campanillas dulcemente.

En la puerta de la posada picoteaba un tropel de gallinas; el gallo, un hermoso gallo negro con franjas de oro, se pavoneaba en el centro, roja la cresta de orgullo; un cerdo sonrosado gruñía más allá, metiéndose entre las patas de un asno que filosofaba gravemente, atado a un árbol; un gato blanco, sentado en la puerta, seguía el vuelo de los pájaros, con sus ojos de ágata, mientras un hermoso perro, blanco y canela, dormía a su lado, hecho una rosca, tumbado al sol. Las palomas volaban en bandadas y hasta los patos balanceábanse, graznando con insolente audacia. Toda aquella fauna doméstica convivía fraternalmente en la paz del campo, como en el arca de Noé.

Llegó el coche, una ancha cesta de dos caballos; despidióse Jesús afectuosamente de Quica y de Sindo, y acomodóse en el vehículo. Los caballos arrancaron a buen trote por la ancha carretera.

Atravesó el coche por la noble ciudad de Torrelavega y el llano feracísimo donde el Saja y el Besaya mezclan su caudal. Llegó después a la Puente de San Miguel y a sus frondosos paisajes, llenos de hotelillos, descubriéndose a poco el monte y atalaya de Bispieres, a cuyo pie se recata la villa famosa. Cerca ya de Santillana, el paisaje se torna grave y austero, con sequedad castellana; quedan atrás las rumorosas arboledas, los frondosos castañares, las vegas salpicadas de pueblos y caseríos; la montaña descubre aquí, entre manchas de verdura, las enormes vértebras de sus rocas...

Conforme se iba acercando a su villa natal sentía Jesús aumentar la emoción, ya aguzada al contemplar estos lugares de recuerdo, que siempre había tenido presentes en la memoria. Al llegar a un recuesto del camino, Santillana apareció a sus ojos, allá en el fondo del valle, como un semblante familiar, asomando entre los claros de árboles y yedras, con el color de pergamino, de oro y de ámbar que toman las piedras carcomidas y empañadas por el tiempo. Presa de indefinible turbación, hizo Jesús parar el coche, y estuvo un grande rato, con el alma de rodillas, contemplando aquel paisaje, bello y triste como un eterno crepúsculo.

Habíase nublado y caían menudas gotas de lluvia; un olor agreste subía de lo hondo, y desprendíase de la villa una melancolía punzante. La campana de la Colegiata, tañendo a la sazón, aumentaba el efecto de la decoración peregrina.

Una gran paz, un reposo que no parecían de este mundo, desleíanse como vapor de opio y entraban dulcemente en el alma de Jesús. Las cosas todas retrocedían a lo pasado: el campo de Revolgo, con su apacible rumor de árboles y fontanas; los callados monasterios que vigilan la entrada de la villa, predisponiendo al caminante con su grave sosiego; la venerable Colegiata, señoreando el apiñado y ruinoso caserío; las abatidas torres y las decrépitas fachadas; la campiña austera, la villa silenciosa, el cielo gris llorando finas lágrimas, todo ello traía a la memoria las cosas lejanas, como si de pronto el río del tiempo hubiera remontado su curso...

Allí la casa natal, allí el viejo ciprés del huerto entre ruinas. Aquellos versos aprendidos antaño volvieron a su memoria:

... La ponderosa torre fulminada
se yergue al cabo del sendero rudo
y el firme estribo y hazañoso escudo
dentro de la sonora portalada...;
brocal roto, capilla destejada,
altar sin santo, campanario mudo,
y el tronco del ciprés, negro y desnudo,
guardián de aquella ruina abandonada...
¿Dónde están ¡oh solar! los que surgieron
del obscuro linaje y te fundaron
y ser y nombre y majestad te dieron?
¡Luz de breve crepúsculo, pasaron,
como niebla montés se deshicieron,
como ruido en el aire se apagaron!

JORNADA SEGUNDA

LAS LÁGRIMAS DE LAS COSAS

I

Era don Juan Manuel de Ceballos y Escalante un hidalgo a la manera de los antiguos de Castilla, uno de esos hidalgos de busto cervantesco, rostro apergaminado y brioso, de color de avellana, cabeza bizarra de melena rebelde: castiza figura que parecía arrancada de una comedia de Calderón o de un cuadro del Greco. Frisaba su edad con los setenta años; era aún de altiva presencia, seco de carnes, enjuto de rostro, la frente desembarazada, la nariz aguileña, los ojos vivos, el bigote y la perilla grises, con un aire de arrogancia en toda su persona. Su cuello estaba pidiendo, para asentar dignamente la cabeza, una de aquellas gorgueras rizadas del siglo XVII; su mano, seca y nerviosa, una espada toledana, y su cuerpo, la ropilla y los gregüescos de los viejos caballeros de Castilla. Solía vestir traje negro y holgado, medio de campesino, medio de señor, y el airoso chambergo con que cubría la cabeza acababa de darle el aire de un caballero del siglo de los Felipes.

Era el hidalgo hombre sobrio y sencillo en su trato y costumbres, pulcro y escogido en sus pensamientos, discreto y

delicado en sus aficiones; pero todo ello encerrado en una cierta sequedad. Juzgábanle algunos falto de sensibilidad y ternura, sin comprender cuán hondo sentimiento se contenía bajo la áspera corteza de su carácter. Leíase en su rostro un dolor mudo, despreciativo y orgulloso; los labios, plegados con un gesto de soberano desdén, y toda su traza, daban idea de un alma grande y amarga, superior a todas las sinrazones de este mundo, un alma antigua, de diversa hechura que las almas blandas y complejas de ahora. Era el descendiente de aquellos Ceballos retratados en el Romancero: castellanos de pura raza, que sabían más arder con fuego interior que solazar el ánimo por de fuera, resistir antes que impulsar, defender el castillo mejor que dar el asalto; estirpe de hombres leales que arrojaban el cuchillo para segar la cabeza del hijo amado, antes que entregar la plaza que tenían por el rey; heroísmo callado, sereno, estoico, superior a toda adversidad; corazones duros que aun el quejarse juzgaban cobardía; caballeros de rancio linaje que despreciaban ajenas mercedes con un gesto de orgullo rayano en descortesía.

Cavallero soy, señor,
de linaje señalado,
armas tengo yo muy nobles
que me dejó mi pasado;
las que me dió vuestra Alteza
tomo para ese criado...

El alma de aquel *cavallero* tan rudo y escueto, tan pagado de sí mismo, que despreciaba las dádivas del rey, presto, sin embargo, a darle su vida y su sangre, hablaba por la boca de este moderno Ceballos, rígido y orgulloso también, dis-

puesto siempre a la acción heroica, a los más nobles arranques del alma.

Eran sus modales y su expresión graves y solemnes. Hablaba un castellano de clásico sabor, de sencilla, elegante y natural manera, y sin ser literato, ni haber imaginado nunca tal, escribía con pulcro y elevado estilo; sus cartas eran de gran señor y de hermoso y bien pulido lenguaje. Había escrito además algunas monografías de claros varones de su casta o de su villa, que los doctos guardaban cual oro en paño, bien como gallardos modelos de erudición, de ingenio y de elocuencia. Culto y leído en clásicos y humanistas, era en esto y en lo demás muy español y poco dado a novedades, resplandeciendo en todas sus cosas el gusto acendrado, el noble despejo, el grave señorío de un aristócrata.

Los que le conocieron en la mocedad hacíanse lenguas de su viril hermosura, de su donaire y extremada gallardía. Fué su madre una de esas damas singulares, prototipos de la rica hembra castellana, modelos de realidad y fantasía, de reflexión y de ternura, de virtudes familiares y dotes de acción, que lo mismo acertaron a gobernar reinos que a criar hijos, igualmente diestras en los negocios domésticos y en los asuntos públicos y universales. Educado don Juan Manuel por una tan insigne dama, en el ambiente de una corte moribunda, pero donde aun lucía el sol brillante de la antigua Italia, creció y floreció gallardamente, lleno de audacias y entusiasmos, diestro en lides de vigor y de ingenio, mostrándose en todas partes como quien era: liberal con los amigos, caballeroso con los enemigos, discreto y galante con las damas, sencillo con los inferiores, aficionado a las letras y a las armas, amigo de la caza, de la equitación y aun del dulce

ejercicio de las Musas. Cuando era llegada la hora de mostrar al mundo tales prendas con mayor fortuna, murió su madre, murieron sus protectores y empeñó la hacienda y la vida en aventuras poco gloriosas, gastando en luchas civiles lo que pedía más altas empresas. Desengañado ya, presa de la ingratitud y de la ruina, se retiró a su vieja villa y se casó, y dió por muertas todas sus ilusiones de gloria.

Al cabo de tantos años hízose su carácter más sombrío y austero; no murieron en él las juveniles prendas, pero tornáronse como empañadas por melancolía incurable. Su corazón y su orgullo habían sufrido después heridas tan profundas como las primeras. La locura de su esposa, a quien amaba con firme lealtad, le inundó de tristeza, colmada más tarde por su temprana muerte. Reducida cada vez más la modesta hacienda, jirón de la espléndida fortuna de sus mayores, recibió a poco el áspero desengaño de su hijo, en quien cifraba esperanzas de padre y de aristócrata. Fué aquél un hachazo en la raíz del alma, en aquel árbol secular donde vivía toda su raza con el afincamiento de una tradición indomable. ¡Su hijo, quien había de mantener el viejo honor de la estirpe, aquel nieto de caballeros cristianos, corriendo por el mundo en faz de pícaro, renegando de su linaje, metido en turbias aventuras, viviendo en compañía de comediantes y bohemios, mezclando su claro nombre con el de revolucionarios, aventureros y cortesanas, en la crónica negra de los periódicos! Al pensar esto le ahogaban la amargura y la vergüenza.

Sufrió el hidalgo tan grande pesadumbre sin exhalar una queja; afianzóse más a sus convicciones, tornóse más sombrío y silencioso, metióse más en su retiro y saboreó aquel

cáliz de amargura con el ardor místico que era la levadura de su alma, bendiciendo a Dios y maldiciendo al mundo.

Finalmente, sufrió otro golpe, asestado en lo más vivo de su grande alma de patriota: la catástrofe nacional, aquella vergonzosa derrota del pueblo de hidalgos enfrente de aquel otro pueblo de mercaderes y judíos; la pérdida del imperio de Indias, rica herencia de los siglos de oro; el fenecer tristísimo de la España heroica. La grande desilusión de la raza, el brutal desgarramiento de la leyenda le hirió mortalmente y puso nuevas gotas de hiel en el ánfora de sus amarguras.

Todas estas cosas que tan implacablemente se le echaban encima del dolorido corazón exacerbaron su odio a lo presente, odio sin tregua, *misoneísmo* absoluto, excomunión definitiva a su siglo y a su tiempo, en donde ponían su orgullo el hidalgo, su desengaño el padre, su vergüenza el patriota, su fracaso el hombre...

Presa de helada amargura, destrozado el corazón, encerrábase en los anchos reinos de lo pasado, donde más consuelo hallaban sus melancolías, habiendo jurado en lo más íntimo de su conciencia el no salir más de aquella villa—remedo triste de su alma en ruinas—, en donde había ya labrado la propia sepultura.

Hallábase la casa del hidalgo en la calle nobiliaria del Cantón, y era un caserón vetusto de venerable fábrica y orgulloso escudo. Un ambiente de tiempos pasados reinaba allí; denso prestigio de fenecidas grandezas, de rancios linajes, de añejas bizarrías. En aquella casona secular, en aquella silenciosa villa, colocada como fuera del tiempo, a manera de un reto a la vida moderna, en una atmósfera de claustro,

vivía y se agigantaba la figura peregrina del hidalgo, con su rostro enjuto y terroso, su castizo chambergo y su gesto despreciador y dolorido...

Ya no salía el triste de aquel sepulcro labrado en vida y aceptado con tan estoica resignación; ya no iba a la ciudad en fiestas, ni al campo en romerías; ya no hacía gala de su castizo ingenio, de su gallardo talle ni de su noble abolengo; ya no daba en su casa aquellos generosos convites a los amigos, ni venían los hidalgos de los nueve valles en cabalgada pintoresca, fingiendo antiguos torneos o cañas y danzas de alegre memoria; ya aquellos hidalgos, amigos de holgorio y fiesta, que en el palacio de Mercadal, de Alsedo o de Soñanes —en esas casas de lustre y prez, orgullo de la Montaña—en otros años tan bravamente lucían, iban desapareciendo o acogiéndose al reposo, preparación de la muerte. Aquellas cacerías maravillosas, magnífico remedo de las antiguas; aquel solazarse los caballeros y galantear discretamente a las damas; aquellas graciosas parodias donde unos a otros se ordenaban caballeros con todas las prácticas y usanzas de los antiguos siglos; toda aquella sociedad peregrina y generosa, todo aquel fausto y amable cortesanía habían fenecido ya, y sus últimos despojos eran pasto de la curiosidad y la piadosa burla de las nuevas gentes. Otros tiempos habían llegado, y otras costumbres y otros hombres; la Montaña, herida por el pico del minero, agujereada por la rauda locomotora, habíase tornado un pueblo «a la moderna», sin alma y sin fisonomía. El gran Pereda, el Homero de esta noble tierra de hidalgos, declinaba también, meditando viejas soledades entre gentes que ya no le comprendían...

Pensando en tales mudanzas, miraba el hidalgo de Santillana pasar la vida y llegar la muerte, tan triste, «tan callando»... En lo más del tiempo, no salía don Juan Manuel de su casa sino para ir a la iglesia, junto con su hija, pasando las horas de ocio y pesadumbre en la compañía de algunos amigos fieles, en la lectura de los libros y en el rumiar de los pensamientos.

II

Silda, su hija, era la única razón de vivir que le restaba. Gracias a ella conservaba el triste viejo una ventana abierta a la luz del mundo. Silda era una espléndida mujer, en el estío de la vida y de la belleza, un rayo de sol en aquella casona silenciosa. La ñudosa cepa castellana, el viejo árbol de torcido tronco y áspera corteza, había florecido en aquella moza con el último ímpetu de su savia. Alta, robusta, de vigoroso temperamento, de carne firme divinamente modelada, era Silda una gallarda rival de las Gracias de Rubens. Añadía a la opulencia de su forma una frescura de encarnación resplandeciente, ese brillo de la piel sonrosada que la hace parecer luminosa. Sus ojos garzos, melosos, alegres, eran como una transparencia del alma, y su boca, de gruesos labios encendidos, sugería la visión de una sangre pura y generosa, henchida de gérmenes vitales. Jamás se advertía en su rostro una tristeza duradera: en su propia salud estaba el equilibrio. Era como el espíritu de la risa; reía, reía a cada

paso, con una risa que era un gorjeo, una escala de notas de plata, y enseñaba la fina y blanquísima dentadura, desnuda entre los labios de púrpura.

Consumíase su juventud en aquel hogar pobre y triste, en aquel hogar infecundo, inmolada en los altares de una virtud solitaria, sintiendo en vano golpear la sangre en los pulsos y temblar los nervios como las cuerdas de una lira. Unico sostén y alegría de aquellas ruinas, quizás estaba destinada a morir en soledad, de tedio y de pena, amortajada con su propia juventud. Por un admirable capricho de la Naturaleza, Silda había escapado al atavismo de la raza. En ella revivía, con más vehemencia, la gallarda figura de su abuela paterna, aquella dama de nobilísima memoria; Silda, como su abuela, había dejado de ser la repetición del tipo femenino de su casta, la mujer devorada por la histeria; en ella se fundían y equilibraban las fuerzas hereditarias y los impulsos adquiridos, la dama castellana y la moza campesina.

Con honda alegría siempre, riendo «sin saber por qué», llevaba *el peso* de la casona con su mano firme y gordezuela, sonrosada y caliente, sin vano lujo de pulseras ni anillos. Era una brava madrugadora; despertábase al oir el canto de los gallos, y saltaba poco después del lecho, fresca siempre como una rosa, limpia siempre como si acabara de salir de un baño, y en seguida ponía toda la casa en movimiento. Cuando su padre, madrugador también, se levantaba, ya se veía a Silda, después de haberse lavado en agua fresca del pozo, mangoneando aquí y allá, yendo al corral, a la cocina, a la huerta, calzados los zuecos en los días lluviosos, como una pasiega.

Al oirla, el viejo lebrel salía dando saltos, pidiendo con alegres ladridos la torta de maíz del desayuno. El gato, dor-

mido al amor del hogar, desperezábase, y arqueando el lomo, comenzaba a maullar con su vocecilla de niño, fijos en Silda los ojos verdes. Las blancas palomas venían en bandadas a picar los granos de maíz que ella salpicaba delante de la puerta. Balaban los corderillos en el prado, y el borriquillo, alzando su cabezota gris, daba un sonoro rebuzno. Al entrar la moza en el corral, todo el gallinero se acercaba en tumulto; venían los gallos al frente, llenos de orgullo; cacareaban las gallinas en son de fiesta, y los patos llegaban en último término con su aire de viejas beatas que van a misa de alba. Hacían los pavos la rueda, y los conejos, saliendo de su madriguera, aguzaban las largas orejas y se ponían en fila, sentados con la gravedad de los abades en el coro.

Y Silda reía, guiñando los ojos chispeantes, enseñando al sol los blancos piñones de los dientes. Su voz fresca llenaba los ámbitos con matinal gorjeo, y al devolver sus ecos la vieja casa parecía rejuvenecerse. En el verano gustábale ir a la huerta de mañanita, cuando el sol comenzaba a dorar las frutas en los árboles, y placíale andar sobre la hierba, llena de rocío, salpicada de manzanas que caían durante la noche. Recogíalas en grandes cestos, y se regocijaba aspirando el olor agreste, metiendo la hermosa cara en los colmados cuévanos, embriagándose con el perfume intenso de las maduras pomas.

Otras veces iba a los establos: alzaban las vacas sus soñolientas cabezas, mirando con ojos melancólicos; retozaban los becerros, atados en un rincón, pugnando por llegar con sus blandos belfos a las rosadas ubres de la madre. Silda daba palmaditas a su vaca predilecta y, cogiendo la enorme cabezota entre sus brazos, la acariciaba como a un niño.

Pero donde ella estaba en sus glorias era en la cocina. Allí era el arremangarse los robustos brazos y el no parar los inquietos pies, dirigiendo las faenas; gracias a su cuidado, la pobreza de aquella casa tornábase en abundancia; nadie como ella para aderezar los manjares aldeanos y convertir los productos del corral y de la huerta en copiosas y bien aliñadas provisiones. En la gran mesa de la cocina solía juntar lo que llamaba "riquezas de su reino"... Allí estaban las tartas humeantes de compota; las gruesas manzanas nadando en almíbar; los quesos mantecosos puestos en ruedos de junco; la miel gruesa y dorada que huele a azahar; las peras de agua que saben a plátano, azúcar y limón; los melocotones aderezados con vino y miel; las conservas, los dulces y las jaleas, bien colocadas en sus panzudos frascos o en sus envases de madera; los *sobaos*, esa especialidad pasiega más exquisita que ninguna confitura; las botellas de dorada sidra asturiana, la leche recién ordeñada y el pan caliente del horno, sin faltar en aquel campamento de manjares aldeanos el jamón cocido en vino, la fuente de adobado lomo o el pollo tomatero, bien doradito y oliente...

Terminadas sus faenas, Silda comía con su padre y algún pariente o amigo invitados y se recogía después a su aposento, que era la única habitación alegre de la casa. Frente al Mediodía, con acceso a la solana, resplandecía de clara y limpia: grandes armarios llenos de ropa blanca, un sencillo lecho, muebles humildes y un gran cuadro de la Virgen; pero todo ello tan ordenado, pulcro y bello, que al punto denunciaba la presencia de una mujer joven, limpia y hermosa. Este lindo cuartito parecía que guardaba el aroma de Silda como un estuche; allí se recogía ella y hacía labor, y reía y

cantaba como un pájaro, huyendo de la tristeza de aquella mansión tan grande y tan vacía. Acompañábanla en sus soledades Juliana y la vieja Andrea, o alguna muchacha de la vecindad, mientras don Juan Manuel, poco dado a expansiones y metido en su habitación, pasaba a solas gran parte del día.

A pesar de la bienhechora influencia de Silda, una sombra se cernía constantemente sobre la casona. El silencio había sentado allí su imperio; amos y criados pasaban por las grandes estancias, por los largos corredores, sin hacer ruido, deslizándose, cual monjes calzados de blandas sandalias, y a tal punto imponía el silencio a las gentes que llegaban de fuera, que, al entrar en el zaguán, bajaban la voz como si entrasen en una iglesia, temerosos de despertar sus graves ecos. El carácter de don Juan Manuel, irritable a la menor aspereza, imponía a todos un respeto sin límites; cumplíanse sus caprichos como mandatos reales, y nadie osaba turbar aquel silencio, que tanto placía al dueño de la casa. Silda, tan alegre y reidora, avergonzábase cuando alguna vez sonaba su gorjeo en las habitaciones de su padre, y refugiábase en su aposento o en los lugares más apartados. Decía don Juan Manuel que Silda tenía gustos plebeyos, y era porque la pobre muchacha buscaba algunas veces en la compañía de los criados la franqueza y el buen humor que en su familia no halló jamás.

En la paz de aquella morada flotaba el renunciamiento al siglo, el desprecio de las cosas terrenas, una quietud de celdas monacales. Pero el recuerdo de la esposa del hidalgo, de la dulce señora demente, cuya pacífica locura impregnó aquel ambiente de tristeza lúgubre, vivía en cada ángulo de

los aposentos, en cada penumbra, en cada mueble, como un manso reproche, como un aviso de ultratumba, como pena infinita presente a toda hora. Parecía que su rostro pálido, de ojos garzos y cabellos rubios, vivía en todos los espejos, y que sus manos de marfil se posaban en todas las ventanas, y que su voz, dulcemente empañada por el desvarío, sonaba en todos los ámbitos. Pensando en ella, aceleraba el paso Andrea, temerosa, al cruzar de noche los pasillos obscuros, y los criados se santiguaban al pasar ante la puerta de su cerrado aposento. Y era admirable ver cómo en aquel ambiente donde el histerismo y la locura habían tendido sus alas, vivía Silda con una resignación tan dulce, con un humor tan sano, con una fe tan práctica y sencilla, al lado de aquel viejo león malhumorado, cada vez más adusto, más triste, más silencioso.

III

El hijo pródigo iba a llegar. Sacaba Silda de las arcas la ropa blanca y la ponía al sol para que se orease; disponía el aposento contiguo al suyo, que tenía también un ancho balcón a la solana, y toda la casa parecía despertar de un penoso sueño.

La curiosidad de los poco curiosos vecinos de la villa no se daba punto de reposo en aquellos días. —¿Conque al fin iba a venir el señorito don Jesús, después de tantos años?— Diz que viene en penitencia de sus muchos pecados. Como

don Elías tiene tan buena mano para echar los demonios del cuerpo...—Diz que se arruinó en las Américas...—Ni semejante cosa, mujer; a lo que viene es a casarse.—¡Otra! ¿Pues con quién?—No sabéis ni palabra de cierto; díjome don Juan Manuel que el su hijo está delicado de salud y necesita aires de campo.—Pero, ¿no decían que había muerto?—Como tú y como yo, mujer; creo que viene de lueñes tierras y que no está en sus cabales.—Como la pobretuca de su madre, que Dios haya perdonado...

Las viejas comadres de Santillana, semejantes a las comadres de todas las villas y lugares del mundo, no paraban, preguntando, inquiriendo y olfateando por todos los rincones, charlando y murmurando en voz queda, acurrucadas en aquellos rincones vetustos y encantados de la villa, destacando sus perfiles de castizas brujas sobre el fondo maravilloso de torronas y de ojivas, de casas torcidas y derruídos paredones.

Don Juan Manuel hallábase en la estancia de su casona, embutido en un enorme sillón frailero, reclinada la frente sobre la diestra mano y en actitud de profunda reflexión. La estancia, amplia y silenciosa, estaba muy en armonía con la figura del hidalgo. Sombríos tapices pendían de los muros y en las penumbras alcanzaban a dibujarse, a la escasa luz que por los recios vidrios penetraba, arcaicos perfiles y venerables sombras, muebles antiguos de grave traza, una mesa de escribir, unos vargueños, arcas talladas, retratos y sillones, y una armadura completa reluciendo en el fondo, como medrosa aparición.

Inmóvil, totalmente abstraído en sus pensamientos, abandonábase el hidalgo a la mansa caricia de la soledad y del

silencio. Se le hubiera juzgado dormido a no ver sus ojos abiertos y ardientes, que relucían, más con ardor de alma moza que de espíritu viejo y resignado.

Dolido en su delicado pudor de las malsanas curiosidades que se le metían en su hogar; volviendo a vivir en aquellas horas mortales todo el triste pasado, sentía por momentos flaquear y quebrarse toda la serenidad de sus principios.

Su hijo iba a llegar. ¿En qué estado le devolvería el mundo a aquel hijo llorado tantas veces? ¿Sería sincero su arrepentimiento, o vendría empujado por el hastío y la miseria? ¿Encontraría en él la luz de sus últimos años, o el golpe de gracia de su vida triste? Y estos pensamientos eran un suplicio para su corazón. Una impaciencia voraz le consumía; nervioso, excitado como jamás lo estuvo, evitaba la presencia de Silda, para no dar escape a la emoción. Hubiera querido estar solo, completamente solo, para recibir a su hijo, para recatarlo como una vergüenza a las miradas curiosas de las gentes. Su orgullo sufría agudamente al pensar que recelaran o supieran la penosa historia aquellos villanos socarrones que le preguntaban con sorna por el señorito... Evocaba su triste pasado, toda la historia del hijo ingrato que le abandonó un día. Muchas veces habían llegado a aquella soledad nuevas del ausente, noticias de sus locuras y excesos. Al principio estuvo largos años sin saber de él; juzgóle muerto en tierras extrañas y le lloró con lágrimas ardientes. Más tarde supo que se hallaba en París; que olvidado de Dios y de su padre, vivía amancebado y frecuentaba *clubs* anarquistas; un día vió con vergüenza su nombre, pasto de malsanas curiosidades, en las columnas de un periódico. Fracasadas todas las gestiones para atraer al hijo pródi-

go, y convencido de que el mal no tenía remedio, olvidó al ingrato y le dió por muerto definitivamente en su corazón Mas de pronto, la carta aquella que recibiera un día removió de nuevo en su alma el drama íntimo.—¡Dile que venga!—murmuraba a su oído la hermana, con los ojos llenos de lágrimas piadosas. Y aquel hombre, tan rígido y austero, se doblegó al cabo, rindióse a la dulce querella, y abrió las puertas de su casa y de su corazón al hijo que llegaba.

Con nervioso afán oía el viejo el tic-tac de la péndola en la caja de roble, que parecía vibrar dentro de su pecho. Silda, asomada a un balcón, mostraba sonriendo la blanca dentadura, mientras se le caían de los ojos las lágrimas.

Sonaron pasos en la calle silenciosa. Silda lanzó un grito de alegría. El hidalgo, con un arranque de entereza, puso en su rostro una expresión de estoica serenidad. Fuése al recibimiento, al pie de la escalera. Asomó en el zaguán la cara pálida de Jesús. Silda llegó corriendo y los tres se unieron en un abrazo.

La emoción les impedía hablar. La vieja Andrea se había retirado lloriqueando. Un tumulto de sentimientos inefables les tenía a los tres quietos, absortos, mirándose en silencio. Toda la vida se les había concentrado, como la sangre, en el corazón Jesús, tembloroso, pálido como un muerto, temía quebrar con una frase importuna aquel silencio sagrado, más elocuente que todas las palabras que pudiera pronunciar. Mirábale su padre con severidad y terror, espantado de aquel espectro que el mundo le devolvía. Silda, azorada y ruborosa, sentía una pena infinita al ver aquel rostro de cera, mojado de sudor y de lágrimas, donde los ojos, agrandados

por las ojeras de violeta, rutilaban insomnes, tristes, con manso mirar.

La voz de la hermana rompió aquel silencio dramático:

—¿Estás enfermo?—le dijo—. ¡Oh Dios mío!... ¿qué tienes?

—No, no estoy enfermo—contestó Jesús con voz segura—. La fatiga del viaje, la emoción...

Al decir esto sintió un vértigo y se apoyó en el borde de una mesa. Su padre le cogió la mano.

—Estás frío. Necesitas reposo. ¿Quieres acostarte?

—No, padre. Esto me pasará... Padezco algo del estómago... y sin duda el traqueteo del coche me ha producido alguna alteración. Pero, ¡tranquilizaos!... No tengo nada... ¿Lo veis? ¡Ya estoy bien! Sólo siento ahora alegría... la alegría de veros... de estar con vosotros... ¡Silda! ¡ven aquí! aquí, a mi lado.. ¡Qué hermosas estás!

—Voy a traerte una taza de te —le dijo la hermana sonriendo.

—Bien. Me sentará a maravilla. Pero antes abre todas las ventanas, que respire a pleno pulmón el aire del campo... ¡Qué olor más delicioso sube del huerto! ¡Oh, esto da la vida!

Silda salió de la habitación. El padre y el hijo se asomaron juntos a la ventana. Callaban los dos, temiendo hacer una alusión a lo pasado y decir alguna palabra cuya ternura no pudieran dominar.

Pequeñas nubes blancas, como apretado rebaño de ovejas, avanzaban por el cielo, obscureciendo la luz del sol. Seguía lloviendo; finas gotas tibias regaban la huerta, y el aire, con el penetrante vaho de la tierra mojada, daba la sensación de una caricia.

Al pie de la ventana, escalando el muro, subían cactus y

rosales, cargados éstos de opulentas rosas; un olor violento ascendía de ellas, mezclado con el olor agreste de la hierba húmeda.

A poco entró Silda. Traía una bandeja con la tetera humeante, que colocó sobre la mesa, inclinando el lozano busto graciosamente. Con su cara arrebolada y bellísima, con su aire sencillo de aldeana, mostrando al sonreir la fila de almendras de sus dientes, estaba encantadora. Al entrar pareció que difundía en toda la estancia un calor de afecto maternal, un hálito de alegría confortante.

—Siéntate aquí—le decía a su hermano poniéndole una silla—, aquí, delante de la ventana. ¡Toma! Ya tienes el te preparado. Aquí está el azúcar. ¿Te sientes mejor?

Y colocábase delante de él, apoyando las dos manos sobre la mesa, en una actitud de graciosa coquetería.

Jesús sentía, en tanto, una emoción inefable. Después de tantos años volvía a sentarse en aquel comedor, donde vió pasar las largas horas de invierno, las veladas familiares, bajo la vieja lámpara de cobre. Allí estaba el reloj que cantaba las horas de aquellos días lejanos; allí el sillón del hidalgo, alto, macizo, como un sitial de coro, con su severo frontis angular; allí los cuadros, cuyas figuras conservaba en la memoria; flores y bodegones, lienzos holandeses con frailes rollizos e ilustres fregonas; allí también la mesa de tallado nogal, el alto aparador donde lucía la vajilla de los días de convite...

—¡Qué bien me siento ahora!—dijo después de apurar el último sorbo de te—. Dios te lo pague, Silda. Sentía una opresión en el pecho...

—Debes descansar ahora—añadió el padre—. Duerme un poco. A la caída de la tarde te despertaré.

Salieron. Avanzaron por ancha galería, sonora al choque de los pasos. Al final de ella, el padre, que iba delante, empujó una puerta, cuya pesada hoja de roble se abrió gruñendo, y penetraron en el amplio aposento que la solicitud fraternal de Silda había pródigamente preparado. La cama, mullida y blanquísima, convidaba al reposo.

Al quedarse solo Jesús estuvo largo rato inmóvil, abrumado por el tumulto de sus pensamientos. Experimentaba una impresión extraña, como si hubiese trocado su personalidad, y realizádose en él un *avatar* extraordinario. Sentíase ajeno a sí mismo. Las ideas se le encendían, semejantes a cohetes de colores, extinguiéndose blandamente cual si se encontrase en el vacío, en una inmensa campana neumática. El grave silencio de aquella casa pesaba sobre él como una música ensordecedora. Asaltábanle representaciones de la fantasía ideas dormidas en los umbrales de la conciencia, líneas y figuras desdibujadas, recuerdos de antaño, y, sobre todo ello, una fatiga física que le doblaba las piernas y le hacía vacilar. Echóse en la cama, y al fin, vencido por la soledad y el silencio, quedó profundamente dormido.

Al declinar la tarde despertó. Aquel largo reposo le hizo recobrar las fuerzas. Con ágil premura se levantó, lavóse con agua fresca y vistióse con amplio traje de verano, ciñéndose una faja de seda a la cintura y una ampulosa corbata sobre a camisa de color. Después de peinar cuidadosamente la barba y los cabellos, salpicados de temprana nieve, miróse al espejo, sonriendo con cierta coquetería. Su figura, con aquel sencillo tocado, tenía una singular expresión, con todo el aire de un artista alejado del mundo.

Salió, y en el corredor halló a su padre, que avanzaba con

marcial continente. Al lado de don Juan Manuel, vestido en faz de hidalgo campesino, con su traje tosco, sus gruesos zapatos y el chambergo echado hacia atrás, hacía Jesús un supino contraste. La cervantesca traza del padre acentuaba el aspecto de afectación del hijo. Era como si un hidalgo de golilla y un *modernista* del Barrio Latino se hubiesen juntado allí por curioso azar.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó don Juan Manuel con voz serena—. ¿Te sientes mejor?

—Padre, estoy admirablemente. He dormido mucho y me hallo con una agilidad y un bienestar que nunca he sentido como ahora.

—¿Quieres salir?

—Prefiero hoy quedarme en casa. Me disgustaría ahora satisfacer la curiosidad de las gentes. No quisiera hablar con nadie más que contigo... y con mi propia conciencia...

El padre asintió con gravedad. Salieron a la huerta y sentáronse juntos con Silda, en la glorieta que había frente a la casa, hablando dulcemente de fútiles y amables cosas, sin hacer la menor alusión a lo pretérito, como si jamás se hubieran separado, como si la vida sólo tuviese para ellos el valor de la hora presente. Una dulzura inefable se desprendía del crepúsculo; había cesado de llover y a lo lejos sepultábase el sol, anaranjado y mate. Brillaban las gotas de lluvia en los árboles y en el césped. El cielo había quedado sereno, de un color azul, puro y místico. Las campanas de la Colegiata sonaban con limpio tañer. Volaban en bandadas, acogiéndose a sus nidos, las obscuras golondrinas. Y la paz dulcísima de la tarde penetraba mansamente en el corazón.

IV

Una fresca ventolina les obligó a retirarse. Silda marchó a sus quehaceres y el hidalgo se retiró a su estancia. Jesús aprovechó el momento para recorrer la casona, cuyos más apartados rincones quería ver de nuevo.

La escalera, ancha y señorial, terminaba en un largo y desmantelado corredor, semejante a una galería de claustro con grandes y macizas puertas de gruesos herrajes, cerradas y simétricas. Una de ellas daba paso al estrado, estancia melancólica donde se conservaban los restos de una vieja suntuosidad, antiguos cortinajes de damasco, doradas cornucopias, retratos familiares, sillones de amplias curvas, con las historiadas tapicerías empalidecidas por el tiempo. El techo era de severo artesonado y el suelo de grandes tablas de castaño. La luz entraba tamizada por los recios vidrios de los balcones, dejando la habitación en una suave penumbra. Había allí una consola, ricamente esculpida, con asuntos de marquetería y aplicaciones de bronce y porcelana; una consola que quizá había salido de las manos de Riesener, el ebanista del Petit Trianon. Sobre ella se alzaba un grande espejo nebuloso, una de esas lunas de ensueño donde parece que viven las antiguas imágenes. El clavicordio, cerrado como un ataúd, evocaba el recuerdo de aquella dama—la madre de don Juan Manuel— que solía tocar en el dulce instrumento gavotas de Mozart y pastorales de Scarlatti.

Con desgarradora melancolía abandonó Jesús el estrado

y entróse lentamente por las contiguas habitaciones, las cuales tenían el mismo aspecto de tristeza y vejez, de marchita elegancia. Algunas hallábanse completamente vacías y desamparadas; otras, cerradas durante largos años, sin luz ni ventilación directas, estaban impregnadas del acre olor del tiempo.

La biblioteca era el salón más grande de la casa y era a modo de un venerable Museo. Gruesos volúmenes, ricamente encuadernados; grandes retratos antiguos de firmas gloriosas, panoplias cargadas de viejas armas, tapices de asunto caballeresco, mostraban las aficiones, los gustos y la pasada grandeza del dueño de la casa. Completaban la peregrina decoración y el suntuoso mueblaje de aquella estancia un armario del siglo XV, de puro estilo gótico, digno de un palacio real; una mesa en el centro, de las antiguas y celebradas de Dijon; dos ricos vargueños; una armadura milanesa acanalada; viejos sillones de cadera y grandes hacheros de castizo repujado; unos lindos retablos de alabastro, amén de innumerables juguetillos y reliquias de arte, porcelanas, arquitas, cofrecillos y recuerdos de familia, encerrados en elegantes vitrinas.

El silencio en la estancia era solemne. Jesús, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la melancolía de todas aquellas cosas que tenían un alma y una pena para sus ojos, miraba los sombríos retratos—caras misteriosas y atormentadas que parecían salir del sepulcro—; las arcas talladas, tapices, libros y retablos, que le hablaban de un pasado tétrico, de desgracias lejanas, de cosas muertas, de seres convertidos en polvo y en recuerdo.

Al salir de aquel panteón familiar, al cruzar pausadamente

las otras habitaciones — salones casi vacíos, estancias abandonadas, alcobas de lechos obscuros—, veía Jesús las miradas torvas de aquellos retratos, clavadas en él como antaño. Era como si le echasen algo en cara, como si le interrogasen, mudos e implacables, pidiéndole estrecha cuenta de sus acciones.

En el extremo de la casa, en el fondo de un pasillo estrecho y obscuro, paróse Jesús bruscamente ante una puerta cerrada. Sin atreverse a abrirla, estuvo allí unos instantes, con un terror religioso, sintiendo espanto hasta del ruido de sus pasos. Era ésta la habitación de su madre. Puesta estaba la llave en la cerradura, y, sin embargo, hacía muchos años que nadie osaba abrir la puerta, como si con abrirla temieran violar un sepulcro.

Atraído Jesús por una fascinación extraña, dió vuelta a la llave y la puerta se abrió con ruido agrio y siniestro. Al traspasar el umbral temblaba el cuitado como si fuese a cometer una profanación. Conservábase la estancia tal como quedó a la muerte de su dueña; ni una silla, ni un vestido, ni un solo mueble faltaban allí. Pasto de la carcoma, el techo iba deshaciéndose en polvo, y el aposento, con pesada atmósfera, iba cobrando pátina en su medrosa soledad.

Allí estaba la cama, cubierta por una colcha de seda pálida, conservando aún la huella del cuerpo que allí posó brevemente antes de bajar a la tierra; allí la mesa con el frasco de sales, y, abierto en un extremo, el libro de oraciones; allí, en un armario entreabierto, los vestidos roídos de polilla, en el desorden y el abandono en que la enferma los dejó. Junto al armario vió Jesús la antigua cómoda de sus recuerdos, con los cajones abiertos aún, donde dormían como en olvi-

dadas tumbas los humildes objetos de antaño, esas cosas íntimas que el tiempo embellece, convirtiéndolas en reliquias. Allí estaban el devocionario de nácar, el rosario de amatistas, cartas amarillentas, una sortija, un frasquito de esencia, un pañuelo de encaje, cosas amables y piadosas, ungidas por el recuerdo y santificadas por la muerte...

Todo se conservaba en el mismo sitio; el dolor supersticioso de los señores y la austera fidelidad de los criados habían respetado aquel sagrario, donde eternamente vivía la imagen de aquella noble y hermosa castellana, que había arrastrado su mansa locura por las estancias de la casa solariega.

Nunca hasta entonces había sentido Jesús con toda su fuerza el maleficio de su vida, la fatalidad y la pena de su fracasada estirpe. Aturdido en medio de los azares y turbulencias de la juventud, apenas había meditado ni visto en toda su áspera realidad las catástrofes de la niñez. Al entrar ahora en la casa de sus mayores, en aquella alcoba fúnebre; al tocar con sus manos las cosas donde la muerte había dejado jirones de vida perdurable, comprendió toda la pena de su hogar silencioso, lleno de ruinas y de recuerdos, de su madre demente, de su padre desengañado, de su casta moribunda.

Salió Jesús de aquella estancia con el alma transida, huyendo de su tristeza, como si se sintiera contaminado del ambiente que reinaba allí. Ávido de luz, de aire, de espacio libre, salió apresuradamente a la galería y se asomó a la solana, dominando la huerta y la campiña. La melancolía tendió las alas sobre su corazón. Estaba triste como si acabara de asomarse al fondo de un sepulcro. Había visto lo pasado,

volviendo ante sus ojos como al través de un velo de lágrimas; había auscultado el alma de aquella casa, y había sentido surgir de las penumbras la imagen de su madre, con el rostro turbado por el desvarío, con las manos pálidas y nerviosas, cruzadas en un acceso de locura, todo el cuerpo bellísimo azorado, tembloroso como una gacela perseguida; la figura austera de su padre ungida por mudo y patético dolor; la dulce remembranza de su propia niñez, tocada ya de incurable melancolía... Y la tristeza de todo ello sollozaba sordamente en su corazón.

La frescura del anochecer le confortó un tanto. Miró ávidamente el panorama. El cielo se había teñido de un puro color de violeta; la luna ascendía como una medalla de oro. En la calma de la noche entrante todo era bello y sereno. Junto a la huerta, por una senda, venían unos campesinos; pasaban detrás largas carretas gruñidoras; un caballo montesino, chiquito y vigoroso, con su jinete; una viejecita, encorvada bajo la pesadumbre del cuévano... El vientecillo de la noche agitaba los árboles con manso rumor. Un perfume intenso, que embriagaba como un soplo de oxígeno puro, ascendía de la hierba recién segada. Las últimas golondrinas se acogían a sus nidos. La nota aflautada de los sapos sonaba monótona en la espesura, como un eco de las melancolías de la noche.

V

La voz de Silda, que gorjeó a sus espaldas, sacó a Jesús de tales abstracciones.

—Pero, ¡hombre! ¿Por dónde andas? Buscándote estoy por toda la casa. ¿Qué haces ahí como un bobalicón, aspirando el rocío de la noche? ¿No ves que puede hacerte daño? ¡Ven corriendo, que vamos a cenar!

Decíale esto con una movilidad extraordinaria, mirándole con sus ojos maternales y alegres, cogiéndole impetuosamente por un brazo. Jesús sonrió, sintiéndose anegado en aquella mirada benéfica, y fueron juntos, asidos de la mano, como cuando eran niños.

Al llegar al comedor le invadió una impresión muy dulce, de hogar templado por el calor y la intimidad familiares, no gozados en tanto tiempo. La lámpara estaba encendida y la mesa puesta. Cubríala un mantel de damasco de inmaculada blancura, alzándose en el centro un jarrón de rosas. Los platos eran de antigua loza de Talavera, y los cubiertos de gruesa plata labrada.

—Oye, Silda —dijo Jesús al ver en la mesa cuatro cubiertos—, ¿quién come con nosotros?

—¡Ah! ¿No sabes? El padre Elías. Nos acompaña casi todas las noches.

No bien hubo dicho esto Silda, cuando se dibujó en el umbral la silueta del sacerdote. Detrás venía don Juan Manuel.

Jesús salió a su encuentro con los brazos abiertos. Recordaba con simpatía profunda a aquel buen pastor, digno heredero de los claros abades de Santillana, señores de las Asturias. Don Elías, vástago de hidalga familia montañesa, era un varón piadoso y humano, docto y entendido, ingenuo y tímido de carácter, pero efusivo de corazón. Desde niño sintió inclinación a su estado; limpio siempre de pasiones, no conoció del mundo más que la Montaña, de donde jamás había salido. Fué en sus mocedades tipo arrogante y gallardo; llevaba los hábitos con sencilla elegancia, y en sus maneras pensamientos y acciones nunca desmintió el noble tronco de donde procedía. Era al presente un anciano de piel tersa y cabello blanco, virgen de alma y de cuerpo, una flor cristiana impecable, tenida en olor de santidad.

—¡Abrázame, querido! exclamó con grande afecto, atrayendo sobre su pecho a Jesús—. ¡Qué deseos tenía de verte, ingrato! ¡Bendito sea Dios, que nos da al cabo esta alegría!

Jesús le abrazó con efusión, mostrándose alborozado de su presencia.

—¡Vaya, vaya!—decía con su voz delgada y fresca don Elías—. ¿Conque al fin te vemos por aquí? ¡Qué sorpresa más agradable! Por más que... a mí ya me daba el corazón que habías de volver... Bien dicen: harto el diablo de carne...

Decía esto con ruda jovialidad exenta de malicia, mirando con ternura a su antiguo penitente, sintiendo pena de verle tan envejecido y fatigado, él que creía, juzgando por sí mismo, que el hombre no debe ser viejo hasta los ochenta años.

—Pero, ¡chico!... ¡Estás hecho una espátula! ¡Qué cara!

¡qué ojos!... ¡Verás! ¡Aquí has de ponerte como una manzana! El reposo, la tranquilidad de esta vida apacible, te sanarán el alma y el cuerpo.

Sentáronse todos a la mesa. Bendijola el padre Elías, y a este punto colocó Andrea en el centro una gran sopera humeante. La comida era limpia, abundante y sabrosa; guisos a la vieja usanza española, sin exóticas salsas ni refinados condimentos.

El vino era añejo, de las bodegas de Aragón, escanciado en copas altas y gruesas como cálices.

Jesús estaba encantado. La calma de la noche, el silencio de la habitación, la comida sana y confortante, el calorcillo del vino, el olor de las flores, la intimidad del hogar, todo ello le bañaba el alma de bienestar y sosiego. La voz de don Elías sacóle de su éxtasis.

—Alábote el gusto que has tenido de volver a estos pacíficos lugares, donde, según me han dicho, piensas retirarte en lo que Dios te conceda de vida. Temo, sin embargo, que esta resolución tuya, noble si bien algo tardía, vacile y se quebrante con el tiempo y la ociosidad, antes que la mansedumbre de esta vida dichosa llegue a deleitarte y satisfacerte.

—Mi resolución —dijo al punto Jesús con firmeza—es definitiva. La he acariciado muchos años en medio de amarguras sin cuento. Soy un desengañado del mundo y sus vanidades. Largo tiempo viví en error sin acordarme de mis deberes; pero al fin ha despertado mi conciencia y nunca es tarde para rectificar el camino...

Emocionáronse todos al escucharle. La voz de Jesús, apasionada y flúida, empañada dulcemente, tenía un acento, un metal que llegaba al corazón.

—Soy un enfermo del espíritu—siguió diciendo—. Necesito del amor y la piedad de ustedes para curarme. El amor es la gran medicina del alma. Nadie me niegue esta limosna que pido. Olviden lo que fuí, teniendo presente lo que quiero ser...

Excitado por las emociones pasadas y por el calorcillo de la cena, Jesús sintió abrirse el cerrado cauce de sus ternuras, que había logrado contener hasta entonces. Cuando lo comprendió fué tarde: dió rienda suelta a sus sentimientos, habló con nerviosa elocuencia de todo aquello que adentro le atormentaba, y calló, avergonzado y arrepentido, cuando vió asomar las lágrimas a los ojos de su hermana y palidecer el rostro de su padre.

—Perdonen ustedes—dijo luego blandamente y procurando sonreir—que les haya amargado tal vez esta tranquila cena, removiendo, indiscreto, tristes memorias...

Hablóse después de cosas frívolas: de las novedades de la villa, asaz escasas; de las personas conocidas. Salió a colación Juliana, la prima de Jesús. Este palideció al oir el nombre, como si le hubieran herido en el corazón. Habíase apagado aquel grande amor de su primera juventud, pero quedábale de él una vergüenza, una melancolía, un áspero remordimiento. Habíala abandonado un día, seducido por aficiones malsanas, y temía que llegase la hora de volverla a ver. ¿Qué la diría? ¿Cómo aparecería él a sus ojos? ¿Sentiría ella odio o cariño, lástima o desprecio, dolor o indiferencia? Y al pensar esto se estremecía, temiendo a cada instante verla aparecer, como una terrible imagen del reproche.

Enredadas como las cerezas volvieron las palabras, tra-

yendo a cuento, de nuevo, el escabroso tema. Para desviarlo, comenzó el padre Elías a hablar de literatura:

—Me han dicho, Jesús, que eres literato, que has compuesto libros... algunos muy lindos. Quisiera leerlos. ¿No puedes prestarme uno de ellos?

—Mis libros, padre Elías, son demasiado... profanos. Quiero decir, que aunque no son perversos en sí mismos, tienen cierto aderezo impropio del cáracter y de los nobles gustos de usted. Publicados algunos de ellos en París...

—Sí, sí; literatura francesa—exclamó don Juan Manuel con tono que quería ser festivo—. Literatura del Barrio Latino. Guarda, guarda tus libros, joven *modernista*, donde nadie los vea en Santillana; que, dicho sea sin ánimo de ofenderte, pudieran correr peligro de un auto de fe.

—¿Tantas herejías contienen los tales libros?—dijo, sonriendo, el cura.

—Ahora no se publican obras por esos mundos—añadió el hidalgo—que no sean memoriales de herejías y depravaciones. Antaño los libros andaban de mano en mano, sabroso fruto del ingenio y pasto delicado de todos los paladares. Hogaño, hasta los mismos poetas se avergüenzan un día de los libros que escriben...

—Permite, padre—interrumpió Jesús con vehemencia—, que discuta un poco tus afirmaciones. Antaño eran los ingenios quizás más desvergonzados que ahora. Pocos llegan hoy al desenfado y picardía de Petronio y de Marcial, de Bocaccio y el Aretino, sin mentar otros muchos del Renacimiento y de la clásica antigüedad. Y viniendo a España, cosas decían Lope, Cervantes, Tirso y Quevedo que hoy nadie se atreve a poner en letras de molde.

—Estás en un error—clamó el hidalgo con voz recia—. Los antiguos eran algunas veces desvergonzados de palabra, pero sanos casi siempre en la intención. Sus cuadros licenciosos son alegres y ligeros, chabacanos en ocasiones, pero sin ese refinamiento cruel y perverso de ahora. Decían desenfadadas burlas, pero bañándolas antes en el copioso raudal de la gracia y del buen humor, propias más para hacer reir que para despertar torcidos pensamientos. Esa fría lujuria de hogaño; ese sensualismo triste; esa atmósfera malsana de mancebía y de hospital; la delectación del vicio y del dolor; el ateísmo descarnado y brutal de los libros modernos, no tuvieron cabida jamás en los antiguos.

—Apenas hay ya—añadió don Elías—quien halle deleite en los libros clásicos. Las gentes tienen el paladar estragado por las salsas picantes y los licores fuertes, y no saborean esta serenidad soberana, esta robusta sencillez, este agua fresca de manantiales.

—En los pasados tiempos—volvió a decir don Juan Manuel—daba el tono a las artes una sociedad hidalga y escogida; la literatura había de ser culta y el ingenio cortesano, ajustándose al canon de aquella amable disciplina; mientras hoy, los gustos, mal educados y peor dirigidos, no tienen ese freno de oro y se desbordan a su sabor. Pasaron los Mecenas cultos y de entendimiento, substituyéndoles lo que se llama el *gran público*, una muchedumbre de feria, de mesón, de ciudad viciosa, de estación de ferrocarril... Yo de mí sé decir que aborrezco y aparto de mi lado *eso* que llaman *arte moderno*, con sus sensiblerías, sus efectos de relumbrón, su estilo amanerado y su aliento de cloaca...

—El arte moderno, padre mío—dijo Jesús, conteniendo

su vehemencia y dulcificando la voz—, no merece, a mi humilde entender, ni odio ni desprecio. El artista ve hoy más hondo, tiene más horizontes, siente mejor las grandes luchas del espíritu, la emoción, la ternura y el sufrimiento. En las edades de oro, lo elemental de las costumbres, la serenidad del alma, daban por fruto aquellas obras inmortales llenas de gusto ático, de reposo y de gracia, de ironía sin hiel; todo pensamiento, toda imagen tenían un encanto de novedad y frescura. Pero la vida presente es más compleja, más reflexiva, más triste, más curiosa; penetrada del espíritu científico, se complace en escalar los cielos, en matar los dioses, en violar todas las virginidades...

Habíanse alzado los manteles; habíase marchado Silda, con presteza, al comienzo de la discusión; hallábase don Elías confuso y azorado, sin saber cómo cortar aquella vehemente plática; temblábanle al hidalgo la perilla y la melena, al hallar réplica a sus discursos, y Jesús, olvidado de todo, con la violencia que la menor excitación le provocaba, hablaba con fuego extraño, como en sus tiempos de «apostolado» militante.

—Yo también—continuaba, a pesar del gesto de impaciencia de su padre—, yo también deploro haber nacido en estos tiempos de lucha dramática; yo también lloro con lágrimas de sangre la ingenuidad perdida, la paz del alma rota cuando era todavía un niño. Pero, al fin y al cabo, soy hijo de mi tiempo y no reniego de él. ¡Oh divina serenidad! ¡Cómo te he buscado por todos los caminos, sin encontrarte nunca! Mas no importa; escudo hice y bandera de mi propia desventura, amé, luché, sufrí, llevé mi pobre corazón a esa labor tremenda y obscura donde se ponen los cimientos de

lo por venir... No, no odio a mi siglo, a pesar de que él ha destrozado mi felicidad. Yo le bendigo hasta en mi sangre y en mis lágrimas...

Convulso, emocionado, con la melena temblando de cólera, conteniéndose a duras penas, levantóse don Juan Manuel de su asiento, y dijo, haciendo un vigoroso esfuerzo para amansar la voz:

—Siento escuchar de tus labios, Jesús, esas ideas disparatadas, viéndote, el primer día que vuelves a esta casa, exaltado y excesivo, cuando te juzgaba arrepentido y dócil. (Iba a hablar Jesús, pero su padre le interrumpió con severo ademán.) En tus palabras de ahora me ha llegado al corazón algo como un eco de tus dolores y también de tus apostasías... ¡No sabes el daño que me haces hablando así! .. ¿Por qué no callaste?... No quiero ofenderte—y al decir esto suavizó aún más el tono de la voz—en este momento en que vuelves a mis brazos. Pero deseo hacerte un ruego para que en adelante te sirva de aviso y gobierno; si no para cumplirlo, al menos para respetarlo. No hables más—te lo suplico—de ese mundo que odio, de ese mundo que me devuelve a mi hijo como a un espectro. Santillana es mi reino y mi sepultura, y no quiero que acá vengan aires malsanos de afuera. Yo te abro mis brazos y te ofrezco un poco de paz en este claustro; dame tú, en cambio, sumisión, y respeta mis convicciones.

—Perdona, padre, si fuí, como dices, excesivo. No pensé enojarte de tal modo.

—Más que enojo me causa pena y compasión. ¡Quién hubiera podido detener el tiempo, antes que la desgracia a tal punto nos hiriese! Yo soñaba un día con una noble paternidad, un a modo de patriarcado en esas montañas donde la

antigua fe y el nombre de mi casta eternamente florecieran; pero Dios ha consentido que tú, mi hijo, seas la negación de toda mi vida, la contradicción de todos mis pensamientos, un implacable mentís lanzado a cuanto yo amo y creo...

La voz del hidalgo expresó una melancolía suprema. El padre Elías y Jesús callaban, sin atreverse a abrir los labios.

—Yo odio y niego—continuó con voz tonante—ese progreso que defiendes y predicas, ese progreso contra Dios, forjado por manos de Luzbel; ese espíritu moderno que convertirá el mundo, si la Providencia no lo remedia, en un campo estéril donde una tribu de enanos, tamaños como topos, vivirá, después de haber suprimido dioses y héroes, con arreglo a un cálculo algebraico o una fórmula química.

Al decir así lanzó una nerviosa carcajada, y continuó, más suavemente, hasta volver de nuevo a exaltarse:

—Por eso huyo de las ciudades donde tales cosas se urden y fabrican, y me refugio en mi amada Santillana, en esta casa de mis abuelos, donde todo me recuerda un pasado grande y glorioso. Mis amigos y mis libros, mis escudos y mis lienzos, me curan con su vieja compañía este grave disgusto de vivir que siento, esta nostalgia que me roe el corazón y que me inclina hacia el sepulcro. Pero sobre todas las cosas me sostiene el orgullo de mi fe, la esperanza de morir como cristiano y caballero, con la cruz sobre el pecho, con el amor de Dios en mi alma, saciando esta sed del *inmortal seguro* que tan dulcemente me abrasa y me enajena.

Alzó los ojos el hidalgo con la cabeza echada hacia atrás, crispada la mano, el cuerpo senil gallardo y arrogante, como la imagen viva de aquellos retratos del salón, atormentados por ambiciones sobrehumanas, locos y sublimes Quijotes de

la España muerta. Quedóse un gran rato en silencio, abstraído, y después, bajando la cabeza sobre el pecho, murmuró:

—En fin, hablé como un descosido. Quédese esto aquí. Demos tregua a nuestros pesares y no se hable más de estas cosas.

Aprovechó el momento el padre Elías para rezar unas oraciones, y después, dando el reloj las once, levantáronse todos, despidióse don Elías y Jesús marchóse a su aposento. Las fuertes impresiones del día grabáronse de tal modo en su cerebro, que estuvo largo tiempo sin dormir. Desfilaban en su pensamiento los rostros sombríos de los retratos de familia, los salones abandonados llenos de imágenes y apariciones de sepulcro. Volvió a ver la pálida figura de su madre paseando su locura por todas las estancias; y así estuvo, luchando con el terror y la pena, hasta la media noche, cuando los gallos cantaron a lo lejos.

VI

Amaneció Jesús antes que el sol. Bien reparados el cuerpo y el ánimo con aquel descanso y alimento del sueño, vino la alborada a despertarle, anegando con suave y difusa luz los cristales del balcón. Abrió el hijo pródigo los ojos a aquellas tempranas caricias de la luz y saltó del lecho con presteza, ávido de saborear la aurora y contemplar la salida del sol en aquellos campos de Santillana, como en otro tiempo. En cuanto se hubo bañado y vestido salió a la calle, sintien-

do una ligereza, una frescura de sensaciones, una alegría, un bienestar, como jamás los había experimentado. Aquel hombre nocturno, hecho al vicioso dormir en lo más deleitoso de la mañana, perdió la costumbre y el gusto de madrugar; durante largos años sufrió la pesadumbre de tenaces insomnios que le pusieron a punto de perder la razón; el velar de noche y el dormir de día acentuaron el desequilibrio de sus nervios y contribuyeron a traerle aquel estado de nulidad en que se hallaba. Mas apenas llegado a Santillana, tocaba piadoso sus párpados el sueño, y la vida natural comenzaba a recobrar su imperio. Gozoso de tal milagro, iba Jesús por el campo de Revolgo, sintiendo en su espíritu la alegría, siempre nueva, del amanecer.

Una luz cándida de láctea blancura, asomándose por las ventanas del Oriente, bañaba el campo, soñoliento aún, recogido en una especie de religioso misterio. Brotaba de la tierra un sutil aroma, suave y exquisito, como regalada esencia, empapado en las pulverizadas aguas del nocturno rocío. En aquella claridad del crepúsculo tenía el paisaje una pureza, una albura, uua virginidad paradisíaca; el aire matutino, refrescando con puro deleite los sentidos embargados por el sueño, acertaba a lavar todas las tristezas del corazón, despertándole a pensamientos divinos. La perezosa luz del alba, como una neblina de suave sueño, difumaba el horizonte; la realidad perdía su crudo relieve, sus líneas ásperas y rígidas, tornándose en una vaporosa y delicada representación.

Manso rumor de hojas y de aguas sonaba dulcemente en el Revolgo; la fronda se desperezaba temblando, y los pajarillos, madrugadores, ensayaban sus cantos no aprendidos,

con un piar tierno y débil todavía. Escuchábase el tañer de las campanas de la Abadía y de los Monasterios, que llamaba a misa del alba, y en el silencio mágico del campo y de la villa las campanadas caían solemnes, con una acuidad maravillosa.

Un puñado de campesinos iba a misa. Jesús vió pasar el grupo pintoresco de aldeanos con blancas pecheras y aldeanas con gayos pañuelos; saludáronle mozos y mozas con grave urbanidad, mirando a hurtadillas, y alejáronse después a buen paso, oyéndose en la calle sonora el recio choque de las abarcas.

Aguardando la salida del sol, estuvo Jesús paseando por aquellos lugares, que tanto le recordaban sus tiempos de niño, cuando iba a contemplar el amanecer desde los altos de Oreña, huroneando las ruinas del torreón y mirando a sus pies el parque secular que en la vertiente del monte se asienta, las mieses de Viallán y Arroyo y las fértiles marinas lejanas. Recordaba la mezcla de terror y curiosidad que le causaba aquella voz ronca de los peñascos, voz del mar en el equinoccio, lúgubre agüero que halló acogida en el dicho popular:—*Cuando ruge la cueva de Oreña, unce los bueyes y anda por leña*—anuncio cierto de crueles inviernos. Repasaba Jesús en su memoria todos los recuerdos de la comarca natal, aquellos lugares de encanto donde su infancia y su primera juventud habían corrido: las playas de Ubiarco y el solar de la Vega, Cartes y el Puente, Viveda y la Barca; la casa de Calderón, donde diz que pasó una noche San Francisco, camino de Compostela; el palacio de don Beltrán de la Cueva, poblado de leyendas y tradiciones; Puerto Calderón y la marina de las viejas Asturias, donde da comienzo la

novela ejemplarísima de Escalante, *Ave María Stella;* aquellos otros parajes famosos de Suances y *la onor de Miengo*, teatro de litigios, campo de behetrías, tan familiar a oídos montañeses; aquella ría en cuyas aguas se miran más de diez pueblos, lugar de las clásicas escenas de *La Puchera;* aquel *ocioso río* que dormita entre cañaverales, madreselva y avellanos bravíos, y aquella casa de Polanco donde se escribió la epopeya que llamaron *Peñas arriba*... Y tras de recorrer mentalmente toda aquella comarca de fertilísima historia, aquellos venerables pedazos de *Costas y Montañas*, volvía Jesús los ojos al campo no menos renombrado de Revolgo, lugar de pelea entre poderes rivales, donde sostuvieron a punta de lanza su derecho o sinrazón reyes, abades y señores. Allí se hicieron paces y se declararon guerras, y se corrieron cañas y se quebraron lanzas, y quedó escrito con sangre el carácter díscolo, anárquico y peregrino de la raza, rebelde a la obediencia, pagada de sí misma, incapaz de sufrir ajenos fueros; raza de hombres tales, que debajo del sayo de cada uno de ellos alienta el orgullo de un rey.

Gozaba Jesús con gran deleite la frescura y la sombra de aquellos árboles amigos; oyendo en la paz de la mañana el rumor de la fuente que entre las frondas manaba, mirando enfrente, el comienzo del camino de Comillas, la casa de los Tagles, bella fábrica del siglo XVIII apartada de la villa y escondida entre árboles. ¡Cómo amaba Jesús este lugar donde tanto había sesteado de niño!

Por delante de la casa de los Tagles—nido de hidalgos de alto linaje y acendrada cortesía—cruza el antiguo camino de Comillas, buscando el mar, avaramente negado

a Santillana. A opuesta mano de este camino comienza el del Puente de San Miguel y, perpendicular a ellos, campo y calleja se tornan calle para entrar en la villa, junto a los dos monasterios de San Ildefonso y Regina Coeli. La huerta de este convento señorea por este lado el paisaje; dos altos cipreses álzanse vigilantes y melancólicos, compañeros de la piadosa soledad, en estos lugares de contemplación donde vive perenne la memoria de aquel caballero montañés, Alonso Velarde, fundador del monasterio, cuyo blasón representa la fabulosa batalla de un campeón contra un endriago, cerca de un castillo y en presencia de una dama, con esta leyenda al pie: *Velarde, el que la sierpe mató y con la Infanta casó*, repetición del legendario mito del dragón, tan pródigamente representado en la villa.

Poco más allá, la solitaria vía se parte en dos: la calle del Cantón, a la derecha, que guía a la peregrina Colegiata; la de Juan Infante, a la izquierda, que conduce a la vetusta plaza. Estas dos calles divergentes están unidas y atravesadas por sombríos callejones, donde, más fuerte y honda, reina la tristeza milenaria de Santillana.

Entró Jesús por la calle de Juan Infante, viendo en primer término el remozado palacio de los Barredas, amplio y sólido edificio del siglo XVIII, de sencilla y elegante fachada, señoril zaguán y frondoso parque aledaño. Morada un tiempo de ingenioso hidalgo, noble, curioso y entendido, museo de libros fabulosos, raras historias y arcaicos mobiliarios, fué, andando los años, teatro de fastuosos bailes y celebradas verbenas, bullicios que rompieron en noches estivales el silencio y el reposo de la villa. Después del palacio de los Barredas, la calle de Juan Infante se torna más estrecha, más

arcaica, a modo de un museo peregrino donde cada siglo, desde el XIV al XVIII, ha dejado una muestra de su estilo peculiar. Recordaba Jesús, contemplando aquella vía singular, las viejas ciudades flamencas que en sus viajes había visto, aquellos rincones de Gante y Brujas, aquellos fondos y lejanías de los cuadros de Memling y Van-Eyck; parecíale que de pronto iban a asomarse a las recias vidrieras aquellos rostros de calceteros y burgomaestres, y a surgir en las obscuras puertas aquellas figuras castizas de mercaderes y leguleyos que antaño habitaron la calle de Juan Infante. Al llegar a la plaza vió destacarse enfrente al viejo palacio de Borja, con su graciosa ojiva de carcomidas y desencajadas dovelas, el primitivo solar de los Villas a la izquierda, y a la derecha la torre del Merino, imponente mole de venerable ancianidad, resto nobilísimo de la antigua capital de las Asturias. Contempló Jesús la *Torrona* con profunda emoción: después de la Abadía no hay monumento en Santillana que más alto hable de su pasada grandeza; despojada ahora de su corona de almenas, mutilada y ruinosa, conservando sólo restos de sus gentiles ajimeces y doveladas puertas, de su orgullosa balconada, inspira un sentimiento de grave melancolía. Entre el palacio de Borja y la Torrona se abre una calle misteriosa y desolada, llena de ruinas, que va a parar a espaldas de la Colegiata, a un campo de soledad, mustio collado que fué un tiempo calle de palacios peregrinos. Formando ángulo con esta vía sin nombre está la calle de las Lindas, señoreada también por la Torrona y en donde diz la leyenda que fué antaño la casa de Gil Blas... Al término de esta calle atraviesa perpendicular la del Cantón, gran vía de la villa de antaño y de la de hogaño, calle de nobles y de

hidalgos, calle señorial, abrumada bajo el peso de sus blasones. Jesús sintió allí de nuevo una emoción profunda: era *su calle*, donde nació, donde estaba el palacio de sus mayores. Las vetustas fachadas dan la razón de la calidad y alcuña de los linajes: allí los Hurtado de Mendoza, herederos de los Lasso de la Vega y marqueses que fueron de Santillana; allí los Ceballos y los Villas, los Bustamantes y los Calderones; allí la casa del *Aguila*, donde el águila moribunda de los Villas tiene atravesado el pecho por una saeta y alrededor la divisa famosa: *Un buen morir honra toda la vida;* allí la casa interesante de los *Hombrones*, toda blasón, sostenido por dos bizarros tenantes de fiera catadura; allí las fajas de los Ceballos y su enigmática leyenda: *Es ardid de caballeros ceballos para vencellos;* allí el misterioso brazo armado, el *brazo fuerte* que *a Italia dió terror y a Esforcia muerte;* allí la consonante hebrea *Beth*, símbolo del hogar; allí la frase caballeresca y cristiana, cifra y compendio de los claros varones de Castilla: *Da la vida por la honra y la honra por el alma*... Allí el libro arcaico, indescifrado, de los linajes, que habla con tosca ingenuidad de las grandezas y los altos hechos de las generaciones muertas; allí la historia de la villa legendaria, encerrada en sepulcros y monasterios, en archivos y genealogías, en crónicas y leyendas, aguardando un corazón piadoso, una pluma discreta, un entendimiento claro que la desentierre y la ponga, limpia y fija, en los libros de ahora, para ejemplo de los hombres del día.

El sol había señoreado ya toda la villa: una luz dorada caía sobre las vetustas piedras, tiñéndolas de un puro color de ámbar; el cielo mostrábase azul pálido, transparente, sin una nubecilla, alegre, caluroso, y en el silencio mágico de

aquellos lugares de poesía y de recuerdo, la luz copiosa parecía vibrar armoniosamente.

Miraba Jesús todo ello con honda emoción, contemplando aquellas casas vetustas, ventanas enrejadas, caducas ojivas, obscuros portalones y señoriales escaleras; los escudos y divisas de los rancios linajes; las argollas de hierro que, al lado de las puertas, sirvieron para amarrar, antaño, bridones y corceles; las reminiscencias de todos los estilos, entre ruinas y mutilaciones; esta romancesca ojiva, aquella ventana morisca, ese vestigio gótico, esotras huellas clásicas del Renacimiento, todas las transformaciones de la casa española, desde la torre feudal a la sencilla residencia de los últimos hidalgos...

¡Voz eterna de lo pasado! ¡Noble estética del recuerdo! ¿No sois vosotras lo más puro que existe en el sentimiento del hombre? Siempre será más dulce recordar que sentir. ¡Cuántas veces, en la penumbra de un Museo, hemos meditado con lágrimas en los ojos, contemplando un retrato, un vestido, un manuscrito, una joya, un utensilio, algo que un hombre usó, vistió, escribió y tocó con sus manos y miró con sus ojos y ungió con su aliento perecedero!... ¡Cómo perdura la huella del hombre en el poético vacío de las cosas!

Hallóse Jesús de nuevo frente a la Colegiata. Largo tiempo estuvo, antes de entrar en el templo, mirando aquella fábrica venerable, llena de majestad en medio de su decadencia. Paseó por el atrio espacioso, como en otro tiempo, cuando aguardaba la hora de la misa y atisbaba el paso de su prima Juliana a la indecisa luz del alba. Contemplaba ahora Jesús, con tristeza y compasión, aquellos mutilados leones de la entrada que tanto terror le causaban de niño; aquellos

arcos concéntricos de la portada, cuya labra primorosa tapó grosero revoque; las imágenes del tímpano, roídas y melladas por soles, lluvias y estragos del tiempo; las columnas de fisonomía oriental, de finos fustes y enyesados capiteles, mengua de las gentes bárbaras de hogaño; el ajimez airoso abierto sobre el atrio, en el cuerpo superior del campanario; la galería de sombrías arcadas que corre desde la torre del crucero a la del reloj; toda aquella fábrica peregrina, de fisonomía monástica, desfigurada por los siglos y por los hombres.

Al penetrar en el templo, sintió Jesús una impresión extraña. Iba a entrar, después de tanto tiempo, en aquel santuario donde se albergó su fe de niño, allí donde reposaban las cenizas de sus mayores, allí donde sus primeras rebeldías se alzaron, pugnando por romper la dura costra de veinte siglos.

Obra del XII, arquitectura suntuosa de una edad de hierro, conserva el interior de la Colegiata, a pesar de profanas mutilaciones, aquel ambiente monacal, de ingenua y robusta devoción, de austera piedad de los siglos medios. Su planta es latina; ocho arcos peraltados la dividen en tres naves, una central majestuosa y dos laterales más bajas, que terminan en tres ábsides semicirculares primorosamente adornados. Manos bárbaras taparon groseramente los historiados capiteles, impostas y cornisas, que aquellos ingenuos artífices medioevales llenaron de imitaciones de la Naturaleza, de escenas profanas y emblemas religiosos.

En el centro de la iglesia está el sepulcro de Santa Illana, viejo zócalo de tosca labra, con la efigie de la mártir. En la diestra nave, otro sepulcro de grave y antigua traza, tenido

por dos leones, diz que encierra las cenizas de una infanta de Asturias, doña Fronilde, fundadora de la Colegiata.

El gótico retablo de mustios colores, de viejas tablas flamencas, tiene como peregrino tesoro cuatro relieves que representan los cuatro evangelistas, reliquia sorprendente de arte minucioso y realista, soberano estudio de arqueologia y de indumentaria. Luce la mesa del altar un frontal espléndido de plata cincelada, regalo de virreyes, y debajo del frontal, empotradas en la fábrica, hay cuatro figuras de apóstoles, restos admirables de algún monumento desaparecido. En la sacristía se guardan joyas de alto precio, restos de la pasada grandeza de esta Abadía, cetros y cruces, cofres y báculos, cálices y acetres, crucifijos y relicarios, alhajas góticas, bizantinas, orfebrería del Renacimiento, amén de algunas imágenes, antiguas telas y viejos libros de mérito y curiosidad.

Pero la joya de la Abadía, la joya de Santillana, el monumento por excelencia del templo y de la villa, es el claustro, este maravilloso claustro románico, el primero de su época y estilo en España, lugar singularísimo de poesía, de arte y de meditación.

Con el alma presa de recuerdos, entró Jesús en el claustro. En aquella época aun servían las viejas galerías de cementerio, y asomábase a una de ellas la boca del repleto osario. Hallábase el patio invadido por hierba húmeda y copiosa; un cañaveral crecía en un ángulo, y en otro una vid, que extendía sus serpas y sus pámpanos por fustes y capiteles. Arrimados unos a otros, medio escondidos entre hierba, estaban unos viejos sepulcros de piedra, en algunos de los cuales aun se podían leer entonces algunos nombres ilustres.

Un zócalo cuadrangular corre a lo largo de las cuatro crujías, y en cada una de ellas hay catorce arcos de medio punto, sustentados por grupos de cuatro columnas de maravillosos capiteles. Huellas de arte oriental, primores bizantinos, recuerdos griegos, símbolos cristianos, escenas del Calvario, martirios, fiestas y cacerías, asuntos religiosos y profanos, adornos, flores, insectos, pájaros, corceles, frailes y guerreros: una vida profunda se escapa de aquellos capiteles, de aquellos sepulcros, de aquel claustro mágico, donde la muerte parece que tiene una expresión de eterno vivir...

Abrumado bajo el peso de estas sensaciones, tornó Jesús a la iglesia. Empezaba una misa, y en el templo, antes desierto, estaban arrodillados algunos fieles. ¡Qué diferencia entre aquellas misas profanas de las ciudades, en las fastuosas iglesias sin arte, y esta misa apacible y piadosa en el austero ambiente de la vieja abadía! Jesús recordaba cómo su sentimiento religioso se había desvanecido en la pompa teatral de las basílicas cortesanas, contemplando la irrupción de los falsos fieles, que iban al templo igual que a un coliseo, cargadas las hembras de galas y joyas, dejando tras sí una estela de perfumes y tentaciones. Los viejos atrios eran lugar de escándalo y de cita; la religión en aquellos templos profanos se tornaba sensual y mundana... En cambio esta misa matinal, oída de rodillas al pie de los sepulcros, en un ambiente de severidad milenaria, tenía una emoción y una piedad sublimes; tornaba el alma cristiana a sus tiempos puros, y al alzar el sacerdote la Sagrada Forma, el santo sacrificio tenía una solemnidad llena de lágrimas. El alma escéptica y rebelde de Jesús volvió a sentir el fervor de su niñez; aquel silencio, aquel manso rumor de plegarias llegáronle a

lo hondo. Los olvidados rezos volvieron a sus labios, y al terminar la misa sintió un dulce bienestar, una serena beatitud, como si la ola de la gracia hubiese bañado su corazón.

Terminada la misa quedó la iglesia desierta, y Jesús sentóse en un banco, queriendo saborear aquel divino silencio, aquella religiosa soledad. Hallábase próximo al sepulcro de Santa Illana y miraba con ternura la estatua yacente de la mártir, aquella figura de misal o de libro de caballería, cuerpo esbelto y gracioso, vestido con breve corpiño y halda flotante. Miraba Jesús el cuerpo bellísimo, cuando oyó un leve ruido y alzóse del suelo, por el otro lado del sepulcro, una figura de mujer que oraba de rodillas. Creíase solo Jesús, y al sentir el ruido y ver alzarse aquella figura humana, se estremeció. ¿No parecía que la Santa se había incorporado en su sepulcro? Sí; avanzaba con paso breve, ondulado, como si resbalase en vez de andar, y cruzaba por delante de Jesús. Éste se levantó del banco donde se hallaba sentado, y al cruzar sus ojos con los ojos de aquella mujer, dióle un vuelco el corazón. Era su prima, era Juliana. Pasó, pasó por delante de él, como si no le hubiera visto, como si no le hubiera conocido, humilde y severa al propio tiempo, con los ojos grandes y tristes perdidos en la lejanía de un pensamiento interior...

Jesús no se atrevió a moverse, a ir a su encuentro, a llamar su atención. Vióla alejarse, con su cuerpo esbelto, demacrado, vestido con hábito y dogal de penitencia, semejante a la estatua de Santa Illana que en el sepulcro había. Ju-

liana se dirigió a un rincón del ábside, y surgió de la sombra la figura torpe de un anciano. Dióle ella el brazo, y juntos pasaron por delante de Jesús. Juliana iba con su padre, con don Fernando. El ciego y la moza salieron al atrio. Y Jesús, que salió detrás, los vió internarse detrás del templo, y llegar hasta su casa, aquel palacio encantado del siglo XVI, cuyos muros, rematando en recio parapeto adornado de esbeltas flechas y airosas gárgolas, le dan un aspecto ceñudo y feudal.

VII

Parecía que en aquel rincón del mundo la rueda del tiempo se había parado. Las horas resbalaban grises, monótonas, como largos bostezos, lo mismo que los días, lo mismo que los años, lo mismo que los siglos, sin dejar huella, sucediéndose las generaciones iguales, uniformes, con las mismas ideas, con las mismas palabras, con las mismas cosas, en una mansedumbre fluvial, con silencio de aguas muertas... Un estupor de eternidad señoreaba toda la villa; andaban las gentes blandamente, sin prisa, con un ritmo grave y pausado, como si todos los trabajos estuviesen cumplidos, como si todos los destinos estuviesen señalados, como si no hubiese más oficio que esperar, esperar perpetuamente.

Alguna vez veíase a la puerta de una casuca un corro de vecinos, unas viejecitas avellanadas, unos viejecitos carcomidos, unos niños graves; parecía que aquellas sombras de

humanidad charlaban, que desataban sus lenguas y que el misterio de la villa se evaporaba en sus bocas; pero al llegar a ellos no se oía apenas un rumor; hablaban con voz queda o no hablaban nada; mirábanse como fascinados, semejantes a un grupo de fósiles hallados en una excavación, sorprendidos, petrificados en un momento humilde de su vida. El misterio de Santillana habíase impuesto de tal modo a sus habitadores, que todos se acostumbraban desde niños al silencio, al recogimiento, a la inhibición. Las calles estaban siempre desiertas; las casas parecían deshabitadas; toda la villa daba una impresión de oquedad, de vacío, de muerte.

Había un viejecito, arrugado y cenceño, que pasaba todo el día sentado delante de una mesilla, con una baraja amarillenta, haciendo solitarios. Encendía el viejo su pipa, barajaba los naipes y los iba echando lentamente sobre la mesa, con una solemnidad, con un misterio religioso, como si cada naipe fuera un destino humano, un caso grave de conciencia que convenía meditar. Otra viejecita de al lado pasábase las horas muertas, con su rosario de gruesas cuentas de azabache, rezando pausadamente, sobando las cuentas y volviéndolas a sobar como una cadena sin fin; y las avemarías salían de sus labios con un runrún monótono; una y otra y otra, sin cesar, sin cansarse, como la imagen de un mito, sin más pausa que la pausa de un suspiro.

Aquellas buenas gentes, hidalgas y campesinas, hacían casi todas la misma vida: se levantaban a las mismas horas, se recogían al mismo tiempo, tenían iguales horizontes, hablaban semejantes palabras; eran como relojes que siempre señalabau la misma hora. Heredábanse los oficios igual que las haciendas, y el hijo era el retrato del padre y el nieto la

estampa del abuelo. Conservábase la casta primitiva con notable pureza; vivían los campesinos felices en su rusticidad, sin deseos desaforados ni tristezas intelectuales, viviendo y muriendo al amor del terruño, tardos y pacientes como sus vacas, con la misma mirada humilde y triste en los ojazos melancólicos. La raza, trabajada allí en yunques históricos, habíase detenido en su evolución; aquel puñado de campesinos y de hidalgos vivían en pleno pasado; desde hacía más de un siglo el flujo y reflujo de las cosas humanas, de las transformaciones históricas, apenas había tocado aquel valle silencioso. La famosa y turbulenta villa, de donde habían salido linajes ilustres, brazos y corazones gloriosos, quedó estancada al comienzo de la vida moderna; a despecho de invasiones y revoluciones, depositáronse en aquella hondonada las aguas soñolientas de la tradición; quedó aquel pueblo incólume, como un remanso de la historia, y el viejo tiempo se detuvo allí a descansar sobre su rueda quieta y oxidada...

Como en la edad de oro, andaban las simples zagalas de otero en otero sin más adorno que el gayo pañuelo de seda y las arracadas de coral, la abarca labrada y el corto zagalejo. Y aunque las crueles palabras de *tuyo* y *mío* estaban escritas allí de largo tiempo y selladas con sangre, no había nadie en la villa excesivamente rico ni enteramente pobre. Las costumbres eran patriarcales; a excepción de cuatro familias hidalgas, o tal o cual campesino acomodado, que aderezaban la clásica puchera con cierto refinamiento, bastábales a aquellos hijos del silencio y del olvido unos humildes y plebeyos *fisanes*, el jarro de leche y la borona, el pucherete y la mozada de frutas, con el cual sobrio repuesto vivían sanos y ágiles luengos años.

Aunque allí, como sucede en toda la Montaña, casi todos los vecinos, los varones al menos, sabían leer, no leían nunca. Todo su horizonte geográfico se reducía a los clásicos nueve valles, la capital de la provincia y el mar. La necesidad y la ignorancia, el tiempo y la pobreza, hicieron establo y cocina de viejos palacios blasonados, de casas solariegas de antiguos linajes. Era curioso y triste ver en el fondo de panzuda casona, de grandes aleros y soberbios balcones, de grande frontis heráldico, la yunta de rojos bueyes, la carga de oloroso heno y el carro campesino de rechinantes ruedas. Aquellas penumbras misteriosas de casa señorial, aquellos estrados que albergaron a famosos caballeros, aquellas escaleras de labrado barandaje, suelos de ricas maderas y techos de primorosos artesonados, yacían ahora destrozados y renegridos, llenos de humo y del vaho caliente de las vacas. Las vetustas puertas de floreados herrajes y artísticos aldabones, las ventanas de tallas moriscas donde quizás algún grande amor había posado, hallábanse desvencijadas y carcomidas, pudriéndose al agua y al viento de la calle. No era raro ver, a guisa de cómoda de mesón o armario de cocina, un espléndido vargueño de primorosa traza, digno de parar en el estrado de un hidalgo peregrino. La piqueta, en todas partes osada, destruyó bellas ojivas romancescas y abrió en su lugar puertas destartaladas por donde más fácilmente pudieran pasar carros y carretas.

Allí no había indianos; si algún villano de aquéllos se iba a América y volvía con oro, huía de aquel cementerio, donde el oro es vanidad, y se apresuraba a labrar su casa en las alegres ciudades vecinas. En Santillana casi todos eran hidalgos o campesinos, nobles o plebeyos. La *burguesía* esta-

ba representada por el maestro, el boticario, el posadero, el sacristán y alguno más a su aledaño. Y la huella procaz de aquella pequeña burguesía señalábase con media docena de retoques modernos: unos chafarrinones puestos en calles y fachadas; una casa embadurnada de azul, donde vivía el boticario; una casita con pujos de hotel, en a carretera, donde el maestro tenia su escuela; unos infames miradores puestos aquí y acullá para deshonra de una venerable fachada; unas ventanucas insolentes abiertas cabe un airoso ajimez; alguno que otro desaguisado de pintura, de barniz o de blanqueo... Mas aparte estos pequeños desentonos, Santillana daba una impresión íntegra y estética, una impresión de sueño heráldico, de resurrección arqueológica. La muchedumbre de blasones, de extrañas figuras, de armas, divisas y emblemas, de escudos, penachos, lanzas, plumajes, mazas y chambergos; la traza pomposa de las recias fachadas y el aire humilde de las casucas en ruinas; los muros verdinegros coronados de helechos; los musgos, tejas, polvo y ruinas; aquel arco de fábrica por donde se mete un arroyo, manso y negro, bajo la pesada mole de las viejas casonas; aquellos primorosos ventanales moriscos en la soñadora calle de las Lindas; la ojiva del palacio de Borja, que se acierta a ver desde lejos al subir por la calle de Juan Infante; aquella casa de los *Hombrones* y esta del *Águila*, y la calle nobiliaria del Cantón, y la fachada de la peregrina iglesia, y el ventanal plateresco de esta otra casa de enfrente, y esos muros y esas ruinas y esta soledad y este silencio, son tan romancescos y tan elocuentes y tan inefables, que toda el alma llenan de tristeza y maravilla.

Parece que en estas piedras, tan nobles en su augusta ca

ducidad, se conserva un aroma de vida inmortal que transciende y llega a quien con espacio las mira; contemplando la villa al caer de la tarde, a la luz indecisa, con los reflejos oro y sangre del sol poniente, aquella impresión se torna dolorosa de puro intensa. Las piedras y los blasones, las fachadas y las calles, las torres y las ruinas, bañadas en ese color inefable, famoso en las bermejas torres de la Alhambra, adquieren una fuerta expresión, una fisonomía humana, una vida espiritual; despréndese de ellas un dulce enervamiento, una melancolía invencible, una lástima desgarradora... Las casas tórnanse rostros de ancianos tristes prestos a contar su historia; las ventanucas son como ojos vacíos, y las puertas se abren con largo bostezo como bocas hueras de viejos centenarios. Los aleros cuelgan sus pródigas cabelleras de hiedras flotantes, que el viento peina; tal viga, apuntalando la fachada, parece cayado o muleta de torpe ancianidad, y las manchas y goterones que la lluvia pinta en las ventanas carcomidas, y en las dovelas desvencijadas, parecen lagrimones y arrugas de aquellos ojos tristes, de aquellas cuencas vacías, de aquellas bocas desdentadas... Y da pena mirar estos rostros de piedra, y el alma se pone triste viendo y paladeando la amargura de lo pasado y las lágrimas de las cosas.

A pocas leguas de allí, la vida moderna hierve con el estruendo de las minas, las fábricas, las industrias, las vías férreas. Pueblos modernos, blancos y alegres; ciudades activas y emprendedoras, surgen sobre el solar antiguo de los Garcilasos, en la soledad de ruinas y maizales. Por todas partes

tienden vías, echan sondas, abren túneles, labran talleres, teatros, estaciones... La luz eléctrica alumbra con sus arcos voltaicos el renacimiento de aquella comarca vieja y entumecida, que despierta del sueño secular y entra al galope en la vida moderna. A cuatro pasos de aquellos campos llenos de chimeneas, Santillana duerme apacible, rumiando en sus soledades el pensamiento eterno de la muerte...

VIII

Absorto en sus reflexiones iba Jesús, después de aquel paseo retrospectivo por las calles y los recuerdos de su villa natal, cuando oyó una voz que imperiosa y bruscamente le llamaba. Paróse, alzó los ojos, y vióse enfrente de la casa runflante de los *Hombrones*, aquella casona de remozada faz donde campea el colosal escudo de las Villas, tenido por dos hercúleos hombrones armados de toscas armas y pistola al cinto. Como Jesús no vió a nadie en la casa ni en sus aledaños, quedó suspenso y atónito, pensando que quizás uno de aquellos feroces tenantes de piedra le había llamado con voz de ultratumba. Tal vez los duendes de Santillana querían hacerle una jugarreta; y viéndose solo y temeroso en la solitaria calle, iba a seguir su camino, cuando se abrió la ancha puerta de la casona y apareció en los umbrales la figura apocalíptica de don Rodrigo, su tío y mentor, dueño y morador de la casa.

—¿Qué haces ahí, folloncico, parado delante de mi puer-

ta—díjole don Rodrigo estrechándole rudamente entre sus brazos—y sin venir, como es debido, a ver a este solitario? ¿Tanto flaqueó tu memoria que ya no te acuerdas de tu tío y preceptor, de quien tan mal aprovechaste lecciones y enseñanzas?

Y diciendo así, zarandeábale el robusto viejo, pasándole por el rostro sus blancas barbas fluviales y metiéndole, a fuerza de abrazos y empellones, en lo interior de su casa. Quería hablar Jesús y el buen don Rodrigo charlaba por los codos sin dejarle meter baza, con una alegría desaforada, llevándole casi en volandas por las escaleras, hasta que le tuvo en su habitación, sentado enfrente de él, medio sepultado en un sillón frailero.

Era la estancia espaciosa y grave, como aposento de viejo palacio, con dos grandes balcones a la calle, techo de grandes vigas y suelo de recias tablas de castaño. Colgaban de las paredes algunos retratos, semejantes a los que había en la casa de don Juan Manuel, y los muebles eran todos de traza antigua, descollando algunos de primorosa talla; un grande armario repleto de volúmenes, tomos enormes, infolios peregrinos—larga riqueza bibliográfica—, una mesa en el centro llena de libros y papeles. La estancia manifestaba en su desorden y falta de aseo la ausencia de una mano de mujer hacendosa y limpia. Vivía don Rodrigo solo, y andaba en los menesteres de su casona una vieja tarasca que no hacía sino gruñir y rezar.

Prosiguió don Rodrigo el hilo de su discurso, y como observara la atención con que Jesús miraba sus libros, le dijo con voz áspera:

—Aquí no hay un solo libro moderno, ni falta que hace,

¡vive Dios! Sólo se libran de esta justa excomunión unos cuantos ingenios que en nuestra época miserable mantienen con noble señorío los fueros de nuestra raza y de nuestro idioma: Escalante, Alarcón, Pereda, Menéndez Pelayo y... algún otro.

—¿Valera?—preguntó Jesús tímidamente.

—Ese es un volteriano. Aun cuando viste hábito pío, ya sabes que el hábito no hace al monje.

—Permítame usted, tío...

—Sí, ya sé—dijo don Rodrigo, interrumpiéndole con su verbosidad inagotable y vehemente—, ya sé lo que vas a decirme. Ya sé que tú eres de la cáscara amarga. Sé, con harta pena, que has renegado miserablemente de lo que era como deber y honor de tu casta y de tu nombre... No repliques... Si ya lo sé .. Todo lo que yo te diga ha de sonar en tus oídos de extraño modo, acostumbrado como vienes a la moda de lo *moderno*, de lo *progresivo*, de... ¡del diablo que os lleve!... ¡Ah, torpe y desventurada juventud! ¡Renegáis de lo pasado, como si en lo pasado no estuviesen las raíces de lo presente y de lo por venir!... ¡Orgullo insensato!... ¡El hijo, cuando llega a mozo, desdeña a su padre porque su padre es viejo, sin comprender que le debe vida y nombre, alma y mocedad, memoria y pensamiento!... De cierto digo que en eso que el vulgo necio llama *antiguallas* están las raíces de nuestro ser actual, y que nadie, sin conocimiento claro de lo pasado, tiene derecho a juzgar lo presente ni a investigar lo futuro. ¡Yo, que después de mi juventud troqué la espada por la pluma, he consagrado mis vigilias a estas cosas de antaño, y he visto, con claridad y regocijo, cómo alumbran el entendimiento, cómo sazonan la razón, cómo mueven la fan-

tasía, cómo limpian el juicio y dan caminos y luces al corazón! Yo he sumergido mi alma en este mar hondo de lo pretérito, he leído y releído historias particulares, y coleccionado con paciencia papeles y documentos familiares, y revuelto bibliotecas, y husmeado conventos, y saqueados archivos, y repasado museos; y merced a esta labor, que algunos hombres frívolos desdeñan, podré dejar a mi muerte los materiales suficientes para labrar ese gran edificio de nuestra historia que grandes ingenios de nuestra tierra no se han atrevido a construir por falta de estos humildes menesteres que yo voy acaldando... Si tú tuvieses afición a estas cosas, ¡qué días más sabrosos serían los que te restasen de vida, aprovechando esta labor inmensa de mi curiosidad y mi patriotismo!... ¡Qué fuente de sabiduría y de experiencia, de poesía y sentimiento, la historia de estos ilustres linajes, de estas familias que en la Montaña tuvieron solar y señorío: estos López de Mendoza, Manrique de Lara, de la Vega, de la Barca, Barredas y Ceballos, Villas y Quevedos, Peredas y Velascos, Escalantes y Corros, Velardes y Polancos y tantos otros centenares de clarísimos nombres, cifra y espejo de la vieja hidalguía castellana! ¡Qué rico tesoro para el estudio de la psicología española, menos conocida que calumniada, esas figuras históricas, esos arquetipos de hidalgos, infanzones y ricas hembras, olvidados en la corriente del tiempo, sepultados en los archivos e historias particulares, nombres que sólo tienen ya un eco familiar en tal o cual casa montañesa o en el rincón desdeñado del erudito, del amador de piedras y pergaminos!...

Puesto ya en la pendiente de su conversación favorita, no se detuvo el buen don Rodrigo, y fué de oir su largo pero

bien sazonado discurso, digno de escribirse en libros y conservarse en doctas bibliotecas, para ejemplo, memoria y enmienda de las descuidadas y olvidadizas gentes del día. Fué su discurso una ardiente apología de la patria, un himno a la raza, un loor a la historia, un adiós melancólico y pío a la España grande que fué... Y después de esta que pudiéramos llamar introducción o exordio a la castiza arenga, vino la parte amena y anecdótica: la historia de los linajes montañeses, el grande ensueño de los blasones, como pintado por la fértil y peregrina fantasía de un rey de armas. Fueron de ver allí y de escuchar los alardes de imaginación y de elocuencia, de erudición y rendida cortesía de que hizo gala en su discurso don Rodrigo, hidalgos dones tan bien preciados por todo montañés de buena casta; fué cosa de soberano gusto ver desfilar en aquella estancia, tan llena de los prestigios y recuerdos de antaño, linajes y blasones, casas señoriales y árboles genealógicos, guerras y cruzadas, conquistas y glorias, sucesos históricos y hechos familiares, monjes, prelados, artistas, navegantes, guerreros, privados, poetas, hidalgos, damas de alcurnia y comendadores, montañeses de todo jaez y de todo tiempo, desde aquellos del cántabro contra Roma hasta los de Pelayo; desde los hazañosos capitanes de las calzas de cuero a los de la cota de malla, y desde los hidalgos a la chamberga hasta los hidalgos de casaca y de peluca... Y por encima de aquel marcial vocerío y estruendo de los siglos, entre el centelleo de las espadas, dibujábanse las divisas, cuarteles y figuras de los blasones, como en una danza heráldica: águilas de los Villas, fajas de los Ceballos, armiños de los Guzmanes, calderas de los Laras, bandas de los Mendozas, panelas de los Guevaras, roelas de los

Castros y veros de los Velascos, como un mundo extraño y simbólico, donde estaba contenida toda el alma montañesa.

Tocóle después el turno a la villa. Dijo prolijamente su historia, desde que se alzaron los desaparecidos muros del monasterio de Planes hasta que a aquel lugar, yermo y arrinconado, trajeron las reliquias de Santa Illana, engendradoras de Santillana; y desde el momento en que Alfonso VIII dióla fueros y la confió al señorío del Abad, hasta que Alfonso XI mandó por real ejecutoria en Sevilla que entregasen el yantar del señorío al Adelantado mayor de Castilla. Todo fué dicho y relatado punto por punto, con sus dudas y reparos, citas y comprobaciones, de la más prolija y elegante manera que cabe imaginar. Narró la leyenda de Santa Illana, doncella de singular hermosura y claro linaje, natural de Nicomedia, en Asia, que, solicitada para esposa por el senador Eleusio, púsole por condición la fe cristiana, lo que la valió el martirio; explicó el símbolo del dragón aherrojado a los pies de la Santa, ahogado con su dogal, como emblema de tentaciones vencidas y apostasías domadas; hizo desfilar después, con cuanto de ellos se sabía, a los abades de la Colegiata, desde Pedro Segúndez, en el año 843, hasta don Gaspar de Amaya, en 1754; habló larga y cumplidamente del señorío abadengo y del señorío prócer, de las behetrías, del dominio de los reyes, de la pérdida de los fueros, de la decadencia y disolución de aquellos nueve valles; de las Asturias de Santillana, no sin hacer también sumaria relación del pleito famoso de los dichos valles; llenó su palabra de color y de fuego al trazar los retratos de aquellas figuras de antaño, Diego Hurtado de Mendoza, Gonzalo Ruiz, doña Leonor de la Vega, el glorioso Marqués de los Proverbios, el último

señor de Cantabria, cuya peregrina historia tenía pensado llevar a una novela, y después de este concienzudo y admirable loor de los claros varones de la Montaña, todavía le quedaron fuerzas y palabras a aquel águila de la erudición, de la elocuencia y del patriotismo, para soltarle a Jesús a boca de jarro esta rociada:

Seguramente, querido sobrino, a pesar de haberte sido otorgada la singular merced de venir al mundo en tierra de tanto honor, no recordarás una jota de tales historias... ¿No es cierto?... Tu silencio vergonzoso me dice más de cuanto pudieran decirme tus labios. No tienes perdón de Dios .. En cambio, conocerás y aun sabrás de memoria los libros de cuatro escritorzuelos ignorantes de por ahí fuera... ¡Y aun os atrevéis con insolente audacia los jóvenes a poner vuestra mano en estas cosas que ignoráis, para negarlas o escarnecerlas!... ¿No se te cae la cara de vergüenza?... ¡Y me han dicho que tú también la das de literato!... ¡Ja! ¡Ja!... ¡Habrá que ver tus literaturas! ¡Donosos libros tienen que ser los tuyos!... ¡Es claro!... Hoy, para ser escritor, no se necesita nada, ni siquiera saber escribir... Se entra a saco en el francés, se atropella el patrio idioma, se sazona todo ello con sal y pimienta de ironía y de lujuria, y ¡cátate un libro al uso!... Escribís sin saber Gramática ni Retórica, y queréis que todo os sea dado por añadidura... Aun los que apellidáis maestros, escriben como vosotros, con términos abstractos y generales, sin saber concretamente los nombres castellanos de las cosas... ¿Cómo habéis, pues, de poner esas cosas vivas y galiardas delante de los ojos, como hacían aquellos escritores de antaño, llenos de sabia experiencia de la vida y educados robustamente en las antiguas disciplinas?... ¡Ah, tiempos de

ignorancia presuntuosa y grosera vanidad!... ¡Generación de charlatanes y rebeldes; míseras gentecillas sin entendimiento ni corazón!...

Iba a protestar Jesús de semejante sarta de furibundos agravios, cuando don Rodrigo le volvió la espalda, y encarándose con el retrato auténtico de Cervantes, que en la pared frontera señoreaba los libros, díjole así con solemne tono, alzando la diestra mano con majestuoso ademán:

—¡Príncipe de los Ingenios de España, verbo de nuestra raza, cantor de aquellos viejos ideales muertos a manos de felones y malandrines! Tú presentías en tu tiempo el fenecer de aquella España de oro, y te fué dado ver también el ideal tundido a palos por yangüeses y bellacos, y a la ignorancia, con apariencias de sentido común, entronizada en tu patria, bien aposentada en sus alforjas, socarrona y astuta, soñadora de ollas sabrosas y orondas botas de vino; tú presenciaste el comienzo de la lucha entre las dos Españas, la grande de antaño y esta miserable y apocada de hogaño. Pero aún los tercios gloriosos ganaban batallas y los galeones surcaban los mares cargados de oro; aún el alma férrea del viejo Emperador sostenía desde su tumba la gloria de los Austrias; aún el corcel del Apóstol galopaba en los campos de guerra, limpiando España de moros y renegados; la aureola de la reconquista, de los héroes, de las reinas, de los mundos descubiertos, de los milagros y las epopeyas, coronaba gloriosamente el cielo español, donde también irradiaba la gracia divina. Y sin embargo... ya se alzaba el mundo moderno, ardiente sobre las ascuas de la Reforma. La risa demoledora de Rabelais, repercutiendo en Voltaire, no tardaría en poner la máscara de lo ridículo sobre todo lo que

quedase de noble y de generoso... Tú, ¡oh gran Cervantes!... presentiste la batalla y quemaste tu espíritu en los primeros incendios de ella. Ahí está tu rostro, bañado de piedad y de orgullo al propio tiempo; ahí están tus labios, plegados con soberano desdén ante esas cosas *nuevas* que oías y veías; ahí están, finalmente, tus ojos, que miran dulce y hondamente, con esa expresión que Juan de Jáuregui supo copiar, ojos de dolor y de asombro que preguntan eternamente a los callados siglos la razón de las sinrazones de la vida...

Quedó un largo rato don Rodrigo absorto en sus pensamientos, olvidado de la presencia de Jesús. Este, que en toda la tarde había logrado deslizar media docena de palabras en el torrente armonioso de las de su tío, sentíase ganado por la majestad y la elocuencia de aquel claro varón. Y cuando a poco se despidió de él, iba pensando, camino de su casa, que aquellos hidalgos, sus compatriotas, eran los más nobles, doctos, ingeniosos y elocuentes parlanchines del mundo.

Aquella noche, después de cenar, fuése Jesús a su cuarto y por consejo de su tío don Rodrigo empezó a leer algunos libros que él le había dado, entre ellos los de Amós de Escalante. Después, como aun no sentía sueño, metióse en la biblioteca de su padre, y, contagiado de las manías de aquellos hidalgos, empezó a curiosear libros de caballería, índices y árboles genealógicos, tratados de blasón y monografías históricas de la Montaña, que en aquella librería abundaban, y despierto el apetito con los discursos de don Rodrigo, dióse a leer desaforadamente, hasta que llegó la media noche y quedó allí dormido. Reclinó la cabeza sobre un árbol genealógico, grande y florido como un árbol de

Navidad, y en esta postura le invadió un gran sueño, y vió cosas tan peregrinas, tan bien aderezadas para ser soñadas solamente, que no puedo resistir a la tentación de contárselas al lector, a modo de pausa o descanso en el camino de esta novela.

JORNADA TERCERA

LA DANZA DE LOS MUERTOS

I

La estancia se iluminó con una luz difusa y pálida, como de luna; abrióse la puerta y entró un descomunal anciano, semejante al viejo Saturno, con la cabeza calva, el rostro enjuto señoreado por luengas barbazas de lino, una flotante vestidura, la guadaña al hombro, el reloj de arena en la siniestra mano y dos alas enormes a la espalda. Aquel anciano, ¡cosa singular!, parecíase en la traza del rostro y en su fosca mirada a don Rodrigo Villa. Con arrugado ceño, sin decir palabra, acercóse a Jesús y le cogió en sus brazos como a un niño. No le dió tiempo el gigante para expresar el espanto que le produjera el glacial regazo, pues apenas le tuvo reclinado en la ondulante crin de sus barbazas, salió volando por los aires con su carga temblorosa, cortando el velo de la noche con la terrible guadaña.

Largo tiempo vagaron por los cielos bajo la pálida lámpara de la luna, hasta tocar el silente pico de una tenebrosa montaña; allí paró el gigante, cobijando bajo sus alas negras la medrosa figura de Jesús.

Una luz suave y creciente se proyectó en el horizonte; el

pico de la montaña brotó de la tiniebla, nadando en un mar de brumas, densas y bullidoras como las olas de un océano, y pronto el rostro dorado del sol, asomando por las ventanas del Oriente, sacudió su cabellera mojada de perlas de rocío. Jesús, fascinado por la grandeza de aquel espectáculo de nieblas y de sol, semejante a un amanecer de los primeros días del mundo, donde las horas, no medidas aún, corrían veloces en los abismos del tiempo, agarróse con fuerza al ropaje del gigante, sintiendo el frío sutil de aquella extraña aurora. Tendió la mano el viejo, como lo hiciera el propio Jehová, hacia las brumas de la tierra, y éstas desgarráronse con ímpetu, saltando como mar en espumas y licuándose en doradas perlas de rocío por los flancos de la montaña. La tierra, entonces, quedó libre, abierta, con la diafanidad de un día de Mayo. Jesús, con los ojos muy abiertos, vió el mar brillando a lo lejos, como una lámina de plata, desierto y dormido.

Fatigado Jesús de aquella escapatoria por los cielos, en los descarnados brazos de aquel viejo Cronos, y rendido también bajo la pesadumbre de tan sobrehumanas emociones, se reclinó sobre la cima de la montaña, bajo las alas replegadas de su fiero raptor. Y entonces vió, con nunca imaginada sorpresa, que aquello en que posaba no era roca dura, sino blanda materia, como vellón de lana, y lo que creyó monte no era sino colchón de nubes que sobre la atmósfera nadaba, a la manera de esas volutas de nacarados vapores donde el Santo Pastor volara un día, dejando su grey en el obscuro valle, al inmortal seguro.

Muchas veces, en sueños, habíase visto Jesús volando por los aires «caballero en una nube», curioseando a su antojo

en los rincones de los cielos; dudaba ahora si aquello era sueño o realidad; palpábase, abría los ojos, miraba al viejo, se asomaba al abismo y todo ello le daba una impresión de tangible verdad. Convencido y aterrado, iba a dar un grito de angustia, al verse de tal modo balanceado en el espacio por aquella pérfida nube, cuando el gigante, alzándole con su manaza por la cerviz, hízole mirar hacia abajo con ademán imperioso.

Sobre la sosegada espalda de los mares, que brillaban al sol hasta perderse de vista, aparecía una gran tierra, morena y calva en el centro, frondosa en las extremidades, surcada de recias vértebras, regada con grandes ríos, ocultos a ratos en hondas forestas. Era semejante aquella tierra a una inmensa piel de toro, puesta a secar al sol, colgada de los balcones de Europa y sujeta en la punta inferior por dos gigantes columnas.

—¿Qué tierra es ésa?—quiso preguntar Jesús, si bien no le salió la voz del cuerpo, del miedo que tenía.

—¿Tanto has renegado de ella que ya ni la conoces?—dijo, adivinándole, el anciano con voz tonante.

¡Ah! Sí; allí estaba la formidable barrera del Pirene y allí también las doradas aguas del padre Tajo; aquí erguían sus tocas de nieve los picos de Cantabria y allí abajo discurría el manso Betis entre bosques de naranjos; en este lado brillaban al sol las espigas de la llanura castellana y a esotra mano florecían las rosas; por un extremo columpiábase la palmera y al otro opuesto alzaba el pino el dosel melancólico de sus bosques...!

Allí estaba la tierra madre de la española raza, el teatro de cien tragedias, dormido entre dos mares bellísimos, como

si acabara de cuajarse, en el primer día del mundo, modelado por los dedos plásticos del Creador. Allí el nido agreste de cántabros y astures, reliquia antigua de la estirpe goda; Vasconia, donde aun parece resonar el idioma nativo a compás de la guerrera danza de los celtas; Andalucía, jardín de las Musas, hija predilecta de Oriente; las costas de Levante, bellas como mármoles griegos; Galicia y Lusitania, tierras de Arcadia donde el idilio florece; Castilla y Aragón, duros yunques de la raza, místicas navas donde todo grande ideal tuvo su asiento.

Contemplaba Jesús aquel espectáculo, extrañándose de no ver en aquella tierra ni una ciudad, ni un templo, ni una llama, ni una voluta de humo que denunciaran la vida en tal extensión salvaje y desierta. Los naranjos, las espigas y las rosas no eran sino plantas agrestes de flores y frutos extraños. Iba Jesús a interpelar al terrible viejo que a su vera estaba, cuando vió, como por ensalmo, brotar de los agujeros de la tierra y de las profundidades de los bosques una legión de hombres broncíneos, hirsutos y feroces, más parecidos a tribus de simios que a seres humanos. Con curtidas pieles cubrían sus carnes, y blandían con las vellosas manos lanzas de sílex y hachas de pedernal. Reuníanse en ciertos lugares, a las orillas de los ríos, al pie de las montañas, a la boca de tenebrosas cavernas, en profundas oquedades de árboles y rocas. Aquí apacentaban inmensos rebaños; acullá extraían de la tierra doradas piedras, y luchaban por la posesión de ellas, enrojeciendo con sangre las aguas mansas de los ríos. La vida animal triunfaba en aquella sociedad apenas desprendida de la bestia; la ley del más fuerte señoreaba la tierra, y el hombre tenía aún impresos en la mandí-

bula y en la garra la marca de su origen, el aspecto fiero del animal de presa. El amor, salvaje también, mostrábase a la luz del sol, sin recato de sus más íntimos secretos, y la hembra, fuerte como el varón, no había llegado a la blanda sumisión de su sexo ni conocía aún el divino artificio de la honestidad.

Maravillado estaba Jesús, viendo pasar los siglos como minutos, nacer y morir las generaciones como flores de un día, estallar la vida en todas sus formas como el sueño de un dios. Apenas sonaba en el silencio de la noche el beso de las nupcias, oíase el llanto de un niño: desprendíase de los maternos brazos, corría libre, tornábase hombre, lanzábase a la guerra y al amor, blanqueaba su cabeza, temblaba apoyado en su lanza y caía en la sepultura, en tanto llegaban otras generaciones precoces y pasajeras, que caían a su vez poco más tarde. Jesús observó que al apuntar cada cosecha humana, el fruto tornábase más bello, perdiendo el gesto animal y adquiriendo una sonrisa estética. Holgábase de ello, cuando vió cruzar la ancha tierra un hermoso gigante, de pelo en pecho, arrogante y desnudo, sin más armas ni arreo que una maza formidable, que blandía, jugando con ella como si fuese un bastoncillo. Seguíanle inmensos rebaños, dóciles a su voz; a su espalda, el mar Mediterráneo hinchábase en una ola inmensa cayendo graciosamente, como un río, al pie de las columnas de Calpe y Abila; delante de él huía un tropel de centauros, y la tierra toda cantaba armoniosamente.

—¡Padre Hércules!—iba a gritar Jesús, cuando el gigante se perdió de vista y avanzó por las hoces del Pirene una muchedumbre de gentes de aspecto menos fiero, hombres

vestidos con negras ropillas de lana, armados con espadas de dos filos, lanzas de hierro, puñales y venablos. Traían las cabezas cubiertas con negras capuchas o con groseros casquetes adornados de plumas. Desparramáronse por todas partes, señoreando montañas y llanuras; salían los aborígenes de sus guaridas; pero los invasores formábanse en triángulo y con tal ariete lo horadaban todo. Aquellos nómadas, en cuyas caras aún feroces había puesto la belleza asiática sus primeros rasgos, venían con sus mujeres y sus caballos, sus armas de guerreros y sus hondas de pastores; durante largo tiempo estuvieron llegando sin tregua, poblando los más apartados rincones, laborando la tierra, alzando viviendas y altares, creando los rudimentos de una sociedad organizada.

Pasaron minutos que contenían siglos; ya los hombres de las ropillas negras y de las ondulantes garzotas habían llenado todos los ámbitos y borrado hasta las huellas de los salvajes indígenas, cuando arribaron a las playas del Mediodía centenares de bajeles, tripulados por astutos navegantes, cargados de bagatelas y bujerías de vidrio y de metal. Nuevos bajeles arribaron por Levante, y las costas del Sur y de Oriente viéronse pobladas de factorías y mercados, focos pintorescos de una civilización naciente. Veíase con minuciosa claridad el hervor de aquella vida nueva que prendía su semilla en las costas; la actividad de aquellos hijos del mar; las ciudades populosas que se alzaban con la alegría de la juventud y del comercio, enriquecidas por el oro de Tharsis y los Campos Elíseos, del Betis y del Dauro. Las tribus nautas y viajeras hacen paces con los hombres de los bosques y con los hombres de los ríos; enséñanles a explo-

tar la tierra, a saborear la poesía de los mitos y de los versos, el culto a la casta Diana y a Hércules omnipotente.

Pero el instinto de salvaje independencia surge, tremando en las almas obscuras de los nómadas celtibéricos, y, a la manera del león que crispa la garra en la espalda del domador descuidado, cae, con ímpetu rencoroso, sobre la bella Gades. Y entonces, al rumor de la discordia, una ola de guerreros viene del Africa vecina y cubre la haz de la tierra, obscureciendo la luz del sol. Un choque furibundo suena como el encuentro de dos mares irritados; treme la tierra, corre la sangre en espumosos ríos, y Sagunto, la inmortal, arde en llamas. La luz siniestra y fulgurante de aquella tragedia alumbra el rostro de bronce de Aníbal, que cruza los campos, sobre negro corcel, como el genio de la muerte. Apenas extinguido el terrible incendio y brillando aún en las tinieblas de la noche las ascuas vivas de Sagunto, irrumpen por Oriente nuevas muchedumbres, guerreros de noble y austera traza, rostros enérgicos de medalla, legiones juveniles que hablan un idioma elegante y majestuoso que parece forjado para grabarse en bronces y mármoles. La tierra se cubre de magníficas ciudades dignas de ser habitadas por dioses; templos y acueductos, termas y coliseos, arcos y puentes; estatuas y columnas, anchas vías y espléndidas calzadas, que desafiarán a los siglos, surgen del solar lleno de ruinas y de sangre; el pueblo rey cubre con su manto imperial la vieja piel de toro, agujereada y curtida. El sol latino vence a la noche y hace brotar con su calor rosas y azucenas en los jardines de Hispalis y Emerita. Pero bajo el manto de los pretores late corazón de avaro, y el celtíbero, no domado todavía, vuelve a la lucha y otra vez la antorcha del incendio

flamea en los cielos, coronando los muros de Numancia. Las madres numantinas enseñan al mundo a morir por el honor, y su ejemplo se continúa de siglo en siglo, hasta que los últimos pastores cántabros mueren en la cruz, escupiendo la lengua a sus enemigos. La paz octaviana, la paz de los sepulcros, llega; el grande imperio de los Césares proyecta sus luces y sus sombras sobre Iberia, latinizando el viejo solar. Marcial canta el vino y las rosas; Séneca, la serenidad de la vida; Quintiliano, las virtudes de la elocuencia...

La edad antigua cierra su broche y guarda el libro de oro y de sangre en el sepulcro de Juliano. Una luz nueva flota, dorada, sobre el mundo; la estrella de los Reyes Magos se ha trocado en sol resplandeciente. Roma se estremece, gentes bárbaras de almas vírgenes llaman a sus puertas y el choque de las copas de oro se apaga. ¡Qué gran espectáculo! En medio de una noche, alumbrada por los resplandores del incendio, oye Jesús el galope de los caballos que avanzan, la invasión de los guerreros del Norte, cabalgando sin riendas ni silla sobre los campos arrasados y las ciudades en ruinas. Caen los mármoles al golpe del hierro, y el rumor de las orgías se acalla ante los gritos de guerra y de saqueo. Los dioses se hunden rotos en las aras, la tierra tiembla como si el fuego interior empujara su corteza, las grandes metrópolis desaparecen como tiendas de campaña arrancadas por el vendaval. Un huracán de fuego y de hierro se ha desatado sobre el mundo; ¡parece el cumplimiento de una profecía de Ezequiel!...

El viejo Cronos, semejante a aquel don Rodrigo de Santillana, miraba con sus ojos relampagueantes aquel cataclismo, con las blancas barbazas temblando de gozo; Jesús, puestas

las manos en el pecho, los cabellos erizados de terror, se acurrucaba a la vera del gigante, sintiendo el espanto del hondo cráter que se abría a sus pies.

¡Con qué terrible claridad veía aquella ola bárbara, desatándose en los Pirineos, rodando por las angostas hoces, cayendo como despeñada a las llanuras, rebosando por todas partes, como mar sin cauce y sin orillas! Tintos en sangre hasta el pecho los caballos, haciendo los jinetes vaso de las calaveras y cuadra de los palacios, saciando la sed de amor y de sangre en los cuerpos inermes de las matronas y en los temblorosos senos de las vírgenes, poniendo por antorchas nupciales la llama de las ciudades abrasadas; así venían los nuevos amos del mundo, las bestias rubias y carniceras de los bosques germánicos.

¿Cómo pudo reconstruirse aquella tierra, de tal modo aniquilada? ¿Cómo sobre las trémulas favilas volvieron a nacer las rosas, a alzarse los templos y a cantar alegres las ciudades? Siempre, sobre los sepulcros, se balancearon graciosamente las cunas. No murió del todo lo pasado; ahitos los bárbaros de sangre, sintieron el blando influjo de la belleza clásica y ante los mármoles rotos cayeron de rodillas; volvieron las palomas greco-latinas a hacer su nido en los palacios arruinados, y vinieron también las golondrinas de Jerusalén. Palomas del Tíber y golondrinas del Jordán pusieron juntas sus nidos en los viejos alcázares.

La era gótica abre su iluminado misal de lindas miniaturas y floridas mayúsculas de oro; la vida civil y la vida eclesiástica, apenas separadas, florecen al pie de los monasterios. Una luz suave, como de crepúsculo, baña los campos españoles. Desde su blando lecho de esponjadas nubes, a los pies del

gigante Cronos, silencioso como la imagen del Tiempo y de la Noche, mira Jesús allá abajo la penumbra gótica, las ciudades ilustres, Sevilla, Toledo, Zaragoza; las gallardas figuras de Isidoros y Leandros; oye el eco de los concilios, aquellos barruntos de asamblea nacional, en las pausas de la lucha; los reyes godos desfilan, como sombras trágicas, marcados con el estigma de la tonsura o huyendo del veneno y del puñal. Aparece un deleitoso jardín; una mujer, hermosa y desnuda, se abandona al placer del baño; su cuerpo de rosas y de nieve surge del agua como la Venus clásica; canta el agua, cantan los ruiseñores, se oye un grito argentino, se oye después el estallido de un beso, y al sonar aquel beso toda la tierra gime como si se sintiera profanada.

El padre Tajo, en cuyas orillas folgaban los enamorados, "el pecho sacó afuera" y predijo la grave desventura de aquel amor indiscreto.

¿Quién pudiera pintar, con todo su color, aquella inundación de hijos del desierto, aquella ola de blancos alquiceles, que, después de ahogar el reino gótico en las sangrientas aguas del río jerezano, se desparramó por España entera, con el ansia de un deseo acariciado largo tiempo en las soledades africanas?

¡Cuánto de fatiga y de dolor, para los que vestían loriga y aun para los que ceñían cogulla y sayal! La sangre corre de nuevo, llenando cauces que no han de secarse en diez siglos; la savia espiritual de Oriente vuelve a henchir los laureles y rosales de España, neutralizando la melancolía norteña que los bárbaros trajeron.

¡Bien venidos sean, a pesar del estrago, los árabes caballerescos y enamorados, que traen a Toledo, Córdoba y Gra-

nada la alegría intelectual de Damasco, la tolerancia en el pensar, la nobleza en el sentir, la galantería en el amar, la cortesía en el pelear, la alegría y la limpieza en el vivir! ¡Sea bien dicho vuestro nombre por los Almanzores y Abderramanes, por vuestros poetas y vuestros príncipes, por vuestros capitanes y vuestros sabios! ¡Bienhaya esta cultura que dejará en el alma española, eternamente, un poso dulce de ensueño y galantería, de amable pereza y estoicismo bienhechor!...

La Reconquista comienza. Ved a Pelayo, con sus duros montañeses, desgajando peñas y árboles centenarios sobre los árabes invasores, sacando la cruz, sumergida en el Guadalete, de las aguas espumosas del Deva. La Reconquista comienza; Jesús oye, ofuscada su vista ante aquel galopar de siglos veloces, el choque de las armas y los gritos de guerra, tañer de campanas y clamor de muezines, oceánico rumor de muchedumbres, cantos de trovadores, ecos marciales, sordo aliento de epopeyas, y sobre todos los ruidos y clamores, una voz sobrenatural, de dulce ritmo y puro acento castellano, que dice:

Yo soy Ruy Díaz el Cid Campeador de Vivar...
Ferid los caballeros por amor de caridad...

Alzanse al cielo, con el ímpetu místico de sus torres y agujas, las catedrales; fingen un paraíso en la tierra los alcázares morunos, los vergeles de Medina Zahara, los patios maravillosos del Generalife. El sueño del profeta se ha realizado en la tierra, y mora en los reinos de Andalucía; todo está lleno de encantados bosques y bulliciosas fontanas; rivalizan poetas y ruiseñores; suena a toda hora la blanda mú-

sica de danzas y festines: Atenas renace en Córdoba y lanza su último rayo de sol en Granada. Pero, ¡Dios es grande!, los cristianos llegan; estaba escrito; se apaga del moro la dulce placentería. Los castellanos borníes hacen presa en los árabes ruiseñores...

Un silencio de eternidad reinó en la altura. Pasaron los reyes cristianos, con su espléndida corte de caballeros, Gonzalos y Garcilasos, Mendozas y Pulgares, damas y soldados, mudéjares y cautivos, el pendón invencible de Castilla, los hábitos religiosos, las cruces, las lanzas, las banderas desplegadas, las máquinas de guerra, todo el cortejo deslumbrador del Renacimiento hispano.

Jesús, mudo de estupor ante aquel desfilar de siglos y de gloriosas gestas, bajo su mirada atónita, abismóse en la hondura del pensamiento, con la conciencia de su pequeñez, en el mar vivo y tremendo de la historia. Con la impresión que deben de sentir las almas cuando, rotas las cárceles de los cuerpos, contemplen libres en la altura el pobre planeta donde moraron y padecieron, así miraba Jesús las rápidas visiones de aquel ensueño peregrino.

Habíase desvanecido a lo lejos la solemne cabalgata; huía, llorando, el último rey moro, bajo el severo reproche de su madre, y la raza española, llegando a la cumbre de su exaltación y de su fuerza, derramábase por el mundo, descubriendo continentes y domeñando imperios, sujetando el sol a sus dominios como un broche de brillantes a un manto imperial. Subía a los cielos el ruido de tantos hechos gloriosos, el estremecimiento épico de la raza, el aliento temerario y heroico de aquellos locos sublimes. La raza entera, derramándose pródigamente, como la sangre de una arteria rota,

lanzábase a los mares, a las tierras ignotas, a los reinos extraños, presa de aguda exaltación, abandonando el patrio solar, dejándole solitario, empobrecido, muerto. Jesús contemplaba con profunda melancolía la decadencia rápida de aquel gran pueblo, la soledad y la pobreza de aquella tierra de hierro y de oro. Iba declinando el sol, y la llanura castellana, sola y triste, con sus aldeas muertas y sus molinos de viento, daba una impresión de profunda pesadumbre. Dibujóse en la llanura austera la sombra de Don Quijote. Iba el Caballero de la Triste Figura, macilento y grave, cabalgando en su rocín, embrazada la adarga, seguido de Sancho, que venía ensartando refranes, acomodado en sus bien repuestas alforjas. Jesús miró al peregrino hidalgo con profunda emoción, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver que el hidalgo no era Don Quijote, sino su padre, don Juan Manuel de Ceballos, y el escudero no era Sancho Panza, sino un mozo gordiflón, sacristán de la Abadía de Santillana!

Suspenso estaba Jesús ante aquellas peregrinas transformaciones, cuando acertó a ver un grande tropel de gente que venía en dirección contraria y que se paró delante del quijotesco hidalgo en actitud de guerra.

¡Oh nunca imaginada ventura! Allí estaban como ejército en faz de combate los compañeros de aventuras de Jesús, los cómicos de la legua, don Pedro de Rojas, la *Chacona*, la *Camelia*, los poetas y periodistas de Madrid, los bohemios de antaño, la Rosa Luna, los amigos de París, el polaco, el estudiante alemán, el poeta francés, las *grisetas* del Barrio Latino, los nihilistas, toda la caterva de aventureros y revolucionarios que Jesús había conocido. Apenas los divisó don Juan Manuel, se afirmó en los estribos, apretó la lanza, llegó

la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, les dijo con ademán arrogante:

—¡Ya os conozco, malandrines, gente soez y endiablada! ¡Vosotros sois mis enemigos, los enemigos de mi casta, los que habéis perdido el seso de mi hijo y pretendéis ahora arrojarme de mi casa y de mi villa! ¡Ya os conozco, malvados, engendro de la impiedad, del ateísmo, de los rencores del infierno! ¡Yo os reto a singular batalla, gente descomunal y soberbia: que ora vengáis uno a uno como los caballeros, o todos juntos, como es usanza de los de vuestra ralea, aquí daré cuenta de vosotros!...

Contestáronle con una brava carcajada; arremetió con la lanza en ristre contra ellos, mientras el pobre sacristán daba diente con diente, y apenas llegó a la mitad del camino cayó el rocín, cayó el hidalgo y cayeron sobre él aquellos bergantes, como sobre Don Quijote los yangüeses.

Vió Jesús con profundo dolor el trance en que su padre se veía, quiso correr en su ayuda, fuése al borde de la nube donde posaba, y dando un paso en falso cayó sobre el abismo, con los brazos abiertos, con la espantosa locura del vértigo en el alma...

II

Cayó, cayó durante largo tiempo, como si le hubieran arrojado desde la luna. Cayó sin perder el sentido, y al dar en tierra con su cuerpo experimentó una sensación extraña, como si se hubiera desplomado en cosa blanda y mullida.

Era la noche cerrada, y sólo al cabo de algunos instantes pudo ver el sitio donde había caído. Levantóse del suelo con gran pesadumbre y miró en torno suyo: era un prado frondoso al pie de un espeso bosque y de un montecillo poco elevado; un arroyo de agua bulliciosa corría a la vera, metiéndose entre los árboles, que meneaba el viento con manso rumor. La soledad del sitio, la obscuridad de la noche y aquel murmullo de frondas y de aguas claras, refrescaron un tanto el espíritu de aquel desventurado llovido del cielo. Sin hallar rastro de lo que desde arriba había visto y sin sentir cosa mayor que el peso de su fatiga, libre al fin de la férula del gigante, encaminóse hacia una vereda que entre el monte y la floresta serpeaba, suponiendo que aquel senderillo a algún lugar habitado conduciría. Apenas había dado algunos pasos, cuando acertó a ver, a la orilla del manantial, un hombre con hábitos de religioso, de hinojos en la mullida hierba, en actitud de orar. Maravillado Jesús del imprevisto encuentro, detúvose perplejo y escuchó una voz dulcísima que en extraña lengua pronunciaba estas palabras:

—Alabado seas, Señor, por la hermana Luna y por las hermanas estrellas. Tú encendiste en el cielo la luz de sus eternas lámparas. Alabado seas, Señor, por mi hermano el viento, por el aire, por las nubes, por la calma y por todas las estaciones, por todo lo que sustenta a tus criaturas. Alabado seas, Señor, por la hermana agua, cosa utilísima, hermosa, casta y humilde. Alabado seas, Señor, por el hermano fuego; con él ilumina la noche...

Un ruido cercano interrumpió la dulce letanía. Jesús, a quien tales palabras no le eran desconocidas, avanzó y saludó al fraile con acento conmovido.

—El Señor te guarde, *fratello*—contestóle con voz melodiosa.

Al alzar del suelo, Jesús le miró atentamente y una sorpresa muy viva se retrató en su semblante. Era un fraile franciscano de burdo sayal y demacrado rostro, pero ungido todo por una belleza sobrenatural. La luz de la luna, que salió a la sazón, dió de lleno en su frente anchísima, en su cara aguileña y meditabunda, en sus ojos profundos de penetrante mirar. Era de elevada estatura y aire señoril; la delgadez ascética de su rostro oval y candoroso contrastaba con la pequeñez femenina de sus pies y de sus manos. Algo divino, inefable, un perfume de alma superior y sobrehumana, brotaba como una espiritual emanación de aquel humilde franciscano.

Jesús, movido de fervorosa vehemencia, le dijo con voz que parecía una plegaria:

—Padre mío, diría que os he visto antes de ahora; vuestra fisonomía me es familiar...

—Es difícil, hermano—respondió con voz tan dulce que pareció que venía del cielo—; pongo mi planta por vez primera en estos lugares.

—¿Os habéis extraviado tal vez?

—No, hermano mío; Dios guía mis pasos. Estaba a la sazón recitando un cántico. Voy peregrinando a Compostela...

—¿Sois extranjero?

—Soy de un rinconcillo de Umbría. Me llaman Francisco de Asís...

Al oir esto, Jesús cayó de hinojos.

La luna llena se proyectó como un nimbo de oro tras la cabeza del peregrino. Las aguas y las brisas suspendieron su

parlera voz. Un místico silencio, una pausa armoniosa, pendió sobre sus cabezas. El franciscano elevó los ojos al cielo y sonaron dulcemente estas palabras:

—Amor de caridad, ¿por qué así me hieres? Tengo el corazón ardiendo de amor y traspasado. Arde y se consume y no halla sosiego; no puede huir, porque está ligado; como la cera, al fuego se derrite; viviendo muere y desfallece; pide descanso y en un horno se encuentra. ¿Adónde voy? ¡ay de mí! ¡Amor de caridad!, ¿por qué así me hieres?

El peregrino apenas movía los labios; sus palabras vibraban límpidas, cayendo en la noche como racimos de perlas en sonoro cristal. Parecía que la voz que las cantaba no era la del peregrino, sino la voz de las frondas, de las aguas, del viento y del mar.

—¡Padre mío!—exclamó Jesús cuando la voz inefable hubo callado—, ¿cómo no he caído antes a tus pies? ¡Dios sea loado, que me permite el consuelo de tu santa aparición! Al escuchar tu voz inmortal, el hermano lobo deja la presa y viene a echarse a tus plantas como un cordero; los hermanos ruiseñores callan en sus nidos para escuchar mejor tu armoniosa palabra; las aguas enmudecen en sus cauces, los vientos se duermen en el bosque, y la Naturaleza suspende el vario concierto de las cosas para aprender tu cántico de amor. ¡Y yo sin conocerte, ciego de mí, he llegado a turbar el místico sosiego de tus meditaciones! ¡Perdona, padre mío, y bendíceme en nombre del Padre omnipotente que está en los cielos! Tú, que eres el poeta del amor cristiano; quien siente, mejor que ningún otro elegido, piedad y ternura por todo lo que vive en el mundo, desde el ala de la mariposa hasta el corazón del hombre: préndeme en tu dulce fuego de

caridad! Yo soy un hombre pecador, un triste poeta, que en vano busca su camino... Oye, dulce dueño, mis penas...

Con la rodilla en tierra, mojando el sayal del peregrino con sus ardientes lágrimas, plañía Jesús, sin atreverse a mirar el rostro macerado que bañaba suavemente la luz de la luna. Las manos finas y delgadas del Santo, acariciadoras como las manos de un ángel, se posaron delicadamente sobre la cabeza de Jesús. Y la voz meliflua, sedante y cadenciosa, susurró estas palabras:

—Puesto que amas, regula tu amor; sin orden no hay virtud; quiero que ames con ordenado afecto. ¡Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás! Enfrena tu fervor, dirige todo el fuego de tu ánima por el cauce del amor divino, y, si enloquecer de amor es tu destino, coge la cruz y ama a Dios. Haz como yo, que amando a Cristo me abraso en amor por todas las cosas. Sea tu amor activo, militante como el fuego. No place a Cristo amor sin obras. Pon tu locura en la santa locura de la cruz.

La visión evaporóse en la sombra nocturna. Se oyó de nuevo el rumor de la fontana y de las brisas, y un ruiseñor moduló sus ágiles escalas en el bosque. Jesús, preso todavía en el hechizo de aquella celestial aparición, andaba por el sendero, sin conciencia de sus pasos, caminando al azar, como una sombra vacilante. Largo tiempo anduvo así, hasta que comenzó a amanecer. Blanqueaba el cielo por Oriente y el campo enmudecía en el sopor de la alborada. La campiña, desierta y empapada de rocío, extendíase sin señal de humana vivienda. Un río ancho y silencioso, de aguas mansas y

obscuras, discurría más allá; una barca amarrada a la orilla brindaba al caminante fácil travesía. Sin plena conciencia de sus actos, saltó Jesús a la barca, asió los remos y bogó hacia la opuesta ribera. Apenas había desembarcado en la mullida alfombra de amenísima floresta, oyó el eco de una voz humana que no lejos de allí entonaba una canción. Oculto entre la espesura, avanzó con cautela, y a los pocos pasos vió en la clara del bosquecillo un hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros y hermoso en las facciones de su rostro, vestido con ricos arreos militares, que denunciaban su oficio y calidad. Su traza era la de un caballero castellano del Renacimiento, y su entretenimiento parecía el de holgar en aquella floresta en el frescor de la mañana. No lejos de él solazábase un hermoso corcel, arreado con preciosos arneses. El caballero, aliviado del peso de la loriga y de las armas, entregábase al reposo, apoyado en la raíz de un árbol que le brindaba rústico escabel. Acompañando sus meditaciones, cantaba a media voz esta serranilla:

Moza tan fermosa
no vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.
Faciendo la vía
del Calatraveño
a Santa María
vencido del sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.
En un verde prado

de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graciosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa...

—¡Dios guarde al marqués de Santillana, mi señor! —dijo a esto Jesús, dando una gran voz y abrazándose a las piernas del caballero—. ¡Dios guarde al espejo de la más alta caballería y al más bello luminar de la gaya ciencia que los siglos pasados vieron en España! ¡el primero en semblante, prosapia y grandeza de cuantos congregaron la ciencia con la caballería y la loriga con la toga!...

Asombrado quedó el descuidado caballero de la imprevista aparición de aquel extraño hombrecillo, vestido a desconocida usanza, negro y escuálido; y apartándole con aspereza de sí, díjole con voz no muy templada:

—¿Quién eres tú, criatura infelice, que tan ayna llegas y con tales afincamientos me fablas? Ca non vi en la frontera ome de tan omilde traza arreado que a la tu catadura se paresciese. Fabla, por tu vida, coytado...

—Perdonadme, señor, contestó Jesús, algo mohino—; yo soy un pobre y atribulado poeta, de tiempos más suaves, pero más desdichados que los vuestros. De Santillana soy. Hidalgo nací, de claro linaje y limpia ejecutoria, y no me creo, por tal, indigno de la protección de vuestra gloriosa merced. Acogedme vos, señor, ya que, por lo que barrunto y veo, el viejo Saturno que me persigue, aquel don Rodrigo Villa, que Dios confunda, ha cambiado las tornas y de este modo los muertos hablan y los pasados siglos resucitan...

—¿Qué hablades agora tan sin seso? ¿Perdido le habedes por alguna esquiva fermosura?

—De todo hay en las desventuras mías, señor. Pero decidme, por Dios: ¿cómo os hallo aquí tan a deshora, en aquesta soledad?

—Yo trabajé de día e velé de noche, en servicio de Dios e del Rey. Furtando la atención que furtar se puede de los negocios del reyno e después de los familiares, fice, otrosy, cortesanos ejercicios y dime a la gaya ciencia, al fingimiento de cosas útiles, veladas con fermosa cobertura para placer de una afección divina, de un cibo del ánimo que en mis soledades me acucia. Agora, por mudanzas de la fortuna, atiendo a la mi jurisdicción de estos valles, metidos a sacomano por la cobdicia de los Manriques. La vida del ome sobre la tierra es como acto militar o de guerra, e sus días son como días de jornalero e como sombra que pasa. E ya veo en mí señales de turbación, que hanme provocado a dexar el dulce y suave razonar para requerir la espada. Mis omes no están de aquí lejos, y yo rescibo la tranquilidad de esta mañana, templando con gayos decires la aspereza del ánimo.

Maravillado Jesús de la dulzura de aquella habla armoniosa, y no menos complacido de la presencia del caballero, cuyo rostro descubierto tenía una nobleza soberana, escuchaba sin osar interrumpir aquella grave y cabelleresca elocuencia.

—¿Qué cosa face la vuestra tristura?—le dijo el prócer, mirándole con recelo—. ¿Sois soldado? ¿Dó perdisteis el arnés?

—Ya os lo dije, señor: soy poeta.

—No embota la ciencia el fierro de la lanza ni face floxa la espada en mano del caballero.

—Yo soy de apacible natural, señor. Los poetas, ahora, son de más suave condición que los de antaño, y saben, mejor que el manejo de las armas de guerra, el de aquellas otras que procuran holganzas y dineros.

—Menguados tiempos los vuestros; ca si los mestres de la gaya ciencia se rienden tan ayna, ¿qué farán los omes que non aprehenden las leyes de la poesía, los soeces y groseros? ¿Tanto han tornado los mis vasallos de estas Asturias desde que me alongué de ellos?

—No os asombre lo que a deciros voy, marqués. Mas si ahora entráis en Santillana, tened cuidado, no os tomen por una sombra del otro mundo y den con vuestra grandeza en el obscuro rincón de una cárcel...

—¡Por la Santa Illana, que te faré matar si tal osares decir! Hecho estoy a sofrir graciosamente la mudança en las penas, mas a tanto no llegaré. ¡Juro, por mi fe de caballero, que he de golpearte con la mançana de mi daga, si fuere cierto lo que dijiste, fasta que la tu sangre te salte a la cara, como fizo mi padre y señor, el almirante don Diego, con aquel villano Juan Pérez, alcalde de la villa!

Y diciendo esto, requirió sus armas, montó en su corcel y se alejó al través de la floresta como alma que lleva el diablo. Jesús, absorto, quedó clavado en el suelo sin pronunciar palabra y, alzando los ojos, vió escritos estos versos en la corteza del árbol donde el resucitado caballero había posado:

La mayor cuita que aver
pueda ningún amador
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor.

Medroso de tales encantamientos se hallaba Jesús, y temiendo que volviera aquella sombra de ultratumba a cumplir su amenaza. Juzgó discreto alejarse de allí, y moviendo al fin la perezosa voluntad, encaminóse a una senda que por el bosquecillo se alargaba, hasta un camino real que en ancha llanura se descubría. Anduvo por él largo rato, cuando sintió a su espalda el trote de un caballo. Volvió curioso la cabeza, y vió un mancebo que sobre gallardo corcel caminaba: un mozo como de más de veinte años, vestido con flamante ropilla y airoso chambergo. Extrañóle el tipo y la traza de aquel peregrino personaje, y no menos asombro debió él de causar al jinete, cuando éste, al pasar a su lado, detuvo el caballo y saludó cortésmente.

—Dios os guarde—contestó Jesús—; no sé dónde me hallo, y si quisierais orientarme...

—Sí tal. Estamos a pocas leguas de Santillana por este camino.

—Os doy las gracias. Dios sea loado, que a Santillana voy.

—Montad, pues, a la grupa y caminaremos juntos, si así os place. Ya que veo a vuestra merced tan fatigado, quiero prestaros ayuda, aunque no os conozca...

—Dios se lo pague. Caballero soy y en tristes aventuras me veo. ¿Quién sois vos que tan cortésmente me obligáis?

—Señor caballero, yo soy Gil Blas de Santillana. Mi padre, después de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde había nacido. Casóse con una aldeana, y después de haber yo venido al mundo, pasáronse a vivir a Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno y mi padre por escudero. Yo salí de su vera a los diez y siete años, yendo por esos

mundos de Dios a probar fortuna. Fiado en mi buena estrella y en este ánimo mío, suelto y alegre, que nunca me desampara, anduve por diversas tierras con varia fortuna, tropezando aquí con una cueva de ladrones y acullá con damas de calidad, haciendo el duro aprendizaje de la vida en todos los estados imaginables, gustando la vida de la corte y las aventuras de los caminos, metiéndome en las zahurdas de los pícaros y en las casas de los grandes, enredado en amores y caído en desventuras; hoy, criado de un doctor; mañana, censor de un obispo; después, lacayo de un cortesano; más tarde, privado de un ministro, probando en todos los zaques el jugo sabroso de esta vida española, tan varia y entretenida, tan copiosa en lecciones graves y empecatadas locuras. Amigo fuí de comediantes y poetas, de damas livianas y gentiles calaveras; rodé por el mundo entre gentes de vario linaje, y hoy, harto de aventuras, bien cargado de amarga experiencia y con la ayuda de unos ducados, vuelvo al lugar donde nací, a descansar de mis trabajos, hasta que la comezón del caminar me asalte de nuevo y me lance otra vez por trochas y veredas...

—¡Ah, señor Gil Blas! ¡Cuánto me place caminar en tan buena compañía! A Santillana voy yo también; harto, como vos, de aventuras vengo, y ya me acucia el deseo de ver mi casa solariega, la casa de los Ceballos...

—Casa ilustre y honrada, a fe mía, señor caballero. ¿Y venís de lueñes tierras, a lo que juzgo?

—¿Lo decís por la traza de mi persona y de mi traje?

—Perdonad, señor de Ceballos, si fuí indiscreto, yo que aprendí la discreción, como los muchachos la letra, entrando en mi ánima con sangre.

—No hay tal indiscreción, señor Gil Blas. Yo soy un pobre poeta desengañado y, como vuestra merced, he corrido muchas tierras antes de que me entrase la gana de reposar. Dióme la naturaleza un humor menos fácil que el vuestro. Yo tengo el vino triste, como suele decirse. Ello es que sintiendo, como siente vuestra merced, todos los ímpetus de la sangre moza, tengo un demonio dentro de mí que me amarga todos los placeres de la vida. Nací en tiempos más desdichados que los vuestros, y el alegre humor aventurero de mi raza castellana se ha enturbiado con humores extraños, y ésta es la causa de mis desventuras. ¡Diera la mitad de mi vida por poseer aquel desenfadado espíritu del secretario de Lerma, del amigo de Laura y de Fabricio, de aquel amable padrino de la linda Serafina...!

—Asombrado estoy, señor de Ceballos; ¿conocéis acaso mi historia?

—Yo la he leído con singular placer, y leyéndola sentí en mi corazón el deseo de las primeras aventuras. Impresa anda vuestra historia, Gil Blas, y traducida en lenguas diversas por esos mundos... Vuestro nombre es más popular en propios y extraños reinos que el de aquel marqués de Santillana de gloriosa memoria.

—Maravillado estoy, señor caballero, de eso que decís. ¿Cómo es posible que un pobrete como yo, pícaro injerto en ladino y enamorado, dé que hacer a las prensas y aun en detrimento de aquel claro varón de Castilla tan diestro en letras y en armas?

—Así es, señor Gil Blas, y con placer he de daros un ejemplar del libro. Y tal es de ingenioso y ameno, de entretenido y bien aderezado, que le guardo en mi librería como

uno de los mejores que se han escrito en todo tiempo; tiene un aroma tan fresco y penetrante, con tal copia de provechosas enseñanzas, que ha de hacerle vivir en la posteridad sin miedo a polillas ni ratones. Despréndese de él una amable filosofía del vivir, un humor tan claro y castizo, sin mezcla de extrañas hieles, que toca en la gloriosa frontera de otro libro inmortal: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*...

—Paréceme vuestra merced, señor de Ceballos, un poeta bien letrado y entendido en humanas filosofías. ¿Cómo así os decís desventurado? ¿No halló vuestro claro entendimiento justa recompensa en la corte?

—Destino de los poetas, amigo Gil Blas, suele ser el de acabar malamente. No sé qué tiene el ejercicio de esa gaya ciencia, que perturba el buen sentido y hace caer a los más en los despeñaderos de la miseria o la locura. Parece que es la desventura patrimonio de los poetas.

—Decidme, señor, ya que tan versado estáis: ¿qué profesión os parece entonces la más sesuda y provechosa para vivir en el mundo?

—¡Ah, pícaro Gil Blas! ¿Y es vuestra merced quien lo pregunta, filósofo andante, maestro de pardas gramáticas y sutiles sabidurías? La mejor profesión para vivir en este mundo es no tener ninguna. Esto de tener una profesión es atarse una cadena, ponerse un marbete, un sello de fábrica, y encerrarse voluntariamente en la celdilla de un colmenar, como una abeja, y trabajar de por vida en provecho de los zánganos... ¡Viva la vida libre, la santa pobreza, la alegría del ánimo, el azar siempre puesto en las revueltas del camino! Si yo no supe vivir así, culpa fué mía y de mi tiempo.

¡Bienhaya el vuestro donde eran posibles todos esos arranques de la libre originalidad! Entonces se podía ser poeta y vivir a lo poeta, caminando por el mundo, derrochando la juventud y el corazón en amores y aventuras. Tiempos menguados los míos, donde los poetas andantes sucumben tundidos a palos por la áspera realidad...

—¡Vive Dios, señor caballero, que no me doy cata de lo que decís! ¿Sois tal vez poeta culterano, dicho sea con perdón?

—Todos los poetas somos culteranos, en este siglo, y le damos ciento y raya al buen Góngora... Pero, dígame su merced: ¿cómo se retira tan aína a su casa, siendo todavía tan mozo? ¿Habéis perdido el gusto de las aventuras?

—En todo eso que decís de aventuras y desventuras, anda la pobreza. Dineros son lo primero y ahí está el hilo de este ovillo. La necesidad es la madre de todas las cosas, y quien sin necesidad se lanza a los caminos en busca de aventuras, es un solemne mentecato. Si yo hubiera nacido rico, en mi casa me estaría sin hacer proezas por esos mundos, que, como dijo aquel soldado:

a la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.

En esta plática estaban Jesús y su acompañante, cuando alcanzaron a ver a lo lejos las casas de Santillana. Ya el sol, en la mitad de su carrera, caía sobre la villa, y apenas llegaron al campo de Revolgo desmontaron ambos, y despidióse Jesús de Gil Blas con palabras de cortés agradecimiento.

Desapareció el héroe detrás de un caserón que junto al camino había, y apenas se perdió de vista oyó Jesús el eco de una fresca y sonora carcajada...

III

Nuevas y extraordinarias sorpresas aguardaban a Jesús. Diríase que habían retocado y remozado la vieja Santillana. Mostrábase ésta ahora populosa y grande, alegre y bullidora, bien diferente del aspecto mortecino y desolado de sus tiempos de decadencia. Grandes palacios y altaneras torres señoreaban su apiñado caserío; muchedumbre de diversas gentes discurría por calles y plazas, llenándolas de alegre vocerío; brotaba por doquiera una vida densa, hirviente, retozona, una algazara festiva y popular que predisponía al buen humor.

Arrimada a la espalda del apretado caserío alzábase la vieja fábrica de un convento; a la opuesta mano hormigueaba sobre arruinados paredones una multitud pintoresca de truhanes y mendigos, tumbados unos a la bartola, panza al sol, jugando otros sus roñosos maravedíes al socaire del muro derruído. Un soldado de fiera catadura requebraba a una moza de rolliza estampa y sucio zagalejo, que salía de la vecina casona, y un poeta callejero, empinado en el muro, ante un grupo de boquiabiertos villanos, recitaba con gangosa cantinela los versos de un viejo romance. Una hilera de bien repostadas recuas venía por el camino y, más atrás, ji-

netes en sus caballos, un bien arreado caballero y una dama de aire nobiliario, seguidos de larga y vistosa servidumbre. Hízoles paso, al entrar, la turba astrosa y vocinglera, destocando las selváticas cabezas llenas de mugre. Un fraile, de arrogante traza, paseaba bajo los árboles del Revolgo leyendo su libro de horas, y un hidalgo, de negras y remendadas ropas, con más orgullo que dineros, venía grave y perezoso, abriéndose paso con vivas interjecciones en aquella feria de pícaros. Tañía la campana del convento; la muchedumbre hambrienta agolpábase en los umbrales, aguardando la sopa. Un recio rumor de colmena zumbaba en las puertas de la villa: grande clamoreo, mezcla de risas y voces, juramentos y carcajadas. El sol, en el cenit, bañaba aquel hirviente mercado con su luz cruda, confundiendo en un mismo destello el color de las fachadas y el color de la muchedumbre, las sedas y brocados de los caballeros y los harapos de los mendigos, los arneses de los soldados y los zagalejos charros de las hembras, el brillo de las armas, el espejeo de las baratijas y los arreos de los caballos, haciendo una fiesta de color de aquella zambra picaresca que bullía, juraba y reía en el Revolgo, hasta que el tañer de la campana ponía silencio y paz como por ensalmo...

Atónito Jesús ante la mezcolanza de gentes, ante aquel capítulo de novela picaresca en acción, nueva sorpresa de sus no imaginadas aventuras y visiones, y sin poder hallar las razones de la maravillosa resurrección de Santillana la muerta, ocurriósele preguntar a uno de los truhanes que a la vera del convento estaban qué suceso peregrino congregaba a tales gentes en aquel lugar. Miróle el truhán de alto a bajo con su cara socarrona partida por enorme cicatriz, y contestóle con

la más sonora e insolente carcajada que oyeron los siglos. Advertida la taifa de jayanes de la presencia de tan extraño personaje, prorrumpió en grosera rechifla. Rodeáronle rufianes y tarascas, muchachos y mendigos, soldados y arrieros, con zumbas soeces y burlescos ademanes; vióse en medio de aquel enjambre de caras diabólicas y cuerpos bailadores, traído y llevado, a empellones y carcajadas, a burlas y juramentos, como el papa de una fiesta de locos. Librado milagrosamente de las uñas de los villanos por el despejo brutal de una compañía de soldados, que a la sazón salía de la villa, metióse huyendo por una calle, dolido el cuerpo de la somanta de aquellos malsines.

No estaba su ánimo para la contemplación serena de lo que veía; apenas se dió cuenta de la transformación de aquella calle, la misma donde su casa solariega estaba, la cual calle, lejos de tener el aspecto de una ruina, mostrábase con el orgullo de sus casas erguidas, de sus escudos flamantes, yendo a desembocar en la Plaza, llena también a esta sazón de abigarrada multitud. Al pasar Jesús mirábanle con la boca abierta desde puertas y ojivas, a través de balcones y solanas, de miradores y ajimeces, caras asombradas; gentes de extraño cariz, siluetas e imágenes de lienzo o de retablo sólo vistas en sueños o en romancescas historias. En vano buscaba Jesús su casa, metiendo la nariz en uno y otro portal, mirando y aun palpando las puertas, como un beodo que no acertase a dar con la de su posada, tropezando aquí con una reja obscura donde ardía una luz al pie de una imagen; acullá con una vidriera gótica tras la cual sonaba una risa argentina; aquí con el escalón de una empinada escalera donde una figura de bruja salía al encuentro; más allá con

una taberna, llena de soldadesca; enfrente con el patio de una posada o el sonoro zaguán de una casa de hidalgos.

Paró al fin enfrente de un edificio que tenía semejanza con la casa de su padre: el escudo con la faja y la divisa de los Ceballos, los balcones de púlpito, las columnas jónicas, el recio cornisón. No había más diferencia sino que aquella casa parecía nueva y tenía el color blanco de la piedra recién labrada. No obstante, Jesús dirigióse a ella prestamente y dió dos recios golpes en la puerta con el enorme aldabón tamaño como una ballesta. Los golpazos retumbaron sordamente en las entrañas de la casona, y al poco rato la pesada hoja de roble giró rechinando sobre el umbral. Un garzón con trazas de pajecillo asomó su melena rubia, y detrás se destacó la figura de un anciano vestido de negro, con larga perilla blanca y aguileño rostro, vivo retrato del castizo semblante de don Juan Manuel.

Iba a entrar Jesús resueltamente, cuando el anciano le atajó el paso con aspereza, diciéndole con voz grave:

—¡Téngase el forastero! ¿Qué desea su merced en esta casa?

—Señor—exclamó Jesús, pasmado—, busco a mi padre, a don Juan Manuel de Ceballos, cuya es esta casa, donde nací.

—¿Estáis loco o queréis burlaros de mí?—repuso el anciano con mal humor—. Don Juan Manuel de Ceballos soy yo, y no tengo hijos de vuestra catadura. Mi hijo don Gonzalo, que gloria haya, murió en Flandes años ha, dejándome este nietecito que aquí veis. Ni tengo más herederos ni doy posada a gentes extrañas. Conque así...

Jesús, harto de aquellas estupendas cosas que le tenían,

por tan largo tiempo, como alma en pena, arremetió contra el viejo, diciéndole con voz tonante:

—¡Vive Cristo, que ésta es la casa de mi padre y que entraré a viva fuerza si es menester! ..

Al ruido de las voces acudió la gente y pronto corrió por la villa la especie de que un orate, escapado de una casa de locos, andaba suelto por Santillana, cometiendo desaguisados y fechorías. Cuando Jesús se dió cuenta, huyó medroso hacia la plaza, seguido de una turba hostil que le azuzaba, arrojándole piedras. El griterío infernal repercutió en toda la villa; asomábanse los vecinos a los balcones, cerrábanse las puertas, corrían las mujeres a refugiarse en los portales, requerían los soldados las armas, y el abad preguntaba a sus familiares el motivo de una tan terrible algarabía.

Jesús, entretanto, logró escapar de la turba y, maltrecho por las peladillas del arroyo que le arrojaron a granel, refugióse en la Colegiata, desierta a la sazón. Escondióse allí como pudo, sin ser visto, temblando de miedo y rendido de fatiga.

Sin saber cómo, se halló en el claustro.

Estaba el patio desierto y silencioso, cubierto de hierba húmeda y frondosa, que a modo de triste cabellera mecía el viento. Veíanse los viejos ataúdes de piedra, carcomidos por la humedad, donde aun se alcanzaba a leer los claros nombres de Santillana, Velarde, Calderón, Villa, Polanco, Barreda... Contrastando con aquel espectáculo de la ruina y de la muerte, una opulenta vid alzaba su robusto tronco en un ángulo, extendía sus brazos sarmentosos por la arcada y ponía sus pámpanos jugosos en los historiados capiteles...

Sentíase Jesús penetrado de la honda tristeza de aquel

lugar de mansedumbre, cuando observó que el claustro entero vacilaba y se estremecía cual si lo conmoviera un terremoto. Presa de extraño terror, quiso huir Jesús de aquellas tembladoras arcadas; pero ocurrió entonces una cosa singular. Como animados de una vida extraordinaria, los capiteles, poblados de figuras, comenzaron a moverse, a florecer, a serpear, a multiplicarse y llenar de fantásticos seres, de extraños animales, de potente flora todo el claustro. Desprendíanse de su lecho de piedra aquellas peregrinas imágenes labradas por obscuros artífices: vides y palmeras, dragones y tarascas, ángeles y réprobos, monstruos y guerreros, escenas bíblicas, episodios de caza, mitos orientales, aventuras caballerescas, toda aquella imaginería del arte románico, fantasías fecundadas por la leyenda de los milagros, por el recuerdo del paganismo, por los terrores milenarios, por la lujuria, por el pensamiento de la carne, del diablo y de la muerte.

Todo aquel mundo fantástico y prodigioso, esculpido en los capiteles, cobró de pronto una vida pujante y desbordada, creciendo de tamaño, desprendiéndose de las cintas y grecas que le aprisionaban, volando, corriendo, saltando, agolpándose en las crujías y en los rincones, en los arcos y en las bóvedas, como un mundo rebelde y satánico, desobediente a las leyes de la naturaleza; como un arca de Noé, zumbadora, llena de cuernos, alas, pezuñas, colmillos, troncos, hojas, flores, lanzas, espadas, armaduras, voces, aullidos, gorjeos, trompetazos y blasfemias.

Los centauros corrían al galope por las crujías, con el pataleo de sus cascos veloces; las hidras volaban en enjambre, con sus cuerpos híbridos de aves y serpientes; los pájaros y

los insectos obscurecían la luz del sol como una plaga de langostas; las vides enlazaban sus serpas retorcidas al tronco de las palmeras que abrían su abanico sobre las tumbas; los ángeles volaban en revuelta confusión con los réprobos, y los dragones perseguían, con sus bocazas infernales, cuerpos desnudos de mujer; oíase el ronco son de las trompetas y bocinas de montería y de guerra, el chillido de las arpías y el bramido de los monstruos; un caballo sin cabeza galopaba seguido de una jauría, y unos seres extraños, mezcla de faunos y de demonios, hacían en un rincón parodias obscenas; y sobre toda esta orgía de formas y colores, de ruidos y monstruosidades; sobre esta explosión de la fantasía medioeval, erguíase la imagen de Cristo, clavado en la Cruz, manando sangre por sus llagas, con la expresión dolorosa de la angustia y de la agonía...

Como si algo faltara para aumentar el horror del espectáculo, abriéronse los ataúdes de piedra, los viejos sepulcros seculares; estremeciéronse también las calaveras del osario, y brotó de aquella tierra, amasada con el jugo de los muertos, una muchedumbre imponente, una resurrección milagrosa. Viejos abades de rostros hundidos por la abstinencia; rudos guerreros de enmohecidos arneses y señalados por tremendas cicatrices; apergaminados hidalgones, muy orgullosos al mostrar en sus pechos las cruces de Calatrava o de Santiago; pálidas monjas, de caras blancas como las hostias, de ojos negrísimos, profundos como las tumbas; caras torvas y atormentadas que parecían salir del infierno; rostros angélicos que traían el sello de inefables delicias, tal vez gozadas en el Paraíso; muecas de réprobos, máscaras de idiotas, caricaturas bestiales, sonrisas divinas, transportes de amor:

toda la lira del alma tenía allí su acento y su nota. Salían de los sepulcros con la imagen que tuvieron en vida; salían silenciosos, con el estupor de la vida que recomienza, con el secreto espanto del más allá escrito en la frente...

Jesús, muerto de horror, huyendo de aquella procesión de ultratumba, enredado en el bosque de ramas y tallos, de miembros viscosos y alas de hipogrifo, del mundo hirviente que preñaba la piedra; escuchando brotar de la muchedumbre un cántico espantable, un trágico Miserere, lanzóse a la puerta y logró escapar de aquel antro de macabras visiones.

La iglesia estaba desierta, dormida en una paz profunda. Sus tres naves, pobladas de suave luz, cobijaban dulcemente los misterios de ocho siglos que habían visto pasar bajar sus arcos peraltados. Al frente, el gótico retablo, con el tono suave de sus apagados oros, las imágenes de sus tablas y relieves, mostrábase esclarecido por un rayo de sol que penetraba por el alto ventanal. En el centro del santuario reposaba Santa Illana sobre su sepulcro de piedra.

Lleno Jesús de mística unción, atribulado por las pasadas aventuras y sintiendo la necesidad de orar, acercóse al sepulcro de la santa que dió nombre a la Colegiata y a la villa. Sobre un viejo zócalo, labrado toscamente, aparece el cuerpo yacente de la mártir, un cuerpo esbelto, grácil, soñador, semejante a esas figuras que vemos en tapices y vidrieras, tipo ideal de la belleza mística que empieza en Giotto y acaba en Rafael.

Jesús se arrodilla ante el viejo sepulcro. Comienza a orar con el fervor de un primitivo, con la ingenuidad y la fe de su infancia lejana, poniendo en la oración todos los dolores y

las ternuras de su alma. Al santiguarse alza los ojos y lanza un grito de terror. Santa Juliana se incorpora sobre su lecho de piedra, mirándole con expresión singular. El no osa mover sus rodillas del suelo. La Santa vive; la Santa se incorpora, y con gracioso y ágil movimiento salta del sepulcro y se coloca frente a frente de Jesús. La piedra se anima y adquiere la morbidez y los colores de la carne; el rostro se arrebola y los ojos fulgen con brillo extraño en sus órbitas.

Jesús tiembla, Jesús la mira absorto, alzándose del suelo. ¡Oh Dios! ¿Qné maravillosa visión es ésta? La Santa se transfigura; Jesús reconoce aquella cara, aquel cuerpo, aquellas facciones: la Santa es la imagen cabal y exacta de Juliana, la prima de Jesús...

—¡Juliana!—clama con desesperada voz el penitente—¿eres tú? ¿Hasta en este santo recinto ha de llegar a mi alma el reproche de tus amores? Pues que los muertos resucitan, ¿también ha resucitado tu amor?

—¿Qué dices?—musita la Santa con voz suavísima, como una melodía angélica—. ¿Por qué vienes a despertar mi sueño de piedra y arrancarme a la paz del sepulcro?

—¡Ah, Juliana, perdóname! ¡Yo te amo, te amo todavía!

—¡Vete, réprobo!—dijo, alterada, la suavísima voz—. ¿A qué has venido? ¿Por qué quieres sacar de las cenizas frías de los muertos las ascuas aún no apagadas? ¡Vete! ¡Santillana está muerta! ¡Yo estoy muerta!

—¡No, Juliana!—clamó de nuevo Jesús con salvaje elocuencia—. ¡Algo hay que no muere, y es el amor! Sobre las tumbas de lo pasado, sobre este espoliarium de cosas muertas y convertidas en polvo, nuestro amor florecerá como las rosas del camposanto...

Y Jesús avanzó hacia la sombra. Esta retrocedió, diciendo:

—¡Vete, pecado! ¡Vete, tentación!

—¿Para qué, entonces, has revivido en tu sepulcro?—exclamó Jesús con un sollozo.

—Para matar el pecado.

—¡Alma mía, Juliana—suplicó Jesús de rodillas—, ten piedad de mí! Yo soy aquel que amaste...

—¡No!—dijo la voz celestial con acento lúgubre—. Tú eres mi enemigo. Tú eres el pecado. Tú eres el dragón.—Y la Santa, desciñendo la cuerda de su hábito, avanzó hacia Jesús con ademán de cólera.

Y sucedió entonces una cosa horrible. Jesús se vió a sí mismo convertido en dragón. Su figura humana tomó la forma de monstruo; sus brazos se tornaron en alas viscosas; su busto, cabeza repugnante; su tronco, anillos de serpiente. Fué a andar, y sintió en el suelo el roce de duras escamas; quiso hablar, y de su boca salió un rugido. Espantado de su propia imagen, quiso huir de aquel lugar, y entonces la Santa, que tenía en la diestra la cuerda de su hábito, le arrojó al cuello el dogal. Jesús sintió un nudo que le apretaba la garganta, una angustia de muerte. Densa sombra cubrió la Santa, la iglesia, la villa, el mundo entero. El monstruo cayó muerto a los pies de Santa Juliana, y Jesús... despertó...

JORNADA CUARTA

LLAMA DE AMOR VIVA

I

Virgen mi madre, y qué de cosas diz el señorito Jesús en cuanto abre la boca! No paez sino que se las soplan los ángeles al oído... ¡Y que una persona de sus luces venga a meterse en este rincón, abandonado de cristianos! Dios sabe lo que hace al dar destino a sus criaturas; pero me entran pesadumbres de ver metido en Santillana a un caballero que tanto vale, hecho para lucir tan majamente en ciudades y palacios.

Así decía la vieja Andrea, sentada en la solana, mientras sus rugosos dedos movían las agujas de la calceta y su cara de dueña quintañona gesticulaba con raros visajes. Donia, su sobrina, una morena de aire gracioso, estaba a su lado repasando ropa blanca. Más allá Rosuca, otra rapaza, sobrina del padre Elías, hacía encaje de bolillos. Silda, que trajinaba en su cuarto, asomaba de vez en cuando a la puerta de la solana su lindo rostro risueño, y volvía a su quehacer, cantando como un malvís.

—Desde que vino a Santillana—siguió diciendo Andrea—vive el pobre señorito igual que un santo mismamente. El va

a misa todos los días, acompañando a su padre y a su hermana; pásase las horas muertas en el claustro, y allí se lleva sus libros, sus lapiceros y escribe no sé qué cosas; él acompaña a don Elías en sus paseos; no va a romerías ni convites, ni ha salido de este rincón una vez tan siquiera... ¡Puede que no hagan mejor vida los frailes Cartujos!...

—¡Hombre más raro!—dijo Rosuca, sonriendo con su roja boquita maliciosa—. Muchas tardes pasa por delante de mi puerta, andando poquito a poco, con un libro en la mano, sin hacer caso de nadie. Otras veces se sienta en el Revolgo, rodeado de niños, contándoles cuentos y haciéndoles reir. Dice que le gusta mucho ver reir a los niños... A lo mejor lo ves detrás de la iglesia, mirando las ruinas, y parece que llora... Le gusta andar solo y pasarse los días metido en su cuarto como un ermitaño. A mí me parece que no está bien de la cabeza...—Y la muchacha, al decir esto, se llevaba la mano sonrosada a la frente y hacía un mohín picaresco.

—Y las gentes—exclamó Donia, soltando la aguja—no le quieren bien. Dicen—añadió, bajando la voz y con aire de misterio—que si es un hereje, que si vino aquí en penitencia desde Roma... Y dicen...

—¡Calla, tocha!—dijo a este punto Andrea, dando un codazo a la parlanchina—. ¿Quién te mete en esos cuentos? ¡Si conoceré yo al señorito Jesús; yo mesma que le tuve en mis rodillas desde el punto y hora en que nació! Por cristiano le tengo y de los más cabales. No hay quien le gane en punto a buenos sentimientos. Hasta a los animales compadece. Un día compró al sobrinuco de *Leli* todos los pájaros que tenía en la jaula, y los echó a volar porque decía que no era bien el tener prisioneros a unos animalucos que tienen sus madres

y sus nidos, y que el Señor crió libres... Otra vez, *Sol*, el perro de don Rodrigo, vino del monte con una patuca rota; pues no sé cómo le echó unos ungüentos y unas yerbucas del campo y le curó con tal mimo, que a poco estuvo sano; y desde entonces *Sol*, en cuanto que ve al señorito, hace mil fiestas y le lame las manos. Porque también los animales son agradecidos.. Otra vez se peleó con el Rojo, porque éste maltrataba a los bueyes. En finiquito, que de todo se compadece y hasta le enoja que corten las flores del campo y dejen secar los árboles... Yo no sé si va a misa por el qué dirán o porque en ello tenga fe; pero sí os digo que reza... Una tarde que iba anocheciendo le vi de pie, descubierto, en mitad del monte, con los sus ojos mirando al cielo, lo mismo que esos santos que pintan en las estampas... Yo no sé lo que rezaría, pero la verdad es que rezaba... ¡Me atreviera a jurarlo!

—A mí me da mucha lástima de verle dijo Donia con acento triste—. Es tan bueno... Y aun hay gentes que dicen que es de la piel del diablo...

—¡Quita allá!—dijo riendo Rosuca—. El diablo tiene cuernos y un rabo muy largo y una cara de macho cabrío que mete miedo. Y además huele a azufre desde una legua...

—Pues lo que es él—volvió a decir Donia—no huele a azufre, sino a esencia de rosas... ¿Sabes que se perfuma como una mujer?

—Pues, hija, es lo que yo me digo: un hombre no está bien que se ponga esos olores. ¿No es verdad, Andrea?

—A guapo y a hombre no hay quien le llegue a la suela del zapato. ¿Quién os mete a vosotras en tales honduras?

—¡Tiene unos ojos tan grandes, y una cara tan triste, y una barba de Nazareno!...—exclamó Rosuca.

—Talmente parece Jesucristo.

—No digas eso, Donia, que es pecado.

—Dios me perdone, Rosuca, pero es verdad. Bien supieron los que le dieron nombre en la pila...

—Pues a mí —volvió a decir Rosuca— lo que más me gusta de él es su manera de hablar, tan despacito y tan dulce, que se le mete a una en el corazón. Dice unas cosas tan sutiles, tan lindas, tan sencillamente explicadas... Dicen que ha eído muchos libros y hasta ha escrito no sé cuántos sacados de su cabeza. De todo sabe: él te habla de las tierras del mundo, de las gentes que hay al otro lado del mar, de las historias de otros tiempos, de las estrellas de la noche... ¡qué sé yo! Os digo que se queda una pasmada oyéndole... La otra tarde nos tuvo embobadas a Silda y a mí explicándonos lo que era el sol y la luna, y cómo esos luceros que brillan por la noche son mundos como el nuestro, donde hay campos, y ríos, y flores, y gentes como aquí abajo... Otra vez nos hizo llorar hablándonos de la vida de Jesucristo... ¡Y dicen que es un hereje! ¡Los que tal dicen no saben lo que es ser cristiano!...

La presencia de Silda, que salió de su cuarto a la sazón, hizo callar a Rosuca. Detrás de Silda apareció la macilenta figura de Jesús.

Sentáronse los dos hermanos en la solana, y Jesús puso su silla al lado de la silla de Rosuca.

Las dos muchachas, con la cabeza baja, continuaban su labor, sin atreverse a mirar a Jesús. Este contemplaba con embeleso a aquellas dos niñas tan lindas, morena la una, ru-

bia la otra, donde ya revoloteaba la coquetería femenina como una abeja en los capullos de un rosal.

Alzó Rosuca la cabeza, y al ver fijos en ella los ojos de Jesús, se puso roja como una cereza.

—¡Miren qué lindeza de muchachas!—exclamó él con dulce placentería—. No es menester vestirlas de terciopelos para que parezcan dos infantitas...

Jesús solía abandonarse a aquel inocente galanteo, dejando flotar sus sentimientos en una suave ambigüedad. Las dos imágenes femeninas de Rosuca y Donia, la rosa y el clavel, la gatita blanca y la cabrita dorada, los pícaros ojos verdes y los traviesos ojos negros, le envolvían en una fresca y tímida caricia.

—¿Sabéis que en Santillana—siguó diciendo—lo mejor sois vosotras las mujeres? Casi sois lo único que resta de la grandeza antigua y del pasado señorío. Parece cosa de encanto que en esta villa muerta, de viejos gruñones y ruinas solitarias, florezca la belleza femenina tan copiosa... Aun no he visto una fea en Santillana. Hasta las viejas tienen una gracia picaresca, digna de un romance de Góngora.

Sonrieron las mujeres viéndose de tal modo halagadas, aun con palabras que sólo a medias entendían, y hasta la vieja Andrea hizo un visaje de festiva complacencia. Rosuca y Donia se reían a hurtadillas.

—¡Donia! ¡Rosuca!—continuó Jesús—. Ya que sois tan lindas, sed también muy alegres. ¡Que la santa risa ponga su espuma en vuestros labios! ¡Vosotras sois la alegría de vivir!

Pusiéronse las dos muy coloradas, y Silda se encaró con su hermano.

—¡Eso es!—dijo—. Siempre con la obsesión de la risa y de la alegría, y tú nunca ríes ni estás alegre. Con tu manía de echar discursos...

—Decidme—siguió Jesús, como si no oyera las palabras de su hermana—, ¿tenéis novio?

Ruborizáronse las dos y no acertaron a contestar.

—¿Cómo han de tener novio las pobretucas?—dijo Andrea con voz de enojo—. ¿Qué ojos amantes han de mirarlas en este cementerio? Estar en Santillana es enterrarse en vida... Sale una de aquí y parece que se respira hasta más fuerte... Allí el Puente, con sus casucas alegres y sus jardines con flores, y más allá Torrelavega, que es una gran ciudad, y no hablemos de Santander y de las otras hermosuras del mundo... Aquí sólo hay melancolía y soledad...

Jesús contemplaba con tristeza aquel dulce rebaño de hembras prisioneras, flores de castidad que se marchitaban estériles, sintiendo en vano latir su corazón y golpear en sus pulsos la sangre moza...

¡Destino melancólico el de aquellas vírgenes! Condenadas a vivir apartadas del mundo y de sus alegrías, iban floreciendo o declinando poco a poco, lo mismo que las monjitas, sosteniendo, con sus cansadas e impacientes mocedades, la vejez, la pena y la ruina de aquellos hidalgos. Juliana, la de los cabellos negros y los ojos místicos, la mujer-azucena, veía retratarse en los espejos su juventud marchita y desvanecerse su pobre cuerpo abrasado, cada vez más esbelto, más fino, más tenue, más semejante a la llama de un espíritu. Silda, la de salud florida y risas de plata, la de los cabellos rubios y los garzos ojos, esperaba en vano, desde la penumbra de aquel palacio encantado, un amor que no había de

llegar nunca... Donia, la graciosa pasieguca, de tez de bronce y ojos gitanos; Rosuca, la rubia mimosa y coquetuela; aquellos dos lindos capullos de mujer, se abrirían como rosas de Bengala y se marchitarían también poquito a poco. Y andando los años, Juliana, Silda, Rosuca y Donia serían como aquellas brujitas de Santillana que pasaban gimiendo y oteando por las calles vetustas de la villa; pobres beatas consumidas por años y abstinencias, que se agarraban como moluscos a los rincones de la Abadía...

La voz de Juliana se oyó en el huerto. Silda bajó corriendo al encuentro de su prima. Jesús siguió al lado de Rosuca. Le atraía aquella muchacha tan fresca, tan sana, que se ruborizaba a cada instante y que, sin embargo, tenía precoces coqueterías. Su carne blanca y sonrosada, su piel fina y tersa, su rostro redondo y alegre, lleno de cándidas picardías; los ojos verdes, con reflejos de oro y malva; la nariz respingadilla y graciosa, los labios rojos y gruesos, los dientecillos menudos, la lengua escarlata que asomaba a los labios para humedecerlos con instintiva coquetería; todo su cuerpo pequeño y rollizo, con formas precoces de mujer, daba la impresión de un fruto temprano, de una manzana jugosa y dulce, fácil presa de los golosos dientes. Era el mismo tipo de Silda, tipo abundante en la Montaña, pero más en flor, más en capullo, con todas las timideces, rubores y travesuras del primer vuelo.

Gustábale a Jesús hablar con Rosuca y recrearse en la contemplación de aquel busto precoz, de aquella cara encendida y luminosa, de aquellos ojos que eran perversos en fuerza de ser ingenuos. Vestía una blusa estival, de color azul, y una falda negra, que cuando la niña estaba sentada

dejaba descubierto el comienzo de la linda pantorrilla. La blusa, escotada, permitía ver todo el cuello blanco y precioso de la niña, modelado graciosamente, con una delicadeza de color inefable. Hallaba placer Jesús inclinándose sobre Rosuca, contemplando su alma núbil como quien contempla el fondo de un arroyo cristalino; dirigíala preguntas que a la pobre niña la ponían a caviiar; la piropeaba por ver el efecto que en su piel fina y transparente hacía el rubor; jugaba con ella como con una gatita mansa; la contaba historias y la decía versos y la hacía reir y llorar, muchas veces por puro placer, otras con malicia y algunas con crueldad. Gozaba con el contraste entre su alma complicada, densa y reflexiva, y aquella almita temblorosa y frágil como una burbuja, presta a deshacerse en un golpe de risa o en un beso.

—Rosuca, ¿te gustan los libros?—decíale a la sazón, en tanto la niña enredaba en su costurero y mirábase furtivamente en el espejito de la tapa.

—¿Los libros? Pues mire, como gustarme sí que me gustan... pero me canso en seguida de leer... ¡Como no tengo costumbre! Novelas, sí, he leído algunas. *Ave Maris Stella*, *El sabor de la tierruca*, *Sotileza* y algunas más que no recuerdo... También algunos cuentos de niños y vidas de santos... Yo quisiera saber muchas cosas; pero, ya se ve, una metida aquí, no sabe de nada.

—¿Te gusta viajar?

—¿A mí? No hay cosa que me guste más ¡Sobre todo en el tren! Parece que va una soñando. ¡Qué modo de correr y de pasar tierras y de huir todas las cosas como si una tuviese alas! Yo lo que quisiera es hacer un viaje largo, muy largo, que no acabara nunca; y navegar por los mares en un

barco de esos tan lindos que van a Santander... Yo no había visto esos barcos más que de lejos, en la playa de Ubiarco, cuando pasaban de largo echando un chorrito de humo... Luego fuí a Santander. ¡Qué ciudad más preciosa! Y eso que Santander no tendrá comparación con Madrid... ¿no es verdad? Pues, y París... ¿Usted ha estado en París?

—Sí, mujer, allí estuve.

—¿Y cómo es París?

—Pues... no sé cómo decirte. Después de todo, no creas que tiene muchas cosas de particular... Calles muy grandes, muchos palacios, mucha gente, mucha alegría, y... mucha tristeza también...

—¡Ay! ¿Cómo puede ser eso?

—Pues... ahí verás. Donde hay gente hay tristezas y alegrías. Y cuanta más gente hay, más alegrías y también más tristezas...

—Yo creo que nada hay tan triste como Santillana ..

—Según y conforme. La tristeza no está en las cosas, sino en nosotros mismos. Hay quien no puede estar triste una hora seguida, y los disgustos se le van como las hojas que se echan en la corriente de un río...

—¿Y por qué está usted siempre tan triste? dijo, muy seria, la niña—. Yo quisiera que todos estuviesen alegres en el mundo. ¿Por qué no habíamos de ser como los pájaros, que se pasan la vida cantando?

—¿Tú crees, Rosuca, que los pájaros no lloran?

—¡Qué han de llorar! Ese piar tan bonito es risa y alegría.

—No lo creas. Los pájaros lloran también. Lo que es que lloran tan dulcemente que parece que cantan. El dolor de los pájaros es música y gorjeos. Todo lo que en el mundo

tiene vida y sentimiento, sabe llorar. Las cosas lloran también; ¿no has oído hablar de las lágrimas de las cosas?

—Nunca oí hablar de semejantes lágrimas...

—Pues sí; no te rías. Llora el cielo con el llanto de la lluvia; lloran las plantas llanto de rocío, y en los lugares tristes hay ambiente de lágrimas, rocío amargo de penas...

—¡Ay, válgame Dios! ¿A que va usté a hacer que llore yo también?—Y ponía la niña su carita fruncida, haciendo pucheros...

—¿Hacerte llorar yo? Bendita sea tu risa, que es luz y alegría de Dios. Ríe tú, Rosuca; ríe tú, que sabes reir...

—Y usté, ¿por qué no ríe también?

—Mi risa es risa de cocodrilo, tan falsa y traidora como su llanto. Los hombres no sabemos reir, y cuando reímos, el diablo ríe con nosotros.

—¡Ay, Santa Justa del Mar, y qué cosas tan enrevesadas se le ocurren a usté a veces!

—¿Por qué no habla usté de cosas más agradables? - dijo Donia guiñando un ojo a Rosuca—. ¿Por qué no nos cuenta un cuento de esos tan bonitos que tan bien sabe contar?

—Pero que no sea triste—añadió Rosuca.

—¡No importa!—dijo Donia—. En siendo cuento, no importa que sea triste. Los cuentos tristes divierten también... Una vez me llevaron al teatro de Torrelavega y vi una función donde moría mucha gente, y los cómicos lloraban y morían diciendo versos... Pues yo padecía de ver todo aquello, pero gozaba también. ¡Dios me valga! - pensaba—. ¡Qué mal corazón debo yo tener! ¿Pues no me gusta ver estas cosas?—Y mi madre me decía:—¡Tocha, si esto es de mentirucas! ¡Verás cómo salen todos al final de la comedia!—Y desde en-

tonces me gusta mucho ver morir a la gente de mentirijillas...

—¿Sabéis el cuento de las tres princesas?...—preguntó Jesús—. Érase un rey que tenía tres hijas: Gonerila, Regania y Cordelia.

—No, ése no lo cuente usté—exclamó Rosuca, tapándose los ojos con las manos, como si viese fantasmas—. ¡Pobre rey Lear!... Me da una lástima del pobre rey... Pues, ¿y la infeliz Cordelia?... ¿Y aquel viejo a quien le sacan los ojos?... ¡Qué horror!

—¿Y el cuento de la sortija?

—¿Cuál es ése?—preguntó Donia.

—¡Verás! ¡Ese le sé yo muy bien!—dijo Rosuca con vehemencia—. Era un escultor que hizo una estatua tan preciosa de una señora que se llamaba doña Venus, que se enamoró de ella... Y como prueba de su querer le puso una sortija a la estatua... Andando los tiempos se casó el escultor con una señora de carne y hueso; pero aquella noche siente el pobrecillo que una mano fría y dura como la nieve le coge por la muñeca y tira de él con mucha fuerza... Enciende la lámpara y ve que tiene delante de su cama la estatua de doña Venus, que le mira con sus ojos blancos, enseñándole la mano y la sortija que tiene puesta en uno de los dedos de la mano... «¡Mira el anillo que me pusiste!», dijo la estatua, hablando como una persona. El pobre escultor quería huir; pero la estatua, que no paraba de mirarle con sus ojos blancos, le coge por un brazo... Y el infeliz sentía un frío muy grande que le subía por el brazo y le llegaba al corazón... Y murió el pobretuco de miedo y de frío, abrazado a la estatua... Y no pasó más... Este cuento le leí hace poco en un libro que tiene mi tío don Elías...

—¿Sabéis el cuento de las moras?—preguntó Jesús, sonriendo, gozoso como un niño, de aquel inocente entretenimiento

—¡Ay, no! ¿Qué cuento es ése?—dijeron las dos muchachas.

—El cuento donde se cuenta el por qué las moras son negras. ¿No os gustan las moras?

—¡A mí vaya si me gustan!—exclamó Rosuca alegremente—. ¡Me doy un atracón de ellas cuando voy por los setos!...

—Pero, ¿eran blancas las moras alguna vez?—preguntó Donia, llena de curiosidad.

—Blancas como la nieve...

—Ese cuento, que no es cuento—dijo Andrea—, sino historia de verdá que en estos montes de las Asturias diz que pasó, le sé yo muy bien hace muchos años...

—¡Que lo cuente Andrea, que lo cuente!—dijeron todos a una.

La vieja Andrea hizo un gesto de rústica cortedad, torció el hocico, soltó la calceta, cruzó los sarmentosos brazos y dijo de esta manera:

—Ello fué en tiempos de Don Pelayo, cuando vivía en el mundo la señora Mari-Castaña .. Pero ello fué de verdá y no muy lejos de aquí... Paré por mitá vivían dos amantes. Ella era rubia como el oro, él era morenuco, lo mesmo que el pan de maíz; entrambos buenos mozos, guapos de cara y nobles de corazón. Toñín llamábase él. Sinda llamábase ella. Por si Toñín tenía un carro de tierra más o menos, por si le gustaba al mozo cantar en la romería mejor que hincar el hombro en la mies, ello era que los padres de la Sinda no querían a Toñín... Como eran vecinos los enamoraos no podían qui-

tarse aquel ujano del pensamiento, y sofrían, y lloraban, y se iban quedando en los puros huesos. Un día determinaron Toñín y la Sinda irse de aquellos lugares y diéronse palabra de verse a la noche en el monte, a la vera de un regato donde el mozo solía ir a pescar truchas. Fuése la Sinda primero, y, al llegar al río, salió de entre las zarzamoras, por detrás de un peñasco, un oso grandón como un elefante, con dos ojos que le relucían en lo obscuro de la noche como dos brasales... Pues conforme salió el osazo, tiróle la Sinda su cuévano, su pañuelo, cuanto hubo a la mano, y echó a correr por el monte, mientras el oso gruñía y se ensañaba con aquello, y manchábalo con la sangre que de otros animales llevaba en la su boca... Llegó a poquito el pobre Toñín, cuando el oso habíase marchado, y así que vió el hato por el suelo, el pañoluco con sangre, creyó que a su amante habíala devorado el oso... Era la noche obscura, corría frío el aire y oíase gruñir al oso no muy lejos... Sin pensar más, Toñín, loquito, desesperado, tira de cuchillo y se parte el corazón. Y aticuenta que, apenas había dado el último sospiro, llega a Sinda pisando quedo por las lastras, detrás de las zarzamoras, el pelo suelto como una madejuca de oro .. Vió a su amante muerto, abrazóse al cuerpo de Toñín, y dióse a llorar sin consuelo... ¿Qué va a ser de la Sinda sin su Toñín? Y sacando el cuchillo del pecho de Toñín, lo hincó en el suyo y cayó muerta también sobre el amante... Salió la luna, y al ver aquello púsose amarilla como las árgomas... La sangre de los amantes salpicó las moras, y las moras se volvieron negras... Y aquí se acabó el cuento de las moras...

Aplaudieron todos a Andrea, y la vieja sonrió satisfecha como una juglaresa de antaño... Y Jesús quedó suspenso

viendo reverdecer el clásico mito de Píramo y Tisbe en aquel legendario rincón de la Montaña...

Era ya tarde y nadie quiso contar más cuentos. Salieron juntas Rosuca y Donia, impresionadas por el ingenuo relato de la vieja fábula, tan nueva para ellas, y Jesús salióse al huerto, donde estaban Silda y Juliana.

Cuando estuvieron solas Rosuca y Donia, camino de su casa, dijo a la rubia la morena:

—¿Sabes que don Jesús te mira y te habla más de la cuenta?

—¡Calla, mujer!—dijo Rosuca, enojada—. ¿Qué tiene ello de particular?

—De particular... no digo yo que tenga... Pero ¿no has observado cómo se *duerme* el pícaro mirándote? Siempre se sienta a tu lado y te habla de un modo...

—¡Jesús, hija!... Pero, ¡si puede ser mi padre!

—Mujer, tantos años no tiene... Si es que parece más viejo de lo que es...

—¡Qué locuras piensas, Donia!

—¿Locuras, eh? ¡Apuesto algo bueno a que si él te dijera tanto así...!

—¡Válgame Dios, qué parlanchina eres y qué poco reparo tienes para decir ciertas cosas!...—y al responder a su amiga soltóse de su brazo, le dió un tremendo pellizco en las rollizas posaderas, y echó a correr hacia su casa, dejando en medio de la plaza a la traviesa y parlanchina morenuca...

II

Juliana estaba en su huerto. Sentada en un banco de piedra, junto a unos rosales, leía un libro. Jesús, oculto tras el tronco de un árbol, la estuvo contemplando largo tiempo. Era la primera vez que la veía sola después de tantos años.

Sobre el fondo claro del cielo se destacaba la figura de Juliana como una imagen antigua. Su cuerpo alto, delgado, elástico, donde la forma femenina apenas se diseñaba bajo los hábitos de San Francisco que vestía, daba la impresión de esas imágenes de los primitivos, flores pálidas conservadas en la sombra de los claustros, cuerpos consumidos por abstinencias y mortificaciones, semblantes ansiosos y fatigados, frentes convexas, manos afiladas e inertes, pechos hundidos. Mas a pesar de su extremada delgadez, la figura de Juliana tenía el grave señorío y la noble elegancia de una abadesa de estirpe real.

Su rostro era severo, con una expresión ambigua de mansedumbre y ansiedad; la tez palidísima; el cabello negro y copioso; los ojos profundos de extraño misterio; la nariz pequeña, de alas abiertas y sensuales; los labios finos, blancos, secos, ardientes; la barbilla aguda y graciosa, y sobre el labio superior corría una imperceptible y tenue sombra de indiscreto vello. Juliana había perdido la frescura y la lozanía de su antigua belleza; y, sin embargo de esto, emanaba del semblante demacrado una fascinación potentísima.

Jesús la estuvo contemplando atentamente, poseído de un

agridulce sentimiento de compasión. Escondido detrás de ella, veía su cuerpo serpentino descansando sobre la piedra, y adivinaba el rostro enjuto y pálido, los ojos obscuros, ardientes, la frente pensativa inclinada sobre el libro.

—¡Liana!... —dijo al fin, saliendo de su escondite y acercándose a su prima.

Ella se estremeció. Levantóse de súbito y retrocedió unos pasos.

—¿Huyes de mí? —le preguntó Jesús dulcemente.

—Estaba tan distraída —contestó Juliana, más pálida que una muerta—. Llegaste tan de pronto... ¡Me has asustado!

—Perdona si fuí indiscreto. Te vi al pasar y vine a saludarte.

Juliana callaba. De pie, enfrente de su primo, evitaba mirarle contemplando las rosas.

—¿Te importuna mi presencia?—volvió a decir mansamente.

—¿Por qué había de importunarme?

Dijo esto Liana con tan perfecta indiferencia, que Jesús se sintió algo mortificado.

—¿No te sientas?—la dijo—. Te acompañaré un momento... si quieres.

Juliana, sin contestarle, sentóse. Jesús se sentó a su lado. Hubo un instante de silencio. Juliana daba golpecitos en el libro entreabierto, con sus dedos largos y tenues. Oíase el vuelo de los pájaros, el rumor de una fuente, el eco de una esquila.

—¿Estabas leyendo? —preguntó Jesús, rompiendo aquella violenta pausa.

—Sí. Leía la vida de San Francisco.

Hubo otra larga pausa. Ambos quedaron graves y pensativos. Jesús estaba avergonzado y confuso.

—¿Me guardas rencor, Juliana?—dijo de pronto, casi en voz baja—. ¿No me has perdonado todavía?

Juliana se estremeció, irguiéndose con un gesto de grave dignidad.

—¿No dejé ninguna huella en tu corazón?—insistió Jesús con voz que parecía una queja—. ¿No vive ya mi recuerdo en ningún rinconcito de tu alma?

—Sólo vivo ya para mi padre—dijo Liana gravemente—. Si por él no fuese, estaría allí...

Y con su mano de marfil señalaba las tapias del lejano monasterio.

—¡Juliana! Han pasado muchos años y muchas penas por nosotros. Por mi culpa, y también por culpa de la fatalidad que me empujaba, yo arrojé un día mi vida a los caminos del mundo... He sido muy desgraciado... Puedes creerlo... Ahora, después de tanto tiempo y de tanta mudanza, nos encontramos de nuevo.. No te apartes de mí, ten un poco de caridad. De aquel tiempo que pasó...

—¿Para qué hablar de las cosas que pasaron?—dijo ella, atajándole con impaciencia—. Yo perdí la memoria de ellas. Ya no soy aquella niña traviesa de antaño...

—Algo hay de común entre nosotros... todavía. Aunque no sea más que la triste fraternidad del dolor. Somos como dos peregrinos que se encuentran al cabo de muchas jornadas. ¿No quieres que recordemos las penas de nuestro caminar? ¿No puede nacer de las cenizas de lo pasado una amistad afectuosa? ¡Di, Juliana!... ¿Me guardas rencor?... ¿No me has perdonado todavía?

—Dios es el único que tiene que perdonarte.

—No soy tan malo como supones, Juliana. Me tienes por un hombre perverso. Tantas cosas te habrán contado de mí...

Juliana seguía silenciosa; miraba a lo lejos y parecía que no le escuchaba.

—¡Yo te lo juro! Toda mi vida la he pasado buscando un rinconcito de sol, un pozo de aguas vivas donde saciar la sed de mi alma. ¡Cuánto he sufrido!... Dios lo sabe, que me ha visto llorar muchas veces...

—¿Crees en Dios? dijo Juliana con voz solemne.

Jesús quedó perplejo. Su prima se tapó la cara con las manos.

—¡Desgraciado! ¡Me das lástima y horror!

—¡Juliana!... No sé si creo... Mis ideas no son iguales a las tuyas... ¿Cómo podría explicarte?... Tú, por ejemplo, ves a Dios en la cruz con figura humana de misericordia y dolor. Yo le veo en la naturaleza, repartido y aposentado en las cosas, en el agua, en el aire, en el fuego, en las flores, en las estrellas, en las almas... ¡No soy ateo, Juliana! No podré serlo nunca aun cuando quisiera. ¿Qué vale nuestra volunt ad s llevamos la religión en la masa de la sangre? Cuando nacemos, Juliana, nos ponen un sello eterno. Aun después de nacer, los muertos nos gobiernan...

—¡Válgame el Señor y qué de herejías dices!—exclamó Juliana con acento de enojo —. Los libros, esos pícaros libros que lees, te han trastornado el juicio. ¡Eso es lo que te ha hecho desgraciado!

—¡Ay, Juliana!... ¡Cuántas cosas han conspirado contra mí! Pesa una fatalidad sobre nuestra familia, esa fatalidad

que arruinó a mi padre, que turbó la razón de mi madre, que ha puesto tristeza en mi hogar y en el tuyo... ¡Ah, Santillana, cementerio de muertos y de vivos! ¡Cómo has infundido tu aliento de sepulcro en nuestros corazones!

Jesús hablaba con exaltación. Juliana escuchaba temerosa.

—No hables así, por Dios. Me da miedo oirte, Jesús.

—Todo ha conspirado contra mí—continuó él, sin escuchar la voz suplicante—. Nacido en medio de estas ruinas, fruto tardío de un árbol muy viejo, vine al mundo con la fatiga precoz de una herencia demasiado pesada. Mi vida errante, los libros y el pensamiento han completado la obra... Llego a los términos de la jornada con el ansia de comenzarla otra vez, llorando la pena de un alma ambiciosa que se resiste a morir, a disolverse en la torpe máscara de un cuerpo cansado... ¡No me comprendes, Juliana, no me comprendes!... Pero, ¿qué te digo? Perdona, mujer...

Hizo una pausa, y prosiguió más sereno:

—Perdona, Juliana, que te importune. A veces no sé ni lo que digo. Soy una ciega máquina de palabras. Esto ha sido mi vida: hablar mucho, poniendo en la palabra todo el corazón; gastar nervios y voluntad, hablar sin tasa... y nada más. ¡Palabras, palabras, palabras! Yo contemplo mi vida inútil y siento lástima de mí mismo. No he servido ni para ganar el pan con el sudor de mi frente. Y dicen que tengo talento, que tengo mucho talento... Cansado estoy de oir esta estúpida alabanza... ¿Qué es el talento, Juliana? ¿Para qué sirve el talento que no sirve para nada?... ¡Cuántos jayanes han pasado sobre mí con todo el peso de su oro, insultándome con su riqueza! «Un pobre poeta—decían—, un soñador... un gusanillo de luz», y me daban con la puerta en las narices...

¿Crees, prima, que yo soy un calavera vulgar? ¿Crees que me fuí por esos mundos a eso que llaman *divertirse* las gentes frívolas? .. ¡Me agravia quien lo crea! A mí me empujaba algo más alto. Mi único pecado fué el de ser romántico en un tiempo de grave rebajamiento de las almas...

Calló Jesús, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Juliana, pensativa, callaba también. El silencio de la tarde pesaba sobre ellos.

Al cabo de un instante, Jesús alzó la cabeza, miró a su prima y se echó a reir. Ella le miró con zozobra, y dijo:

—Me has hecho sufrir... y ahora ríes.

—¡Pobrecita Juliana! —dijo él, acariciándola con la voz—. No volveré a hablarte de estas cosas. Charlaremos de asuntos alegres, te contaré algo que te distraiga. Reiremos, cantaremos, tocaré el violín si te place.

—La música me pone triste.

—Tocaré aires alegres, danzas que hagan retozar tus pies... Lánguidos minuetos acariciadores, músicas del siglo galante, gavotas y pavanas... Y si te place más la melancolía, pediré al alma de Polonia sus ritmos extraños, sus lúgubres melodías zingaresas, sus lamentos de esclavitud... O, para halagar tu gusto español, evocaré noches de la Alhambra y del Albaicín, canciones gitanas y suspiros de malagueñas.

—¡Qué cosas dices más extrañas, Jesús! Pasas de la tristeza al arrebato y de las veras a las burlas con la inquietud de un niño. ¿Cuándo acabarás de ser un niño?

—Hay hombres que son niños toda la vida, Juliana.

—Pero tú eres un niño perverso. Un impío...

—Tú me convertirás.

—No te burles. Hace tanto la fe, que muchas veces, po-

bres mujeres ignorantes, sin más auxilio que el de la gracia, han convertido a herejes recalcitrantes, tenidos en sabiduría y experiencia...

—¡Juliana, tú tienes un alma delicada que trasciende a santidad!... ¿Sabes lo que te digo? Cada vez que te veo me parece que tengo delante de mí a Santa Illana... Desde niña te parecías a la Santa... Hoy eres su imagen viva... Yo veo en ti algo sobrehumano, algo divino, una nueva encarnación de la doncella santificada que dió su nombre a esta villa... Su nombre, que es también el tuyo... No está muerta Santa Juliana: yo la he visto, con estos mis ojos mortales, incorporarse en su sepulcro de piedra y alzar el busto grácil como una blanca azucena. La dulce y hermosa mártir vive en Santillana y en este momento habla conmigo. Yo la veo ahora mismo en su actitud extática, tal como la cincelaron en la piedra. ¿Por qué misterio inefable la imagen de la piadosa leyenda ha revivido en ti?

—No digas esas cosas, hereje repuso Juliana con dulce reproche.

—¡Dios te salve, Santa Illana, torre de marfil, espejo de la gracia, consuelo del peregrino, estrella de la tarde!

—¡No te consiento esas burlas impías!... ¿Para eso has venido?... ¡Sigue, sigue tu camino de perdición y déjame a mí con mi paz!

—¡Perdóname, Juliana! Yo no quiero hacerte sufrir...

—¡Vete, Jesús, vete! Rosuca y Donia te esperan. Ve a contarlas cuentos, a divertirlas, a engañarlas... Las pobres niñas son tan lindas y tan alegres... Deja a los tristes con su tristeza y ve a buscar eso que tú llamas alegría de vivir... En esta casa no hay alegría...

Y la voz de Juliana vibraba sorda, empañada por una emoción inexplicable, con un extraño acento de ironía. Iba a contestar Jesús, cuando se oyó a lo lejos la voz áspera de don Fernando.

—Mi padre me llama. ¿Oyes? Adiós, Jesús... Adiós...

Y caminó lentamente hacia la casa, escondiendo su esbelta figura entre los plátanos. Su voz quedó vibrando amarga y dolorida en el alma de Jesús. ¿Le amaba todavía aquella mujer? ¿No parecía que en sus palabras habían, por un momento, temblado los celos? Pensaba en ello Jesús, teniendo todavía la impresión agridulce de aquel sueño tenebroso, cuando había visto a la Santa incorporarse en su sepulcro y venir hacia él, hermosa y justiciera, eterna enemiga del dragón. ¿No parecía aquello un símbolo?... ¡Cosa extraña! Por encima de todos los horrores de aquel sueño perduraba una impresión muy dulce, como si la Santa le hubiese rozado con su túnica; algo tenue, raro, inefable, que le escocía en el corazón; un sentimiento mezcla de amor humano y de melancolía religiosa. ¿Amaba todavía a su prima, o eran aquellos sentimientos fuegos fatuos de la imaginación, rescoldos del recuerdo? Ni él mismo, pensando en ello, acertaba a explicarlo. Juliana era para él como una encarnación de lo pasado; la dulzura de su niñez, los primeros ímpetus de la juventud, todo lo que había en su corazón de niño y de poeta. Inspirábale ahora una compasión dolorosa. La veía en los términos de la belleza y la juventud, declinando rápidamente, espirituada, convertida en una sombra de sí misma. Y de las profundidades de su instinto brotaba un acre deseo de aquella carne macerada y triste, un ansia febril de asomarse al abismo de aquellos ojos grandes y obscuros...

De todas estas extrañas fuentes nutríase el sentimiento de Jesús. Alma nunca saciada, presta siempre a la emoción nueva, sin voluntad para contenerse, abandonábase a los ímpetus sentimentales y a las ciegas direcciones del instinto, sin ver claro jamás en las cosas ni en sí mismo. Desorientado y débil, se dejaba llevar por la corriente de las cosas. Rotos en él los resortes de la acción constante, ordenada, regida por la voluntad, se encerraba en su pereza y toda la vida se le concentraba en la imaginación y en la palabra. Asido al pensamiento solitario, perdidas las fuerzas vivas de la juventud, vivía por dentro una existencia falsa y monstruosa.

Perdido estaba Jesús en estas reflexiones, cuando sintió pasos cercanos y, alzando la cabeza, vió al padre Elías, que venía por la calle de los plátanos.

—¿Qué haces aquí tan solo y meditabundo?—dijo don Elías cuando hubo llegado—. ¿Vienes a ver a don Fernando?

—Sí; me entretuve aquí hablando con Juliana, y después... me agradó la frescura de este huerto y me senté un rato a la sombra. Y usted, ¿adónde va?

—Voy a dar mi paseíto cotidiano por la carretera... Si quieres acompañarme... Digo, si no tienes urgencia de ver a don Fernando...

—Le acompaño a usted, don Elías.

—Si no te es molesta la compañía de un viejo atrasado de noticias...

—Su compañía, padre, me da un consuelo singular. Tiene usted, entre otras virtudes, el don de la paz. Su palabra es tan plácida y su alma tan serena, que siente uno a su lado una suavísima quietud.

El buen viejo sonreía satisfecho, con su rostro fresco y ju-

venil, limpio de toda sombra de pecado. Al pasar saludábanle viejos y mozos, con un gesto de profunda devoción. Parábase a hablar con todos, repartiendo consejos y dineros, según la necesidad de ellos y el estado de su humilde peculio, vigilando a toda hora el místico rebaño, muy pagado de tan alta misión, como si aun gobernara su báculo la vieja merindad de las Asturias.

Era la tarde apacible y sosegada. Habían dado vuelta los caminantes al convento de Regina-Coeli; adelantábanse por la carretera, silenciosamente, sin querer romper con sus palabras aquella augusta soledad. No se movía la hoja de un árbol; el campo, como una vieja viñeta, convidaba a místico recogimiento; la paz de las cosas era allí tan profunda, tan grave, que impregnaba de ternura el corazón. La calzada estaba desierta; aquel camino blanco, solitario, tendido a través de las praderas silenciosas, que parecía huir de la soñolienta villa hacia lugares de más amenidad, daba una sensación de lejanía y de ensueño, de soledad y abandono.

Sobre el tapiz verde intenso de las praderas, detrás del viejo portillo o del soto de zarzamoras, junto al árbol melancólico, a la vera de la triste cabaña, sesteaban unas vacas o caminaban unos pastores. Y los hombres y los animales tenían la misma expresión en los ojos, la misma mansedumbre en la mirada, el mismo dejo taciturno en la actitud. A pesar de su ignorancia, de su rustiquez y de su astucia montesina, aquellos hombres inspiraban una simpatía profunda a Jesús. La saciedad de la vida intelectual, el artificio de sus impresiones literarias, el tedio de sus propias pasiones, le hacían amar ahora, por contraste, estos seres primitivos, intactos, apenas salidos de la escala zoológica, tallados en históricos

pedernales, duros y estoicos, lo mismo que las vacas de sus rebaños. Advertía en ellos, en sus recias y toscas figuras, un aire cándido, ingenuo; eran rudos pedazos de arqueología humana, momias curiosas de la raza, tan bien conservadas como los capiteles de la Abadía... Hasta en su hablar había un eco de viejas cadencias, de giros y voces del Romancero...

—¿No hallarás alivio en Santillana?—dijo al cabo don Elías, después de haber aspirado a su sabor el manso sosiego de aquella campiña familiar—. ¿No vas *encajando* en la serenidad de esta vida?

—Sí—contestó Jesús con indiferencia—; me hallo bien. ¿De qué puedo quejarme al lado de ustedes?

—¡Vamos, sé franco!—repuso el sacerdote—. Te veo siempre triste, caviloso; igual que el día en que llegaste. ¿Qué tienes, hombre? Este vivir apacible, esta existencia natural y tranquila, ¿no bastan a curar las llagas de tu corazón?

—Hay algo en mí, don Elías, que no me deja punto de reposo. Ello es una carcoma espiritual, un gusanillo roedor que me va minando poco a poco... En el silencio de esta vida oigo más claramente ese eterno roer... Me espanta la soledad como un abismo...

—¡Válgame Dios y qué raros sois los hombres del día!... En mi tiempo la juventud duraba muchos años y nunca sentía esos cansancios prematuros. ¡La soledad, el silencio, la templanza! ¿Hay nada más bello y consolador para el espíritu? ¿No te enseñan a vivir estos sencillos campesinos? ¡Míralos qué fuertes, y qué serenos, y qué confiados a la mano generosa del Señor! ¡Cómo saben paladear el silencio grave de los campos, acomodando sus palabras y sus maneras al reposado ritmo de las cosas! Viven sin ruido, sin prisa, sin

ansia, con el mismo sosiego de la Naturaleza; aman al terruño como a un pedazo de su corazón, y participan de esta vida robusta y plácida de los animales y las plantas, con el señorío de la tierra que labran y con la esperanza del cielo que miran. Aquí hay pobres, pero no hay mendigos: cada cual tiene su pedazo de tierra, su vaca o su casuca; no hay riquezas tristes, sino pobrezas alegres... Allá abajo, en ese mundo de donde viniste, luchan los pobres y los ricos en medio de un huracán de odios. Aquí todos somos iguales: somos como una gran familia, que comparte sus gozos y sus penas... Nadie está completamente desposeído; ni el criado envidia al señor, ni el señor tiene a menos descender hasta sus criados. En estos rincones de la Montaña queda algo de la tradición castiza, de aquella sana y verdadera democracia de nuestra Edad Media. En estas villas y aldeas apartadas viven los viejos fueros populares con aquel puro aroma de antaño... Así se vive aquí, Jesús, y esta vida es la más bella y noble que cabe imaginar. Pero donde se aprende y mira mejor este santo reposo no es precisamente en el modo de vivir de esas gentes, sino cuando les llega el trance de morir. ¡Cómo saben morir estos campesinos! ¡Qué manera más grave, austera y solemne de llegar a los términos de la jornada y despedirse de ella! Yo, que he visto morir a tantos, no creo que he de tener, cuando me llegue la hora, ese gran espíritu, esa noble entereza...

—Yo no creo, don Elías —arguyó Jesús al llegar a este punto—, que eso que usted dice sea señal de un grande ánimo. Estas gentes tienen la resignación del bruto, de la carne que no alumbra la inteligencia. De grandes espíritus son la ansiedad, la pasión, la rebeldía...

—Te engañas. El sabio no se rebela. La serenidad es el fruto supremo de la Ciencia. Los sencillos de corazón son como los sabios. Los extremos se tocan...

—¡Dichosos los que hallaron ese fruto, don Elías! ¡Serenidad, serenidad!...

Las últimas palabras de Jesús estaban impregnadas de una honda tristeza. Calló después, callaron los dos y siguieron caminando en silencio.

III

—¿Dónde está la paz? ¿Dónde está la verdad? Yo no las he encontrado en mi larga peregrinación por el mundo. Vi en esas grandes ciudades, orgullo del alma moderna, a los hombres abrumados por el dolor del esfuerzo, encorvados, como los forzados de las viejas galeras, para conducir la nave sin saber adónde. Vi a los pobres, desgraciados en sus ergástulas, y a los ricos, desgraciados en sus palacios. Unos lloran pesadumbres físicas, y otros preocupaciones morales. Y otros lloran sin saber por qué. Yo mismo creí hallar la dicha en este mundo del pasado y aquí encuentro la misma turbación.

—La felicidad—exclamó don Elías—sólo está en la divina simplicidad, en la sencillez del alma. Sólo son felices los ingenuos.

—¿Y cómo conservar esa sencillez—replicó Jesús—en medio de los huracanes del mundo, cuando todo tiembla a

nuestros pies? Hubo un tiempo en que tal estado fué posible; pero hoy... El ideal del reposo no puede subsistir en estas sociedades inquietas, matadoras de dioses, cargadas de crímenes y de glorias, lanzadas al galope en una corriente de progreso mecánico, ansiosas de destruir y de crear... Usted, padre, ha nacido aquí; sólo conoce del mundo la paz de esta villa, la paz del Seminario, la paz de la Colegiata; tiene usted el alma de aquellos abades benignos que vivían cien años a la sombra de este claustro, sin salir de su merindad... Sus libros no le hablan más que de las cosas bellas y soñadoras, o terribles y sencillas, de la paz del alma, del reino de Dios, del pensamiento de la muerte. ¿Qué saben ustedes, dichosas almas serenas, de la curiosidad insaciable de la inteligencia, de las pasiones infinitas del corazón, de este mal que, como un buitre, desgarra las entrañas de los hombres del día?

—El alma poseída por la gracia halla serenidad en todas partes. Lo que te sucede es que has perdido la fe y tienes las confusiones del alma pecadora, abandonada por la gracia.

—Sí, padre. He perdido la fe. Pero ¿acaso esa fe sencilla es posible en estos tiempos de lucha, de crítica, de rigor científico?

—La fe es posible siempre.

—Pero, una vez perdida ..

—Puede recobrarse con ayuda de Dios y de la propia voluntad. Hombres más empedernidos que tú han vuelto a la gracia del Señor.

—Veo, padre, que no nos comprendemos, que no nos comprenderemos nunca.

—Eso, Jesús, es orgullo y dureza de corazón.

—Hablamos dos idiomas distintos. Usted es un teólogo...

El buen cura frunció el entrecejo al oir estas palabras. Jesús sintió haberlas pronunciado. Don Elías no era un sacerdote vulgar; era un verdadero médico de almas, un varón docto y piadoso. Amaba a Jesús, de quien escuchó las primeras confesiones, y sentía también acendrado afecto por don Juan Manuel. Aquel sacerdote representaba algo muy noble y reverente en las tradiciones y recuerdos familiares. La ternura de todas estas cosas empañó la voz de Jesús.

—Perdone usted, don Elías, que le haya respondido con tal aspereza. No puedo a veces dominar mi carácter... Hábleme usted con entera libertad... Yo quiero poner mi espíritu en sus manos; reciba usted la confesión de un hombre que sólo cree en la fatalidad del dolor y en la gran tristeza de vivir...

—¡Si yo pudiera volverte al camino de la verdad, hijo mío! ¡Si me fuera dado arrancarte esas inquietudes!

—Yo, desde niño, me hallé perplejo y triste, frente al grave misterio de la vida. Cuando vi morir a mi madre, cuando vi padecer a mi padre, cuando la desventura penetró en mi hogar, desperté con agudo sobresalto... Me puse a discutir entonces, y mis primeros pensamientos brotaron henchidos de lágrimas... —¿Por qué consiente Dios estas cosas?—me dije—. ¿Por qué afirman que el dolor es un bien? ¿Por qué aseguran que nacemos para sufrir?—Y me rebelaba contra el duro destino, sin alcanzar la oculta razón de semejantes sinrazones... Desde que tuve luz de entendimiento no oía hablar más que del dolor y de la muerte, del pecado y del castigo... ¿Recuerda usted aquella confesión mía? Yo dije que no creía en el infierno. Usted se llevó las manos a la ca-

beza con grande horror. ¡Parece que le estoy viendo a usted en la penumbra del confesonario!—No, padre—balbucía yo—; no creo en esas penas terribles... Si Dios es tan bueno, ¿por qué condena sin remisión a unos pobrecitos mortales al fuego de la eternidad?—Y al decir esto lloraba amargamente, recelando que las entrañas que me dieron el ser, acaso estuviesen padeciendo las torturas de una justicia implacable... Usted, viéndome llorar, me daba razones que yo apenas entendía, y dibujaba sobre mi cabeza temblorosa la señal de la cruz... Aquél fué el comienzo de mi rebeldía... Desde aquel instante empezaron a resentirse los fundamentos de mi fe; la vida y los libros hicieron después lo demás...

Calló Jesús, y sus últimas palabras vibraron en el silencio vespertino, profundas y graves. El padre Elías, que caminaba absorto bajo la pesadumbre de aquella triste confesión, repuso dulcemente:

—Tu mal tiene raíces más hondas de lo que yo suponía... Pero no importa: yo aspiro a consolarte; yo aspiro a convertirte... No eres un mozo frívolo; no eres un hombre vulgar; de almas como la tuya, trabajadas y combatidas, está llena la morada del Señor.

—No soy frívolo, dice usted bien. Yo quisiera abrazarme a un amor sobrehumano y omnipotente; descansar en el regazo de una verdad absoluta; traer el corazón al abrigo de toda incertidumbre. ¡Si ésta fué siempre el ansia de mi vida! Dondequiera que pongo los ojos y el pensamiento y el deseo, todo tiembla, todo pasa, todo vacila, todo huye, todo se evapora... Todo es combate, fiebre, tumulto y destrucción... ¿Dónde están la roca viva, el cimiento invencible, el refugio eterno, el inmortal seguro?... Yo quisiera hallar a

Dios, conocerle, comprenderle, amarle, recibirle, poseerle y entrañarle en mi cuerpo y en mi espíritu... Comulgar fué para mí, cuando tenía fe, una fiesta suprema del alma, una voluptuosidad desgarradora: sentía el deseo imperioso de poseer a Dios como a una criatura mortal, de llevarlo a mi boca, de incorporarlo a mi carne y a mi sangre... ¡Oh dulcísimos recuerdos! Mi sensibilidad naciente se enardecía ante los goces divinos de la sagrada mesa; desvaneciame de placer al sentir en mis labios la suavísima Forma; comprendía yo entonces y murmuraba mentalmente las palabras ardorosas de los libros de devoción, aquellas imágenes encendidas y fulgurantes de los místicos cuando recibían en sus cuerpos, vasos de castidad, la celestial semilla...

—Tus sentimientos, Jesús—dijo interrumpiéndole azorado el padre Elías—, tienen mezclas extrañas. Eres un alma demasiado ardiente... Ronda por tus palabras un sensualismo malsano, que es, si no me equivoco, la fuente de tus inquietudes... Hablas a veces como un místico y a veces como un réprobo...

—Yo soy, perdone usted la paradoja, un místico sin fe. Siento en mi alma una ternura sin límites, una piedad desgarradora, amarga como la hiel, corrosiva como un ácido... La voluntad se me disuelve en compasiones sin objeto, en ociosas lágrimas, en inútiles arrobos... Yo hubiera sido, quizá, un ferviente franciscano, un corderuelo de Asís...; pero, perdida la fe, huyó la gracia y me quedó la tristeza; fuése el amor y me quedó el deseo... ¿No es ésta la tragedia sorda, la íntima crisis de muchas almas en nuestro siglo? ¿No se explica por este conflicto moral la decadencia de algunos pueblos, la confusión de una gran parte de la juventud?...

¡Tristes de nosotros, jóvenes seniles, nacidos en un crepúsculo; sin fuerzas para mantener la herencia de lo pasado, sin fuerzas tampoco para crear los vínculos de lo por venir!... Así vamos todos sin rumbo y sin oriente, flotando en el mar de la vida como águilas muertas, como naves sin aguja y sin gobierno... ¿Qué herencias dejaremos nosotros, nietos bastardos de los grandes creadores, frutos espurios de la estirpe, vasallos sin rey, ciudadanos sin patria, místicos sin Dios?... ¡Siquiera tuviésemos el valor y el brío para romper todos los muros, matar todos los dioses, destruir todas las leyes y empezar a vivir y a crear de nuevo! Pero no: que en este siglo sin alma, si es tibia la fe, no es valerosa la razón, y son astutos los crímenes, son cobardes los pecados y flacas las rebeldías...

El sacerdote escuchaba con asombro las frases ardientes de Jesús. Nunca había visto el buen abad de Santillana semejante mezcla de luz y de sombra, de orgullo y humildad, de pesadumbre y rebelión. No acertaba don Elías a contener aquel chorro de impetuosas palabras y atropellados pensamientos: acostumbrado a las confesiones serenas, a los penitentes sumisos al dogma, sin preocupaciones metafísicas ni sobresaltos espirituales, buscaba en su apacible corazón algo persuasivo y elocuente...

—Y es que tenemos el atavismo —seguía Jesús— incrustado en el cerebro y asimilado a la carne... No lo podemos arrojar ni de los cuerpos ni de las almas... La cadena que nos ata a los muertos tira con fuerza de nosotros. La voz de la sangre, que es la voz de los sepulcros, nos rige y nos gobierna... ¿Qué hice yo, por ejemplo, con rechazar la fe si me he quedado con el terror?... El terror de lo sobrenatural, la

obsesión del misterio, el vértigo espantoso de las eternidades y los vacíos... Mirando al cielo en mis noches de insomnio, me aterra el espectáculo de esa infinidad inconmensurable, de ese mar etéreo, silencioso, donde bogan los mundos y giran los astros, en medio de una muchedumbre de estrellas. Ese firmamento, remanso de la eternidad, me espanta y me atrae como un abismo; cuando lo contemplo, el soplo grave del «más allá» bate mi frente y se aposenta en mi corazón y abre en mi conciencia una caverna profunda... ¡Cielos indiferentes—me dice el pensamiento, fulgurando como una espada—, cielos negros y misteriosos donde la materia se enrosca, palpita y centellea con temblores de luz y pausas milenarias! ¿No hay una voluntad que os concierta y os da ley? ¿No hay en vuestra inmensidad un corazón donde hallen eco nuestras imploraciones? ¿Somos el juguete estéril del acaso, o la fácil presa de una deidad enemiga? ¿A quién debo pedir misericordia en esa noche universal, callada, formidable, que contempla con el mismo rostro impasible nuestras ciegas alegrías y nuestros vivos dolores?... Y cuando así pregunto, bañado en lágrimas, no hallo ninguna certidumbre donde mi espíritu halle reposo, como un niño en el regazo maternal... El cielo guarda eterno silencio... semejante al vacío de una tumba...

—¡Ciego! exclamó el sacerdote—. ¿Cómo quieres ver luz si cierras los ojos? ¿Cómo quieres oir la palabra de Dios si te tapas los oídos? ¿Cómo quieres abrir la puerta si tiras la llave? ¿Pretendes alcanzar la verdad sin esfuerzo y aun con resistencia?... Esos mismos sobresaltos de tu alma son una prueba de la fe, de la necesidad de la fe... No podemos sustraernos a esa necesidad, inherente a la naturaleza huma-

na, sin vernos, como te ves tú ahora, luchando con el misterio de lo desconocido, con todos sus enigmas y sus tinieblas. Una de dos: o lo infinito, mediante la fe, nos guía con su gloriosa lumbre, o lo infinito, mediante la duda, nos aterra con su apretada sombra... (prescindo de los que no sienten duda ni fe, porque a esos hombres les falta el corazón o les falta el entendimiento, o ambas cosas a la par)... Esos problemas del destino y de la vida surgen de nuestro mundo interior a cada instante, y se imponen a la conciencia y nos desgarran el espíritu con sus ansiosas interrogaciones: ése es el tormento de las almas grandes, la zozobra de Pascal, vacilante y temeroso entre dos abismos, entre dos silencios, entre dos eternidades... Pues bien, hijo mío: esas altas cuestiones, eternas, inminentes, imperiosas, trágicas, no pueden suprimirse con la razón ni resolverse sin la fe... Sobre ese abismo insondable, remanso del mar infinito, hay un puente, una escala de oro, una vía de luz... Dios no nos ha dado ese tormento del «más allá» sin tender un arco de salvación. ¿Cómo la infinita misericordia había de reducirnos a las torturas implacables de un problema insoluble, y más siendo éste el problema fundamental de nuestro propio destino? Sobre ese tajo de eternidades silenciosas está la roca viva de la fe, el cimiento invencible, el eterno refugio que en vano buscas y deseas... El hombre de fe se asoma sin terror a lo infinito, y en él encuentra su patria: el inmortal seguro... El reposo y la felicidad sólo en la religión pueden hallarse; en ese regazo maternal y dulce, puesto al abrigo de la vida y de la muerte, de los engaños, de las luchas, de las contingencias, de los tumultos de los siglos. Por eso la Iglesia es la imagen de la eternidad...

—Pero la religión, don Elías, supone un dogma, una verdad absoluta, impuesta por la autoridad y por la fe, transformada en ley de pensamiento y regla invariable de conducta; una explicación del mundo y del hombre, una teoría de Dios y del universo; es decir, una teología, una cosmogonía, un dogma y una moral. Pues bien: si se aparta la moral de toda doctrina religiosa y se hace de ella un principio de utilidad y de derecho, una educación científica del instinto; si se separa del dogma, como hace la ciencia, la explicación del hombre y de las cosas; si se construye con nuestras preocupaciones morales una metafísica humana; si se extirpa, por fin, de la religión la política y se reemplaza por el sufragio popular el derecho divino... ¿qué queda de la religión?

—Hablas, Jesús, en nombre de una ciencia materialista y atea, de un pensamiento rebelde...

—No, don Elías. Esa disgregación que acabo de hacer la realizó la humanidad siglos ha; usted mismo... igual que yo, la practica inconscientemente todos los días...

—Contra eso está la palabra divina: «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.»

—¿Y quién establece los límites, pertenencias y jurisdicciones del César y de Dios?

—Nuestra Madre la Iglesia.

—¿Y para el que no acata la autoridad de la Iglesia?

—Para ése, Jesús, no hay más que duda y confusión. ¿No lo estás viendo en ti mismo?

—Todo el que piensa, por muy religioso que sea, ¿no tendrá algo en su corazón de estas dudas y confusiones mías?

—Sí tal. Pero hay quien sabe acallar la voz de su orgullo y comprender la flaqueza de su entendimiento. Limitada y

pobre es la inteligencia humana: ¿cómo ha de llegar nunca a alcanzar el secreto de las cosas? ¿Y no es una prueba de insensatez rebelarse contra esa limitación de nuestra naturaleza en vez de acomodarse a las leyes de la vida? La religión es eternamente necesaria. Mientras haya injusticias, infidelidades, crímenes y tiranías; mientras la enfermedad y la muerte sigan nuestros pasos; en tanto haya mujeres débiles y niños sin amparo y mansos corazones y fiebres de amor y caridad; mientras el grave misterio de lo infinito penda sobre nuestras frentes con su sagrado silencio, y exista un poco de duda y de tristeza en este valle de lágrimas, la religión será necesaria a las almas de los hombres... Y el día en que las cosas del mundo fueren como una seda; cuando la paz y la concordia, la salud y la felicidad reinaran para siempre entre nosotros, aun entonces, querido Jesús, la religión subsistiría pujante como un coro de amor y de alegría, como un acto de gracias, como una expansión natural de la vida generosa... ¿No es el sentimiento, triste o alegre, fácil o esquivo, juntamente con la razón, el relicario de la fe? Mientras haya sentimiento en el alma, la fuente divina brotará de todas las rocas... No soy enemigo de la inteligencia, antes bien, admiro esas claras virtudes del entendimiento y del saber, hijas del Espíritu Santo; pero yo prefiero a las glorias de la razón estas otras más humildes de los corazones sanos y sencillos. La bondad, la simpatía, la caridad, la ternura, las virtudes activas del sentimiento tienen más eficacia que las ciencias e invenciones de los sabios. ¡Todo está en el corazón!—exclamaba la mística Doctora, declarando una sencilla y eterna verdad. Más que las razones, más que los argumentos, pueden las buenas obras, las palabras evangélicas, las palabras

sencillas, abrasadas de amor... Si volviese al mundo San Francisco, ¿no crees tú que haría el mismo camino en las almas? ¿No encendería de nuevo San Juan de la Cruz la *llama de amor viva* en los corazones? Yo creo que sí; las almas de ahora son como las de antaño; dispuestas están a recibir toda revelación, toda ternura sobrehumana, toda comunión divina... La ciencia no ha tocado aún ni un solo velo del misterio... Las muchedumbres son siempre las mismas; la palabra de fuego las enardece y las exalta; el corazón del hombre sólo permanece sordo cuando no hay quien le sepa hablar. Por eso yo prefiero a todos los argumentos de la ciencia la fe militante, el ejercicio de la caridad, el cultivo perenne de ese principio heroico del alma, el espíritu de amor y sacrificio... Hay cosas que no deben demostrarse con teorías, sino con pruebas palpables; ya lo dice la sabiduría popular: «Obras son amores y no buenas razones»... ¡Amor! ¿No es ésta la raíz de la fe? La fe y el amor son ciegos, pero jamás equivocan el camino... Tú razonas demasiado, Jesús, y a fuerza de analizar fríamente, se marchitan los sentimientos espontáneos del corazón y sobreviene el vacío moral, ese vacío que crees ver en el cielo y que sólo está en tu conciencia. Si los hombres aplicaran a todos sus sentimientos el análisis que han empleado para destruir la fe, ¿qué restaría en el mundo?

—Pero, ¿es posible que yo prescinda de mi pensamiento? ¿Podría yo engañar a mi inteligencia?

—Lo que importa es no engañar al corazón. ¿No te he visto entrar muchas veces en la Colegiata y pasar en el claustro horas enteras?

—Esos sitios de silencio y de reposo me dan serenidad.

—¿Lo ves? Eso es ya un buen comienzo, una excelente disposición del alma. No sonrías. Haz costumbre de ir todos los días a la iglesia. No importa que al principio te engañes un poco a ti mismo: haz por creer que crees... La fe es posible siempre, según antes te dije: la fe se adquiere, la fe se desarrolla por el ejercicio. La práctica de este divino arte la acrecienta y estimula, como sucede en la práctica de las artes humanas. El principio de la fe existe en la propia razón: le da luz la inteligencia y alas el sentimiento... ¿No tienes el alma, como dices, llena de deseos, abrasada en amores y ternuras? Pues llégate al altar; no te preocupes tanto de las cosas que te parecen absurdas en el culto y ahonda en la substancia de la religión, que es la fe, y es la caridad, y es e sacrificio; medita piadosamente; recoge tus sentidos en el silencio y la soledad; reza una oración sencilla, acostúmbrate a sentir en vez de razonar, y hallarás consolación... Y cuando tu espíritu se haya pacificado, propónte una obra de abnegación, una caridad, un trabajo piadoso para llenar el vacío y la ociosidad de tu vida... Y sobre todo, ama, ama mucho, que así aprenderás a conocer...

Caía la tarde pausadamente, con una majestad y una melancolía inefables. El sol declinaba entre vapores de una soberana riqueza de color. El cielo tenía un matiz azul profundo, intenso, heráldico. Los ruidos de la campiña se escuchaban tenues, apagados, como si las ondas de la atmósfera se hubiesen enrarecido.

Un canto lejano llegaba hasta allí, un himno largo, abierto, religioso, semejante a un canto llano. Por detrás de Bispieres salía un grupo de campesinos, caminando en fila como un cortejo. Oíanse sus voces y hasta las palabras del canto:

Eres como la rosa
de Alejandría:
encarnada de noche,
blanca de día...

La aguda cadencia de la copla alargaba las aes finales con un dejo de profunda melancolía.

Las campanas de la villa comenzaron a tañer.

Era el cuadro de una rústica solemnidad, de una paz tan honda, de un misterio tan grave, que Jesús se sintió conmovido, mojados de lágrimas sus ojos.

—¡Padre mío!—dijo al sacerdote—. Estos crepúsculos me llenan de tristeza... Quisiera rezar, pero no puedo... La blanca paloma ha huído y no vuelve ya a su viejo nido del corazón...

La melodía agreste de los campesinos se había apagado lentamente al vibrar el son de las campanas.

—¡Ave María!—dijo con voz vibrante don Elías—. Llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre... Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...

Todo el campo, la naturaleza entera, suspensa en el grave misterio de la hora, parecía entregada a la oración. Los árboles, quietos en el manso ambiente del crepúsculo, parecían grandes lámparas votivas, con sus redondas copas melancólicas. Los prados, con sus tupidas hierbas y sus florecillas silvestres, exhalaban el perfume de sus raíces, de sus mentas y retamas. Cada flor era como un incensario en la oración de la tarde. La carretera blanca y sola serpeaba hacia la villa como un místico sendero. El «alma de las cosas» subía hasta el cielo a modo de una plegaria. El tañido de las

campanas sonaba a lo lejos con una claridad dulcísima, como sonidos de cristal o notas de arpa. La tierra silenciosa esperaba la noche con voluptuosa melancolía, con un secreto asombro...

Perdióse en la calma de la tarde muriente el toque de oración; oyóse de nuevo el canto de los campesinos, fluyendo límpido en el aire, como un hilo de agua, y regresaron a Santillana don Elías y Jesús. Meditaba éste con tristeza y pesadumbre, en tanto el sacerdote recitaba con bella entonación y místico acento el *Ave María*, aquellos dulcísimos versos de Amós de Escalante:

La tarde cae, las campanas doblan:
¡hora tranquila y suave! el viento duerme,
calla el mar y en los pálidos celajes
una estrella no más, la tuya, vese...
... Solitario fulgor, caído acaso
de la corona excelsa de sus sienes,
a orar convidas, que propicio espera
nuestra oración su oído nos advierte...
¡Oh, si no hubiera cielo, y en el cielo,
astro de amor y paz, tú no lucieses;
qué temeroso rumbo nuestro rumbo
en noche triste con pavor creciente!
No hay tan espesas lágrimas que nublen
ojos que al cielo buscan; mas a veces
pesa mucho el dolor y levantarse
a Dios no sabe la abrumada frente;
y hay poderosas almas que sus penas
llorar no saben o decir no quieren
y tristezas profundas escondidas
del corazón en los remotos pliegues.
Mas ¿cuál será la nube que tus rayos,
consolación dulcísima, no ahuyenten?
¿habrá dolor que ignores? ¿habrá herida

o miseria mortal que no remedies?...
... Ojos que contemplándote se arrasan,
labios que hablarte intentan y enmudecen,
almas que vuelan a tu luz y caen,
porque la lengua de tu luz no entienden;
los dudosos, los yertos, los cansados,
en esta hora de tu amor encuentren
lágrimas dulces, fervorosos ayes
y nuevas alas que hasta ti los lleven...
El día inquieto acaba; tibio anuncia
la mansa noche rumoroso ambiente;
es la oración, la tierra pide al cielo
que su descanso en las tinieblas vele...
... ¡Ave María, cuando en torno mío
temida noche pavorosa cierre,
serena estrella de la mar, mis ojos
en el azul glorioso logren verte!...

IV

Jesús sentía pasar sobre su alma la grave tristeza de las cosas. Era ya entrado el otoño y la villa tornaba a recogerse en su pesado sueño, tras las fugaces alegrías del verano. Los paisajes tenían un ambiente de misterio, una expresión casi humana de ternura y melancolía; las sendas entre tapias y setos, las calles desiertas, las glorietas abandonadas, recordaban estos cuadros de Rusiñol y aquellos poemas de Shelley donde el amor y la muerte van de la mano, dialogando con voz queda, temiendo romper el blando silencio de la tierra y de los cielos. Oíase tras los árboles el tañer del viento; las hojas secas ponían su matiz amarillo en los bosques, y el

sol traspasaba las cumbres, en los crepúsculos, con una tristeza profunda, como si no hubiera de volver más a calentar la tierra ni a alumbrar la villa. Las cosas más humildes semejaban seres vivos que lloraban su caducidad; los árboles, despojados de sus hojas, con los brazos desnudos extendidos al cielo en actitudes de misericordia; las casucas viejas, las aguas mansas, los cielos lluviosos, las ruinas desoladas... Y todo ello era a la vez dulce y doloroso.

En el silencio de la villa cantaban las campanas, y sus ecos llegaban blandos, tenues, a través de la lluvia. ¿Qué decían las campanas graves, las campanas tristes, las campanas quejumbrosas, única voz de la villa muerta? ¿Qué decían aquellos bronces seculares, que habían llamado a rezar y a morir a tantas generaciones, con sus lenguas de metal? Voz de templos y monasterios, voz de lo pasado, voz de lo por venir, voz de la eternidad... ¡Voces lúgubres de relojes y campanas acusadoras del tiempo, mensajeras de la muerte!

Empujado Jesús por la pena viva de los paisajes otoñales, encerrábase en su estancia, y allí, sentado en el hondo sillón antiguo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en el cielo gris, abandonábase a la melancolía.

La casona yacía muda como un panteón. El hidalgo estaría leyendo o meditando en su aposento o en compañía de don Fernando y don Elías. Silda, en su celda también, haría labor o charlaría con sus amigas. Un humor amargo como la hiel apartaba a Jesús del trato y compañía de las gentes. Excepto en las horas de comer, apenas se veían el padre y el hijo. Un ambiente frío, hostil, reinaba en toda la casa, menos en los lugares donde posaba Silda, y ni aun ella a veces se atrevía a entonar el gorjeo de sus risas, de puro medrosa

y lastimera. Cuando el hidalgo y su hijo estaban juntos, pasábanse las horas enteras calladamente, sin despegar los labios. Jesús solía romper aquel silencio que le hacía daño, y que era, por su parte, como un agravio al padre. Y entonces hablaban de hechos indiferentes, de cosas ajenas. Nunca una intimidad, una ternura familiar, una confidencia, les unían con calor de sentimiento. Ambos temían romper aquella correcta indiferencia que era como condición tácita de paz. En aquellos silencios o en aquellos diálogos fríos había todo un drama de orgullos y divergencias, de penas vergonzantes y cóleras contenidas. Aquellas pobres almas sufrían a solas, sin llegar a comprenderse. Sólo un rayo de luz, un súbito relámpago de la verdad, hubiese bastado para que el padre y el hijo se uniesen en un abrazo y en un sollozo, como en aquel momento de la llegada de Jesús; pero una fatalidad les separaba y les hacía cada vez más extraños...

Es una profunda verdad psicológica la de que podemos vivir años enteros con una persona sin llegar a comprenderla nunca. Aun hablando el mismo idioma, no todos nos entendemos, porque las ideas se refractan en el cerebro, y el concepto de las palabras, la fisonomía de las cosas son completamente subjetivos. Esto es precisamente el caso de la mayor parte de los padres con respecto a sus hijos, y viceversa.

Forjado don Juan Manuel en yunques históricos, no podía alcanzar su alma sencilla y rectilínea los misterios de otra alma quebrada y ardiente, ni adivinar la turbulencia de un corazón sacudido por la bancarrota de la fe y de la ciencia, por las dudas, las pasiones y los ensueños del siglo. Al contemplar a su hijo parecíale un ser afeminado y grotesco, pe-

dante y vanidoso, juguete de ideas necias y de insensatos deseos, un aborto de su casta hidalga. Sentía vergüenza de él, de sus palabras, de sus opiniones, de las cosas irreparables que había dicho y escrito. Cuando Jesús volvió a Santillana, acarició don Juan Manuel cierta esperanza de redención; mas al poco tiempo vió en su conducta irregular, en sus conversaciones audaces, en sus lecturas y extravagancias, algo, tan irremediable a su juicio, que le llenó de pesadumbre. Un día cayeron en sus manos los libros que Jesús había publicado en otro tiempo; cuando leyó aquellas modernidades escritas en mal castellano y aderezadas con atrevida impiedad, acabó de horrorizarse. «¡Toma, toma esos libros! —díjole a Jesús, devolviéndole sus volúmenes y lanzando una terrible mirada—. ¡Guarda esos engendros de estupidez y brutalidad con que has manchado mi nombre! ¡Guárdalos donde nadie los vea, o quémalos, o haz con ellos lo que te plazca! ¡Ojalá me hubiese ahorrado la vergüenza de leerlos!» Y le volvió la espalda, con un gesto de desprecio.

Jesús devoró en silencio la afrenta y destruyó hasta el último de aquellos libros, donde había volcado un día todas las sinceridades de su alma. Y al destruir aquellos pedazos de su corazón, aquellos abortos de su inteligencia, lloró amargamente, como si con ellos destrozara algo de sí mismo. Contempló sus cenizas estériles que el viento dispersaba, y por una extraña asociación de ideas vino a su memoria el recuerdo de aquel otro hijo de su carne, de aquel pobre fruto de sus amores con Rosa Luna, que también se había convertido en cenizas...

A pesar del desprecio con que su padre le tratara, y que abrió una herida incurable en su corazón, sentía una supe-

rioridad intelectual sobre el hidalgo, y la conciencia de tal superioridad produciale una mezcla de orgullo y pena. Juzgaba a su padre un ser sencillo y obscuro, lleno de preocupaciones, mezquino, ridículo a veces. Sin acertar a comprender todo lo que había de íntegro, de hermoso y venerable en don Juan Manuel, mirábale con despecho y sequedad. Arrepentíase luego de este rigor que con su padre usaba, y al verle pasar por su lado, triste, pero altanero, apergaminado y percudido por años y penas, sentía una lástima profunda, una ternura misericordiosa, henchida de lágrimas...

¡Cuán semejantes, sin embargo, eran el padre y el hijo! Jesús era el hijo del hidalgo de Santillana, como el siglo presente es hijo de los pasados; almas viejas en cuerpos jóvenes; hidalgos del antiguo régimen, sin espadas ni pergaminos, pero llenos de residuos atávicos; cosas viejas con nombres nuevos; el vino añejo fermentado en los odres de hogaño. Del padre al hijo, a pesar del abismo intelectual que les separaba, continuábase la casta de los *Cevallos infançonados*, venida a lamentable decadencia...

Silda sufría por todas las cosas que veía y aun por las que adivinaba; sufría el padre por el desengaño del hijo; sufría el hijo por la dureza del padre; ninguno de ellos osó confesar su pena a los otros ni procuró fundirla en una suprema reconciliación.

Jesús se abandonaba a la tristeza y al silencio de aquella casa, como a la embriaguez de un opio suicida. Pasaba los días enteros, como en su niñez, saboreando la monotonía de la vida claustral, sumergiendo el alma en una onda melancólica que le acariciaba hasta hacerle daño. A veces tañía el violín, y en el reposo grave de la morada gemía la cuerda

dulcemente, como el llanto de un niño. Y cuando su alma se henchía demasiado, al notar las palpitaciones del corazón, reveladoras de un recargo nervioso, lanzábase al campo y gastaba en violentos ejercicios aquel ímpetu del alma que le temblaba en los pulsos.

Sus preocupaciones morales llegaron a despertar las antiguas dolencias físicas, adormecidas al comienzo de esta vida sedante. En los primeros meses el sosiego de la villa pareció haberle curado; un consolador olvido caía como rocío [illegible]nto sobre sus penas; algo enérgico y robusto se abrió en [illegible] corazón como una rosa de sangre; la tranquilidad, la sana alimentación, la paz del campo, fueron grande parte a su bonanza. Hacíase a la idea de haberse retirado a vida de contemplación en un monasterio. Y esta idea de renunciamiento ayudóle a recobrar un poco su misticismo sereno de antaño. Viéndole así, concibieron sus deudos y amigos la esperanza de que aquella alma extraviada volviese a los caminos de la fe. Holgábase de ello el hidalgo; aguardaba el padre Elías una ocasión propicia de volverle a su redil, y Juliana, de acuerdo con el sacerdote, frecuentaba la casa de don Juan Manuel, buscaba a su primo con fingida cautela y procuraba encaminarle a conversaciones y prácticas de devoción, aprovechando la influencia que aun ejercía en el alma del ingrato. La idea de convertir al réprobo habíase aposentado en el pensamiento de Juliana; aquel amor temprano que despertó su vida y su alma de mujer quedábale en el corazón como un recuerdo agridulce, como una pena religiosa y resignada. El espíritu de sacrificio florecía en su corazón; cuando su padre quedó ciego sintió, en medio de su dolor, la alegría de sostener aquella vida caduca, puesta en tinieblas por la fatalidad.

Después, cuando Jesús llegó a la villa de nuevo, envuelto en una leyenda de pasiones y herejias, enfermo y triste, sintió una profunda compasión por él. Creía ella su amor de niña muerto para siempre, incorporado al amor místico de Dios, y sólo vió en aquel hombre, tan presto envejecido, la imagen de una gran desventura. No sabía la cuitada que el amor humano se viste de lástimas y ternuras para herir mejor las almas.

Abandonábase Juliana a aquel influjo que ella creía del cielo, soñando con atraer a la piedad al hombre que amó, y abdicando en aras de este bello sueño su orgullo de mujer. Los precoces amores que tuvo con Jesús, los únicos profanos de su vida santa, habían despertado aquella naturaleza tan viva y tan nerviosa, sin satisfacerla, antes bien, dejándola en suspenso. Cuando llegó la hora del gran desengaño, sintió primero orgullo y cólera, después un sordo despecho, y por último anegó todos sus sentimientos en la fe religiosa, eterno baño y morada de las almas tristes. La piedad, el espíritu de sacrificio, el heroísmo con que llevó la carga de su vida, bastaron para dar empleo a sus fuerzas interiores.

Y ahora, cada vez más abrasada en la llama de amor viva de su fe, acercábase a Jesús piadosamente, con el afincamiento de un instinto religioso y maternal.

Los primeros pasos de la dulce misionera no tuvieron éxito. Una sonrisa triste, de amarga incredulidad, vagaba siempre en los labios de Jesús. Estremecíase la joven al mirar aquella sonrisa helada, y encomendábase a todos los auxilios de la gracia para reducir al «ángel malo», cuyos ojos grandes, ardientes, fascinadores, la producían extraños sobresal-

tos. Llegó a tener miedo de aquellos ojos, y, sin embargo, le atraían como dos abismos.

El padre Elías ayudaba a esta que ambos llamaban santa conversión. Jesús, bajo la influencia de los dos catequistas, vehemente el uno como el alma de San Juan de la Cruz, benigno y suave el otro como el amor de San Francisco, sentía despertar en su interior las ansiedades que en él dormían. Las ideas bailaban en su cerebro, y la razón, esta dueña imperiosa y soberbia, protestaba indignada de tales asaltos; pero las puertas del corazón se abrían poquito a poco y las golondrinas del Calvario entraban a su sabor buscando nido!...

Jesús era sobre todo un sentimental, un temperamento impulsivo, presto siempre a hacer explosión. A pesar de sus humos de intelectual, en él, como en su padre, la inteligencia estaba gobernada por el sentimiento, con un gobierno loco y desenfrenado.

Sin darse cuenta, Juliana y el sacerdote, excitando la sensibilidad morbosa de Jesús con aquella constante presión, turbaron la paz del triste, revolvieron sus posos morales y le llenaron nuevamente de confusiones. Con la preocupación moral vino el quebranto físico, el despertar de las viejas dolencias mal curadas. En la melancolía de aquel otoño sintió Jesús colmado el cáliz de sus amarguras.

Encerrado en su estancia, abatido sobre el viejo sillón, cruzadas las manos sobre el pecho, viendo llover afuera, abandonábase a la soledad, hurtando su presencia a todos, huyendo de aquella persecución religiosa que tanto daño le hacía. Sentíase cansado y enfermo, débil y vencido; percibía en su cerebro obscuro una excitación mental, como si todas

las células se inflamaran en un derroche de actividad sin objeto; algo así como una rueda encendida que girase vertiginosamente. Parecía que el corazón le pesaba en el pecho como un cuerpo extraño, y que, a veces, en una diástole dolorosa, le apretaba los pulmones hasta los límites de la asfixia. Invadíale una desesperación silenciosa y trágica, que se abatía sobre su carne atormentada, atenazando los centros nerviosos y mordiéndole las vísceras.

Así pasaba horas y horas, encerrado en su estancia, como un animal enfermo, con los ojos enormes, fosforescentes, fijos en un ángulo, los brazos cruzados, el cuerpo desvaído, la expresión estúpida. El cerebro funcionaba como una máquina descompuesta; la conciencia se llenaba de sombras; el pensamiento giraba como un volante, en loca fuga de ideas.

Estas crisis solían terminar en un acceso de ternura. Lloraba larga y ardientemente, en una explosión de toda su alma. Parecía que el corazón y los ojos se le deshacían en llanto, se le licuaban en el caliente río de sus lágrimas.

Una voz interior le decía: «¡Llora, llora como una mujer, ya que no supiste vivir como un hombre!» Y estas palabras, remembranza de aquel pobre rey vencido, eran como el grito de su debilidad, como el reproche de aquella madre cruel de sus melancolías.

Lloraba por su juventud perdida, por su vida truncada, por su voluntad muerta, por la sombra y el miedo del porvenir, por todo lo que tenía su corazón de niño y de poeta, de místico y enfermo, de femenino y sentimental.

Así lloraba aquel día de otoño, con la cara oculta entre las manos, en la soledad de la estancia, frente al balcón abierto sobre Santillana la muerta...

Un leve ruido que sonó le hizo levantar la cabeza. Pensó que en aquel momento podía entrar alguien y verle desfallecido y lloroso, como una mujer; su dignidad y su orgullo se irguieron, y alzóse del sillón, se enjugó los ojos y tragó las lágrimas con un gesto brusco y viril.

La puerta se abrió un poco, gimiendo, y por la estrecha abertura asomó una gatita blanca, la gatita blanca de Silda. Miró el felino a Jesús con sus ojos verdes de mujer, abrió un poco más la puerta con su patita de terciopelo y se coló en la estancia, mayando suavemente...

Rió Jesús al ver el indiscreto huésped que venía a consolarle, y haciéndole fiestas y mimos, como a un niño, le acomodó en el sillón, donde el animalito hizo la rosca, rezongando satisfecho.

Dejóle Jesús por dueño de su estancia, salió al pasillo, y al llegar al aposento de Silda empujó la puerta y se asomó cautelosamente, con ánimo de sorprender a su hermana.

Frente a un cuadro de la Virgen, colocado a la cabecera de su cama, Silda estaba arrodillada. Levantóse al abrirse la puerta y salió al encuentro de Jesús.

—¿Rezabas, Silda?—preguntó Jesús dulcemente.

—¡Sí! Rezaba a la Virgen...

—¿Por quién rezabas?

—¿Por quién había de ser? —respondió Silda con tristeza—. Rezaba por ti, hermano mío...

V

En el aposento de Silda sentía Jesús calmarse todas sus penas. Reinaba allí un ambiente tan dulce, de juventud sana y resignación alegre, que se le metía mansamente en el corazón. El buen espíritu de la hermana había puesto un poco de blancura y de gracia en cada mueble, en cada rincón, en cada cosa de las allí presentes. Jesús sentía remordimiento de haber huído, en sus días de pesadumbre, de aquel refugio fraternal. Y en tanto lloraba estériles soledades, Silda rezaba por él. La ternura de aquel puro cariño le acariciaba como una brisa serena, como un soplo de gracia celestial. Era el ángel bueno de la casa, la hermana de caridad presente a toda hora para consuelo de los afligidos. Ella acudía a templar con caricias el gesto adusto del hidalgo, sabiendo amansar con su mano gordezuela y sonrosada las asperezas del viejo león, y suavizar con óleos de ternura las acritudes de su hermano. Como una madre con dos hijos rebeldes y caprichosos, Silda llevaba de la mano a los dos *niños* gruñones y mantenía con sus robustos brazos de campesina la pesadumbre de aquella casona. Merced al sacrificio de su juventud, aquellos dos duros Ceballos iban con sus cansadas vidas adelante, con algo de resignación y de paciencia. Era como la cariátide de aquel viejo palacio secular...

—¿Por qué no te casas con Juliana?—dijo Silda de pronto, viendo a Jesús con aquella cara de dolor y de tedio.

—¡Mujer!—repuso él, sorprendido—. ¿Qué idea te ha dado?

—¡Es natural! ¿No fuisteis novios?... Así... no estás bien. Tú necesitas ordenar tu vida... imponerte un deber y ¡qué diablo!... ser útil para algo en este mundo... ¿Vas a pasarte la vida así, con esas extravagancias, con esas locuras, como un alma en pena?... Liana es una santa, y aunque ella jamás ha vuelto a hablar de eso desde el día en que te fuiste... yo creo que no sería difícil convencerla.

—¡Quita, mujer! No digas semejante cosa...—repuso Jesús con aspereza—. ¡Eso es una tontería!...

—¿Por qué? ¡Vamos a ver!... ¿Es que tú no la tienes ni una pizca de ley? ¡Ingrato! ¡Tanto como ella te quiso!

—Y yo la quiero aún. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Es tarde ya; es demasiado tarde... No tengo derecho a la felicidad.

—¿Lo ves? ¡Cuando yo digo que tú no estás bueno de la cabeza! ¿Conque no tienes derecho? .. ¡Ja, ja!—Y Silda se echó a reir a carcajadas.

—No, Silda, no te rías. Tengo razón. ¿Con qué derecho voy a arrojar en unos afectos puros, en un hogar casto y honrado, las tristezas y los virus de mi vida pasada, y a arrojarme enfermo y envejecido en los brazos de esa santa? Dicen que soy malo; pero aun tengo conciencia...

—¡Válgame el Señor y qué locuras dices, hermano! ¡Cualquiera creería que eres un vejestorio! Apenas si has llegado a los cuarenta y ya te llamas viejo, inútil, pasado de moda... ¡Ay, hijo, parece mentira que hayas corrido tanto mundo!... ¡Pues no parece que has nacido ayer!... El hombre a los cuarenta está en la flor, como quien dice...

—Yo tengo por dentro cien años...

—Buen provecho te hagan, que en la cara nadie te los conoce... Algunas canas sí que tienes; pero eso es de la casta. Nuestro padre las tuvo, según dice, a los treinta. Además, Juliana no es tampoco una niña, y sois tal para cual, hasta en lo alicaídos y desaliñados... ¿Cuántos años le llevas?... Cuatro o cinco a lo más...

—Calla, mujer, no insistas. Tú no entiendes de esas cosas.

—¡Siempre lo mismo! Tú no entiendes, tú no sabes, tú eres una pobretuca ignorante. En cambio tú, don *Sábelo todo*, eres un infeliz desde los pies a la cabeza. ¡Si te conoceré yo! Tanto como dicen que si tal, que si cual, y a pesar de todas tus locuras, eres un niño grande... Hasta lloras por la menor cosa, como un chiquillo. ¡Ahora mismo tienes los ojos como dos tomates!... ¿No te da vergüenza? Yo soy una mujer... y no lloro casi nunca... Al contrario, siempre estoy riendo como una loca... Muchas veces me digo: ¿será que tengo mal corazón? Pero un angeluco viene del cielo y me dice: ¡No, tonta; haces bien; ríe, ríe; en el cielo ríe todo el mundo; sólo en el infierno se llora!

—¡Bendita seas, Silda!... Tú eres la alegría de la casa. Dios te ha puesto aquí como pone las flores junto a los sepulcros: para demostrar que la santa alegría es posible en todas partes...

—Bueno, hermano. ¡Basta de zalamerías! ¡Haz lo que te digo! ¡Cásate con Juliana!

—¿Cómo voy a entregar a una tan santa mujer mi corazón viejo y gastado, presa ya de otros amores? Yo recuerdo con horror el cuadro triste que vi muchas veces, de hombres llegados al hogar tardíamente, que vivían sin ilusión, engañando al mundo o viviendo con el remordimiento de sus

culpas, escritas en la carne inocente de sus hijos!... Yo no quiero perpetuar la miseria de mi sangre ni profanar los santos misterios de la vida... El amor se ha hecho para la juventud, para la verdadera juventud, sin canas ni estigmas; para brillar con alegrías de primavera y no en crepúsculos de otoño. El amor de otoño es lluvia de hojas secas. Es tarde, Silda, demasiado tarde.

Callaron los dos y quedáronse pensativos, mirando al través de los cristales del balcón. Había cesado de llover, y el cielo, de un puro azul violeta, brillaba con la serenidad y la melancolía del otoño entrante. Las golondrinas rozaban con el ala en los cristales como en otro tiempo... y Jesús evocaba la rima de Bécquer que de niño había aprendido, viendo pasar las obscuras golondrinas, y escalar las tupidas madreselvas las tapias del jardín, y oyendo sonar en sus oídos las palabras ardientes del amor... Y la profunda tristeza de todo aquello que no había de volver nunca más, sollozaba en su alma dolorosamente...

—Hablando del ruin de Roma—exclamó Silda riendo—. Ahí viene Juliana...

—Y yo me voy—dijo Jesús con presteza—. No tengo el ánimo para disputas teológicas...

Y se fué rápidamente, antes de que Juliana le viese, huyendo de aquella Catalina de Sena que soñaba en convertirle...

Otro refugio de Jesús, en sus horas de tristeza, era una casuca vieja y humilde, no lejos de la llamada de Gil Blas, donde vivía un su amigo de la infancia, Luisito Calderón, organista de la Colegiata.

Era Luisito Calderón un muchacho—lo parecía, aunque tenía casi los mismos años que Jesús—pequeño, fino, de tez morena y ojos azules, contraste que aumentaba la dulzura de su mirada y de su carácter. La Naturaleza le había dado un alma muy hermosa y la había encerrado en la torpe cárcel de un cuerpo deforme. Tenía los pies zambos y érale preciso apoyarse en unas muletas para andar. Tímido, por razón de su educación y su carácter, habíase doblado su timidez con aquel defecto físico, con aquella marca de debilidad con que la Naturaleza le había señalado. Era además torpe de palabra y blando de condición; muy dado a la música desde niño, habíase acostumbrado a expresar sus sentimientos por medio de aquella lengua dulcísima, y cuando usaba la propia, fuera de la intimidad, azorábase y balbucía como un niño. Diéronle escasos estudios de Letras y no muy holgados de Música. Estuvo largo tiempo en la ciudad, y, al cabo, dando de mano a sus ambiciones de artista, acogióse en Santillana al calor de la protección de don Elías, y allí pasaba el ocaso de su juventud melancólica, con la pena de sus ambiciones malogradas. Su madre, con quien vivía, viuda de un hidalgo de gotera, había sido muy hermosa, y de ello tuvo fama en toda aquella región, donde su hermosura brilló en saraos, casas de hidalgos y libros de poetas. Los dolores propios y los de su hijo, su viudez y su pobreza, la envejecieron muy temprano...

Luis Calderón apenas había conocido a su padre; su primera juventud fué mansa, tranquila y triste. Sensible y tímido, constituía el amor para él un deseo muy dulce nunca realizado, una melancolía preñada de lágrimas, una pena voluptuosa; cada figura de mujer que veía le ponía vibrando

como un arpa. Sin conocer apenas los secretos del amor, encerrado hacía largo tiempo en una firme castidad, diluíanse todos sus deseos sensuales en un sentimentalismo doloroso que le hacía derramar lágrimas.

Cuando llegó Jesús, Luisito estaba sentado al piano, un piano antiguo, de cola, que él mismo había compuesto, después de hallarle arrinconado en el desván de su casa. El pobre músico acariciaba la ilusión de comprar algún día un piano moderno, y dolíase de usar aquel viejo instrumento, cuyas voces parecían veladas, como si tuvieran el contagio de la triste villa, donde todo era vetusto y lamentable.

—Aquí todo es arqueológico—decía Jesús, bromeando con su amigo—. Parece que todas las cosas tienen más de cien años. No se concibe en Santillana una cosa nueva. Todo está como empañado, empalidecido por tiempos y distancias. Los relojes, las campanas, los órganos, los pianos, los violines, los acordeones, las voces humanas, no tienen aquí el mismo timbre que en otras partes. Los sonidos parece que llegan de lejos, con sordina, y tienen un metal extraño, quejumbroso, como si viniesen del otro mundo. ¿No te has fijado en el timbre nasal y melancólico de una voz que canta después de haber llorado?... Tal me parece que suena todo en Santillana.

Reíase Luis de las extravagancias de su amigo, y poniendo sus pies deformes sobre los pedales, jugaba con sus manos finas y largas, manos de artista, en la blanca dentadura de la clave.

—Este piano suena a clavicordio a fuerza de estar cascado. Oye esta pastoral de Scarlatti... ¿No parece el sonido dulce del arpa de un clavecino? Hay momentos en que creo

que este piano, por excepción, tiene la virtud de los instrumentos de arco y de las botellas de vino: que gana con el tiempo.

Y reía el pobre, con risa amarga, sintiendo caer en el corazón su propia ironía.

—¿Por qué no has traído el violín?—preguntó a Jesús—. Repasaríamos la sonata de Kreutzer...

—Mira, Luis, toca algo de Chopin... El tedio me ahoga... Necesito algo que me muerda y me sacuda.

—¿Un vals? ¿Nocturnos? ¿Una balada?

—Toca un poco del concierto en *mi* menor.

—¡Qué romántico estás!...

Puso Luis sus manos sobre la clave, y con una gran fuerza de mecanismo atacó la primera parte del concierto, de tan difícil ejecución. Después, al interpretar el canto, aquel canto apasionado, romántico, lleno de ternura, lo hizo con tan profunda *morbidezza*, que se le llenaron de lágrimas los ojos.

—¡Cómo sientes!—dijo Jesús, conmovido—. ¡Qué alma tienes más lírica! Lástima que no salgas de aquí, que no oigas mucha música, que es lo que te hace falta... ¿Has oído a algún «virtuoso»?

—Sólo oí una vez a Saüer... ¡Si vieras qué pena siento!... No sé... no sé... cómo te diga... A mí me pareció que yo no era un tonto... que tenía aquí, en el corazón, algo... algo de Dios... gracia, sentimiento, poesía, arte... eso que llaman inspiración. De niño, tú lo sabes, consolaba mis penas cantando... De noche, aquí en estas calles desiertas... me ponía a cantar melodías que yo mismo inventaba, y lloraba, lloraba cantando... Después, cuando aprendí música, vi el cielo

abierto. ¡Esto, esto, me decía yo, es *lo mío*, lo que debo yo cultivar!... ¡Tenía dentro de mi alma tantas cosas! Y sabía cómo expresarlas... Cuando era pequeño, como iba con muletas, los chicos de mi edad se burlaban de mí, me tiraban piedras... En la escuela era yo el hazmerreir. Lloraba yo de tantas injusticias y toda mi alma se iba... llenando de amargura. Y cuando aprendí Música tuve ya una manera de desahogarme. Aunque siempre fuí muy poquita cosa, soñé con llegar a mucho... en esto de la Música. Me decían que tenía cualidades, que tenía talento; y yo mismo sentía algo muy hondo dentro de mí... ¡Todo pasó, querido Jesús, todo pasó! Aquí me tienes, encerrado en esta villa, como en un claustro... Yo que soñé con París, con Viena, con Italia... ¡Feliz tú, que has estado en París!

—Todos sois lo mismo—repuso Jesús con gravedad—; lo mismo que los niños. Os deslumbra lo desconocido, lo exótico. ¡París! ¡París! Por dondequiera que voy, hasta en este rincón de la Montaña, todo el mundo sueña con salirse de sí mismo... La Humanidad es igual en todas partes: miseria, estúpida miseria... No te duela, amigo Luis, el haberte metido en este rincón. Yo también he venido aquí buscando un poco de reposo. ¿A qué soñar con glorias? Vanidad de vanidades... Que el polvo vuelva al polvo serenamente.

—No creas—dijo Luisito sonriendo—, hoy me parece este rincón el más bello del mundo... Parece que el sol se me ha metido en el alma... ¿No sabes? ¡Estoy enamorado!...

—¿De veras? ¡Quién lo creyera! ¡San Luis Gonzaga enamorado!...

—No te burles... quiero hacerte una confesión...

Acercóse Luisito al sillón donde estaba sentado Jesús.

Apoyándose en sus muletas, arrastrando sus pobres pies inválidos, sonreía con un poco de rubor, olvidado en aquel momento de sus amargas melancolías...

—¡Verás! Yo te diré... Estoy enamorado... ¿de quién dirás?... De Rosuca...

—¿De Rosuca?—preguntó Jesús, sin poder reprimir un gesto de sorpresa desagradable.

—Sí, de Rosuca. ¿Por qué te extraña?

—No, no me extraña—contestó Jesús, repuesto de la sorpresa—. ¿Por qué había de extrañarme?

—Sí, sí; yo comprendo que es una audacia, una terrible audacia. ¡Ella, tan hermosa; ella, que es un sol de Mayo! ¿Cómo va a querer a un pobrecillo como yo, obscuro, torpe, lisiado, sin fama ni dineros?—Y al pobre Luis, al decir esto, se le saltaban las lágrimas.

—¿No le has dicho nada todavía?—preguntó Jesús.

—¡Qué he de decirla, pobre de mí! ¡Si sólo de pensarlo me entran unos sudores y unas agonías de muerte!... ¡Si hasta el pensamiento me avergüenza!... ¡Si vieras lo que yo sufro!... Es decir, es sufrimiento con mezcla de placer... Padezco de verme tan cobarde, y gozo pensando en ella, mirándola siempre retratada en las niñas de mis ojos... ¡Sólo a ti, que eres un amigo del alma, me atrevo a contártelo! Si alguien que no fueses tú lo supiera... ¿No parece que he nacido para ser la burla de los demás?...

—Por Dios, querido Luis, no te pongas así; no lo tomes tan a lo trágico... Todo tiene remedio en este mundo. Ella es guapa de verdad y bien merece un sacrificio. ¿Por qué no ha de quererte?... Dile algo... ¡Haz un esfuerzo!...

—¡Oh, no puedo! ¡Nunca podré!... Sí; es ridículo que un

hombre que tiene más de treinta años se ponga colorado y se corte como un niño delante de una mujer... digo... de una chiquilla... que casi podría ser hija mía... Pero, ¿qué le voy a hacer? Ello es así.

—¿Quieres que yo...? Podría hacer algo... Preparar el terreno... Ella frecuenta mi casa... ¿Qué no haría yo por un amigo como tú?

—No; nada de eso... Me moriría de vergüenza...—Y al decir esto, Luisito cogía a Jesús del brazo, reteniéndole, como si temiera que se le escapara y fuera a decirle algo a Rosuca.

—¡Tonto!... ¿Por qué no quieres?—le decía Jesús, sintiendo en el alma la ternura de aquella amistad—. ¿No me tienes por discreto?... ¡Vaya! ¡No hablemos más del asunto!... Yo lo arreglaré todo.

Luisito sufría, luchando entre su amor y su timidez.

—No sirvo, no sirvo para nada. ¿Por qué vivirán en el mundo los hombres como yo?

Y empañados los ojos de lágrimas sentóse al piano, y necesitando expresar con aquel sublime idioma del alma los sentimientos que tan rudamente le combatían, comenzó a tocar el *adagio* de la sonata en *do* menor de Beethoven, aquel ideal *claro de luna* de tan patética desesperación. La música solemne, amplia, religiosa, donde el alma oceánica del coloso había puesto su eterna melancolía, llenó toda la estancia con sus graves acordes. Luisito se había transfigurado; el viejo piano, bajo la zarpa vibrante de aquel desgraciado artista, parecía recobrar sus antiguas voces; el músico, dominado por su propia sensibilidad, con los ojos arrasados de lágrimas, como si arrancase aquellas notas de su corazón,

temblaba de emoción y de pena, alzando la cabeza desmelenada en la actitud de un cisne que canta para morir...

—¡Oh música!—exclamó Jesús cuando se desvanecieron en silencio las últimas resonancias de aquel sublime adagio—. ¡Templo sereno de los tristes, refugio de los desgraciados, religión de los que han hambre y sed de infinito! ¡Santa invención de los hombres para acercarse a Dios, para buscar en el gran vacío del universo la palabra reveladora! Nada hay en este mundo, excepto el amor, que más profundamente conmueva nuestras vísceras ni que con más señorío se apodere de nuestras almas. ¿Quién que a tus divinos umbrales se acerque, con devoción y sentimiento, no será consolado? Hasta en el duro corazón de los monstruos y de las fieras hay una fibra que sabes herir delicadamente... ¡Oh padre Pitágoras: tú, un día, tuviste un genial atisbo de la verdad cuando viste plásticamente la realidad de los números y escuchaste en el silencio de la noche el ritmo grave de los astros, la armonía de los planetas, la música sorda del universo infinito!...

Y bajo aquella ola de sentimiento y de emoción que la música había despertado, Luis y Jesús, como salidos de este mundo, creían oir con el viejo Pitágoras un rumor melodioso que bajando de los cielos inundaba su alma de ondas sonoras...

VI

Andando de puntillas, con el dedo puesto en la boca, guiñando sus ojos verdes con un delicioso gesto de picardía, llegó Rosuca a la puerta del cuarto de Jesús. Dió dos golpecitos en ella, y viendo que no contestaba nadie alzó el picaporte y asomó su linda cabeza rubia al aposento. Hizo una seña a Donia y Silda, que venían detrás, y abriendo la puerta se colaron las tres muchachas adentro.

Un sentimiento, mezcla de timidez y de malicia, hizo ruborizarse a Rosuca y Donia. Jamás habían penetrado en aquella estancia, que para ellas tenía un grave misterio. Siempre les había picado la curiosidad de entrar allí, de husmear aquellos rincones, de violar el secreto de aquella habitación encantada. Y una vez adentro, sentían una vergüenza terrible, como si el grave huésped estuviera presente, y andaban de puntillas sin atreverse a hablar, cual si se hallasen en la iglesia.

La estancia decía bien a las claras el desorden en que vivía su dueño. El suelo estaba sembrado de libros; la mesa, llena de revueltos papeles; en un rincón había un baúl abierto; en el estante los volúmenes estaban unos encima de otros, en descuidado montón; hasta en la cama, deshecha, había libros. En sus días de murria prohibía Jesús que entrasen en su cuarto, lo que llenaba de consternación a la pobre Silda, amiga del orden y del aseo como una gatita.

En aquellos días aciagos, aun esos libros serenos y bien-

hechores, donde las almas atormentadas suelen hallar consolación, le producían violento fastidio. En un acceso de furor, sin duda, había arrojado un buen golpe de libros a un rincón del aposento, donde estaban con sus hojas revueltas y confundidas. Un ejemplar de los diálogos de Platón estaba boca abajo, besando el suelo, y el Zarathustra de Nietzsche había quedado en insolente actitud, patas arriba, encaramado sobre la Etica de Spinoza. Ni aun los *Ensayos* de Montaigne, ni *El Discreto* de Gracián, ni siquiera el ejemplar del Kempis, encuadernado en tafilete, regalo de Juliana, se habían salvado de aquella cólera atrabiliaria.

El violín, abandonado en un ángulo, metido en su caja, parecía el ataúd de un niño. Sobre la cómoda el búcaro, con un ramo de flores mustias, semejaba una ofrenda de cementerio.

—¡Abrid esos balcones!—decía Silda, llena de enojo, al ver aquel cuadro de abandono y desorden—. ¡Que éntre el sol! ¡Que éntre la luz! Pues ¿no parece esto una cueva de gitanos? ¡Dios me valga! ¿Pues no duerme vestido este condenado? ¡Me hace pasar cada berrinche!... Ayudadme vosotras... ¡Vamos a poner esto como los chorros del oro! Tú, Rosuca, recoge los libracos y ve poniéndolos en el estante. Y tú, Donia, mete esas ropas en el armario, después de sacudirlas bien en la solana... Yo haré la cama y barreré el cuarto... Voy por la escoba más grande que haya en la casa... ¡Pues si hay telarañas hasta en los cristales del balcón!

Salió Silda, diligente, y quedáronse allí Rosuca y Donia. Tan alegres estaban al ver satisfecha su curiosidad, que se pusieron a dar saltos y cabriolas. Luego, en vez de recoger las ropas y los libros, como Silda había mandado, se pusie-

ron a revolverlo y a husmearlo todo, como dos ratoncillos juguetones.

—¿No ves lo que hay aquí?—dijo Rosuca, abriendo el cajón de la cómoda.

—¡Mujer! ¡Que va a venir Silda! ¡Cierra eso!—exclamó Donia, azorada.

—¡Calla, tonta! ¿No ves? ¡Un retrato de mujer!

—¡Ah, es verdad! ¿Quién será esa señora?... Y es joven... y es bonita...

—¡Será alguna novia que habrá tenido el picarón!

—¡Ah! ¡Mira! Aquí, al respaldo, dice: «La Camelia».

—¡Ay, Donia: esto me huele a... enredos!...

—Y a mí también, Rosuca... Pero... ¿qué es eso que aparece ahí?

—¡Por Dios!—dijo Rosuca dando un grito—. No lo toques; es una pistola... A ver si está cargada...

—¡Ay, mira! ¡Una cartera! ¡Otro retrato! ¡Y es de un niño!...

—¿A ver, a ver? ¡Pero qué delgaduco y qué feo!... ¿Qué dice ahí detrás?

—Barcelona, París... y dos fechas borrosas...

—¿Quién será ese niño? Y debe de haberse muerto el pobretuco... ¿No ves? Tiene esa fecha una cruz...

—Mujer, cierra eso, que nos van a ver!

—¡Jesús, hija, qué cajón de sastres! ¿No ves? ¡Pañuelos, corbatas, más libros, un frasquito de esencias, una petaca, un calcetín!...

—¡Cierra, mujer, que viene Silda!

Cerraron aquel antro de secretos. Encendidas de rubor ambas, de curiosidad y de vergüenza, empezaron a coger

libros y ropas con la mayor diligencia, en tanto aparecía Silda en la puerta, arremangada la falda, puesto el pañuelo a la pasiega sobre sus cabellos rubios y con una escoba en la mano.

—Pero, ¿todavía estáis ahí hechas unas bobas, sin haber quitado los trastos de en medio?... ¡Miren las curiosas!... Habrán estado fisgándolo todo... ¡Valientes *cuchumanderas!*... ¡Si os hubiera pillado Jesús!

Pusiéronse las dos muchachas todavía más encarnadas de lo que estaban, al imaginar que las hubieran sorprendido en aquella furtiva faena.

En un periquete estuvo el aposento limpio, ordenado y reluciente. Rosuca y Donia empezaron a danzar sobre el pavimento encerado, hasta que le sacaron lustre y le dejaron como un espejo. Cerraron después el balcón, bajaron las cortinas y quemaron un papelito de aroma que Silda trajo a prevención, dejando el cuarto tan limpio, fresco y perfumado, que daba gusto entrar en él. «¡No merecía el huésped tales cuidados!—decía Silda con gracioso enojo—. ¡Lástima de plumeros y de escobas, de cera y de sahumerios!»

—¡Cuánto libro!—exclamó Rosuca, embobada, contemplando el estante—. ¿Para qué quiere tu hermano tantos libros?

—Hija, para romperse la cabeza—dijo Silda frunciendo el entrecejo—. ¡Condenados libros! ¡Ellos le han trastornado el seso! Si a mí me dejaran... iban todos al fuego... De buena gana los tiraba por el balcón al huerto y hacía con ellos una hoguera que llegase al tejado...

—¡No, hija! exclamó Rosuca con pena—. Los libros son muy bonitos. ¿No es lástima quemar lo que cuesta tanto tra-

bajo escribir? Además, los libros enseñan... ¿No tiene libros tu padre?... ¿No tiene libros don Elías?...

—Hay libros buenos y libros malos repuso Silda con gravedad—. Hay libros que son peores que el veneno. Los libros de caballería volvieron loco a Don Quijote. Y a mi hermano le va a pasarlo que a Don Quijote de la Mancha.

—¡Oye! – dijo Donia con un gesto de curiosidad—. ¿Tiene tu hermano libros de caballería?...

Habíase encaramado Rosuca en una silla y empezó a revolver los libros del estante.

—¿Serán estos libros malos? —preguntó, cogiendo uno, sin atreverse a abrirlo.

—Ni siquiera los he hojeado nunca—contestó Silda con indiferencia—. A mí me parece que no deben de ser muy católicos... No estaría mal condenarlos al fuego...

—¡Vamos a verlos! —exclamó Donia palmoteando.

—¿A ver qué dice ahí?—preguntó Silda.

—¿Dónde?—dijo Rosuca, con sus rechonchos brazos cargados de volúmenes.

—En ese libraco rojo con letras doradas.

—¿Este?

—Sí. ¡A ver! ¡A... miel!

—¡Oye! ¿Eso qué es?—preguntó Donia con infantil curiosidad.

—*Di... a... rio... íntimo*...—dijo Rosuca deletreando.

—¡Diario íntimo! exclamó Silda—. Eso de íntimo... huele así... a cosa *non sancta*... ¿Qué intimidades serán ésas?

—Lee, lee un poco—dijo Rosuca dándole un libro.

Silda lo abrió con cierto recelo y comenzó a leer:

—«Sólo una cosa es necesaria: poseer a Dios. Todos los sentidos, todas las fuerzas del espíritu y del alma, todos los recursos exteriores, son otros tantos escapes de luz abiertos frente a la divinidad, otras tantas maneras de gustar y de adorar a Dios...»

—¡Calla—dijo Donia—, pues si parece un libro de devoción!...

—No hay duda. Ese es un buen libro—sentenció Silda—: déjalo ahí en el sitio más visible.

—¿Y este otro?

—¿A ver? *Vida de Jesús*... por Renán.

—¡Ay, qué precioso!... ¿No ves?—dijo Rosuca, encantada—. Y tiene una estampa con el Calvario... Y esto debe de ser el retrato del autor...

—¡Qué cara más venerable tiene el buen señor! ¡Qué melenas!... Un santo debe ser...

—¿Un santo, Silda?—preguntó Donia metiendo su carita morena en las páginas—. Pero no tiene ese resplandor que ponen en la cabeza de los santos...

—Aquí hay otro—dijo Rosuca alcanzando un lindo tomo blanco y dorado—. ¡Mira! ¡Santa Teresa de Jesús!... ¿Y este otro?... Fray Luis de Granada... *¡Guía de Pecadores!*... ¡Otro!... *¡Los nombres de Cristo!*...

—¡Oye!—exclamó Donia, pasmada—. ¿Y éstos son los libros malos que dices que tiene tu hermano? ¡Vaya! Pues si parece la librería de un fraile... ¡Hija! Esto parece un milagro... ¿Si algún brujo habrá cambiado los libros?...

—¡Cuando yo decía!—murmuró Rosuca, contenta como unas pascuas—. ¡Si tu hermano es un alma de Dios!... ¡Oh, qué libros más preciosos! ¡Y éstos son de un cura!... ¡Del pa-

dre Coloma!... *Pequeñeces*... ¡Oye! ¿sabes que para ser de un cura no está muy bien lo que dicen?

—Es una novela—dijo Silda con presteza—. Será que pinta los vicios para confundirlos y sacar de ellos enseñanzas provechosas.

—De todos modos, no está bien...—repuso Rosuca, sin convencerse.

—¡Calla, mujer!—dijo Donia—. ¿Vas tú a saber más que el padre Coloma? ¡Deja el libro en su sitio!...

—¡Ay, ay! ¡ya va pareciendo el diablo!...—exclamó Rosuca con fingido enojo—. Aquí he topado con un cuerno...

—Y yo con el rabo—añadió Donia.

—¿Qué has visto tú?

—*¡Pablo y Virginia!*... ¿Y tú?

—¿Yo? *¡Los novios!*...

—¡Unos novios que se abrazan!... ¡Al fuego con ellos!

—Pues ¿y esta Virginia medio desnuda? ¡Uf! ¡Valiente prójima debe de ser la tal Virginia!... Este, al fuego también...

—¡Qué lástima! ¡Un libro tan lindo, con tapas doradas!...

—¡Ahora viene lo bueno!—exclamó Rosuca con ademán triunfante.

—¿Qué es?

—Filosofía.

—¡Fuera la Filosofía!—dijo Silda con vehemencia—. Como dice el padre Elías, la filosofía es cosa perniciosa.

—¡Pero, mujer! ¡Si es de un cura! ¡Del padre Balmes!—repuso Donia, defendiendo el libro.

—¿Otro cura?—dijo Rosuca guiñando un ojo—. No importa. ¡Al fuego con él! ¡Tantos curas me van escamando! Sin duda son renegados o protestantes...

—¡No, hija! —exclamó Silda—. Balmes era un cura muy sabio y muy bueno... Le he oído hablar de él al padre Elías...

—¡Más curas!—dijo, riendo, Rosuca—. Mosén Jacinto Verdaguer... *Flors... de Calvari...*, y está en *inglés*... ¡Esto sí que no lo entiendo!... *Blas... blasp... blasphèmes*... de Richepin... ¡Parecen versos!... ¡Sí! Y éste también... *Les fleurs du mal*... Bau... Baude... laire...

—Los versos, déjalos—dijo Silda—. En verso creo yo que no pueden decirse cosas malas... Son tan bonitos los versos... Mi hermano también los escribe..., unos versos tan dulces que parecen de San Juan de la Cruz...

—¡Aquí están, aquí están! —exclamó Rosuca, dando saltos y agitando un papel en la mano a modo de bandera.

—¿Qué es eso?—preguntó Silda.

—¡Versos, versos de Jesús!... ¡Mira; es su letra!

—¡A ver, a ver! Vamos a leerlos...

—Léelos tu, Silda, que los entiendes mejor...

Cogió Silda el papel; sentóse junto al balcón; pusiéronse a su lado las dos muchachas y comenzó a leer los versos con su voz dulcísima y cadenciosa:

GOZOS DEL DOLOR DE AMOR

RAPSODIA MÍSTICA

¡Divina desgarradura
del alma! ¡Lento morir
de dolor!
¡Bendita tu quemadura
que me ha enseñado a sufrir
por amor!

Ansioso de lumbre eterna
voy a obscuras, y alcanzarla
necesito;
mi ánima es una caverna,
y sólo puede llenarla
lo infinito.
Mi cuerpo todo se enciende,
y no hay ya para esta tea
noche obscura...
¡Locura de amor me prende!
¡Dulce amor! ¡Bendita sea
mi locura!
Y aunque es de noche y me arredro,
miro la fuente que mana
de la loma,
y los ventalles del cedro,
y al borde de la fontana
la paloma.
La sombra tu luz me cela
y me embarga en noche obscura
torpe sueño;
pero en tanto, mi alma vela
y goza con la hermosura
de su dueño;
Y aunque no hay luz y hay abrojos,
¡oh fuentecilla que bañas
los mis prados!,
veo en tu cristal los ojos
que yo tengo en mis entrañas
dibujados.
Y bendigo mi dolor,
y bendigo la amargura
que me acosa;
este divino terror,
esta profunda ternura
dolorosa.
¡Santo amor, santa piedad
que me avivas y me inflamas
con tu ardor!

¡Oh ternura! ¡Oh caridad!
¡Oh pena y deleite! ¡Oh llamas
del amor!
Quemó mi carne el cauterio,
salió el alma por la herida,
quedé inerte;
sentí el terror del misterio,
¡del misterio de la vida
y de la muerte!
Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
a mi partida,
que todo me es vano aquí
y muero porque no muero
en esta vida.
Pensé un día que el amar
fuera liviano placer
sin espinas;
pero he visto, a mi pesar,
que es un puro padecer
penas divinas.
El amor de los amores
que el *Cantar de los Cantares*
hace ver,
enseña a los amàdores
los dulcísimos pesares
del querer.
Jamás de un amor logrado
se vieron las maravillas,
¡triste suerte!
¡El amor está sentado
sobre las duras rodillas
de la muerte!
He perdido corazón,
juicio, voluntad, placer
y sosiego;
me alimenta la pasión
y sólo sé amar y arder
en este fuego.

Supe hablar y enmudecí,
supe mirar y cegué
en hondo abismo;
¡yo que tan claro me vi,
desde que he amado no sé
de mí mismo!
Si yo supiera cantar
¡con qué celestial lamento
cantaría!
Cantar fuera mi llorar;
¡con qué dulcísimo acento
lloraría!
Pero aun llorar olvidé
y están ya secas las fuentes
de mi llanto...
¿Qué se hizo, adónde fué
de aquellos años ausentes
el encanto?
La luz de mis alegrías,
el rayo de mi esperanza,
¿dónde fueron?
De aquellos pasados días
el ardor y la pujanza
¿qué se hicieron?
Esta llama de amor viva,
este tormento divino
que me hiere,
tiene mi ánima cautiva...
¡Ay, cuán largo es el camino
para el pobre peregrino
que muere porque no muere!

Acabó Silda de leer los versos y reinó un divino silencio en la estancia.

—¿Pues no me ha hecho llorar?—dijo Rosuca limpiándose los ojos—. ¿Habéis visto cosa más dulce y más triste? ¡Le

voy a pedir estos versos a tu hermano! ¿Crees tú, Silda, que me los dará?

—¿Para qué los quieres, Rosuca? dijo Silda riendo.

—Los quiero guardar... para leerlos yo sola... para poderlos leer muchas veces... y aprendérmelos de memoria. ¡No os riáis! ¡Me da mucha pena vuestra risa!

La pobre Rosuca estaba triste. Sus ojos verdes, tan locos y traviesos, se habían empañado con las lágrimas. Aquella niña, tan revoltosa y coquetuela, tenía blando el corazón; en el fondo de su carácter de mariposa había un rinconcito grave, una veta sentimental. Era una niña romántica, como decía Silda riendo a carcajadas...

—¿De quién estará enamorado tu hermano?—dijo Donia que se había quedado pensativa.

—¿Enamorado? exclamó Silda riendo a más y mejor—. Yo no sé que ande enamorado...

—Esas penas de amores que ahí dice, por alguien serán...

—¡Tonta! Esas son imaginaciones de los poetas... Además, ese amor que pinta en los versos es amor de caridad, amor de Dios...

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero...

—Esos son versos de Santa Teresa de Jesús.

—A mí no hay quien me quite que tu hermano anda enamorado—volvió a decir Donia con malicia.

—¡Como no esté enamorado de Rosuca!—y guiñando un ojo a Donia, se echó a reir.

—La habéis tomado conmigo y eso no está bien dijo Rosuca, encarnada y llorosa.

Iba Silda a consolar a la pobre niña, cuando sonaron pasos en el corredor... Alzáronse todas; pero antes de que pudieran huir por la solana, apareció Jesús en la puerta.

—¿Qué invasión es ésta? —dijo fingiendo enojo—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha dado permiso para asaltar mi castillo?... ¡Y todo me lo han revuelto estas atrevidas!

Habíanse arrinconado las tres junto a la solana, sin atreverse a decir palabra. Silda reía a mandíbula batiente, y Donia y Rosuca, pegadas a su falda, estaban ruborosas y azoradas como dos cervatillas sorprendidas.

—¿Qué le pasa a Rosuca? —dijo fijándose en la muchacha y viéndola aún llorosa.

—Estos versos, que le han hecho llorar dijo Silda enseñándole el papel...

Rosuca se tapó la cara con el delantal, avergonzada.

—¡Es tan romántica la niña!—añadió Silda con tono burlón—... Esos gozos de dolor... y ese morirse de no morirse... le han puesto a la pobretuca el corazón en un puño... Y además... ¿no sabes?, quiere quedarse con los versos... Dice que se los va a aprender de memoria...

—¡Ah, encantadora Rosuca!—exclamó Jesús, conmovido—. ¡Corazoncito de paloma! ¿Es verdad que te gustan los versos?... ¡Tómalos! ¡Tuyos son! ¡No tengas cortedad, mujer!... En gracia a tu ingenuo sentimiento, yo os perdono el pecado de haber entrado aquí a husmear mis secretos... Toma los versos, Rosuca... Guárdalos... ¿Dónde mejor pueden estar que en tus manos? Algún día... cuando tu corazoncito entienda de amores, los comprenderás mejor que ahora.

Halagada por las dulces palabras, descubrió Rosuca su rostro de amapola y alargó tímidamente la mano, cogiendo el papel. Lo guardó con mimo en el bolsillo de su delantal, y fuéronse las dos muchachas seguidas de Silda.

Quedó a solas Jesús con el contagio de esta infantil ternura. Los ojos verdes de Rosuca iban ganándole el corazón. Hallaba singular placer en conversar con la muchacha, en jugar con ella como si fuera una gatita de Angora. Semejante juego era peligroso. ¿No era jugar con el amor? Jesús se acordaba de su pobre amigo el organista, y sentía por aquel mozo tímido y sensible una grande lástima. Y le remordía la conciencia el ser traidor al amigo, aun cuando fuese en pensamiento. ¡Era menester cortar en flor todo amorcillo desleal...! En cuanto viese de nuevo a Rosuca cumpliría su promesa, y procuraría llevar al pobre músico el dulce sí de la niña...

VII

—Dime, Rosuca: ¿tú no has pensado nunca en salir de Santillana?

—¿Yo? ¡Qué ocurrencias tiene, don Jesús...! ¿Y a qué iba yo a salir de Santillana?

—Quiero decir... si no te gustaría vivir en otro pueblo más alegre, más propio para una muchacha bonita... como tú...

Rosuca, encendida de rubor, bajó la cabeza y se puso a jugar con los nerviosos dedos en las puntas del delantal.

—¿No has soñado tú alguna vez con cambiar esta vida tan triste por otra más alegre? ¿No has pensado, mirándote al espejo, que eres linda y que no has de pasar la vida así? ¿No te gustan esas ciudades donde las niñas bonitas tienen novio y pasean al son de la música, oyendo cosas bellas que les regalan el oído?

La muchacha, cada vez más encarnada, no osaba alzar los ojos, y apretaba los dedos y arrugaba, nerviosa, las puntas del delantal. Hallábanse en aquel apacible rincón de la villa donde un arroyo turbio y melancólico se mete bajo una vetusta casa, húmeda y negra, semejante al Leteo en los obscuros antros de la muerte. Un sol de otoño, pálido y suave, reflejábase en la corriente de las aguas, y las últimas golondrinas, que tenían sus nidos bajo los aleros de la vivienda misteriosa, volaban sobre ella, bien ajenas al temeroso hechizo de aquella casa encantada, mientras un buey enorme, que bebía en el arroyo, alzaba su cabeza soñolienta sobre el agua.

—¿Te gustaría ser monjita y vivir siempre en un monasterio, muy plácido y silencioso, como el de Regina-Coeli, vestida de negro, con tocas blancas, y envejecer dulcemente en el rincón de una celda, en la penumbra de un templo, a la sombra de los cipreses, y ser enterrada después en el claustro, al pie de un sauce? ¿O te gustaría mejor ser princesa de un país lejano y vestirte con blondas y terciopelos, y soltar los cabellos rubios en redes de oro y sentarte en una silla de marfil y ébano, oyendo la música de una orquesta invisible, mientras los caballeros de la corte recitasen madrigales y te dijeran palabritas de amor al oído? ¿Quisieras vivir mejor en un carmen florido de la vega de Granada, en un patio

de arabescos o en un mirador como el de Lindaraja, oyendo el rumor de las fuentes y el canto de los ruiseñores, junto a un galán enamorado?... ¿Cuál es tu sueño, Rosuca?

—¿Qué le hago yo a usted para que se burle de mí?—respondió la niña alzando los ojos húmedos y la carita arrebolada.

Y al decir esto se ponía triste, reclinando su cuerpo sobre el muro, mirando el arroyo de soslayo.

—¿Burlarme yo de ti, Rosuca?—la dijo Jesús con dulzura—. ¡Yo soy un buen amigo tuyo! ¿Por qué me juzgas tan mal? Yo sólo quiero tu bien. Eres ya una mujercita. ¿Por qué no has de pensar en esas cosas? Desde que te he conocido siento una gran simpatía por ti... ¿Quieres que te busque novio?

Volvió Rosuca a enrojecer, y con la cabecita baja murmuró muy quedo:

—¡Mira!, ¿quién va a quererme a mí?

—¡Anda, mujer!, ¿no han de quererte?... ¿Y si yo te dijera que hay quien se muere por ti y anda bebiendo los vientos por verte y por hablarte y no se atreve y... ¡vamos, Rosuca!... ¡no tengas cortedad!... ¡sé franca conmigo!...

—¡Dios me valga!—dijo al cabo—. ¡Y qué de cosas se le ocurren a usté y qué manera de jugar con la pobre Rosuca... que no entiende nada de esas cosas, ni ha oído hablar de ellas tan siquiera!... ¿Qué sé yo de esos mundos que dice, ni de princesas, ni de galanes, ni de novios?... ¿Por qué me pregunta esas cosas? ¿Qué interés tiene un señor que ha corrido tanta tierra en enterarse de la vida y pensamientos de una pobretuca lugareña que aun no lleva el vestido largo ni sabe del mundo más que lo que alcanzó a ver en tres días que pasó en la ciudad?

Rosuca, así que hubo soltado la lengua y perdido la cortedad, no se paró en barras; y como era pizpireta y coquetuela, charló a todo trapo con una volubilidad encantadora.

—Pues, señor, que el caso es donoso. ¡Venirle con cuentos de princesas y monjitas a la pobre Rosuca!... Pues mire, ¡yo ya he sido princesa una vez!... ¿Cómo?.. Algunos veranos vienen a Santillana los marqueses. Doña María, la nieta de don Blas, que es una señora muy guapa y muy buena, cuando viene a Santillana hace unas fiestas en su casa que da gloria verlas... Un año, en una de esas fiestas que no me acuerdo cómo se llaman..., se vistieron todos con trajes antiguos y a mí me vistieron de princesa y... me sentaron junto a la hija de la marquesa, que hacía de reina, debajo de unos doseles... y nos sentamos en sillas doradas... y los caballeros nos besaban la mano y nos decían versos... y a mí me casaban con un príncipe chico y bailábamos después en el jardín... un baile muy bonito que decían minué...

—¡Anda, anda!—decía Jesús, encantado de aquella ingenuidad . ¿Conque ya has sido princesa? ¡Pícara! ¿Y decías que no sabías de esas cosas? ¡Lo que no sepáis vosotras las mujeres, aun cuando no os hayáis vestido de largo todavía!... Entonces..., con esos humos de princesita, el novio que yo te busque va a parecerte poco...

—Pues mire—exclamó Rosuca riendo—, he pensado en darle calabazas al primero que se atreva a decirme tanto así... ¿Se entera usté, señor curioso? Así como así, en mi huerto se crían las mejores calabazas de Santillana... Y guiñó los ojos con un delicioso gesto de picardía.

—Muchas gracias, Rosuca..., por la parte que me toca como embajador.. en esas calabazas.

—No se enfade usté... ¡Si lo digo de mentirijillas! —exclamó torciendo el hociquito y guiñando de nuevo los ojos—. Como usté viene con mentirucas..., no quiero yo ser menos... Si usté me hablase de verdad...— Y asustada de su propia audacia, ruborizóse hasta las niñas de los ojos.

—Te doy palabra, Rosuca, de decirte la verdad. ¡Fuera bromas! Hay en Santillana quien te quiere más..., más que a las telas de su corazón. —Y al decir esto Jesús, pasando de la cuenta en su embajada, se aproximaba a Rosuca y la envolvía en una larga caricia de sus ojos...

—¿Dónde está ese fenómeno? —dijo riendo Rosuca.

—¿Cuál?

—Ese... que usté dice que... me quiere de ese modo... tan extremado...

—No vive lejos de aquí.

—¿Y por qué no ha venido a decírmelo?

—Pues... ¡ahí verás!... No se atreve... Es muy corto de genio... Te lo digo yo por él, y es lo mismo. Tú me contestas y...

Rosuca se puso seria y empezó a cavilar. De pronto dijo con vehemencia:

—¡Me está usté engañando!.. ¡Se está usté burlando de mí!

—Palabra de honor que te digo verdad.

—Pues ¿quién puede ser? ¡Como no sea algún calzonucos de esos que andan por ahí destripando terrones!

—Nada de eso, mujer. No es el preste Juan de las Indias, pero es una persona fina y decente, un hombre agradable... hasta cierto punto.

—¡No caigo! — dijo Rosuca pasándose la mano por la

frente—. Pero si aquí no hay nadie que pueda haberse fijado en mí... Si no hay más que vejestorios...—Y al decir esto hacía un gesto de pena.

—Alguien que, si no es un niño, no es tampoco un vejestorio... ¿No caes en la cuenta, Rosuca? Haz un esfuerzo de memoria, muchacha; afina las entendederas...

—¿Es algún forastero?

—No; de Santillana es y en Santillana vive ahora.

—¿Le conozco yo?

—¿No has de conocerle, mujer?

Rosuca miraba a Jesús con rubores y coqueterías inefables. Su ingenua malicia se daba cuenta del efecto que sus gracias hacían en él. Y sentía un placer agridulce, la muy pícara, observando de soslayo la apasionada ternura de Jesús. El, en tanto, dilataba el diálogo, hallando un vivo placer en ello, y comenzaba a sentir en su corazón sentimientos extraños: unos celos precoces, un deseo malsano de aquella fruta humana tan dulce y tan sana... Y el recuerdo del amigo ausente, de aquel pobre músico que aguardaba con ternuras del alma el mensaje de amor, le hacía daño...

—Déme usté algún indicio—volvió a decir Rosuca, impaciente—. ¿Qué reparo tiene usté en decirme quién es?

—Como tener reparo... no tengo ninguno. Pero quiero que tú lo adivines, que tu corazón tome parte en el hallazgo del novio... Eso tiene más mérito; si tú lo aciertas... es porque no te es indiferente...

—Pues déme usté algún indicio. ¡Verá usté! Yo diré esto o lo otro y usté me dice frío o caliente, según esté de cerca el tal...

—¡Muy bien! exclamó Jesús con gozo, saboreando el encanto de aquella inocente travesura...

—¿Es guapo... buen mozo... rubio? —preguntó Rosuca.

—Frío—respondió Jesús al punto.

—¿Es moreno?

—Caliente—volvió a decir Jesús, riendo con malicia.

—¿Es más viejo que yo?

—Caliente.

—¿Ha estado muchos años fuera de aquí?

—Muy caliente.

—Y dice usté que ese señor... es *muy amigo* de usté... y...

—Que te quemas.

Rosuca miró de repente a Jesús, clavó sus ojos en él, púsose más roja que nunca y se tapó la cara con el delantal. Salía del hueco de sus manecitas un rumor que no se sabía si era reir o era llorar. Jesús la miró sorprendido. En un movimiento rápido que ella hizo le vió la cara: reía, reía como una loca, sin poder contenerse. Al poco rato se quedó seria y pensativa... Toda la sangre se le había subido a la cara. No se atrevía a mirar a Jesús.

—¿Has caído en quién es? —la preguntó.

—¡Ya lo creo!—respondió ella.

Y volvió a reir, y volvió a quedarse pensativa y triste.

—No comprendo, mujer, la razón de tus risas. Yo no digo que el tal sea un prodigio. Algo mejor mereces tú, Rosuca. Pero tampoco es despreciable. Es bueno, es honrado, te quiere...

—¡No se van a reir poco cuando lo sepan!—exclamó Rosuca—. Y a mí me da una vergüenza ..

Y volvió a taparse la cara con el delantal.

—Quizás las gentes, Rosuca, como son tan malas, lo echen a broma, como tú lo has hecho ahora mismo. Pero acabarán por acostumbrarse...

—Pero, ¿qué idea le ha dado a usté?...

—¿A mí? Lo mucho que os quiero a los dos.

—Pero, ¡si no salgo de mi asombro!... Bien decía Donia: «Estos gallos con tantos espolones ..»

Mira, Rosuca, hablemos en serio. Tú debes pensar ya en serio. Ya vas a cumplir diez y ocho años. Con ese aire de rapaza, ya eres una mujer... Es hora que pienses en tu porvenir... Aquí, en Santillana, no hay dónde escoger... Se pasan los años volando y... a vestir santitos... Tú querrías mejor un mozo de tu edad, fachendoso y zalamero, que te tratara como a un animaluco juguetón, que no dijera más que deliciosas tonterías y corriera detrás de ti por la huerta, tirándote pellizcos... Un amorcillo de ésos, infantiles y montaraces, no te conviene... Tu madre está muy delicada; tu tío don Elías es muy viejo; el día en que menos pienses te quedas sola en el mundo, y... ¿y qué va a ser de ti?... Te digo estas cosas, tan serias y tan tristes, Rosuca, para que te hagas cargo de tu situación y comprendas que me intereso de veras por ti... Tú necesitas un apoyo firme, un cariño serio, un hombre honrado que te quiera y mire por ti... Sí; es cierto que él te lleva bastantes años, y que no es lo que se llama un hombre guapo ni un buen mozo; pero tiene un gran corazón, buen carácter, vive holgadamente, y hasta esa diferencia de edades es una garantía de fidelidad... Ya ves, Rosuca; te hablé como se habla a una mujer. No eres ya la niña; eres la mujer que puede ser esposa. ¿Qué respondes?

—¡Sí .. sí .. —murmuró Rosuca, llena de confusiones —. No

me parece mal... Es verdad lo que usté dice... Pero así, tan de pronto... Yo lo pensaré; yo se lo diré a mi tío.. Sin que él lo diga...

—Si no es más que eso... yo hablaré con don Elías. Pero necesito que tú me digas algo. . Necesito cumplir mi embajada con toda felicidad... ¿Podré decirle a mi amigo...?

—¡Mire que haberse ido a fijar en la pobre Rosuca!—decía ella, como hablando consigo—. ¿Pues no parece cosa de risa?... Bien decía Silda... Bien decía Donia... Bien lo decían todos... ¡Bien claro se veía!... ¡Pero como una no entiende de esas cosas!... Y la verdad es que yo le tenía a usté... un poco de voluntá... ¿Por qué no decirlo claro, ya que tanto la hurgan a una?... Primero... me daba lástima de usté, al verle tan alicaído y tristón... y me gustaba mirarle de reojo... y me iba pareciendo... así con su cara de nazareno, como dicen, pues... ¡vamos!, que... ¡las cosas que piensa una!... Yo me reía para mis adentros y me decía: «Si don Jesús supiera...» Pero ¿qué iba a saber?... ¡Buena tontona era yo!... Y usté se acercaba a mí y me miraba de un modo... Pero, ¿quién se iba a figurar...? ¡Anda! ¿Pues no parece cosa de risa?... ¡Virgen mi madre!...

Y la muy tontona reía y lloraba a la vez, muerta de alegría y de vergüenza, gozando y sufriendo al descubrir su alma cándida y silvestre, mezcla extraña de ingenuidad y malicia, de necedad y coquetería...

Mirábala Jesús pasmado, sin saber cómo parar aquel chorro de robusta ingenuidad.

—¡Diantre de chiquilla! ¿Pues no se había creído...? ¡Vaya un conflicto! ¿Cómo arrancar a aquella bestezuela de su en-

gaño?... ¡El diablo son las mujeres, aunque tengan todavía el vestido corto!

Así decía Jesús mentalmente, sintiendo al propio tiempo orgullo y pena, viéndose amado por aquella hermosa niña y acordándose de la palabra dada al amigo. Hubo un momento en que la conciencia flaqueó; los ojos llorosos de Rosuca relucían de vergüenza y amor... A punto estuvo Jesús de dar al traste con su lealtad y de coger en sus brazos aquel dulce regalo de juventud y voluptuosidad, que tan ingenuamente se le ofrecía... Tembló su alma de pasión malsana; pero el viejo honor de la casta se sobrepuso entonces y ahogó en lo hondo del corazón la víbora que en él asomaba...

—¿Qué dices? ¡Rosuca! ¿Qué estás diciendo?... ¡Es Luis Calderón el que te quiere!... ¡El organista!... Mi amigo Luis Calderón...

Al oir esto, la muchacha creyó morir de bochorno.

—¡Ay, Dios mío! Yo que creí .. ¡Virgen mi madre!

Y se echó a llorar y quiso huir, y Jesús la dijo deteniéndola:

—¡Por Dios, Rosuca!... ¡Luis me espera!... ¿Qué le digo? Se morirá de dolor si llega a saber algo... ¡Por caridad, Rosuca!

La muchacha sollozaba, con la cara tapada por el delantal, pugnando por desasirse de Jesús.

—¡Déjeme, por Dios!—decía, inconsolable—. ¡Usted tuvo la culpa!... ¡Se ha estado burlando de mí! ¡Ay, Dios mío!

—Rosuca, ten lástima de Luis. Te quiere tanto...

De tal manera insistió Jesús, que la muchacha alzó la cabeza, se descubrió la cara, roja, empapada en lágrimas, y con un gesto de desesperación dijo:

—¡Que se vaya al cuerno! ¡Y usted con él! ¡A Rosuca no ha de faltarle novio, aunque sólo sea uno de esos calzonucos que andan por ahí destripando terrones!...

Y echó a correr, como una corza perseguida, y no paró hasta llegar a su casa.

Quedó Jesús apesadumbrado, lleno de remordimientos. Había jugado cruelmente con el corazón de la pobre niña. Dondequiera que él ponía su mano arrancaba la inocencia y la paz.

Largo tiempo estuvo inmóvil, pegado al muro, viendo correr el agua, ensimismado en sus pensamientos. De pronto alzó la cabeza y vió, a lo lejos, cruzar por la plaza a Juliana, del brazo de su padre.

Iba el viejo andando torpemente, con sus ojos sin luz; guiábale su hija con cariñosa diligencia. Destacábanse sobre el fondo de los vetustos caserones aquellas dos figuras lamentables del viejo inválido y la mujer triste. Doblaron la esquina, camino de su casa, y Jesús sintió lástima profunda de aquellos dos seres cuya desventura tenía presente a toda hora como otro remordimiento...

VIII

Disponíase Jesús a regresar a su casa, cuando se sintió preso en unos brazos implacables y vió delante de sí la figura imponente de don Rodrigo, su tío, que le miraba con cara socarrona y aire cínico. Tembló Jesús al verle, temeroso de

las descarnadas burlas con que siempre le acometía; aquel gesto insolente y bizarro, aquella voz áspera y burlona, aquel tonillo perezoso y zumbón del arrogante hidalgo, eran su pesadilla. Aun no había podido dominar el grave respeto que desde niño le tenía, y esquivaba siempre su presencia con pavor infantil.

—¿Qué diablos haces—exclamó don Rodrigo—en estos rincones, con cara de ayuno y haciendo pucheros?

Y sin darle tiempo a responder, añadió cogiéndole por un brazo:

—Dícenme, querido sobrino, que andas tristón y alicaído, pesaroso de haberte metido en Santillana. Yo, aunque siempre crei que todos los diablos cuando se hartan de carne se meten a frailes, no extraño tu aburrimiento. Aquí no hay *sociedad* que te divierta, ni tontos que te adulen, ni amigos que te deslumbren, ni mozas que te sonsaquen, ni sabios que te enseñen, ni poetas culteranos que te entusiasmen con sus jerigonzas... Un hombre como tú, hecho a esas cultedades, necesariamente tiene que aburrirse entre viejos rancios, beatas y campesinos... ¿No es así? ¡Y aun hay gentes que se ríen de tus tristezas no comprendidas!... ¿Qué saben esos infelices de tus ansiedades filosóficas, de tus conflictos psicológicos, de todos esos graves problemas que te han estragado la color y puesto en trance de renegar de la vida?... ¡Necios y vejestorios sin corazón que hacéis burla y escarnio de las nobles ambiciones de la juventud! ¡Dejad que la juventud se atiborre de novedades y filosofías, que rompa moldes, que arrincone todo lo viejo, que saque a la luz todas sus maravillosas invenciones!... ¡Viva la juventud!... ¡Los viejos deben morir!...

Decía todo esto don Rodrigo con terrible seriedad, con tono trágico, como si declamase. Jesús aguantaba el chaparrón con la más grande paciencia, buscando en vano una ocasión propicia para quitárselo de encima. Despachóse a su gusto el buen señor, y tanto cargó la mano, que Jesús, amostazado, hubo de replicarle con aspereza.

—¿Conque ésas tenemos, querido sobrino?—tronó el hidalgo—. Pero, ¡muchacho! ¡Si yo te quiero más de lo que tú crees! ¡No en vano te tuve en mis rodillas desde niño!... A pesar de cuanto yo te diga, bien sabe Dios que te quiero como si fueras hijo mío... No; si tú no eres malo... Con todas tus ínfulas de hombre complicado, de Tenorio, de genio mal comprendido, eres... un pobre hombre. Todas tus tristezas provienen de que siendo, como eres, un *infeliz*, has querido meterte en aventuras superiores a tus fuerzas... Te falta mucha correa, querido, para hombrearte con Gil Blas... No eres siquiera ni un *niño terrible*. Voy a contarte, a este propósito, un cuentecillo que viene como anillo al dedo en estas andanzas... Yo conocí en un tiempo a un excelente señor de bonísimo carácter, el cual señor vivía de sus rentas en una capital de provincia y era muy dado a la vida sedentaria y tranquila, huyendo de todo trance que turbar pudiera su reposo. Pensó en sus mocedades tomar mujer. Pero tanto y con tal cachaza lo pensó, que había llegado a los cincuenta años sin decidirse. Esto le ocurría en la mayor parte de los casos, con todas sus cosas; así es que el buen señor se aburría soberanamente. Metido en su pereza y en sus hábitos de glotón, quedábale, sin embargo, de sus mocedades, un fondo sentimental, una veta romántica, juntamente con una grande timidez, que nunca llegó a dominar. De cuando en cuando

hacía un viajecito para orearse; y aunque es fama que no pasó nunca la frontera, él contaba a su regreso viajes fabulosos y aventuras extraordinarias. Como prueba de su *exotismo* traíase siempre en la maleta alguna novedad. Ella era a lo mejor un sombrero *modernista* o un traje inverosímil que algún sastre guasón le había hecho. Y era de ver nuestro hombre, al día siguiente de su regreso, lanzándose a la calle o haciendo su entrada triunfal en el teatro, luciendo ufano la *novedad* que había traído. Todas las miradas se concentraban en él; su nombre corría de boca en boca, y él, en tanto, advertido del efecto que producía, gozaba y padecía al propio tiempo, comenzaba a mudar el color, sudaba a mares, se henchía, rojo como un pimiento, y aguantaba el nublado, jurando en su fuero interno no volver a *llamar* la atención. Hasta que después del viaje siguiente volvía a repetir la extravagancia, bajo otra forma, ya trayéndose un perrito de rarísima casta, una pipa descomunal, una gorrita japonesa o un quitasol encarnado. Las gentes aguardaban siempre con impaciencia el regreso del fabuloso viajero y se preguntaban curiosas: ¿Qué traerá esta vez el bueno de don César?—Porque hay que advertir que aquel ente inofensivo se llamaba César. Las gentes no comprendían las terribles batallas que se reñían en el alma candorosa de don César, el *drama interior* de aquel hombre tan simple. Era un tímido que a la fuerza quería mostrarse despreocupado, original, extravagante. Su manía le impulsaba a vestir trajes raros, a adoptar aires de *turista*, de gran señor a quien importa un pepino la humanidad. Y su timidez le hacía insoportable el momento de desafiar la curiosidad y la burla de las gentes, concluyendo siempre por encerrarse en su casa, avergonzado

como un niño... Igual le acontecía en todo. Gustábale inventar lances y mentirucas, para dárselas de hombre fuerte y muy en su punto; pero tenía tan poco arte para semejantes invenciones, que el más lerdo le cogía en sus propias redes; y al suceder tal, conociendo que se ponía en ridículo, hacía propósito firme de no meterse más en honduras... Pero su pícara condición le llevaba fatalmente al ridículo un par de veces al día. Y he aquí cómo un hombre pacífico, respetable por sus años, su nombre y sus dineros, era profundamente desgraciado...

Lanzó una carcajada don Rodrigo al acabar su cuento y mordíase Jesús los labios comprendiendo lo que había querido decirle. Despidiéronse al cabo tío y sobrino, y al marchar exclamó el viejo hidalgo, dando a Jesús unas palmaditas en el hombro:

—La invasión francesa, querido, no ha terminado todavía. La casta de Tartarín de Tarascón echa raíces en la tierra de Don Quijote. Y en nuestra patria se van acabando los Quijotes y sólo van quedando los Tartarines.

Fosco, malhumorado iba Jesús, pensando en las ironías de su tío y doliéndose de no haber puesto digna réplica al impertinente cuentecillo, cuando al doblar la esquina topó de manos a boca con un menguado transeunte, que a punto estuvo de sacar un ojo a Jesús con el paraguas. Era un hombrecillo regordete y chiquitín, lampiño y amanerado. Llevaba un traje pardo y una gran corbata roja. Era no muy joven y hablaba con voz infantil y extremada locuacidad.

Al topar con Jesús deshízose en excusas y reverencias, y

aun ofrecióse a cobijarle en su paraguas, ya que había empezado a caer un chaparrón. Fuéronse juntos platicando hasta llegar a la casa de don Juan Manuel. A Jesús le inspiraba grande curiosidad aquel raro personaje; era sacristán de la Colegiata, y notábase en él una mezcla extraña y grotesca de sandio y cínico, de buen corazón y mala lengua. Preguntóle Jesús con interés, deseoso de tener noticias de su vida y milagros:

—¿Cómo te llamas? Todos te dicen *Leli;* pero ¿cuál es tu verdadero nombre y apellidos?

—Aquí, donde todos se llaman Barredas y Ceballos, Escalantes y Villas, Tagles, Bustamantes y Calderones, yo apenas me llamo Pérez.

—¿Pérez de qué?

—De nada, señor. Pérez y Pérez, para más escarnio.

—¿Eres de Santillana?

—Yo no soy de ninguna parte.

—¡Cómo!—exclamó Jesús, sorprendido.

—Nací en el monte, a la buena de Dios. Mi madre, que gloria haya, era una lavandera de Bezana, y me parió una noche al aire libre cuando iba cargada conmigo y con una cesta de ropa, camino de Torrelavega. Acudieron unos campesinos que dormían allí próximos, y al ver la fechoría que mi madre acababa de cometer echándome al mundo sin más ni más, nos llevaron a los dos a Torrelavega. Me crié en Santa Cruz de Bezana como perro sin amo; mi madre, que le tenía gusto a esto de darle soldados al rey, juntaba doce hijos; yo hice la docena del fraile, con lo cual la pobre se estaba desesperada, y decía que no descansaría hasta los catorce y quitar el mal agüero. Calcule, mi señor, cómo esta-

riamos en casa, y sin haber de qué. El pobrecito de mi padre, que gloria haya también, era un *jándalo* sin dineros; lo peor que se puede ser en este mundo. No aprendió en Cádiz el infeliz a ganar dineros, pero sí a gastarlos muy guapamente; era lindo, bien plantado, cantaba que daba gusto oirle, y se casó con mi madre, gastando alegremente las onzas que ella tenía en el arca. Reventábase la pobre trabajando mientras él no tenía más oficio que hacer hijos y jugar a los bolos. Pero como todo tiene su fin en este mundo, se murió la mi madre de un sofocón, se fué mi padre huyendo de nosotros, mis hermanos mayores se marcharon a América y a mí me llevaron a Santander, al amparo de un tío carnal que tenía una tienda en la calle Alta. Fuí recadero, rodé por el muelle de las Naos, conocí a *Sotileza*, a *Muergo* y al *pae Polinar*, que me tuvo en la escuela; pero como decían, y era verdad, que yo era muy torpe y no servía para nada, que parecía tocho, me sacaron de la escuela y de la tienda y me llevaron a Santillana, como pudieron haberme llevado al hospicio. Me protegió don Elías, que es un santo, y aquí a su vera me propuse demostrar que servía para algo. Y, en efecto, andando el tiempo, serví *pa* sacristán, después de haber servido *pa* monago. Conque vea usté por dónde he venido a ser sacristán de Santillana...

Maravillado quedó Jesús al oir a aquel hombrecillo. Hablaba el sacristán como pudiera hacerlo una persona avisada y hasta ingeniosa; explicábase a lo castizo, remedando, sin duda, a aquellos hidalgos que le miraban por encima del hombro, y demostraba en su charla un humor travieso y desenfadado. Con todo ello juzgó Jesús que aquel simpático sacristancillo tenía más puntos de pícaro que de sandio,

—¿Sabes, *Leli*—díjole con sorna—, que me vas interesando? Nunca creí que bajo la capa de tocho que te viste hubiese una persona de tus prendas. Contigo hablé más de una vez, pero hasta ahora puedo decir que no te he conocido...

—Uno es—respondió *Leli* sentenciosamente—lo que la gente quiere que sea. Se empeñaron algunos en que soy tonto, y yo mismo he llegado a creer, a veces, que tienen razón. Por más que hay tontos que se pasan de listos y listos que viven haciendo tonterías. Un sabio que vino por acá decía que en un hombre hay tres hombres. Uno, según él se cree; otro, según los demás le creen, y el tercero, según es real y efectivamente.

—Pareces un filósofo, querido *Leli*—dijo Jesús sonriendo—. Merecías ser catedrático.

—Dios me libre. Sacristán es mejor. Siempre me tiró la afición a la Iglesia. Si hubiera tenido talento y dinero, hoy sería canónigo en Santander o capellán de monjas...

—¿Eres mujeriego?

—No, señor; soy goloso.

—¿Estás casado?

—¿Yo? Dios me libre. Después del ejemplo que vi en mi casa, le tomé horror al matrimonio. No me gustan los ruidos en mi hogar. Le tengo miedo a las mujeres. Todos los santos padres están conformes en que las mujeres son peor que la lepra y el tabardillo.

—Pues tu madre, según dijiste, era una santa—arguyó Jesús.

—Sí, señor, completamente. Y a pesar de ser mi madre una santa y a pesar de ser mi padre un barbián, mi madre le daba a mi padre cada paliza... Él no trabajaba; pero de la piel le salía...

—¿Eres feliz, *Leli?*

—Eso es lo que me ha hecho creer que no soy tonto de remate: que no soy feliz enteramente.

—¿Tú crees que sólo los tontos son felices?

—¿Quién lo duda? Para averiguar si un hombre es feliz no hay sino ver si se chupa el dedo. Yo no me chupo el dedo, y eso que dicen que la felicidad es para la gente de poco más o menos, para la gente que no tiene camisa.

—Pues tú, buen *Leli*, tienes camisas y hasta unas corbatas verdaderamente fastuosas.

—Es mi vanidad, señor. Las corbatas son mi flaco. ¿Se ríe usted? Pues le confieso que antes me mudo de corbata que de camisa. Otro tanto hacen muchos caballeros de la ciudad y nadie les llama tontos...

—Eres intencionado y no te falta ingenio. Me vas resultando la flor y nata de los sacristanes.

—Eso es según el viento que corre. Cuando sopla el Sur se me pone la cabeza como una olla de grillos; con el Noroeste suelen ocurrírseme algunas cosas...

—¡Hombre! ¡Cualquiera diría que has leído el *Hamlet!* Pero a ti te sucede al revés del príncipe de Dinamarca: con el Sur es como no distingues la garza del halcón...

—¿Es usted abogado, don Jesús?

—¿Por qué lo dices?

—Porque le gusta hablar de modo que no le entiendan.

—¿Y eso lo hacen los abogados?

—Y también los curas y los médicos. Los curas hablan en latín porque es el idioma que, por lo visto, entienden allá arriba. Los médicos parlan en griego, para que no se averigüe que no saben nada. Y los abogados chapurrean en jeri-

gonza, para embrollar los pleitos y aligerar los bolsillos. Es su oficio.

—Eres murmurador, *Leli*.

—Parióme la mi madre, que gloria haya, un poco atrevido y desvergonzado. Desde chiquitín tuve pocos alcances y muy mala lengua. Además, parece que el oficio de sacristán lleva aparejada la condición de murmurador. Mis dos vicios son: la murmuración y las corbatas.

—¿Sabes que más que sacristán pareces un caballero?

—Villano soy, como decían antiguamente. Aun no tengo suficientes méritos para ser caballero. Ya ve usté: ni hablo recio, ni escribo mal, ni tengo hijos a espalda de la Iglesia, ni echo pestes del mundo en que vivo, ni tengo envidia de mis iguales, ni se me da un ardite de la prosapia de mis agüelos, ni molesto a nadie con mis pesadumbres... Soy, en suma, un despreciable villano, harto de alubias y de virtudes.

Había llegado Jesús a la puerta de su casa, y parado en el zaguán escuchaba con singular placer las razones de aquel sacristán pícaro injerto en letrado. Pasmado estaba de su discreción, cuando hubo *Leli* de sacar la oreja, hablando, según su costumbre, más de lo debido...

—Si yo fuera un caballero como usté, a estas fechas estaría mejor que el rey en su corte. ¡Cualquier día iba yo a vender mi libertad por un plato de lentejas y a meterme en este convento...! Es lo que dice la gente: ¿Para qué le han servido a don Jesús los libros y los talentos? ¿Para venir a encerrarse en este rincón después de correr el mundo y de tener canas?... ¡Diantre con los libros! Por algo dicen que la letra es perniciosa... Ahí tiene su mercé al hijo de la Mari-Coba, que era un pelagatos y no sabía leer ni apenas hablar, y se

fué a América y ha vuelto el otro día con un costal de onzas de oro y se va a hacer un palacio en Torrelavega, y viene a ver a su madre en automóvil, y le ha regalado la casa en que vive, y una mies y una cabaña, y un loro para que se distraiga... ¡Aprenda usté a vivir, señor mío...!

—¿Y a ti quién te da licencia—exclamó Jesús, amostazado—para meterte en mis asuntos y compararme al imbécil de la Mari-Coba, pedazo de majadero?

Pidió *Lelí* mil perdones, con socarrona humildad, y comprendiendo Jesús que aquel tonto con astucias de pícaro se estaba burlando de él hacía largo rato, le echó del zaguán con cajas destempladas.

Salió *Leli*, riendo por dentro y por fuera, y Jesús, corrido de aquella aventura, entró mohino en su casa, pensando en que las verdades son amargas aun cuando las digan los necios...

XI

—Vamos a ver—decía Juliana con graciosa afectación—. Contéstame a todo lo que voy a preguntarte. Siéntate aquí, a mi lado... Y tú, Silda, ven aquí también a ayudarme. A ver si convertimos a este hereje...

Era en el cuarto de Silda. Sentábase Juliana, con la gravedad de una doctora, en el sillón. Silda se acurrucaba en su sillita de labor, a los pies de su prima.

Jesús, sentado junto a la mesita de costura, con la cabeza

reclinada sobre la mano y el codo sobre la mesa, sonreía...

—¡Vamos a ver...! Nada de risitas, que esto no es cosa de juego... Empiezo a preguntar: ¿Quién crees que ha hecho el cielo, la tierra, el agua, las flores y todo lo que vemos?

—Dificilillo es eso de contestar, querida prima. Hace muchos siglos que los sabios se preguntan eso mismo... y no han encontrado todavía la respuesta...

—¿Conque sí? ¡Pues un niño con un catecismo en la mano sabe lo que no saben esos sabios que tú dices...! ¡Buenos sabios te dé Dios...! Entonces, ¿no crees tampoco en la otra vida?

—Tengo mis dudas, Liana. La ciencia dice...

—Deja a la ciencia en paz. La ciencia no dice más que tonterías.

—¡Mujer...! Por más. . que, a decir verdad, yo no tengo fe tampoco en la ciencia. Con todos nuestros humos de ciencia, cada vez somos más desgraciados.

—De modo que ¿tampoco crees en la ciencia?—exclamó Juliana con asombro—. Pues, entonces, ¿en qué crees? ¿Crees, acaso, en el diablo?

—Ni en el diablo siquiera.

—Entonces, ¿no crees en nada absolutamente?

—Pero, ¿qué necesidad hay de creer?

—¡Cómo...! ¿Estás en tus cabales? ¿Conque no es necesario creer? Entonces, ¿en qué nos vamos a distinguir de los animalitos?

—En muy poca cosa.

—Muchas gracias, señor poeta.

—Quiero decir...

—¡Ya metiste la patuca, hermano!—dijo Silda dando una gran risotada.

—Quiero decir...—insistió Jesús—que hay quien no experimenta la necesidad de creer. El creer es cosa de la voluntad. En cambio, todos *sentimos* la necesidad de *sentir*. El sentimiento es cosa del corazón. El creer es cosa secundaria. Lo principal es sentir, es amar. Todo está en el corazón, como dijo la Santa.

—Ni tú mismo sabes lo que dices—repuso Juliana gravemente—. Para eso te han servido los libros: para perturbar tu entendimiento... ¡Ven aquí, desventurado! Sin creer en una cosa, ¿cómo es posible amarla? ¿Se puede amar a Dios sin creer en El?

—Hay muchas maneras de amar a Dios, querida prima. Se puede amar a Dios en sus criaturas. Si el amor es de esencia divina, amar a alguien es acercarse a la divinidad.

—¡Qué disparate!... Al alma no le basta con amar; le es necesario creer... ¿No crees tampoco en el alma?

—Yo no creo que el alma sea cosa distinta del cuerpo.

—¡Ay, desdichado! Si el alma no fuese distinta del cuerpo, en verdad que seríamos unos pobres animalucos, como decías antes... Pero, ¡ven aquí, hombre de Dios! ¿Tú no sientes dentro de ti mismo algo superior, algo divino, algo inexplicable que te eleva por encima de todas las cosas, un aliento sobrenatural que te empuja al cielo, algo parecido a una llama, a un perfume, a una oración?... ¿Adónde van los amores puros, las miradas de los ojos, las plegarias, los pensamientos devotos, los dulces secretos del corazón?... A mí me sucede, a veces, pensar y sentir cosas tan sutiles, tan delicadas, tan difíciles de expresar con la palabra, que hasta me

hacen sufrir. ¿Es posible, me digo yo, que todo esto muera conmigo?

—¿Adónde va la llama del cirio cuando el cirio se consume, y el aroma de la flor cuando la flor se marchita?—replicó Jesús con vehemencia—. ¡Déjame con mis dudas, Liana, déjame con mis sombras!... ¡No sé nada!... ¡No quiero saber nada!... Tengo miedo de la verdad... ¿Para qué buscarla si nunca se mostrará desnuda a nuestros ojos?... Que cada cual en este mundo escoja su mentira... Yo no quiero destruir tu fe; si lo hiciera, me juzgaría el más infame de los hombres... Vive dichosa con tu dulce engaño y déjame a mí con el mío... No discutas, no quieras explicarme lo inefable... ¡Sentir, sentir! Tenía razón la Santa. ¡Todo está en el corazón!... No me hables del dogma, no me hables de la ciencia... ¡Háblame del amor, del sentimiento, de la ternura... de las cosas que no mienten jamás! .. O mejor, no hables, no hables de nada... Las palabras todo lo falsean, todo lo profanan, todo lo desfloran... ¡Sentir, sentir! Yo quiero rezar, Juliana; pero quiero rezar mentalmente, con plegarias que sean como romanzas sin palabras, música pura del sentimiento, melodía del alma. ¡Oh, si yo pudiera prescindir de la palabra engañadora para traducir mi sentimiento! ¡Si el sentimiento pudiera comunicarse por emanación, silenciosa y mansamente, como un aroma de violetas!... Yo quisiera centuplicar la potencia de mis sentidos inferiores, sutilizar mis manos, aguzar mi olfato, hacer de mi cuerpo una pulpa de carne viva, erizada de nervios para sentir más, para sufrir más, para amar, sentir y sufrir en silencio, como las flores... ¿No es refinado amor el del lebrel que olfatea las emanaciones de su amado dueño, vibra con los olores, como un arpa que tañen los vientos, y asoma el

alma primaria a esas ventanas sutiles del olfato?... Estoy cansado de estos sentidos llamados intelectuales—la vista y el oido—, que nos engañan tan diestramente... ¿No comprendes, Juliana, la vida profunda y espiritual que pudiera encerrarse en una estatua de carne, sin ojos ni oídos, una grande flor mística donde todo el mundo de la vida y del pensamiento estallara en aromas, en sabores, en contactos inefables? ¡Cómo habría de arder un alma contenida de este modo, en sombra y en silencio, eternamente de hinojos ante el misterio; vibrando en cada célula de la piel, como una música sorda; evaporándose en cada átomo del aire, derritiéndose como una hostia en el paladar!... Para el amor profundo, que no cabe en la palabra de los hombres, no hay más que el silencio, no hay más que las lágrimas...

Dijo así Jesús, entre otras incoherencias, y se sentó en la silla postrado, abatido, como si hubiera hecho un esfuerzo enorme, con la cara pálida y los ojos ardiendo, en la actitud de un alucinado. Era noche de luna y entraba por los balcones una copiosa claridad estelar, un río de plata, manso y difuso... La cara de Jesús, alumbrada por la luna, parecía más pálida, parecía muerta; los ojos le relucían en las órbitas con fuego extraño.

—¡Qué hermosa noche! —volvió a decir asomándose a los cristales—. ¡Ay, si la vida fuera una noche eterna de luna! ¡Viviríamos una existencia soñadora y suave, blanda y crepuscular! En lugar de ese cielo azul que vemos—*que no es cielo ni azul*—, contemplaríamos el abismo profundo del misterio y la cara apacible de la luna, amiga de los tristes. Yo he soñado un místico jardín donde las almas, sin la envoltura de los cuerpos, erran por paisajes lunares, blandamen-

te, enamorados de una estrella, oyendo cantar al ruiseñor. Mi alma cansada era un rayo de luna y se mecía en el agua serena de un remanso... ¡Tengo miedo del sol! Bajo esa cruda realidad mis agudas sensaciones son sutiles agujas que se clavan en los sensibles nervios, las ideas me duelen como heridas y en el pecho lloran mis sentimientos, como niños que acaban de nacer. De noche, en cambio, a la luz de la luna, mis dolores duermen cansados y la sombra amiga refresca los sentidos y me baña en dulce bienestar... Yo amo la luna...

Juliana y Silda hallábanse temerosas, calladas, en la penumbra, arrasados de lágrimas los ojos. Aquella elocuencia lírica de Jesús, aquel hablar enigmático, delirante, les entró a las dos mujeres en el corazón. Acordábanse de aquella dama triste y demente, que paseó su manso extravío por las estancias de la casona, y creían verla resucitar en el semblante y en la palabra de Jesús.

Juliana sintió haber suscitado aquella ardiente polémica. La cuerda religiosa vibraba muy hondo en el réprobo. Hacía tiempo que no habían visto a Jesús tan exaltado, diciendo cosas tan extrañas... Empujada el alma sencilla de Juliana por el proselitismo, acercábase a su primo, le envolvía en la llama de su fe, íbale poco a poco hechizando... Una fuerza imperiosa juntaba a los dos, los mantenía uno al lado del otro, embriagándose con sus propias palabras. Un ardor sensual, del que ni ellos mismos se daban cuenta clara, los iba ligando fuertemente, con más eficacia que todo lazo amoroso. Jesús miraba aquel cuerpo elástico de santa medioeval, sin formas apenas, todo espíritu, todo llama, vestido con el hábito y ceñido con el cordón. Y mirando aquel bus-

to sutil y ondulante, aquella cara pálida y profunda, sentía estremecerse toda su carne y todo su sentimiento. Juliana, sin advertir el peligro, iba dejándose caer en aquel lazo impuro, hechizada a su vez por el rostro enjuto y atormentado, por los ojos ardientes y la barba nazarena...

Asomado Jesús al balcón de la solana, aspiraba con deleite la paz y la frescura de aquella noche. El huerto trascendía a aromas. Oíase el manso rumor de una fontana. El paisaje, bañado por la luna, tenía una belleza solemne y melancólica. El alma de Santillana del Mar se deslcía como un vapor de opio en el paisaje y adormecía dulcemente el corazón.

—¡Ven, Sulamita!—dijo Jesús atrayendo a Juliana hacia el balcón—. ¿No oyes esta noche como un eco del Cantar de los Cantares? ¿No escuchas la voz de la Sulamita, tu hermana, que busca al Amado, al que apacentaba su rebaño entre los lirios? ¿No ves aquella forma blanca que cruza el huerto cantando querellas? Es la Sulamita, que busca al que ama su alma, que le busca y no le encuentra y conjura a las hijas de Jerusalén para que le digan dónde el Amado paró... La Sulamita canta en el huerto de los Aromas... Oye su querella:

Lleno está el huerto de silvestres flores,
de arpados ruiseñores,
de nidos y de aromas;
ya los manzanos y la vid florecen
y los robustos árboles ofrecen
sabrosos frutos y fragantes gomas.
El agua ríe en sosegados cauces
y están colgadas de los verdes sauces

las viejas arpas del amor... La amada
llora en la noche tu glacial desvío,
húmeda de rocío
la negra cabellera desatada.
¡Desfallezco de amores!
¡Ven a adornar con flores
mis blancos pechos y mi sien morena!
La noche tiende su dosel; ¿no vienes?
¡oh, ven; aquí me tienes
llena de amor y de ansiedades llena!
Las tórtolas se arrullan en las viñas;
brotan de las campiñas
lirios y miel de Jericó; ante el ara
de nuestras bodas, tu llegada espera
tu dulce compañera
humilde como Ruth, fiel como Sara.

Negros son los cabellos de mi amado;
su rostro sonrosado
es más bello que el sol en el Oriente;
sus mejillas son ánforas de aromas,
son sus ojos dulcísimas palomas
y oro y marfil su luminosa frente.
Como cedro del Líbano es su hechura,
blanca su dentadura,
rubias sus manos como el oro fino,
fuerte su corazón como la roca,
ardientes las palabras de su boca,
y su amor embriaga como el vino.
Son sus sienes pedazos de granada,
triste su voz amada,
y son rosas de Mayo sus orejas;
gallarda y varonil es su figura;
sus acentos de amor y de ternura,
dulces como la miel de las abejas.

He encendido incensarios y pebetes,
me he adornado con áureos brazaletes
y he destocado mi amoroso pecho;
he cubierto con flor de los rosales
y rústicos cendales
las vigas de ciprés de nuestro techo.
¡Muriendo estoy de amores!
¡Ven a cubrir de flores
mi cabeza empapada de rocío!
La noche tiende su dosel; ¿no vienes?
¡oh, ven; aquí me tienes
muriéndome de amor! ¡oh dueño mío!

Los versos cayeron en la noche como cláusulas de cristal. La Naturaleza, dormida en el blanco sueño de la luna, parecía escuchar, suspensa, el viejo cántico de amor.

—¿Son tuyos los versos? —preguntó Juliana a Jesús.

—Sí. ¿No te acuerdas ya? Es una torpe rapsodia del Cantar de los Cantares que hice en otro tiempo, cuando, lo mismo que ahora, te recitaba versos a la luz de la luna. ¿Quién pudiera restituir al poema del rey sabio todo su silvestre aroma? ¡Grande alma la de aquel rey que tan bien supo juntar el amor y la sabiduría, los dos ojos divinos del espíritu, y asomarse a ellos tan graciosamente...!

El viejo aroma de Israel había penetrado en el alma de Juliana. Miraba al huerto, contemplaba aquella clara noche de luna, y creía ver en los sauces las arpas del amor y en la sombra de los cipreses la blanca silueta del Amado...

—Eres un poeta, Jesús; un poeta escogido. Ya leí también los versos que regalaste a Rosuca. Gozos del dolor de amor... Y sintiendo como sientes la poesía mística de tan profunda manera, ¿cómo eres un descreído, un ateo?

—No soy ateo, Juliana, ni descreído tampoco.

—Pues ¿qué eres, entonces, querido primo? ¿Eres un ángel o un réprobo? Veo a veces en ti, Dios me perdone, como un resplandor de santidad; otras, una ráfaga de color violeta, como una llama de azufre... ¿Qué eres, di?

—Soy un hombre que ha nacido demasiado tarde...

—Ni tú mismo sabes lo que eres. Los libros te han torcido el juicio. Yo no he visto nunca una persona con más contradicciones que tú. Por una parte vas a la iglesia, y por otra reniegas de la fe. Hablas mal de la religión y de la ciencia. Eres capaz, por orgullo o por capricho, de destrozar un corazón, y después andas quedo por el campo para no pisar a las hormigas...

—Tienes razón, Juliana. Ni yo mismo me conozco.

—¡Vuelve tus ojos a Dios! Aun es tiempo. Recobra la fe...

—Con un misionero como tú, no es eso tan difícil. Si los curas fuesen hembras en vez de ser varones, no habría varón fuera de la Iglesia... Como son hombres, la religión tiene más prosélitos entre las mujeres...

—¡Anda, hereje! Siempre está la burla en tu boca...

—Tu fe me salvará, como a don Juan la piedad de doña Inés...

Habíase hecho tarde, y Juliana se despidió. Jesús se ofreció a acompañarla hasta su casa.

—Veré, de paso, el espectáculo admirable de la luna en Santillana...—dijo con alborozo—. Iremos a la colina de los Aromas a ver pasar la Sulamita en esta blanca epifanía de la luna...

X

Iban Liana y Jesús lentamente, caminando por la angosta calle desierta, con la cabeza baja, abrumados por su propio pensamiento, escuchando, en el silencio grave de la noche, vibrar en sus oídos la música de la sangre, el fuerte ritmo de sus corazones. Aquellos dos exaltados temperamentos, donde la neurosis de la raza florecía, lanzábanse, sin poderse dominar, a un camino de amorosas locuras.

Iban andando lentamente, en silencio, bajo aquella claridad del plenilunio, como dos fantasmas, perdida la noción del tiempo. Cuando llegaron frente a la Colegiata, se detuvieron, dominados por la soberana belleza del espectáculo. Santillana, dormida a la luz de la luna, resplandecía, plateaba, como una alborada. Las casas viejas, las torres, las piedras seculares, los escudos, el atrio de la venerable Abadía, bañados en aquella blancura celeste, en aquella inundación lunar, tenían una expresión inefable de poesía y de misterio. La inmaculada pureza de las cosas invitaba al ensueño místico, igual que una lejanía de crepúsculo, lo mismo que un paisaje selenita visto a través de un telescopio. Todo era blanco, suave, indeciso; vaporoso como una nevada ideal, como un tenue velo de gasa o de neblina, dando una sensación estética y religiosa, de mansa poesía, de dulcísimo sopor.

El silencio gravitaba armonioso, semejante a una pausa musical. El firmamento, de un color purísimo, diáfano, cándido, pendía sobre la tierra como manto piadoso, y la clara

lámpara de la luna sonreía como un rostro gracioso de mujer, ingenuo y melancólico. El ambiente teñido de aquella blancura estelar era tibio, daba la sensación de un agua mansa, de una lámina de cristal. El aura tácita—suave respiración de la noche—acariciaba como tenue aliento de niño dormido. Una estrella lejana brillaba con temblor tan fuerte, que parecía una lágrima de plata que iba a caer sobre la tierra. Las cosas, sumergidas en aquel baño de luz, eran tan puras, tan vírgenes, tan inocentes, como si acabaran de salir de las manos de Dios.

Pareciales a entrambos, al contemplarlas, que habían cambiado sus cuerpos y sus espíritus, que eran como dos rayos de luna posados en el suelo. Temblaban de ansiedad y de emoción, sintiendo flotar en el silencio revelaciones inauditas, pensamientos sin palabras, el alma lírica del paisaje.

Jesús miraba a Juliana, muda, pensativa y triste, como el ángel de la noche, y contemplaba su cuerpo—lirio bañado de luna ; su casta boca plegada con un gesto de estupor; su frente convexa y pálida, donde el cabello copioso, como pesada corona, gravitaba; sus ojos adormilados, llenos de luces ambiguas; sus manos blancas, cruzadas, en una actitud bellísima de abandono y de dolor; su cuerpo largo y delgado, por el hábito ceñido, ligeramente inclinado con mística devoción; y una lástima profunda sentía Jesús al verla tan pálida, hermosa y triste, como una imagen antigua de vidriera o de tapiz, como la imagen aquella de la mártir Santa Illana, vencedora del dragón; y viéndose así, a su lado, toda luna, toda espíritu, silenciosa y con dolor, sintió llenársele el alma de caridad y de amor.

Juliana no le miraba; sus ojos negros y ardientes estaban

como perdidos en la vaga lejanía de un grave ensueño interior.

Al fin, la Sombra de Jesús habló al oído de la Sombra de Juliana. Habló, vibrando con opaco acento, cual si naciendo en lo interior del alma las palabras llegasen a los labios.

—¿Qué manso bienestar siento esta noche? ¿Qué mano ha acariciado blandamente mi dolorido corazón? ¿Acaso ha curado mi afán esta inefable comunión de la luna?

Las palabras temblaron como lágrimas sonoras en el silencio de la noche.

—¿Acaso he muerto ya y el alma prisionera goza por siempre el inmortal seguro? ¿Es esto realidad o es un ensueño? ¡Habla, Juliana! Dime lo que sientes en esta noche en que vagamos solos bajo el blanco misterio de la luna. ¡Dime! ¿Es esto soñar, o es que vivimos?... Pero, ¿lloras? Los ojos celestiales, ¿con lágrimas se nublan? Ello es cierto... ¡Vives, puesto que lloras!

Dulcemente, como si de un letargo despertase, tembló Juliana y entreabrió su boca.

—Lloro por una pena que me hiere aquí en el corazón como una espina. Tengo miedo, Jesús, de que te mueras en pecado mortal. ¡Yo que soñaba convertirte a la fe del alma mía!... «Ya que no pudo ser aquí en la tierra—dijo a mi corazón una paloma—, en el cielo será. Tú que le amaste, infúndele la llama de amor viva que enciende el alma y la conduce al cielo. Tuyo será allá arriba, si es que logras rescatarlo del mal. ¡Dios lo promete!...» Huyó la palomica mensajera y su divina voz cayó en mi alma como aviso y mandato de los cielos. Desde entonces, Jesús, yo te buscaba y quería atraerte a estas prisiones donde brota la llama de amor

viva... Tú no quisiste entrar; tú no quisiste venir a mi reclamo; mis plegarias fueron burla y escándalo en tu boca. Esta noche han llegado tus palabras al colmo del horror y la blasfemia... ¿Comprendes mi dolor? ¿No lo comprendes? ¡Y aun me dices, impío, por qué lloro!

—¡Amor mío! ¡Juliana! ¡Santa Illana!

—¡Moriré de dolor si así te burlas!

—¿Burlarme yo de ti? ¡Antes los cielos caigan sobre mi frente! ¡Dueño mío: si es tu dolor tan grande; si es que lloras porque no creo como tú; si acaso es prenda de tu amor la fe cristiana, yo te juro, amor mío, por los huesos de los muertos amados, te lo juro, que humillaré mi frente en los altares, que lavaré con lágrimas mis culpas, que escribiré con sangre de mis venas la cruz sobre mi carne pecadora; me arrancaré la lengua maldiciente; me sacaré los ojos de sus cuencas y hasta el ingrato corazón del pecho... Mas a cambio de tanto sacrificio, de tanta esclavitud, de pena tanta, ¡yo pido que el amor que me tuviste, aquel amor de antaño, que hoy retoña con llama de amor viva aquí en mi pecho, vuelva a animar tus ojos, a encenderte memoria y corazón, alma y materia!

Temblaba de emoción la pobre Liana, pálida cual la imagen de la muerte Los ojos de Jesús echaban lumbre. Todo en redor callaba. La alta noche suspensa y escuchando parecía.

—No hables de amores muertos; habla sólo del santo amor de Dios, que nunca muere... ¡Somos dos viejos ya! Deja al pasado que duerma en su sepulcro... ¡Está ya muerto!... ¡Piensa en la vida eterna! Nuestras almas se unirán en el cielo... No en los tristes amores de este mundo... Ya a nosotros sólo toca morir .. ¡Piensa en la muerte!

—Mientras un ascua de mi vida alumbre y una gota de sangre haya en mis venas, de amor se encenderán por ti, Juliana...

—¡Calla, por Dios, Jesús; reza y espera!...

Dominado Jesús por la palabra de aquella sombra celestial, de hinojos cayó en las piedras y rezó llorando:

—¡Dadme la paz, Señor! Mi alma, cautiva de amores idos y esperanzas muertas, camina hacia el ocaso, hacia la noche de lo infinito que a la tierra envuelve. Soy un despojo de la vida; busco pan de amor y agua mansa de reposo... Tened piedad, Señor! ¡Dadme, oh Dios mío, esa gracia interior, ese sosiego que borra la aspereza del camino en la triste jornada de la vida!

Tendió su fácil vuelo la plegaria y se perdió en los cielos mansamente, como blanca paloma mensajera a la luz de la luna... Liana, entonces, con voz queda, añadió:

—¡Oye, Dios mío, esa oración de un alma, y que florezca en tu huerto de amores y piedades, como una vara de azucenas!

Era muy tarde ya. La luna declinaba, suspensa como un nimbo allá en la torre de la vieja Abadía silenciosa. Era por filo ya la media noche y los gallos cantaban.

—¡Ay, Dios mío! —azorada, exclamó Juliana entonces—. ¡Qué locura, Jesús, ay, qué locura! La media noche ya... Mi padre espera...

—La noche es tan hermosa... Te dormiste, contemplando la luna, en mis balcones...

—El pobre viejo me estará esperando...

—Es la noche tan clara... En estas noches es muy dulce velar. En Santillana es un sueño divino y deleitoso vagar por estas calles con la luna, rezando preces y llorando amores... ¡Mira, Juliana, mira esa simbólica águila del blasón de mis abuelos! Clavada tiene una saeta, y muere... Muere de amor: ¡lo mismo que mi alma!... *Un buen morir*, dice el vetusto lema, *honra toda la vida*... ¡Bella muerte, la muerte por amor!

—¡Amor divino! ¡Que el humano, Jesús, es deleznable!...

—No hay más amor que amor... Amor es uno...

—No hay amor más que en Dios. Otros amores son miseria y dolor; ¡flores de un día!... ¡Si tú sintieras como yo! ¡Si entrase en tu pecho esta llama de amor viva! ¡Qué inefable placer! ¡Qué dicha eterna!... Cuando, en mis horas de dolor, acudo a estas aguas benditas, ¡qué deleite! ¡qué regalo del alma! ¡qué alto gozo! Vago rozar de tímidas caricias, de holandas y de sedas; brisa suave de mañanas de Mayo; besos y alas de ángeles del Señor rozan mi rostro... Unos ojos benignos desde el cielo me miran extasiados, y un acento blando, armonioso, como de arpa, viene a mis oídos murmurando... El alma, igual que un pajarillo prisionero cuando la puerta de la jaula le abren, salta, se esponja y a los cielos sube... Una mezcla de hielo y calentura, de dulzor y acritud, de angustia y gozo aprieta el corazón, y por las venas corre la sangre como el agua tibia. . Después... como quien mira con los ojos al sol en la mitad de su carrera, una llama de luz, un fuego ardiente que traspasa y me quema las entrañas... Y después... una angustia... una agonía, un morirse de amor...

Jesús, en tanto, con el hechizo de la dulce historia, viendo

en el rostro de Juliana escrito aquel amor ardiente y sobre-humano, vibraba de pasión y de deseo. Bajo el hábito humilde de la obsesa, la carne flaca y macerada ardía; temblábanle las manos, y los ojos, abiertos, muy abiertos, centelleaban...

—¡Amor, amor!—interrumpió el amado —, ¡vuelve al viejo redil do fuiste mío! ¿A qué buscar en el sepulcro helado, más allá de la muerte, el caro objeto? ¿Morir? ¡Nunca, mi amor! ¡Vivir... conmigo!... ¡Alma sedienta y azorada! ¿Adónde buscas el manantial, si está en la tierra? ¿Por qué, ambiciosa, a los espacios subes y el amor de los hombres abandonas? ¡Dios te manda que vivas! ¡Dios no quiere que castigues tu carne, que atormentes el cuerpo hermoso que al nacer fué dado como un presente de salud y amores!... ¡Vuelve en ti, pobre alma solitaria!... ¡Ven a mis brazos, que mi amor te espera! ¡Dios no prohibe nuestro amor!... La llama, la llama de amor viva... está en mi pecho... ¡llama de amor humano! ¡Oh Sulamita!

Y oprimía las manos de Juliana, oyendo en el silencio de la noche como un rumor de epitalamio.

—¡Liana! ¡Despierta y dime que me quieres! ¡Juntos para siempre los dos! ¡Cuánto te adoro! Rezaremos los dos todas las tardes y todas las mañanas. Rezaremos por nuestro amor y nuestra dicha, y juntos sepulcro nos darán en la Abadía de nuestra vieja Santillana.

Habían llegado hasta la casa silenciosa donde Liana vivía. Estaba el huerto inundado de luna. Se escuchaba manso rumor de frondas soñolientas.

—¡Apártate de mí! ¡Réprobo, vete!—sollozaba Juliana.

Y él, en tanto, tembloroso y astuto, como el ángel de las

obscuras tentaciones, viendo desfallecer la pobre Sulamita, la acosaba con frases ardorosas, encendiéndole el rostro con las llamas de su deseo trágico. Arqueando su brazo sobre el talle de Juliana, la atrajo sobre sí, y un beso ardiente selló los labios de la amada. Entonces, al sentir la violenta quemadura de aquel beso de fuego, con voz ronca, que era un arrullo de paloma, dijo:

—¡Vete, Jesús, por Dios!...

Pero otro beso sonó en su boca y la selló los labios.

El símbolo ha caído. Santa Illana, la que en sueños se alzaba del sepulcro, con el dogal en la iracunda mano, cayó a las plantas del dragón, vencida... ¡No fué verdad el sueño! Santa Illana supo un día vencer a su enemigo, y esta pobre mujer no es una santa, sino una pecadora.

Si es un pecado amor, ¡Dios la perdone!

JORNADA QUINTA

NOCHE OBSCURA DEL ALMA

I

El padre Invierno, el viejo de cabeza blanca y barbas de nieve, ha llegado. Vino con su cortejo de nubes y celliscas, de albas cenicientas, noches medrosas y pálidos días sin sol. El grave silencio le acompaña. Sobre la alfombra de la nieve las carretas pasan perezosas, gimiendo; las vacas están encerradas en sus establos; las aldeas parecen muertas en los mudos paisajes cubiertos de cristal.

La nieve ha borrado el camino de la montaña; las puertas sólo se abren cuando algún caminante, muerto de frío y de cansancio, golpea la ferrada hoja con el cuento de su bastón de roble. Sobre la ruina de todo lo pasado, aun vive en la vieja casa solariega la generosa hospitalidad castellana...

¿No oís la canción del viento? El ábrego silba y muge, viene a través de los montes, sonando en las rendijas como un pastor que tañe su bocina reuniendo el tímido rebaño para esquivar la tormenta.

Fuera de toda ruta, acurrucada al pie de su Abadía, Santillana duerme el sueño invernal, su grave sueño de camposanto. Los cielos lloran sin tregua; las nubes parece que

gravitan con sus vientres cargados de agua sobre los negros tejados de la villa; la atmósfera es densa, pesada, abrumadora; el húmedo vaho de la tierra se mete en los pulmones y cala los huesos como el soplo de una cripta.

Los árboles de los huertos, escuálidos y llorosos, parecen esqueletos humanos, con sus brazos rígidos y desnudos, cenceñas figuras orantes pidiendo al cielo misericordia. El cierzo y el agua azotan implacables las verdinegras fachadas, roen los escudos, llaman a las puertas carcomidas, zarandean los desencajados postigos, silban en las chimeneas y, rezumando por todas partes, se filtran por las vigas seculares en las estancias abandonadas, donde las goteras isócronas, con el tic-tac de un péndulo, cuentan las horas con grave y triste monotonía... Y la campana de la Abadía tañe, tañe lentamente en la bruma, y sus tañidos parecen lamentos de almas en pena.

¿Adónde fueron los días ardientes del estío, cuando las frondas obscuras de castaños y robledales hacían alarde de sus lozanas pompas en los valles risueños; cuando la flora campesina y el enervante perfume del heno llenaban el aire caluroso de exquisitas emanaciones; cuando la mansa brisa serrana hacía ondular el verde manto de los maizales como las olas del mar; cuando las obscuras golondrinas hacían sus nidos en las casas de los hidalgos y venían a posarse en las águilas y en las cimeras de los blasones; cuando el redoble del tamboril llamaba al corro a las mozas y sonaban los cantos aldeanos y corría el chacolí de vaso en vaso, con su agridulce alegría lebaniega?

El padre Invierno ha llegado. Detrás de los cristales, empañados por la helada, nos pusimos para verle llegar, bajan-

do de las montañas, con su bordón de peregrino, su ropaje de nieve, su barba blanca y sus ojos redondos, grises, de color de agua turbia. A su paso los árboles gemían temblando, salían las fuentes de sus cauces, dejaba correr el cielo sus lágrimas, cerrábanse las puertas, se acurrucaban los pájaros en sus nidos, caía la nieve en copos menuditos, amortajando la tierra...

Santillana, ahora, parece más muerta que nunca. Diríase que sus escasos moradores, hidalgos y campesinos, la han abandonado para siempre. Las casas viejas, derrengadas, cubiertas por una costra de musgo y de moho, tienen la fealdad y la tristeza de humanos cadáveres insepultos. Una sombra extraña, un gesto de estupor se abate sobre la villa; los caducos portones claveteados, los balcones ceñudos, las ventanucas carcomidas, las ojivas y tragaluces están cerrados, con un silencio de eternidad, con una expresión de muerte, como si hiciera muchos siglos que no se hubiesen abierto a la luz. No se ve un semblante humano, no se oye el rumor de una palabra, ni el eco de unos pasos, ni el ladrido de un perro, ni el mugido de una vaca. Todo es soledad, mustia soledad, llanto sin gemidos, lágrimas silenciosas, tristeza sin palabras, abandono de muerte.

Y la nieve cae, cae blandamente, en copos menuditos que no llegan a cuajar; y en el silencio de las estancias abandonadas, las goteras suenan isócronas, contando las horas largas, las horas tristes, las horas que se desgranan lentamente, como las cuentas del rosario de la eternidad ..

II

Rosuca ha muerto, ¿no sabéis? Yo he visto a la pobre Rosuca de cuerpo presente, y sin juramento me podéis creer que se han llenado de lágrimas mis ojos y una pena profunda se ha aposentado en mi corazón. Vistiéronla con sus mejores galas para ir a la tierra; pusieron su cuerpo, hermoso aun después de morir, sobre el lecho blanco donde soñó tantas noches amores castos y cuentos de color de rosa; cerraron sus ojos de malva y taparon su cara de azucena; encendieron los cirios, echaron unas tristes flores de estufa sobre su frente, pusieron sobre su pecho un crucifijo de marfil y rezaron todos, *unos sollozando y otros en silencio.*

Pasó su entierro una mañana, bajo mis balcones, por las calles de Santillana la muerta. Caía una lluvia menudita, un rocío fino y penetrante como agujas de hielo. Tras el féretro blanco iba don Elías, mezclando preces y sollozos, y después una masa obscura y triste: todos los habitantes de la villa, encorvados bajo los paraguas, vestidos con ropas negras, sin hablar palabra, abrumados bajo el peso de aquella desventura. Cielos y tierra, llorando con lágrimas de lluvia, empapados de agua y de tristeza, parecían acompañar con su grave duelo invernal el cortejo de aquella pobre niña muerta en flor.

El dolor era allí silencioso, resignado, recogido como dolor de claustros y monasterios; en aquel lugar, apartado del mundo, todos los sentimientos adquirían una recia solemni-

dad, un recato peregrino. La mansa ola de la piedad cristiana serenaba las frentes y callaba las penas y ponía silencio en las lágrimas. Aun la madre de Rosuca, la anciana enferma que en los ojos de la su niña se miraba, rindióse, tras los primeros sollozos, y cayó en un estupor silente, en un dolor callado, infinito, mudo. Los ojos y el corazón se le fundían en lágrimas; lloraba como si las fuentes del llanto no hubieran de secarse nunca; pero lloraba en silencio aguas mansas, aguas serenas, aguas de manantial... Dolor sin ayes ni gritos, sin crujir de huesos, ni mesar de cabellos, ni voces de plañideras; dolor profundo, eterno, incurable; dolor que sólo halla término en la muerte, en el olvido y en el reposo de la sepultura...

¡Rosuca ha muerto! Yo siento una acre rebeldía de mi pensamiento y de mi corazón ante esta tumba abierta; ante este cuerpo tan hermoso, tan presto arrebatado a la vida, cuando comenzaban a abrirse amores y promesas como capullos de Mayo, como frutos tempranos de un árbol opulento. ¿Por qué la mano helada de la muerte ha de tocar estas frentes ingenuas, estos ojos niños donde el amor sonríe, estos labios de clavel donde los besos retozan impacientes, estos cuerpos bellos y jóvenes modelados por el grande Artífice de la vida para encanto y alegría de los hombres? ¿No tienes bastante, Naturaleza implacable, madre indiferente y cruel, con los cuerpos caducos y cansados, con los corazones tristes, con las carnes impuras de los malvados, para saciar tu hambre inextinguible y eterna de entrañas humanas? No; no eres el regazo amoroso donde toda tristeza halla consolación; ni la ubre fecunda que alimenta próvidamente a sus hijos, ni el seno maternal que goza desgarrando sus entrañas para dar

vida a los seres; verdugo serás siempre, que de cortas un tajo las más hermosas esperanzas; monstruo que sonríes ante nuestros martirios, engullendo insaciable nuestros cuerpos perecederos; ciega fatalidad enemiga de la juventud y de la alegría de vivir...

¡Rosuca ha muerto! ¿Por qué ha muerto Rosuca? ¿La ha matado tal vez el amor? No fué mal de amores el suyo—dijo el médico que la asistía—, sino una calentura maligna que se le metió en la sangre.

¿Qué importa ya que fuesen amores o calenturas? Sólo os diré en secreto que, en sus delirios, la pobre niña murmuraba unas palabras extrañas, unos versos que su madre oyó, unos versos trocados por el delirio, unas palabras que el amor materno pudo pacientemente descifrar.

Esta llama de amor viva,
este tormento divino
que me hiere,
tiene mi ánima cautiva.
¡Ay, cuán largo es el camino
para el pobre peregrino
que muere porque no muere!...

Y los deudos y amigos de la pobre Rosuca, al referir largamente recuerdos y ternuras de la niña muerta, decían con cierta sonrisa dolorosa que aquella niña romántica había muerto recitando versos de Santa Teresa...

III

¡Cómo vibraba, con qué elocuencia cantaba, gemía, sollozaba y rugía el órgano de la Colegiata! Los fieles, arrodillados en el grave recinto del templo milenario, sentían pasar como un viento de genial locura por los sonoros tubos del órgano; nunca habían escuchado una tan desbordada armonía, unos acentos tan profundos y vibrantes de dolor humano, de patética desesperación.

Aquello era la libre inspiración del genio y del dolor, brotando sin cauce, sin medida, sin regla ni proporciones, rompiendo todos los cánones, pisoteando todos los principios, lanzándose como un caballo desbocado, lleno de cólera y de espuma. Era una improvisación impetuosa, encendida, llameante, que estremecía la esculpida caja, golpeaba el teclado, henchía los tubos, inundaba las naves y moría sollozando en el fondo de las capillas, estremeciendo con bruscos estallidos, con extrañas sonoridades, las cándidas imágenes del retablo, los sepulcros y los capiteles, los confesonarios y los cirios, las lámparas y los facistoles.

Diríase que el alma profunda del Angel rebelde se había apoderado del órgano y cantaba allí con voces de ultratumba los gritos desesperados de las almas irredentas, las pasiones infinitas, los odios y los terrores, las plegarias y las blasfemias del reino obscuro del mal; la sinfonía bárbara del dolor universal y eterno, el concierto vario y salvaje de la tragedia humana, llorando y sollozando en la noche, bajo la paz de los cielos indiferentes.

Murió el lírico estruendo, apagóse la onda sonora con el rumor del agua del mar, y hubo una pausa dulce en la cual se oyó como un quejido de angustia. Después el órgano vibró otra vez... Eran ahora melodías quebradas y retozonas, ingenuos balbuceos, confusos discantes, como un eco sordo y vago de los viejos antifonarios; luego las melodías se precisaban más; fingían antiguos cantos profanos, motetes y rondós, endechas y serventesios, estribillos infantiles semejantes a aquellos que se oirían en la Colegiata en siglos lejanos, cuando aun vivieran los artífices que labraron sus capiteles; caracoleaban en el órgano dulces madrigales de Palestrina, que morían en un sordo acompañamiento de canto llano; elevábanse voces angélicas que acababan en roncos acordes, y luego, el órgano, vibrando con todos sus tubos en una explosión de armonía, alzábase con dejos y majestades de oratorio, recogía todos los temas y motivos dispersos, y juntándolos en un haz magnífico y sonoro, entonaba un Aleluya formidable.

El júbilo de aquel hosanna, donde parecía palpitar el alma de Hændel, quebróse de pronto, y sonaron una serie de bruscos acordes, una diafonía bárbara, con intervalos de quinta y de cuarta, un remedo bufo del *organum* arcaico. Volvieron los fieles la cabeza al escuchar la grotesca zambra musical; y cuando don Elías, indignado, se disponía a atajar aquella burla de mal gusto, rompió el órgano a cantar, con libre pero hermosa interpretación, la séptima sinfonía de Beethoven, el motivo sublime de aquella pastoral cuyo *allegretto*, ejecutado como andante, se torna en grandiosa marcha fúnebre.

El dolor sobrehumano de la página inmarcesible llenó el

templo de profunda piedad; rezaban y lloraban todos los fieles; y las voces del órgano se perdían poco a poco, se alejaban, morían como suspiros, y al flotar indecisas como un eco, sonó una voz humana, allá arriba, una voz descompuesta y ronca, que empezó a cantar, con extraños ritmos, una vieja canción latina de tiempo de los galos, mística flor de músicos y eruditos:

Dormi, fili, dormi Mater
Cantat unigenito:
Dormi, puer dormi! Pater
Nato clamat parvulo
Mille, mille, milies.
Dormi nate, mi mellite!
Dormi, plene saccharo!
Dormi, vita, meæ vitæ...

Y al llegar a este punto, el órgano dió un ronco estallido, como si se hubiese quebrado, y se oyó después una nerviosa carcajada. Corrió por todo el templo un estremecimiento de terror; agolpáronse los fieles al pie de la tribuna, y don Elías se lanzó a la escalera con agilidad superior a sus años.

Luisito Calderón, el organista, hallábase, como presa de un delirio, con las manos crispadas sobre el teclado y los ojos arrasados de lágrimas...

IV

Juliana se había casado con Jesús. Después de aquella noche de locura, después de aquella brutal revelación del amor, pensó morir. Nunca imaginara su alma sencilla y ardiente,

pura flor de sacrificio, que a tal punto llegase en su calvario. Cuando conoció la magnitud del abismo abierto a sus pies, sintióse débil, con el espíritu en profunda turbación. Había arrojado una mancha impura en su hogar, había mancillado su noble casta de santas y de hidalgos; y al pensar en esto, la vergüenza y el remordimiento le mordían el corazón. Luzbel había querido granjearla con la más fuerte tentación, llamando a las puertas de su hogar honrado con el amor, un amor fascinador, diabólico, y por ende más temible. Amor más fuerte que la muerte, profundo como los reinos del mal... Y ella misma, ella misma había, la cuitada, soplado las ascuas y despertado el incendio. La pobre, sin ventura, sin consejo, habíase abandonado a aquella onda sensual, a la fascinación de aquel hombre de pecado. Acostumbrada sólo al martirio de sus penas, habíase entregado sin defensa al enemigo. ¿Qué sabía ella de los secretos del alma, de los ímpetus del sexo, de los peligros del corazón, de los riesgos de los sentidos traidores? ¡Santa simplicidad! Empujada por místicas piedades, quiso hacer una obra cristiana, ganar un alma para Dios, y había caído en las redes del enemigo. ¡Y en aquella aventura, don Elías, el noble sacerdote, el varón docto y discreto, había colaborado inconscientemente, había echado a Juliana en los brazos de Jesús...! ¿Por qué, Señor, permites que esté el genio del mal presente al fin de los caminos del bien? ¿Cómo puede vestirse el pecado con las tocas de la virtud?

Y al pensar así, una voz interior le replicaba: Pobre pecadora, ¿a quién culpas de tu caída? La virtud ha de ser avisada, y no torpe ni simple. Oíste que fué dicho: Sed sencillos como palomas y astutos como serpientes. La prudencia es el

escudo de la virtud. El demonio acecha, y la carne flaca sigue sin freno al instinto, si la diestra razón no la detiene.

Pero ¿qué sabía ella de tales sutilezas? ¿Cómo había de suponer que estaba cometiendo casi un sacrilegio? ¿Cómo había de alcanzar su entendimiento que el objeto de sus ansias no era el divino Jesús crucificado, sino esta otra imagen viva de pasión humana, amor insensato que había encendido con las más puras ascuas de su piedad religiosa? Ni aun ahora, al conocer la tremenda verdad, alcanzaba estas cosas sino de un modo vago y nebuloso. El alma ingenua de Juliana sólo concebía nociones claras y sencillas de las cosas. Había caído en los brazos de Jesús atraída secretamente por la fascinación de su belleza melancólica y otoñal, quizás hasta por el prestigio malsano de sus aventuras, impulsada por el ardor del proselitismo; por aquel amor de caridad y de compasión; no supo comprender que había amado a un hombre—¡oh sacrilegio!—al través del santo Nazareno, clavado en la cruz...

Horrorizada por tales pensamientos, sólo a medias concebidos y meditados, confesó sus culpas llorando y pidió consejo a aquel santo varón simplicísimo, que de tal manera la había ayudado a caer. Sonrió el buen don Elías, acostumbrado a sonreir ante estos inconscientes pecados de amor, y merced a sus buenos oficios llegóse a términos conciliatorios, quedando enterrado en el alma del sacerdote el secreto de aquel desaguisado. Y a poco de él, Juliana y Jesús, unidos ante los hombres, ya que lo estaban ante Dios y su conciencia, no tuvieron por qué avergonzarse de su amor.

Fuéronse a vivir a la casa de ella, juntos con don Fernando, en aquella casa con honores de palacio que había de-

trás de la Colegiata. Quedaron solos otra vez don Juan Manuel y Silda, con la esperanza de que aquel matrimonio condujese a Jesús a puerto de salvación. Maravillábanse todos de que el caprichoso y extravagante primogénito de los Ceballos se hubiese acomodado tan pronto a una vida regular y ordenada, dando al fin por terminadas sus pasadas aventuras. Los dos primos nacieron para ser el uno del otro; así lo aseguraban las gentes, y creían ver un designio providencial en el hecho de que, al cabo de los años, aquel noviazgo juvenil hubiese terminado en bodas.

Pareció que con ellas había acabado la odisea de aquellas almas. El amor de Juliana y de Jesús, tras de sus nupcias, fué un amor sereno y dichoso, lleno de ternuras, con melancolías de otoño y dulzuras de crepúsculo. Y Jesús, bañado su corazón en aquella ola mansa de delicados cariños, reclinando su moribunda juventud en el regazo de aquella dulce esposa, creyó por un momento que la felicidad aun era posible...

V

Un día—ya habían pasado muchos—se desvaneció el piadoso engaño. El alma insaciable de Jesús, que sentía el tedio de las cosas apenas las poseía, llegó a conocer la triste verdad. La costumbre, el hábito, la monotonía de aquel amor doméstico y apacible, fueron suficientes para enfriar su pasión, para llevarle a términos de profundo hastío.

—¿Qué es lo que yo he hecho? —se decía desencantado—.

He matado mi sueño, la única luz de poesía y de belleza que me quedaba en el mundo. Al casarme con Juliana he roto los velos del misterio, he bajado del altar la imagen de mis sueños, y la he convertido en una mujer, en una pobre mujer pasiva, triste, débil, enfermiza, miserable... ¿De qué barro perecedero estaba hecho mi amor, que tan presto se ha ido?

Ya no sentía el triste por Juliana aquella pasión sutil, espiritual, mezcla de poesía y de ensueño, que tan dulcemente le torturaba en otro tiempo. Mirábala ahora en sus brazos demacrada y envejecida, como una imagen de cansancio humano, sin aquella aureola de pureza y santidad que antaño la iluminara. Contemplábala dormida, con la boca contraída por un gesto de prematura vejez, con los cabellos revueltos y el cuerpo marchito, como un triste despojo de la vida y del amor. Alzábase él del lecho, hastiado y abatido, sintiendo pesar sobre su cuerpo fatigado aquella carne macilenta que en otro tiempo le había hecho arder en llamas de deseo.

Dolíale en el alma el remordimiento de semejante profanación. Habíase dejado llevar por los estímulos de su sensibilidad enfermiza, y había encadenado aquella pobre mujer a su destino. Comprendía el imperioso deber que tenía ahora de mentirla amor, de engañarla dulcemente, para que jamás adivinara la cruel verdad. Pero, ¿cómo disfrazar un sentimiento que de tal modo señoreaba su conciencia? ¿Acaso el amor puede fingirse?

Meditando sobre estas cosas sentía Jesús el desprecio de sí mismo. Había jugado pérfidamente con aquella mujer; habíala hecho creer en la sinceridad de una pasión tardía, y

ahora la repudiaba en el fondo de su corazón. ¿No era esto un crimen?

Pero él mismo se había engañado también. Hombre complicado, extravagante, hecho a vivir más por dentro que por fuera, venía a ser incompatible con la realidad de las cosas, inhábil para la acción metódica y regular, para las verdades sencillas de la vida. Su existencia era una perpetua falsedad, un constante artificio; sus deseos desmesurados no podían jamás cumplirse en este mundo; verificábalos *in mente*, y cuando iba a ejercitar su acción en la realidad, sentía el tedio de las cosas ya *vividas* y poseídas, el dualismo extraño de los sueños y de las realidades.

Mientras vivió errabundo, fuera de su hogar y de su patria, había concentrado todos sus romanticismos juveniles en la imagen de Juliana. Ella fué la representación viva y sentimental de la villa donde nació, de sus ternuras de niño, de sus melancolías y sus recuerdos. Poetizando de tal modo a su prima, la había falseado, la había arrancado a la realidad, la había convertido en un sueño, en un símbolo. Al hacerla su esposa, al descender con ella a la evidencia de la vida, aquel hombre impotente para la realidad sintió volar el sueño, romperse el símbolo, evaporarse la ilusión. Y sobre las cenizas del abortado poema sólo halló el desencanto supremo, el vacío perenne de las cosas.

Empujado por la vieja manía del análisis, ahondaba cruelmente en su desengaño; parecíale su esposa obscura y vulgar, inepta para comprenderle, metida en su fanatismo religioso como una vieja beata, una pobre hidalga del pueblo, sencilla y ruda, semejante a una campesina. Olvidaba, en su cruel error, las virtudes de aquella santa y discretísima mu-

jer, y sentíase cansado de ella, esclavo y preso en aquella tardía coyunda.

Padecía su malsano orgullo al verse supeditado, en aquella casa extraña, a la voluntad del viejo hidalgo, a quien debía hasta el pan que llevaba a la boca. Y a tanto llegaba Jesús en sus obscuros pensamientos, que sufría como una humillación la solicitud que con él usaba el noble y desventurado señor.

De aquellas luchas interiores nada salía a la superficie. Mas la sutilísima intuición femenina adivinaba en los ojos del ingrato aquel escondido tedio, aquel recatado desvío. Sufría Juliana, comprendiendo bien que no era amada; pero guardaba en lo más profundo de su corazón el áspero desengaño, aceptándole como un castigo divino por sus culpas...

VI

Cada día que pasaba hacía más grave el conflicto silencioso. Era un manso divorcio de almas, un frío hostil que separaba a aquellos dos seres unidos ante el altar. Juliana encerrada en una grave dignidad, callaba y sufría, en tanto Jesús tornábase más caprichoso y huraño, violento a veces, rebelde a toda mesura. Veíase declinar rápidamente, presa de extrañas dolencias, y el fracaso definitivo de su vida le llenaba de amargura y desesperación. Después de tantos años veíase recluído en aquel pueblo muerto, casado sin amor, viviendo a costa ajena, lleno de remordimientos y melancolías,

sintiendo como último y supremo desconsuelo el desprecio de sí mismo. ¡Para ello le sirvió el talento, aquel talento que en otros días tanto le habían ponderado! ¿No valía más que él cualquiera de aquellos campesinos, que cumplían con su deber en paz y en gracia de Dios?

¡Cómo se acentuaba ahora el contraste entre aquellos claros hidalgos de Santilliana, que llevaban la carga de su vida con tanta nobleza, con tan pío y sereno continente, y esta otra alma, enfermiza y melindrosa, empeñada en labrar su propia desventura!

Y ya no era tiempo de retroceder; ya no había sino resignarse y morir... ¡Morir! Un presentimiento doloroso le decía que no andaba muy lejos de la muerte. El mal terrible, la neurosis, la flor impura de las decadencias, había hecho presa en él desde muy joven. Todos los estigmas de su casta, aguzados por las locuras de su vida, florecían amenazadores. El cortejo de la neurosis, con sus extraños síndromes implacables, rondaba cerca de él, como un tropel de mariposas negras.

Y el miedo de la muerte, en aquellos lugares de olvido, le poseyó entonces... ¡Morir, cuando la vida llegaba a su sazón; cuando los hombres felices, que han luchado, recogen los laureles; cuando las almas serenas abarcan todos los horizontes con una mirada radiante de felicidad!

Rebelábase contra aquella idea persistente, que le horadaba el corazón. Y lejos de resignarse, revolvíase furioso, con acritudes de carácter, turbando con súbitas cóleras aquel hogar tranquilo.

Un día estalló su violencia contra Juliana. Todo el amor que la había fingido tornóse en odio; fuera de sí, el ingrato

la dijo palabras irremediables, la arrojó a la cara su tedio y su desvío. Irguióse la santa al ver tan patentes el doloroso desengaño, la infame ingratitud; habló su orgullo de hidalga y de mujer, y Jesús, desesperado, lleno de remordimientos, salió de aquella casa con intención de no volver más...

Al cerrarse la puerta tras él parecióle que la tapa de una tumba había caído sobre su corazón...

VII

Llovía, llovía sin tregua, como si todo el cielo se fundiese en agua. Santillana estaba silenciosa y desierta, esfumada en un sudario de brumas; los campos, bajo la monotonía del cielo gris, hallábanse desolados, yertos, azotados por un viento de muerte. Los montes lejanos desaparecían entre la niebla; las nubes bajas, cenicientas, agarradas a los tejados, daban la sensación de un derrumbamiento de los cielos, de un cataclismo prehistórico, cuando las aguas señoreaban todo el planeta y se juntaban nubes y mares en un hervidero de espumas y vapores. Cielos y tierra eran del mismo color, color de agua turbia, manchas grises y pardas, campos anegados, barro de lodazales, alas negras de preñadas nubes, vahos de escarcha, luz cenicienta de crepúsculo.

Jesús se detuvo, calado hasta los huesos por la humedad. Santillana apenas se veía a lo lejos, en lo hondo del valle, transida bajo la lluvia, como un montón de ruinas desamparadas, presa de la inclemencia de los cielos. Jesús miraba aso-

mar, entre los desgarrones de la niebla, las torres de los palacios, el triste hacinamiento de casas obscuras, y dábale una compasión profunda de aquel pueblo abandonado, sacudido por cierzos y lluvias, derrumbándose lentamente, cayendo poco a poco, deshaciéndose en polvo y cenizas, como los esqueletos de un osario. El largo fenecer de aquella famosa villa era como una imagen viva y lamentable de la fragilidad de las cosas; nunca el eterno pensamiento de la muerte fué escrito con más elocuencia en las orgullosas moradas de los hombres.

Aquellas piedras seculares inspiraban una grande lástima. ¿No tenían aquellas piedras algo de humano? Las generaciones que las habían labrado, que las habían ungido con su arte, que las habían señalado con sus blasones, que las habían empañado con sangre y lágrimas, con el vapor de su respiración, ¿no vivían en ellas, no perduraban en sus gastados huecos, en sus interiores sombríos, en sus fachadas vetustas, en sus escudos carcomidos, como un aroma inextinguible del alma y del recuerdo? ¡Cuán profunda es la poesía y la significación de la casa del hombre, de esa colmena humana donde las generaciones nacen, viven y mueren, dejando allí algo de su personalidad, de su palabra, de su fisonomía, hasta del timbre de su voz!

Siempre que contemplaba su villa natal, parecíale a Jesús como una imagen simbólica de su vida y su destino. Grande y famosa en sus orígenes, abrumada bajo el peso de añejos blasones, arrullada por las áureas leyendas de un pasado glorioso, toda era al presente tristeza y decadencia, ruinas y lágrimas... Y aquellas dos caducidades, aquellas dos desventuras, la de la villa y la del hombre, tenían un mismo lamento en su corazón.

Abríase ahora ante las miradas de Jesús un viejo senderillo tallado en el monte, una penosa breña, triste y áspera como un camino del Calvario. Quedó perplejo un instante. ¿Adónde ir, en aquella tarde abrumadora, bajo el cruel azote de la lluvia, a través del monte inhospitalario, sin señal de morada humana? ¿Qué dirían los que le vieran errando como un loco por aquellos vericuetos?

Miró en torno suyo: la tierra le pareció un vasto cementerio, teatro de asolamientos y fieros males, un campo por donde había pasado una ráfaga de muerte. Allá arriba agarrábanse las tinieblas a la derruida atalaya; abajo, arreciaba la lluvia anegando el valle. Sentíase el triste tan solo, tan abandonado bajo los cielo crueles, que se estremeció de frío y de miedo. Y al mirar abajo, al atisbar en la hondonada el montón de casas obscuras, al pensar que había de volver a aquel rincón de duelos y quebrantos donde moría de tedio y desesperación, diéronle ganas de huir, de escapar de aquellas prisiones, como en remotos días; de tomar de nuevo los caminos del mundo y morir lejos, muy lejos, donde nadie le viera, donde nadie le conociera, donde el secreto de sus pesares quedara enterrado para siempre. Miraba destacarse a través de la bruma el palacio de su esposa; el sombrío parapeto, las flechas y las gárgolas, aquel palacio del siglo de oro, que ahora le parecía semejante a una pesada Bastilla; pensaba con profundo tedio en sus deudos y amigos; odiaba aquel rincón donde había nacido y donde adivinaba que iba a morir, obscuro y olvidado, sin dicha ni gloria, como un animal de rebaño... Y con una volubilidad dolorosa, pasaba de la compasión al odio y de la ternura al llanto, sintiendo en el pecho una grande angustia, como si todas

aquellas piedras ruinosas gravitaran sobre su corazón.

Pero, ¿adónde ir, dónde encontrar un refugio definitivo? El pensamiento de la muerte se alzaba cada vez más osado, más firme, más decisivo... ¡No seguir, no andar más, tenderse de espaldas sobre el suelo, bajo el sudario frío de las aguas, sumergirse en ellas, morir!... El mundo parecia tornarse a la nada, las cosas se alejaban y se perdían como si se trocasen en humo; el pensamiento se dormía como una paloma fatigada.

Y apoyándose Jesús en el tronco de un árbol, comenzó a sollozar, recordando las palabras infantiles que pronunciaba en sus ternuras y en sus llantos de niño.

—¡Madre! ¡Madre mía!

La lluvia, arreciando, dándole en el rostro, le sacó del doloroso éxtasis. Volvió sobre sus pasos, y se encaminó de nuevo hacia la villa. Sentíase cobarde, incapaz de salir nunca más de aquel claustro donde voluntariamente se había encerrado.

Con la conciencia plena de su cobardía, de su debilidad, experimentaba el insensato un sordo rencor hacia los suyos, hacia su padre, hacia su esposa, hacia todos aquellos seres que él juzgaba sus carceleros.

Y sentía una feroz llamarada de odio henchirle las venas, relampaguearle en el corazón, incendiarle el cerebro, vibrando en todo su ser como un violento espasmo. Dominábale un ansia brutal de destruir, de hacer pedazos sus manos pálidas en la agresión, quizás en el crimen. Como si estuviese alucinado, veía un sombrío cuadro de tragedia, un siniestro apocalipsis, donde toda la Humanidad se precipitaba, loca, tornando a la barbarie de sus orígenes. Veía la tierra asola-

da y humeante: las ciudades se desplomaban, los hombres se destruían, los mares y los cielos rompían sus diques y los campos se encendían en lumbraradas de incendio... Veía las carnes de las mujeres, las carnes impuras, ciegas máquinas de placer, llenas de cieno y de sangre, y las de los hombres explotadores y pérfidos, las de los hombres infames, que envenenan y destruyen la santa obra de Dios, disolverse y aniquilarse, como inútiles restos cinerarios. Y la obra de justicia, del odio y del castigo, se cumplía implacable: la mísera Humanidad, que profana con su existencia impura, con sus agios, pasiones y vilezas, el templo augusto de la creación, desaparecía para siempre. La voz robusta y solemne de Ezequiel parecía cantar sobre el planeta muerto:

«Convertida te verás en un desierto y sumergida en el abismo de las aguas. Precipitada en la región de la eternidad, con aquellos que descendieron al sepulcro; hecha tu semejanza a las antiguas soledades, quedarás reducida a la nada y no existirás, y te buscarán y nunca jamás serás hallada.»

Pero la violencia misma del odio, la intensidad del terrible ensueño, hizo reaccionar el pobre corazón desgarrado. Sintió entonces una piedad infinita, un amor sobrehumano; reconstruyéronse mágicamente las ruinas; alzáronse las ciudades; serenáronse las aguas; purificáronse los campos; volvieron los hombres a sus hogares. Sintió Jesús, más honda, la tristeza de vivir; comprendió que aquellos objetos de su odio, los hombres, eran sus hermanos, y tenían, como él, las almas tristes, los corazones rotos, los cuerpos flagelados, las existencias marchitas. Pensó que sólo lástima merecían aquellos pobres compañeros de prisión y de cadena, cuyos sollo-

zos eran iguales a los suyos, cuyas penas eran semejantes, cuyos caminos eran comunes. Y experimentó entonces un deseo raudo de estrechar con abrazos de amor aquellos cuerpos mortales, y llenar de besos y lágrimas aquellas manos míseras, y cubrir de plegarias y bendiciones aquellos cadáveres vivientes, y orar y llorar por todos: por ellos, por sus hijos, por los hijos de sus hijos, por todas las generaciones que habían de venir. Y oró largamente una plegaria muda y repitió las palabras del Profeta ante la ciudad desventurada:

«¡Huesos áridos: oíd la palabra del Señor! Yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis; pondré sobre vosotros nervios y crecerán sobre vosotros carnes y las cubriré de piel y las alumbraré con la llama del espíritu y haré con vosotros una alianza de paz.»

Y Jesús cayó de hinojos, sollozando, en la tristeza de la tarde, contemplando a sus pies el cuadro melancólico de la villa muerta.

VIII

Descendió Jesús a la villa. Poseído de inexplicable angustia, caminaba como ebrio, sintiendo zumbar en los oídos la sangre, semejante a una música ensordecedora. Un hormigueo incesante le recorría la piel, y el corazón le palpitaba con violencia, cual si quisiera saltar del pecho. Estremecióse de terror; hacía poco deseaba la muerte, y el miedo de la

muerte le producía ahora grandísimo espanto. Temía morir en aquella soledad, presa de ataque repentino, en la tristeza del crepúsculo, como animal enfermo que cae en medio de un camino, lejos del rebaño. Graves presentimientos llenaban su alma de sombras: estaba enfermo hacía muchos años; su máquina gastada quizás iba a detenerse para siempre, y el terror de lo irremediable, de lo desconocido, le daba vértigos. Presa de hondo pánico, aceleró el paso y metióse por las calles de Santillana, pálido, lloroso, con las manos puestas sobre el corazón, temeroso de que aquel frágil péndulo de su vida se quebrase muy pronto.

Llegó hasta la Colegiata. El miedo le trajo a su antigua fe y le empujó a orar, a pedir a Dios por su vida amenazada. Entró en el templo y rezó profundamente. Aquella plegaria, salida de lo más íntimo de su alma, le serenó.

Disponíase a salir, cuando una sombra, que pareció desprenderse de los viejos muros, le atajó el paso:

—¡Dios guarde a mi señor don Jesús!—dijo la sombra, con voz que asemejaba salir de los sepulcros.

—¿Quién va?—exclamó Jesús con extraño pavor.

—Soy yo—repitió la voz—. Soy *Leli*. ¿No me conoce ya, don Jesús?

Y al decir esto se destacó en la suave luz de la penumbra la silueta del sacristán.

—¡Hola!—dijole Jesús, recobrando el ánimo—. ¿Qué diablos haces aquí tan escondido como una sombra del otro mundo? Diríase que has surgido de la tumba de doña Fronilde...

—Eso digo yo de su mercé. ¿Qué hace don Jesús tan a deshora en la iglesia?... ¡Calle! ¡Y está lleno de barro y cala-

do de agua hasta los huesos! ¿Dónde anduvo que tan mojado viene?... ¡El Señor me valga!... ¿Dióle a usted la ventolera por salir a pescar ranas?

—¡Cállate, imbécil, y déjame en paz!—repuso Jesús de mal talante.

—Mire, señor, que voy a cerrar la iglesia...

—No; ahora no. Necesito ir al claustro. Ábreme la puerta.

—¡Dios nos ampare!... ¿A estas horitas se le ocurre al señor don Jesús ir al claustro?

—No repliques. Abre la puerta.

—¿Pero está loco, don Jesús? ¿No ve que está lloviendo? ¿Qué vamos a hacer en el claustro a estas horas?

—Dame la llave y vete.

—Ni semejante cosa, señor. Iremos los dos, ya que se empeña. ¡Dios nos asista!... Me da en el corazón que va a pasar algo malo...

—No digas más sandeces y abre.

Rechinó la vetusta puerta y un fuerte soplo de humedad les azotó la cara. Estaba el claustro de un color verdinegro medio sumido en la bruma; lloraban las ateridas piedras por todos los huecos; las negras vigas de las crujías dejaban caer sonoros goterones, y la vegetación del patio, abonada por tantos despojos, alzábase lozana, con un olor penetrante de malsana humedad. Había cesado de llover, y grandes nubes plomizas, gravitando sobre los negros tejados, amenazaban con nuevos aguaceros. Bajo aquel cielo invernizo, con la tristeza del lugar y de la hora, aumentábase el hechizo doloroso de aquella mansión de la muerte.

Dábase el pobre *Leli* a todos los santos y santas de la ce-

leste corte, renegando en su fuero interno del capricho macabro de aquel loco a quien se le antojaba venir en tal día y a tal hora a husmear las calaveras del osario.

—Mire, señor—decía el pobre sacristán, consternado—, que no es prudente ni cristiano andar en estos lugares cuando Dios manda que sus criaturas se refugien al calor del hogar, rezando por las ánimas del Purgatorio. ¡Deje, por Dios, a los muertos en su sitio, y véngase a mi casa, si no quiere ir a la suya, que yo le juro por estos desdichados huesos que ha de sentarle mejor un buen vaso de chacolí que este condenado viento, capaz de mandarle a uno al otro mundo en menos que canta un gallo! Yo le suplico a usted, por los clavos de Cristo, que se deje de estas locuras y se venga a razones, que ya estoy dando diente con diente de miedo y de frío...

—¡Cállate, miserable criatura!—exclamó Jesús dando una gran voz y alzando triunfante en la diestra una enorme y rozagante calavera—. ¡Cállate y no turbes con tus sandios discursos el silencio sagrado de este cementerio! ¿Qué sabes tú de las cosas graves de la muerte? Márchate, si quieres, y déjame a mí en este asilo de las almas cansadas de vivir... ¿Qué sabes tú de tales cosas?... ¡Soy el príncipe Hamlet! ¿No lo oyes, mentecato? ¡Soy el príncipe Hamlet, que interroga a la muerte! *¡Morir... dormir... soñar acaso!...* ¡Dime tú, calavera vacía, dime tu secreto, ánfora rota del pensamiento que fué! Dime qué se ha hecho el soplo que te dió vida; adónde fué el pequeño mundo de tus ideas, de tus sentimientos, de tus pasiones. Dime *adónde va el amor cuando el amor acaba*, y adónde va esta lucecilla del alma cuando el cuerpo cae en la sepultura; dime dónde está la verdad que ansiosamente bus-

camos; dime qué es la verdad, qué es el amor, qué la gloria, qué la felicidad... ¿Qué dices tú de esas cosas, burlona calavera, podrido despojo de aquel hombre desconocido que te tuvo sobre los hombros? Y tú, criatura miserable, menguado sacristancillo, ¿qué dices de esto? ¿Qué te parece de esto a que hemos de venir a parar tú y yo y todos los nacidos?

—Mire, señor, que no es cristiano burlarse de la muerte ni andar con las calaveras como si fuesen peladillas del arroyo... Mire que yo no soy una criatura miserable, como dice, ni un menguado sacristán, sino un hombre de bien a carta cabal, que le pide a su merced de rodillas que se salga de aquí, por lo que más quiera en el mundo...

—Dime tú, ¡oh Naturaleza!—prosiguió Jesús, como si nada oyera, como si estuviese delirando—, dime tú, la insaciable devoradora de vidas y de lágrimas: ¿no late un corazón en tu seno? ¿Eres la madre implacable, la mala madre que entrega sus hijos a la voracidad de la muerte, sin un asomo de piedad? ¿Eres la esfinge que nunca dice su secreto?... ¿Para qué esta labor eterna de la vida? ¿Para qué ese concierto de mundos destinados a romperse y vagar como negros espectros en ese abismo sombrío de la nada? ¿Hay alguna divinidad funesta que se entretiene en jugar con los astros muertos como los sepultureros con las calaveras vacías?

Atónito estaba y consternado el pobre *Leli* oyendo semejantes palabras, creyendo que aquel señor tan extravagante, que hablaba solo como un fantasma, había perdido el juicio. No sabía el incauto sacristán cómo convencer a Jesús de la necesidad urgente de salir de allí y retirarse a casa, y de beber un vaso de chacolí para quitar del corazón miedos y penas.

—Por el amor de Dios—decía casi llorando—, hágame caso y déjese de niñerías. ¿No es locura, señor, irle con preguntitas a una calavera? Mire que así comenzó su amigo el organista, y ha parado más loco que una cabra... Mire que...

—¡La muerte!—dijo Jesús interrumpiéndole con vehemencia—. ¿Será la muerte la llave de hierro que nos abra las puertas de la verdad?... ¿Podría yo, destrozando mi corazón, arrancar al cielo su secreto?... Pero... ¿y si la muerte no es la verdad, sino la sombra absoluta? ¿Y si, después de morir, la Naturaleza torna a abrirnos de nuevo los abismos de la conjetura y del azar?... ¡Dímelo tu, calavera milenaria, máscara horrible y siniestra de fósforo y de cal, amasada para servir de vaso al pensamiento de un hombre...! ¡Dímelo tú, espejo de mi propia vida, caricatura de mi propio ser, hermana mía...! ¿Quién fuiste tú, sagrario roto de un alma?... ¿Fuiste acaso un hidalgo de estas Asturias, amigo o deudo tal vez del marqués famoso?... ¿Fuiste un abad o arcipreste de la madera de los Juan Ruiz y de los Berceo, goliardesco y rozagante, amigo de las mozas y de los *vasos de bon vino*?... ¿O fuiste un villano socarrón, de la veta de Gil Blas, aventurero y astuto como buen montañés, hábil para salir ganancioso en todos los negocios de este mundo?... ¿Fuiste feliz o fuiste desventurado?... ¿Escaldaron tus mejillas las lágrimas, o dilató la risa tu boca?... La piel que te vistió un día, ¿se marchitó con besos de amor o con abstinencias dolorosas?...

—Mire, don Jesús—exclamó a este punto el sacristán—, que esa calavera que ahí tiene usté no es de ningún marqués famoso ni de ningún preste ni caballero de calidad, sino de un antecesor mío en esta iglesia, luengos años ha; de un sacristán de la Colegiata... un pobre hombre que pasó la vida

ahorrando dineros y quitándose el pan de la boca para venir más presto a este lugar... Hoy sus herederos se gastan los cuartos alegremente y él se pudre en este rincón... Tenía el tal la cabeza muy gorda... Por eso la he conocido... Esa calavera, como es tan hermosa, suelen ponerla en el zócalo a manera de adorno, y así anda por esos mundos en estampas y fotografías...

—¡Quién pudiera restablecer tu imagen—prosiguió Jesús, como si nada hubiese oído—y alojar de nuevo en tu oquedad el blando encéfalo y en tus cuencas sombrías los ojos brillantes y en tu negra quijada la blanca dentadura, y vestirte después con el arreo de la piel sonrosada y la copiosa cabellera...! ¡oh, si me fuese dado volverte a la vida...!

—No tal—exclamó vivamente el sacristán—; déjelo su merced donde está, no vuelva a quitarme el pan de la boca. Es justo que haya muertos... De los muertos vivimos nosotros los vivos... Si nadie se muriese, nos comeríamos unos a otros como fieras... La muerte, señor, es un gran bien, una sabia necesidad...

—Sí, sí, tienes razón, *Leli*. La muerte es quizá el único bien que Dios nos ha otorgado... ¡Sí! ¡Quédate ahí, calavera misteriosa! ¿Para qué volverte a la vida?... ¡Darte el suplicio del sentir y del pensar, ya que lograste el sueño reparador de la muerte...! ¡Sigue, sigue tu sueño...! Vuelve al polvo, hermana mía, hasta que rodemos las dos, quizá en el mismo osario, dándonos un ósculo frío con nuestras quijadas hueras...!

—Vámonos de aquí, don Jesús—exclamó desesperado el sacristán—, o por mi fe de cristiano le juro que le dejo ahí solo y encerrado como a un loco de atar! ¿No ve usté el

aguacero que está cayendo?... ¿No ve usté que se nos echa encima la noche y vamos a coger aquí un pasmo?... ¡Dios me valga, y qué caprichos más endiablados tiene don Jesús!...

Habíase apoyado éste sobre una columna, pálido, silencioso, sobrecogido de terror. Una serie de extrañas sensaciones, zumbidos, silbidos, estallidos de truenos, lumbradas de relámpagos, le envolvían como sorda tempestad. Temblábanle las piernas y sentía en los pies una impresión de entumecimiento y dolor, como si los apretasen en el viejo tormento de los borceguíes. La realidad de las cosas parecía desvanecerse. Las siluetas de las arcadas, las columnas y los capiteles parecían temblar en la bruma como si los agitase un terremoto!...

—¿Qué es esto que siento, que parece que el mundo se acaba?—gritó Jesús agarrándose a una columna como si temiese caer—. ¡Tú, quienquiera que seas, hombre o demonio—dijo extendiendo hacia *Leli* las manos suplicantes y temblorosas—, ven a mi socorro, que parece que en este instante se me acaba la vida!...

Acercóse *Leli* lleno de miedo, y Jesús echóle al hombro sus brazos, sintiendo una angustia inexplicable, un soplo, un aura ardiente que le ascendía desde los pies a la cabeza como una llama.

—¡Apóyese en mí si se siente mal—dijo *Leli* con voz lastimera—y vámonos de aquí a toda prisa! Ya dije que estas locuras no habían de parar en bien... El frío... la humedad...

El rostro de Jesús tornóse palidísimo, más blanco que la nieve. Agarróse con fuerza a *Leli*, dió un grito ronco, desgarrador, como un ay de muerte, y cayó pesadamente al

suelo, antes que *Leli* pudiera valerle. Quedó rígido, con la cabeza echada hacia atrás, los músculos contraídos, los ojos convulsos, las mandíbulas apretadas, el rostro congestionado. Después se agitó su cuerpo con fuertes sacudidas; se le cubrió la boca de espuma y quedó, al cabo, como una masa inerte.

Leli, despavorido, salió pidiendo socorro.

IX

—¡Perdóname, Liana!—decía Jesús con voz queda, alzándose penosamente en el lecho, sobre las almohadas, con un gesto de dolor.

—¿No he de perdonarte?—respondió Juliana con los ojos arrasados de lágrimas, sentada a la cabecera como el ángel de la guarda—. ¡Tú eres el grande y único amor humano de mi vida!... Yo no comprendía que estabas enfermo, que aquellas rarezas eran hijas de tu mal... Yo no supe endulzar aquellas asperezas... Pero... todo pasó; no hablemos más de ello. Ya sabes que no me gusta hablar de las cosas pasadas.

—¡Ay, Liana!... ¡Eres un ángel!... ¡Y yo pude ofenderte de aquel modo!... Soy un hombre despreciable... Pero tú... me perdonas. En este trance doloroso de la muerte...

—¡No digas esas cosas, Jesús!... ¡Si estás ahora muy bien!... ¡Dios querrá ponerte bueno!... Todo el día lo he pasado rezando a tu cabecera... Silda me acompañó hasta muy tarde...

Cuando ayer te trajeron después del accidente... ¡cuánto sufrí, Dios mío!... Entonces comprendí cómo te quiere mi corazón... Ello ha pasado ya. Dios me ha oído... Dame un beso... ¿Por qué no rezas tú también?

—No trates de engañarme, Liana. Esto no tiene remedio. Esto es morir...

—¡Por Dios! ¡Calla!... ¡No digas semejante cosa!...

—No, mujer, no te asustes. ¿Lo querrás creer? Este manso morir no me produce espanto. Ya no siento rebeldías. Miro mi acabamiento con una pena dulce, con una blanda resignación... Sólo lo siento por ti, por vosotros...

—¡Calla, Jesús, yo te lo suplico!... Me haces daño...

—Conviene, mujer, que te acostumbres a esta idea lo mismo que yo... Como aconseja Kempis, hay que tener siempre la hora de la muerte delante de los ojos. Hay que aparejarse cada día a morir. Esto es cristiano y es sabio... ¿Qué importa vivir?... ¿qué importa morir?... Empeñarse en sostener una vida precaria, enferma y miserable, es una cobardía. Los hombres tristes deben dejar el sitio a los hombres alegres...

—De todo ha de haber en el mundo—replicó Liana con energía—. Dios manda vivir. ¿Y el que no siente la alegría? ¿Ha de morir por ello? La tristeza es humana también y es hermosa...

—El que no siente la alegría es porque está enfermo. El hombre sano es alegre. Dios quiere que la vida sea alegría, no tristeza. Los tristes deben morir: la vida los rechaza como frutos dañosos...

—¡Siempre la obsesión de esas cosas, Jesús!... ¡No te atormentes con tales pensamientos!

—Estos pensamientos, Liana, no me torturan ya; al contrario, me embriagan dulcemente. Ayer, la idea de morir me producía espanto. Hoy, espero la muerte sonriendo... Cuando la vida está en flor, cuando la salud y la felicidad nos embriagan, el pensamiento de la muerte espanta... Pero la soledad, la meditación, la tristeza, la enfermedad y la vejez nos inclinan hacia la tierra, pensativos y cansados; nos familiarizamos con la muerte y llegamos a esperarla sin terror. Hay un momento en que se siente la pesadumbre de vivir: una fatiga física, un cansancio espiritual, una sensación de invencible dejadez nos invade; la voluntad se anula, el deseo se evapora, huye el espíritu como una burbuja, y queda sólo el animal enfermo, la carne pesada amiga de la tierra, la carne ávida de reposo y de sueño... Antaño, en la noche, cuando escuchaba el golpe acompasado de mi corazón, me estremecía al pensar que de pronto pudiera pararse este motor de mi vida, dando un chasquido sordo, como la rueda de un reloj. Aterrábame al considerar que, en el espacio breve de un minuto, todo el tumulto de la vida, cayendo sobre mí, podía aplastarme como a un gusano. Hoy ya no siento esos terrores. Cuando la enfermedad se apodera de un órgano, cuando la carne viva empieza a podrirse, cuando el cuerpo empieza a morir a pedazos, no hay mayor consuelo que acostarse, abandonarse, dejarse morir... Cuando uno se mira a sí mismo, se asombra de vivir, se sorprende al ver cómo esta máquina tan complicada no se descompone más presto... Más bien que máquina de vivir parece máquina de padecer. Abierto está nuestro cuerpo como una esponja a todas las infecciones, a todos los enemigos de la salud y de la vida. Abro mi boca, y al henchirse de aire los pulmones, no sé el

germen de podredumbre que habré dejado pasar. ¿Quién sabe los mil modos de martirio y de muerte que en un momento pueden cebarse en nosotros, penetrandó por todas las puertas de nuestro cuerpo: con la respiración, por los poros de la piel, en los tejidos, en los huesos, en las vísceras, en el caliente río de la sangre, en los obscuros órganos de la conservación de la especie?... ¡Cuántos modos de tormento físico y de pesadumbre moral, cuántos matices en el dolor humano!... Abro un libro de Patología, y toda mi alma se estremece... ¡Qué refinamientos de tortura, qué lujo en las maneras de morir! Nada inventó la crueldad humana que se pareciese a ese lúgubre Manual del dolor!... Aquí está nuestra pobre carne, asaltada, maltrecha, febril, golpeada, inficionada, deforme, martirizada, virulenta, podrida, disuelta, evaporada en miasmas y pestilencias... ¡Qué fantasía la del dolor!... Dolores terebrantes, calcinantes, fulgurantes, constrictivos, de cinturón, de coraza, de borceguí, de brazalete...

Hablaba Jesús como presa del delirio, como si todas las fuerzas que le restaban para vivir las emplease en aquella feroz apología del dolor. Temblaba Juliana de miedo y de pena, sintiendo en su piel el calofrío de aquellas torturas implacables.

En el profundo silencio de la noche se escuchaban sollozos lejanos. En un rincón de la estancia, un viejo reloj cantaba la hora con timbre grave; imperturbable, sereno, con su voz sorda, con la voz de un anciano, dejaba caer gota a gota las horas con el tic-tac de su péndola de cobre. Aquel viejo confidente familiar, aquel compañero de las tristes soledades, seguía su marcha perpetua, su monótono ritmo de siempre, con la pulsación del tiempo en la eternidad. Y el cuco,

asomándose a su casita abierta, cantaba la hora, burlándose del dolor y de la muerte...

—¡Qué cruel, qué cruel eres! —dijo Liana a Jesús, besando su mano pálida, que colgaba mustia al borde del lecho.

—Sí—respondió Jesús con voz desfallecida, como si todas sus fuerzas se hubiesen agotado—. ¡Pobre Liana! ¡Soy muy cruel!... ¡Cruel... hasta el último momento!...

X

Al día siguiente, muy de mañana, Jesús abrió los ojos. Juliana, que había estado velando a su cabecera toda la noche, le envolvió en una dulce caricia de sus ojos...

—Estás mejor, ¿no es cierto? Has dormido toda la noche como un bendito. Dios quiere ponerte bueno. El médico dice que curarás...

—Gracias, Liana...—murmuró Jesús con voz que parecía un suspiro—. Gracias, bien mío... Pero... el médico... se engaña... No tengo ya fuerzas para vivir... La vida se va...

—No digas eso, Jesús, que es ofender a Dios... Ahí están tu padre y tu hermana; han pasado aquí toda la noche.

Volvió Jesús a caer en profundo sopor. Juliana, reprimiendo su pesadumbre y angustia, escudriñaba en el rostro del marido las alteraciones de la implacable dolencia. Al punto del medio día tornó el enfermo a despertar y tuvo un gran espacio de maravillosa lucidez; conversó tranquilamente con su esposa, con sus padres y hermana; mostróse como nunca discreto, amable y resignado.

Aprovechó Juliana la coyuntura para decirle:

—Ahora que te sientes mejor..., más alegre y sereno, ¿quieres rezar un poco?... Las oraciones son la mejor medicina del alma... Don Elías desea...

—Ya sé lo que insinúas —interrumpió Jesús—. No te esfuerces en prepararme: yo te evitaré rodeos... Quiero darte gusto; dile a don Elías que venga... Sí; quiero morir como buen cristiano... ¡No llores, mujer, no llores!... Que nadie pueda decir que un Ceballos murió en pecado mortal; ya que fuí cobarde para vivir, he de probar que sé morir como valiente, como español y caballero... Sí, Juliana—añadió con una triste sonrisa—; llegó la hora de la cordura, que suele ser la de la muerte para los locos y los necios... Yo fuí mitad y mitad de estas dos cosas; pero ya tengo juicio libre y claro, como Don Quijote al cabo de su vida...

—Dios hará que recobres la salud—murmuró la esposa bebiendo sus lágrimas—. Aun has de ponerte bueno.

—¡Qué hermosa claridad siento en el alma! —repuso Jesús como soñando—. ¡Con qué apacible luz lo veo todo!... Viví en tinieblas, a obscuras... Renegué de mi destino y de mi casta; disipé la herencia espiritual de mis abuelos; perdí la juventud en torpes aventuras; anduve a tientas, palpando sombras y fantasmas; no supe entender las lecciones de lo pasado ni mirar con firmeza a lo futuro... Tarde viene el arrepentimiento... Que otros aprendan de mí...

IX

Habíanse extinguido ya, en los sombríos ámbitos del viejo palacio, el tintineo de las campanillas monacales, las llamas tembladoras de faroles y candelabros, los aromas de incienso y de laurel que habían acompañado el paso de la Divina Majestad. Deudos y amigos estaban presentes. Aleteaban, en el silencio grave, plañidos y plegarias. Jesús abrió los ojos y comenzó a delirar.

—¡Silda!... ¡Ven!... ríe... ríe .. que yo te oiga reir... ¿no ríes?... ¡Padre!... ¡Dame la mano!... ¡Ajustemos paces!... No te veo la cara... pero veo... la cruz de Calatrava... en tu pecho... y la espada en la diestra... ¡Así!... Como los viejos hidalgos... de Castilla... Ya no hay héroes... ni heroísmo... España feneció... Sólo queda Santillana... muerta... muerta también... ¡Don Rodrigo!... ¿No está aquí don Rodrigo?... ¡Firmes!... Voy a ver... a nuestro Señor... el Cid... Rodrigo de Vivar... Le diré... que... aun le esperas... para limpiar España... de moros... y renegados... ¡Claros varones... de Castilla... salud!... ¡Don Fernando! ¡Ya estamos iguales!... ¡ciegos... los dos!... No veo... no veo... es la noche... la noche obscura del alma... que cae... sobre mí .. Un buen morir... ¿no es eso?... honra toda la vida... ¡Maté la sierpe... y me casé con la infanta!... ¡Alto... muy alto el blasón... pero... más alta la cruz!... ¡Juliana!... ¡Liana!... Para ti... mi último pensamiento... Illana... Santa Illana... venciste al dragón...

Ya puedes dormir tranquila en tu sepulcro... ¡Adiós! Ya llega la noche... la noche obscura del alma...

—Murió como un santo—decía don Elías con lágrimas en los ojos—, como un santo; bien diferente de como había vivido. Yo le puse mi crucifijo en las manos y partió su alma de este mundo con la imagen de Cristo en la boca.

XII

Don Juan Manuel de Ceballos vive todavía. Este viejo roble montañés hállase aún erguido, inquebrantable, con el alma destrozada y el cuerpo entero, como esos árboles centenarios carcomidos por dentro y firmes por de fuera. Contemplando las ruinas de su villa y de su casta, de su fenecida casta de hidalgos, sigue todavía en pie, como una sombra de otros siglos, reliquia venerable de lo pasado, semejante a los palacios seculares de la vieja y castiza Santillana del Mar.

Murió don Fernando, y Liana, su hija, enterró en el convento de Clarisas su pobre corazón muerto.

Silda no volvió a reir nunca. El alma de las ruinas túvola por suya en sus obscuros y silenciosos reinos.

El buen don Rodrigo, muy a su sabor en la ceñuda casa de los Hombrones, rumia sus libros y sus memorias, ajeno a toda mudanza, fijos los ojos en aquellos serenos templos de las antiguas sabidurías.

Un año, después de muchos, pareció que la vieja Santillana recobraba su pasado vivir. Volvió a ser asilo de prín-

cipes, cuna de infanzones, alcázar de magnates, teatro de famosos hechos. Maravilláronse los habitantes de la olvidada villa viendo llegar a sus puertas lucida hueste cortesana, carrozas y automóviles, largo desfile palatino, reyes y prelados, príncipes y caballeros, hidalgos y capitanes, damas de hermosura y calidad. Tañeron con júbilo las campanas vocingleras; quebróse el silencio de las vetustas calles; engalanáronse con flores y banderas los decrépitos palacios; salieron a la luz del sol los clásicos tapices reposteros, la rica argentería de la Colegiata, los viejos terciopelos, los restos venerables del señorío de las Asturias. Sonó, como antaño, en el campo de Revolgo, rumor de danzas, músicas y holgorios populares; al llegar la noche, allá en la cumbre del Bispieres, en la atalaya rota, una grande hoguera subía a los cielos, remedando aquellas lumbres que en torres, baterías y almenaras encendían los antiguos, para señal y aviso de campanas y atambores.

El misterio de Santillana se desvanecía poco a poco.

Mas fué esto, al cabo, breve fiesta y engaño piadoso de los hombres. Apenas ido el verano y tornado el viejo de cabeza blanca y barbas de nieve, fuéronse todas las alegrías huyendo de Santillana. Gimen los árboles temblando, salen las fuentes de sus cauces, deja correr el cielo sus lágrimas, se cierran las puertas, se acurrucan los pájaros en sus nidos y la nieve cae blandamente en copos menuditos que no llegan a cuajar. En el silencio de las estancias abandonadas, las goteras suenan isócronas, contando las horas tristes, las horas que se desgranan lentamente como las cuentas del rosario de la eternidad...

INDICE

ÍNDICE

Páginas.

PORTADA 7

JORNADA PRIMERA

La casa y el camino 13

JORNADA SEGUNDA

Las lágrimas de las cosas 65

JORNADA TERCERA

La danza de los muertos 129

JORNADA CUARTA

Llama de amor viva 169

JORNADA QUINTA

Noche obscura del alma 283

155855

LS.
L5795

León, Ricardo
Coleccion de obras completas. vol.1.- Casta de Hidalgos.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU